



EL PODER DE LOS NÚMEROS
NOS SALVARÁ

EL ASCENSO DE NUEVE

PITTACUS LORE





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

EL PODER DE LOS NÚMEROS NOS SALVARÁ. Hasta el día que conocí a John Smith, el Número Cuatro, siempre había huido sola, escondiéndome y luchando para sobrevivir. Juntos somos mucho más fuertes, pero pronto tuvimos que separarnos para encontrar a los demás...

Yo me fui a España a buscar a Siete y encontré mucho más, descubrí a un décimo miembro de la Guardia que había escapado de Lorient con vida: Ella. Es más joven que nosotros, pero tan valiente como cualquiera. Ahora buscamos a los otros, incluido John. Sin embargo, ellos también nos buscan.

L≡**LIBROS**

Pittacus Lore

El ascenso de Nueve
Legados de Lorien - 3

ESTE LIBRO DESCRIBE HECHOS REALES.

**LOS NOMBRES Y LUGARES CITADOS
SE HAN CAMBIADO PARA PROTEGER
A LOS SEIS DE LORIEN,
QUE SIGUEN OCULTOS AL MUNDO.**

EXISTEN OTRAS CIVILIZACIONES.

ALGUNAS DE ELLAS PLANEAN DESTRUIROS.

CAPÍTULO UNO



«6A». ¿ES UNA BROMA? EN LA TARJETA DE EMBARQUE que tengo en la mano aparece el número de mi asiento en letras grandes; me pregunto si Crayton lo habrá elegido a propósito. A lo mejor es una coincidencia, aunque, después de los últimos acontecimientos, ya no creo demasiado en ellas. No me habría sorprendido que Marina se hubiera sentado detrás de mí, en la fila siete, y Ella algo más atrás, en la diez. Pero no, las dos se han dejado caer a mi lado sin decir palabra y, como yo, se han puesto a estudiar conmigo a todas las personas que iban subiendo al avión. Cuando te persiguen, siempre estás en guardia: ¡nunca se sabe cuándo pueden aparecer los mogadorianos!

Crayton entrará el último, cuando haya examinado a todos los pasajeros y considere que el vuelo es completamente seguro.

Subo el estor de mi ventanilla y contemplo al personal de tierra que se desplaza a los pies del avión. La ciudad de Barcelona es un perfil apenas visible en la distancia.

Marina, sentada a mi lado, no para de mover frenéticamente la pierna: arriba y abajo, arriba y abajo... La batalla de ayer en el lago contra un ejército de mogos, la muerte de su cêpan, encontrar su Cofre... y, encima, por primera vez

desde hace casi diez años, se dispone a abandonar la ciudad donde ha pasado su infancia: está nerviosa.

—¿Va todo bien? —pregunto. Un mechón de cabello rubio me cae en la cara y me sobresalto: había olvidado que me lo había teñido esta misma mañana. Es solo uno de los muchos cambios de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Todos parecen normales —susurra Marina, sin apartar los ojos del pasillo—. Por lo que veo, estamos a salvo.

—Vale, pero no me refería a eso.

Le pongo un pie encima del suyo y Marina deja de agitar la pierna en seco. Me dirige una breve sonrisa de disculpa y se enfrasca de nuevo en la vigilancia de todos los pasajeros que van subiendo al avión. Poco después, su pierna vuelve a trotar. Sacudo la cabeza, impotente.

Compadezco a Marina. Vivió encerrada en un orfanato aislado, con una cêpan que se negó a entrenarla: al parecer había perdido de vista por qué estamos aquí, en la Tierra. Procuero ayudarla a llenar sus lagunas. Conseguiré entrenarla para que aprenda a controlar su fuerza y a saber cuándo usar los legados que está desarrollando. Pero primero quiero demostrarle que puede confiar en mí.

Los mogadorianos pagarán por lo que han hecho. Por acabar con tantos de nuestros seres queridos, tanto aquí en la Tierra como en Lorien. Pienso destruirlos a todos, hasta el último: esa es mi misión personal, y me aseguraré de que Marina también se cobre su venganza. En el lago no solo ha perdido a Héctor, su mejor amigo, sino que también ha visto morir a su cêpan asesinado delante de sus narices, como me ocurrió a mí. Ambas cargaremos con eso para siempre.

—¿Qué tal ahí abajo, Seis? —pregunta Ella, inclinándose sobre Marina.

Miro por la ventana. Los hombres que se encuentran a los pies del avión empiezan a retirar su equipo mientras hacen las comprobaciones de última hora.

—De momento, todo bien.

Mi asiento está encima del ala, cosa que me tranquiliza. En más de una ocasión he tenido que utilizar mis legados para sacar de apuros a un piloto. Una vez, en el sur de México, usé la telequinesia para inclinar el avión doce grados a la derecha pocos segundos antes de que chocara con la falda de una montaña. El año pasado, en Arkansas, salvé a 124 pasajeros de una brutal tormenta envolviendo el aparato en una nube impermeable de aire frío: cruzamos la tormenta como una bala.

Cuando el personal de tierra se traslada al siguiente avión, Ella y yo clavamos la mirada en el primer tramo del pasillo. Esperamos con impaciencia que Crayton embarque, la señal de que todo marcha bien, al menos por ahora. Todos los asientos están ocupados, salvo el de detrás de Ella. ¿Dónde está Crayton? Vuelvo a mirar por la ventanilla y examino el terreno en busca de algo fuera de lo normal.

Meto la mochila debajo del asiento. Como está casi vacía, se dobla sin dificultad. Crayton me la ha traído al aeropuerto. Nos ha dicho que tenemos que pasar por adolescentes normales, un grupito de alumnas de viaje de estudios. Por eso Ella tiene un libro de biología en las rodillas.

—¿Seis? —pregunta Marina, que no deja de abrocharse y desabrocharse nerviosamente el cinturón.

—¿Sí?

—Has volado antes, ¿verdad?

Aunque Marina es solo un año mayor que yo, su mirada solemne y reflexiva y su nuevo peinado, un sofisticado corte de pelo justo por debajo de los hombros, le dan un aspecto de adulta. Sin embargo, ahora la veo morderse las uñas y llevarse las rodillas al pecho, como una niña asustada.

—Sí —le digo—, y no está tan mal. En realidad, si te relajas, es increíble.

Mientras espero aquí sentada, en el avión, me viene a la memoria mi cêpan, Katarina. No es que llegara a viajar en avión con ella, pero cuando yo tenía nueve años nos llevamos un buen susto en un callejón de Cleveland, donde un mogadoriano nos dejó temblando y cubiertas de una gruesa capa de ceniza. Después de aquello, Katarina me trasladó al sur de California. Nuestro destartalado *bungalow* de dos plantas estaba cerca de la playa, prácticamente bajo la sombra del aeropuerto internacional de Los Ángeles. Cada hora, unos cien aviones atronaban encima de nuestras cabezas, interrumpiendo las clases de Katarina y también el escaso tiempo libre que yo pasaba con mi única amiga, una chica flaca llamada Ashley que vivía en la casa de al lado.

Viví siete meses bajo esos aviones. Eran mi despertador por la mañana: al amanecer tronaban directamente sobre mi cama. Por la noche surcaban el cielo como fantasmas siniestros que me susurraban que estuviese alerta, preparada para saltar de la cama y correr al coche en cualquier momento. Como Katarina no permitía que me alejase de la casa, los aviones también eran la banda sonora de mis tardes.

Precisamente una de esas tardes, mientras la vibración del enorme avión que sobrevolaba nuestras cabezas agitaba la limonada de nuestros vasos, Ashley dijo:

—El mes que viene iré a visitar a los abuelos con mi madre. ¡Me muero de ganas! ¿Has ido alguna vez en avión?

Ashley siempre hablaba de los lugares que visitaba y de las cosas que hacía con su familia. Sabía que Katarina y yo apenas nos alejábamos de casa, y le gustaba fardar.

—No del todo.

—¿Qué quieres decir con «no del todo»? ¿O has ido en avión o no has ido. Vamos, admítelo. No te has montado nunca en ninguno.

Recuerdo que la cara me ardió de vergüenza. Ashley había dado en el clavo. Por fin reconocí:

—No, nunca he ido en avión.

Quise contarle que había viajado en algo mucho mayor, mucho más impresionante que un avioncito. Quería que supiera que había llegado a la Tierra en una nave del planeta llamado Lorien, tras hacer un trayecto de más de 150 millones de kilómetros. No lo hice porque sabía que tenía que mantener Lorien en secreto.

Ashley se burló de mí y, sin siquiera despedirse, se marchó a su casa a esperar a que su padre regresara del trabajo.

—¿Por qué no hemos viajado nunca en avión? —le pregunté a Katarina esa noche mientras ella observaba la calle a través de las persianas de mi dormitorio.

—Seis —me respondió, antes de corregirse—. Perdona, Veronica. Para nosotras es demasiado peligroso volar en avión: estaríamos atrapadas ahí arriba. ¿Sabes qué pasaría si, estando a kilómetros de altura, descubriéramos que los mogos nos han seguido a bordo?

Sabía exactamente qué pasaría. Podía imaginarme el caos, a todos los pasajeros gritando y escondiéndose bajo los asientos mientras un par de enormes soldados alienígenas corrían por el pasillo armados con espadas. Pero eso no quitaba que quisiera hacer algo tan normal, tan humano, como viajar en avión de una ciudad a otra. Desde que vivía en la Tierra, nunca había podido hacer cosas que para los otros niños de mi edad eran del todo cotidianas. No solíamos quedarnos el tiempo suficiente en un mismo lugar como para que tuviese la oportunidad de conocer a otros niños, ni mucho menos de hacer amigos; Ashley era la primera niña a la que Katarina me había permitido invitar a casa. A veces, si Katarina lo consideraba más prudente, como había ocurrido en California, ni siquiera iba al colegio.

Por supuesto, yo sabía que todo eso era necesario. Y, en general, no me molestaba. Pero Katarina se dio cuenta de que Ashley y sus aires de superioridad me habían molestado. El silencio que mantuve durante los días siguientes debió de impresionarla, porque, para mi sorpresa, nos compró dos pasajes de avión a Denver. El destino era lo de menos; ella sabía que yo quería vivir aquella experiencia.

Se lo conté a Ashley de inmediato.

Sin embargo, el día del viaje, ya delante del aeropuerto, Katarina dudó. Parecía nerviosa y se pasaba la mano por sus cortos cabellos negros, que se había teñido y cortado la noche anterior, poco antes de hacerse un nuevo documento de identidad. Una familia de cinco miembros nos adelantó por la derecha arrastrando el pesado equipaje, mientras, a nuestra izquierda, una madre llorosa se despedía de sus dos hijas. Yo solo quería unirme a ellos, formar parte de aquella escena cotidiana. Katarina seguía observando a cuantos nos rodeaban y yo empecé a impacientarme.

—No —dijo Katarina por fin—. No vamos. Lo siento, Veronica, pero no vale

la pena.

Regresamos en silencio, dejando que los atronadores motores de los aviones que se elevaban por los aires hablasen por nosotras. Cuando llegamos a casa y salimos del coche, vi a Ashley sentada en los escalones de su portal. Mientras yo cruzaba la acera hacia mi puerta, me miró y pronunció la palabra «mentirosa». La humillación fue más de lo que podía soportar.

Pero la verdad es que sí era una mentirosa. Qué irónico. No había hecho más que mentir desde mi llegada a la Tierra. Mi nombre, de dónde venía, dónde estaba mi padre, por qué no podía quedarme a dormir en casa de otras chicas... Mentir era todo lo que conocía y lo que me mantenía con vida. Pero cuando Ashley me llamó mentirosa justo cuando había dicho la verdad, me enfadé muchísimo. Subí a mi habitación hecha una furia, cerré de un portazo y di un puñetazo a la pared.

Sorprendentemente, mi puño la atravesó.

Katarina abrió la puerta de inmediato, blandiendo un cuchillo de cocina y dispuesta a atacar. Creyó que ese alboroto era cosa de los mogos. Cuando vio lo que le había hecho a la pared, comprendió que algo había cambiado en mí y, tras bajar el cuchillo, me sonrió.

—Hoy no es el día que subirás a un avión, pero sí el que empezarás a entrenar.

Ahora, siete años después, recuerdo la voz de Katarina sentada en este avión con Marina y Ella: «Estaríamos atrapadas ahí arriba», pero ahora estoy más preparada que nunca para esa posibilidad, mucho más de lo que lo habíamos estado Katarina y yo en aquellos tiempos.

He volado muchas veces desde entonces y todo ha ido bien. Sin embargo, esta es la primera que no uso mi legado de invisibilidad para subir a bordo. Ahora sé que soy mucho más fuerte y cada día que pasa aún lo soy más. Si un par de soldados mogos me atacase desde la parte delantera del avión, no se enfrentarían a una dócil jovencita. Ahora sé de lo que soy capaz; ahora soy una soldado, una guerrera. Soy alguien a quien temer, no a quien cazar.

Marina relaja las rodillas, se incorpora y suelta aire. En un susurro apenas audible, murmura:

—Estoy asustada. Quiero despegar.

—Todo irá bien —respondo en voz baja.

Me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Ayer, en el campo de batalla, Marina demostró ser una potente aliada que dispone de legados sorprendentes. Puede respirar bajo el agua, ver en la oscuridad y curar a los heridos y enfermos. Como todos los guardianes, también tiene telequinesia. Y, debido a nuestra proximidad numérica —yo soy el Número Seis y ella, el Siete—, estamos unidas por un vínculo especial. Si el hechizo todavía existiera y aún tuvieran que matarnos en orden, los mogadorianos deberían haber acabado conmigo antes de

ir a por ella. Y conmigo nunca habrían podido.

Ella está sentada en silencio al otro lado de Marina. Mientras seguimos esperando a Crayton, abre el libro de biología que tiene en el regazo y se queda mirando fijamente las páginas. Nuestra tapadera no exige este nivel de concentración y, cuando estoy a punto de decírselo, me doy cuenta de que no está leyendo: intenta pasar mentalmente la página con telequinesia, pero no lo consigue.

Ella es lo que Crayton llama una *aeternus*, alguien nacido con la capacidad de cambiar de edad a voluntad. Pero sigue siendo joven y sus legados todavía no se han desarrollado. Lo harán a su debido tiempo, por muy impaciente que esté.

Ella llegó a la Tierra en otra nave de cuya existencia yo no había oído hablar hasta que John Smith, Número Cuatro, me dijo que la había visto en sus visiones. Ella era solo un bebé, lo que implica que ahora estará a punto de cumplir doce años. Crayton dice que él es su *cêpan* no oficial, porque no hubo tiempo para que lo designaran oficialmente. Como todos nuestros *cêpan*, tiene el deber de ayudarla a desarrollar sus legados. Nos dijo que también había una pequeña manada de quimeras en su nave, animales lóricos capaces de cambiar de forma y luchar con nosotros.

Me alegra que nos acompañe. Después de la muerte de los Números Uno, Dos y Tres, solo quedamos seis. Con Ella, somos siete. Siete es un número de la suerte, si crees en ella. Yo, no. Yo creo en la fuerza.

Por fin Crayton aparece en el pasillo con un maletín negro. También lleva gafas y un traje marrón que le queda demasiado grande. Una pajarita azul asoma bajo su barbilla prominente. Se supone que es nuestro maestro.

—Hola, chicas —saluda, deteniéndose junto a nosotras.

—Hola, señor Collins —responde Ella.

—El vuelo está completo —dice Marina.

Es un código que indica que el pasaje parece correcto. Para decirle que en tierra todo parece normal, añado:

—Creo que intentaré dormir.

Él asiente con un gesto y se sienta detrás de Ella. Inclínandose entre Marina y Ella, nos aconseja:

—No desperdiciéis el tiempo en el avión. Estudiad mucho.

Eso significa: no bajéis la guardia.

Al principio, cuando nos conocimos, no supe qué pensar de Crayton. Es severo e irascible, pero tiene buen corazón y su conocimiento del mundo y de lo que en él sucede es increíble. Oficial o no, se ha tomado su papel de *cêpan* muy en serio. Dice que daría la vida por cualquiera de nosotras. Daría lo que fuera con tal de derrotar a los mogadorianos, lo que fuera con tal de vengarnos. Creo ciegamente en él.

Sin embargo, estar en este avión rumbo a la India no me hace feliz. Mi

intención era volver a Estados Unidos lo antes posible, con John y Sam. Pero ayer, mientras contemplábamos la matanza del lago desde lo alto de la presa, Crayton nos dijo que Setrákus Ra, el poderoso líder mogadoriano, pronto llegaría a la Tierra, si es que no había llegado ya; la presencia de Setrákus indica que los mogadorianos nos consideran una amenaza, así que es razonable pensar que intensificarán su campaña para matarnos. Setrákus Ra es más o menos invencible. Solo Pittacus Lore, el más poderoso de todos los Ancianos de Lorien, habría sido capaz de derrotarle. Estamos horrorizadas. ¿Qué implicaba para todos nosotros que él fuese invencible? Cuando Marina lo preguntó, cuando preguntó si alguno de nosotros tenía la menor probabilidad de derrotarle, Crayton nos dio una noticia aún más sorprendente, algo que se había confiado a todos los cêpan. Uno de los guardianes —uno de nosotros— tenía los mismos poderes que Pittacus. Uno de nosotros llegaría a ser tan fuerte como lo había sido él y podría derrotar a Setrákus Ra. Solo teníamos que esperar que ese guardián no fuese Uno, Dos o Tres, sino alguno de los que seguían con vida. En tal caso, teníamos una opción. Había que aguardar y ver quién era, así como mantener la esperanza de que esos poderes se revelaran pronto.

Crayton cree haber encontrado al guardián que tiene los poderes de Pittacus.

—He leído que en la India hay un chico con poderes extraordinarios —nos dijo entonces—. Vive en las cimas del Himalaya. Algunos creen que es la reencarnación del dios hindú Vishnu, otros lo consideran un impostor extraterrestre capaz de alterar su apariencia física.

—¿Como yo, papá? —había preguntado Ella. Su relación paterno-filial me pilló desprevenida. No pude evitar sentir celos; celos de que Ella todavía tuviese un cêpan, alguien a quien recurrir en busca de consejo.

—No cambia de edad, Ella. Se transforma en animales y otros seres vivos. Cuanto más leo acerca de él, más creo que es un miembro de la Guardia y que quizá sea el poseedor de todos los legados, el que puede enfrentarse a Setrákus y derrotarlo. Hay que encontrarlo cuanto antes.

Ahora mismo no me apetece embarcarme en la ciega búsqueda de otro miembro de la Guardia. Sé dónde está John, o dónde se supone que está. La voz de Katarina insiste en que siga mi instinto, me dice que debo comunicarme con John por encima de todo. Es la decisión menos arriesgada. Sin duda, es menos arriesgado que volar por el mundo basándome en una corazonada de Crayton y algunos rumores de Internet.

—Podría ser una trampa —sugerí—. ¿Y si han colado esas historias para que las encontremos y hagamos exactamente lo que estamos haciendo?

—Entiendo tu inquietud, Seis, pero confía en mí; soy un maestro en eso de infiltrar historias en Internet. No es una trampa: hay demasiadas fuentes que hablan de ese chico en la India. No ha huido ni se ha escondido; se limita a estar ahí y, al parecer, es muy poderoso. Si es uno de vosotros, debemos encontrarlo

antes que los mogadorianos. Nos reuniremos con Cuatro en Estados Unidos en cuanto hayamos terminado este viaje —aseguró Crayton.

Marina me miró. Quería encontrar a John tanto como yo; había estado siguiendo sus hazañas en Internet y su intuición le decía que era uno de los nuestros, algo que yo le había confirmado.

—¿Lo prometes? —le preguntó a Crayton. Él asintió.

La voz del piloto me saca de mi ensueño. Estamos a punto de despegar. Me muero por modificar la ruta del avión y dirigirlo al oeste de Virginia Occidental, donde están John y Sam. Espero que se encuentren bien. Me imagino a John en la celda de una prisión. No tendría que haberle hablado de la base mogadoriana de la montaña, pero John quería recuperar su Cofre y me fue imposible convencerle de lo contrario.

El avión rueda por la pista y Marina me agarra de la muñeca.

—Ojalá Héctor estuviese aquí. Seguro que se le ocurría algo para hacerme sentir mejor.

—No te preocupes, nos tienes a nosotras —repite Ella, tomándola de la mano.

—Y ya se me ocurrirá algo para que te sientas mejor —añado.

—Gracias —dice Marina, aunque más que un agradecimiento parece un hipo atragantado. Dejo que me clave las uñas en la muñeca. Le dedico una sonrisa de ánimo y, al cabo de un instante, ya estamos en el aire.

CAPÍTULO DOS



LLEVO DOS DÍAS DEBATIÉNDOME ENTRE LA CONCIENCIA y la inconsciencia, entrando y saliendo de una enfermedad alucinatoria. Los efectos mentales y físicos del campo de fuerza azul que rodea la montaña de los mogadorianos duran más de lo que dijo Nueve. A cada instante mis músculos se tensan y arden de dolor.

Para distraerme del sufrimiento contemplo el diminuto dormitorio de esta casa abandonada y prácticamente en ruinas. Nueve no podría haber elegido un escondite más asqueroso. Desconfío de lo que ven mis ojos: el papel amarillo de la pared cobra vida y su estampado desfila por las manchas de moho como si fuera una colonia de hormigas; el techo resquebrajado parece respirar, y sube y baja a una velocidad de infarto. En la pared que separa la sala del dormitorio hay un boquete enorme, como si alguien lo hubiese abierto a mazazos. El suelo de la habitación está cubierto de latas de cerveza estrujadas y los animales han reducido los zócalos a astillas. Algo se mueve en los árboles de fuera, pero estoy demasiado débil para alarmarme. Anoche me desperté con una cucaracha en la mejilla, pero apenas tuve energía para apartarla de un manotazo.

—Eh, Cuatro. ¿Estás despierto? —dice alguien desde el otro lado del agujero

de la pared—. Es hora de comer y se enfría el almuerzo.

Me levanto a duras penas. La cabeza me da vueltas, me tambaleo hacia lo que antes era la sala y acabo desplomándome en la sucia alfombra gris. Sé que Nueve está ahí, pero no consigo mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para encontrarlo. Solo quiero descansar la cabeza en el regazo de Sarah. O en el de Seis. Cualquiera de los dos. No puedo pensar con claridad.

Noto algo cálido en el hombro. Al darme la vuelta, veo a Nueve sentado en el techo, con su larga cabellera colgando hacia abajo. Mastica algo y tiene las manos grasientas.

—Dímelo otra vez: ¿dónde estamos?

El sol entra por las ventanas a raudales y me obliga a cerrar los ojos. Necesito dormir más. Necesito algo, lo que sea, para recuperar la lucidez y las fuerzas. Tanteo torpemente el colgante azul con la vana esperanza de que me transmita un poco de energía, pero sigo sintiendo su contacto frío en el pecho.

—En el norte de Virginia Occidental —responde Nueve entre mordisco y mordisco—. Nos quedamos sin gasolina, ¿recuerdas?

—Un poco —susurro—. ¿Dónde está Bernie Kosar?

—Fuera, ese siempre está patrullando. Es un animal alucinante. Dime, Cuatro: ¿por qué, de todos los guardianes, acabaste precisamente con él?

Me arrastro a un rincón de la habitación y apoyo la espalda en la pared.

—BK estaba conmigo en Lorien. Entonces se llamaba Hadley. Supongo que Henri creyó conveniente que nos acompañara en el viaje.

Nueve arroja un huesecillo desde el techo.

—Cuando era niño también tuve un par de quimeras. No recuerdo cómo se llamaban, pero aún las veo correteando por casa, rompiéndolo todo. Murieron en la guerra, protegiendo a mi familia. —Nueve guarda silencio unos instantes, apretando la mandíbula. Es la primera vez que no se hace el duro delante de mí. Una visión agradable, aunque sea breve—. Al menos eso es lo que me dijo mi cêpan.

Descubro que voy descalzo.

—¿Cómo se llamaba tu cêpan?

—Sandor —me responde, poniéndose de pie en el techo. Lleva mis zapatos—. Qué raro, no recuerdo la última vez que pronuncié su nombre en voz alta. Hay días que ni siquiera recuerdo su cara. —La voz de Nueve se endurece; cierra los ojos y añade—: Pero así son las cosas, supongo. Ellos son los prescindibles.

Esa última frase me indigna.

—¡Henri no era prescindible, ni tampoco Sandor! Ningún lórico lo es. ¡Y devuélveme mis zapatos!

Nueve arroja los zapatos al suelo; luego anda tranquilamente por el techo y baja por la pared.

—Vale, vale. Ya sé que no era prescindible, tío. Solo que a veces es más fácil

pensar así, ¿sabes? La verdad es que Sandor era un cêpan increíble. —Llega al suelo y se yergue sobre mí. Había olvidado que es altísimo. Intimida. Me planta en la cara lo que ha estado comiendo—. ¿Quieres o no? Porque estoy a punto de terminármelo.

La visión de esa comida me revuelve el estómago.

—¿Qué es?

—Conejo a la brasa. Lo mejor de la naturaleza.

No me atrevo a abrir la boca para responder, por miedo a devolver. Vuelvo a la habitación tambaleándome sin hacer caso de la carcajada que me sigue. La puerta del dormitorio está tan deformada que es casi imposible cerrarla, pero la empujo todo lo que puedo. Me acuesto en el suelo usando la sudadera como almohada y pienso en cómo he terminado aquí, cómo he terminado así. Sin Henri. Sin Sam. Sam es mi mejor amigo y me parece increíble que lo hayamos abandonado. Durante varios meses Sam viajó y luchó a mi lado: fue siempre atento, leal y considerado. Nueve es todo lo contrario: temerario, arrogante, egoísta y un bruto rematado. Recuerdo a Sam en la cueva de los mogos, con un arma al hombro, mientras los soldados enemigos nos rodeaban. No pude llegar hasta él. No pude rescatarlo. Tendría que haber peleado más, haber corrido más rápido. Tendría que haber pasado de Nueve y haber regresado junto a mi amigo. Él lo hubiera hecho por mí. El peso de la culpabilidad me paraliza hasta que por fin me quedo dormido.



Todo está a oscuras. Ya no me encuentro en la casa de las montañas, con Nueve, ni tampoco siento los dolorosos efectos del campo de fuerza azul. He recuperado la lucidez, pero no sé dónde estoy, ni cómo he llegado hasta aquí. Cuando pido ayuda a gritos, no oigo mi voz, aunque muevo los labios. Avanzo despacio, con las manos extendidas. De pronto, el lumen de mis palmas empieza a brillar. Al principio la luz es débil, pero enseguida se transforma en dos potentes focos.

—John. —Un susurro ronco pronuncia mi nombre.

Desplazo las manos para descubrir dónde me encuentro, pero la luz solo revela más vacío y oscuridad. Empiezo a tener una visión. Enfoco las palmas hacia el suelo para que mi lumen me muestre el camino y avanzo en dirección a la voz. El ronco susurro sigue repitiendo mi nombre, una y otra vez. Parece alguien joven y aterrizado. Entonces otra voz, bronca y entrecortada, empieza a dar órdenes a gritos.

Poco a poco las voces se van oyendo con más nitidez. Es Sam, mi amigo perdido, y Setrákus Ra, mi peor enemigo. Sé que estoy acercándome a la base de mogadoriana. Veo el campo de fuerza azul, la fuente de tanto dolor. Por alguna

razón, sé que ahora no me afectará y lo atravieso sin vacilar: oigo gritos, pero no son míos, sino de Sam. Su voz torturada me taladra la cabeza mientras me voy adentrando en el laberinto de túneles de la montaña. Veo los restos chamuscados que dejó nuestra reciente batalla, cuando arrojé una bola de lava verde a los depósitos de gas del pie de la montaña y estallaron en un mar de fuego. Cruzo la cavernosa sala principal y sus estrechas cornisas en espiral. Avanzo por el puente de piedra que Sam y yo cruzamos no hace mucho bajo el manto de invisibilidad. Recorro desvíos y pasillos, obligado a oír en todo momento los desgarradores gritos de mi mejor amigo.

Sé adónde me dirijo incluso antes de llegar. La constante inclinación del suelo me lleva a la amplia estancia donde se encuentran las celdas.

Allí están. Veo a Setrákus Ra en el centro de la habitación: es gigantesco y de aspecto repugnante. Y ahí está Sam. Lo tiene suspendido junto a él, en el interior de una pequeña jaula esférica. Es su burbuja de tortura particular. Sam cuelga con los brazos extendidos muy por encima de la cabeza y un par de cadenas le mantienen las piernas bien abiertas. Una serie de caños derraman líquido hirviente en diferentes partes de su cuerpo. La sangre se ha acumulado y secado bajo la jaula.

Me detengo a unos tres metros. Setrákus Ra intuye mi presencia y se vuelve; los tres colgantes lóricos de los otros niños guardianes que ha matado penden de su enorme cuello. La cicatriz que le rodea la garganta palpita con una energía oscura.

—No nos habíamos encontrado —gruñe.

Abro la boca, pero emito ningún sonido. Los ojos azules de Sam se vuelven hacia mí, pero no sé si me ve.

Más líquido caliente cae sobre las muñecas, el pecho, las rodillas y los pies de Sam. Un grueso chorro se derrama en su mejilla y le resbala por el cuello. Al ver a Sam torturado, mi voz se libera por fin.

—¡Suéltalo! —grito.

La mirada de Setrákus se endurece. Los colgantes que lleva en el cuello resplandecen y el mío responde iluminándose también. La loralita azul me quema la piel y se incendia súbitamente cuando mi legado se manifiesta.

—Lo soltaré si vuelves a la montaña a luchar conmigo —me responde.

Echo un rápido vistazo a Sam y veo que ha perdido su batalla con el dolor: se ha desmayado y cuelga con la barbilla apoyada en el pecho.

Setrákus Ra señala el cuerpo marchito de Sam y dice:

—Decide. Si no vienes, lo mataré y después acabaré con el resto. Si vienes, los dejaré vivir a todos.

Oigo una voz que grita mi nombre, que me dice que me mueva. Nueve. Me incorporo sobresaltado y abro los ojos. Estoy empapado en sudor. Miro por el boquete de la pared y tardo unos segundos en ubicarme.

—¡Tío! ¡Arriba! —grita Nueve desde el otro lado de la puerta—. ¡Tenemos montones de cosas que hacer!

Me pongo de rodillas y busco el colgante que llevo al cuello. Lo estrujo con todas mis fuerzas e intento sacarme los gritos de Sam de la cabeza. La puerta del dormitorio se abre. Nueve está en el umbral, secándose la cara con el dorso de la mano.

—Lo digo en serio, colega. Hay que largarse de aquí.

CAPÍTULO TRES



EL AIRE ESTÁ ENRARECIDO CUANDO SALIMOS DEL aeropuerto de Nueva Delhi. Andamos por la acera, mientras los coches nos pasan rozando entre bocinazos, avanzando trabajosamente por las calles congestionadas. Crayton lleva el Cofre de Marina bajo el brazo. Los cuatro estamos alerta, pendientes de cualquier indicio de problemas, de la menor señal de que nos están siguiendo. Llegamos a un cruce y la gente nos empuja por todas partes: mujeres que avanzan con grandes cestas en la cabeza, hombres que nos gritan que nos apartemos, cargados con cubos de agua en los hombros. Los olores, el ruido, la proximidad física de este mundo caótico podría confundirnos. Seguimos atentos.

Al otro lado de la calle hay un bullicioso mercado que parece extenderse a lo largo de kilómetros. Un montón de niños que intentan vendernos baratijas se apiñan a nuestro alrededor, mientras rechazamos educadamente sus tallas de madera y sus joyas de marfil. Me sorprende este caos organizado y me siento feliz en esta vida tan cotidiana, feliz de poder vivir este momento ajeno a nuestra guerra.

—¿Adónde vamos? —pregunta Marina, levantando la voz para hacerse oír por encima del bullicio.

Crayton observa a la multitud que cruza la calle.

—Ahora que nos hemos alejado del aeropuerto y sus cámaras, supongo que podremos encontrar un... —Un taxi se detiene junto a nosotros dejando tras de sí una nube de polvo. El conductor abre la puerta del pasajero y Crayton acaba la frase—: Taxi.

—Por favor. ¿Adónde os llevo? —pregunta el taxista. Es joven y parece nervioso, como si este fuera su primer día de trabajo. Ya sea porque percibe el estado de ánimo del taxista o porque está desesperada por alejarse del gentío, Marina entra de un salto en el vehículo y se acomoda de inmediato al fondo del asiento trasero.

Crayton le da una dirección al taxista y se sienta delante. Ella y yo nos apretujamos detrás, con Marina.

El taxista asiente con un gesto y pisa el acelerador a fondo: todos nos precipitamos irremediabilmente hacia atrás y nos quedamos con la espalda pegada al respaldo de plástico roto. Nueva Delhi se convierte en un torbellino de colores vivos y sonidos fugaces. Dejamos atrás a automóviles y *rickshaws*, cabras y vacas. Doblamos las esquinas tan rápido que me sorprende que no nos quedemos suspendidos sobre dos ruedas. Son tantos los peatones que estamos a punto de atropellar que he perdido la cuenta... Creo que será mejor no fijarme. El taxi nos zarandea de un lado al otro, y lo único que nos impide acabar en el suelo infecto del coche es que nos agarrarnos las unas a las otras y a cualquier cosa que tengamos a mano.

De pronto, el taxi se sube al bordillo y avanza a toda velocidad por una acera estrecha para evitar un embotellamiento. Es una locura, y confieso que me encanta. Tantos años de huir, esconderme y luchar me han convertido en toda una adicta a la adrenalina. Marina planta la mano en el reposacabezas delantero y se niega a mirar por la ventanilla, mientras Ella intenta no perderse detalle.

Sin previo aviso, el taxista se desvía bruscamente por una calle de viejos almacenes. Hombres armados con AK-47 flanquean la calle. Nuestro conductor les saluda con un gesto mientras pasamos a toda velocidad. Crayton se vuelve para mirarme. Al ver la expresión preocupada de su rostro, el nudo que siento en el estómago se estrecha aún más. De pronto, la calle está vacía, sin un solo vehículo.

—¿Adónde nos llevas? —pregunta Crayton al taxista—. Tenemos que ir al sur y tú vas hacia el norte.

Entonces Marina levanta la cabeza y Ella me mira inquisitiva.

De pronto el vehículo se detiene bruscamente. El taxista abre la puerta, sale del taxi y se aleja corriendo. Una docena de furgonetas y camiones camuflados nos rodean. Todos los vehículos llevan algo de color rojo pintado en las puertas, pero no consigo ver qué es. Hombres vestidos de paisano se apean de las furgonetas armados con metralletas.

Ahora noto el subidón de adrenalina que siempre precede a las peleas. Veo la expresión aterrorizada de Marina, pero sé que seguirá mi ejemplo. Mantengo la calma.

—¿Estáis listas? ¿Marina? ¿Ella?

Ambas asienten.

Crayton levanta la mano.

—¡Esperad! Mira los camiones, Seis. ¡Mira las puertas!

—¿Qué? ¿Qué hay en las puertas?

Los hombres se acercan, gritando cada vez con más insistencia. Estoy demasiado concentrada en el peligro inminente para pensar en lo que dice Crayton. Si alguien armado me amenaza, ya sea a mí o a mis seres queridos, me aseguro de que se arrepienta.

Marina mira por la ventana.

—¡Mira, Seis! Esos son números...

Justo cuando alguien abre la puerta de Marina, entiendo por fin a qué se refieren: las marcas rojas de los camiones son ochos.

—¡Fuera! —grita el hombre.

—Haced lo que os dicen —indica Crayton en voz baja y tranquila—. Por ahora, haremos lo que quieren.

Salimos del taxi con las manos en alto, prudentemente, los cuatro paralizados por los números rojos que vemos pintados en las puertas de los camiones. Quizá nos movemos demasiado despacio, porque uno de los hombres, impaciente, empuja a Ella, que pierde el equilibrio y cae al suelo. No puedo contenerme. No me importa que estén o no con Ocho: no se derriba al suelo a una niña de doce años. Empleo la telequinesia para levantar al hombre por los aires y lo arrojo al tejado de un almacén, al otro lado de la calle. Los otros se asustan, mueven las armas de un lado a otro y se gritan entre sí.

Crayton me agarra del brazo.

—Averigüemos por qué están aquí y si saben dónde está Ocho. Después, si hace falta, los atacaremos sin piedad.

Todavía furiosa, me libero de su mano, pero asiento. Tiene razón: no sabemos lo que quieren de nosotros. Será mejor que lo descubramos antes de que no puedan explicarlo.

Un hombre alto y con barba tocado con una boina roja sale de uno de los camiones y se aproxima lentamente. Su sonrisa es confiada, pero veo recelo en su mirada. Una pequeña pistola sobresale de la funda que lleva al hombro.

—Buenas tardes y bienvenidos —dice en un inglés con mucho acento—. Soy el comandante Grahish Sharma del grupo rebelde nacionalista Vishnu Ocho. Venimos en son de paz.

—¿Y entonces a qué vienen esas armas? —pregunta Crayton.

—Las armas eran para convenceros de que nos acompañaseis. Sabemos

quiénes sois y nunca combatiríamos con vosotros. Perderíamos. Vishnu nos ha dicho que sois tan poderosos como él.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —exige saber Crayton—. ¿Y quién es Vishnu?

—Vishnu es la esencia omnipresente de todos los seres, el maestro del pasado, el presente y el futuro, el Dios Supremo y el Protector del Universo. Nos dijo que seríais cuatro, tres chicas y un hombre. Me pidió que os transmitiera un mensaje.

—¿Y cuál es el mensaje? —pregunto.

El comandante Sharma carraspea y sonríe.

—Su mensaje es: « Soy el Número Ocho. Bienvenidos a la India. Por favor, venid a verme lo antes posible» .

CAPÍTULO CUATRO



EL CIELO ESTÁ NUBLADO Y GRIS; EL BOSQUE, FRÍO Y oscuro. Los árboles han perdido casi todas las hojas y yacen muertas en el suelo. Nueve camina delante, escrutando el entorno en busca de una presa que cazar.

—Sabes, ese conejo estaba mejor de lo que esperaba. —Se saca un pedazo de liana del bolsillo y se recoge en una cola el enmarañado cabello negro—. Volveré a prepararlo esta noche, si te apetece.

—Ya se me ocurrirá otra cosa.

Parece sorprendido de mis remilgos.

—¿Te da miedo comer carne de caza? Tienes que comer si quieres recuperar fuerzas. No sé por qué, pero nuestras piedras curativas no te alivian nada el dolor: ¡vaya mierda! Y esa enfermedad tuya es una lata; nos hace perder mucho tiempo, colega. Tienes que ponerte bien para que podamos pirarnos de aquí.

Al tratar de andar, me doy cuenta de lo débil que estoy: el cansancio me invade enseguida. Nos encontramos a tan solo unos doscientos metros de la cabaña y ya estoy agotado. Me muero por volver y echarme a dormir, pero sé que no me recuperaré a menos que mueva el culo y camine.

—Oye, Nueve, deja que te cuente lo que he soñado —le digo.

Nueve suelta un bufido de desdén.

—¿Un sueño? No, gracias, tío. Bueno, a menos que salgan chicas. En ese caso, ya puedes contármelo, y con todo lujo de detalles.

—He visto a Setrákus Ra: he hablado con él. Me ha ofrecido un trato.

Nueve se detiene un instante, y reanuda la marcha.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de trato?

—Si volvía y me enfrentaba a él, dejaría vivir a todos los demás, Sam incluido.

Nueve se burla de nuevo.

—Eso es una chorrada. Los mogadorianos no hacen tratos. Al menos no con la intención de mantenerlos hasta el final. Y no tienen piedad.

—Pero ¿por qué no fingir que acepto su oferta? De todos modos tengo que regresar a la cueva y rescatar a Sam.

Nueve se vuelve hacia mí; su cara es una máscara de indiferencia.

—Siento tener que darte la noticia, colega, pero lo más probable es que Sam esté muerto. A los mogos les importamos un carajo y tampoco les importan los humanos. Yo diría que has tenido una pesadilla; siento que te hayas asustado y aún más que necesites aburrirme con el tema. Pero aunque hubieses canalizado a Setrákus Ra, está clarísimo que esa oferta es una trampa: si vuelves allí, seguro que morirás. La palmarás antes de haberte acercado ni diez kilómetros, fijo.

Nueve da media vuelta y se aleja.

—¡Sam no está muerto! —le grito, y el enfado me da una fuerza que no sentía desde hacía días—. Y el sueño era real. ¡Setrákus Ra lo torturaba! ¡Un líquido le quemaba la piel! No voy a quedarme sentado y dejar que eso siga así.

Nueve vuelve a reír, esta vez sin desdén. No llega a ser reconfortante, pero al menos sí más amable.

—Oye, Cuatro. Estás tan débil que ni tienes fuerzas para correr: ¿cómo vas a luchar con el ser más poderoso de la galaxia? Sé que suena cruel, colega, pero Sam es humano. No puedes salvarlos a todos, así que deja de malgastar tiempo y energía. Tampoco es que te sobren.

El lumen de mi mano empieza a encenderse. Ahora puedo controlarlo: es una mejora considerable. Espero que el resplandor sea una señal de que los efectos del campo de fuerza azul están desapareciendo.

—Oye, Nueve: Sam es mi mejor amigo. Más vale que te quede claro; y guárdate tus opiniones sobre mi energía, ¿vale?

—No, oye tú —responde Nueve fríamente—. No estamos en la hora del recreo, estamos en guerra, tío: en guerra. Y anteponiendo lo que sientes por Sam haces más vulnerables a los demás. No dejaré que nos abandones para enfrentarte con Setrákus Ra solo por Sam. Esperaremos el tiempo que haga falta, hasta que te encuentres mejor, y luego nos reuniremos con los otros y entrenaremos hasta que estemos listos. Si no te gusta, entonces tendrás que luchar

conmigo para salir de aquí. Y te advierto que yo tengo ganas de pelea, así que por mí adelante. Me irá bien practicar.

Levanta la mano y apunta entre los árboles. Un segundo después oigo un chillido entrecortado.

—Ya lo tengo. —Nueve sonríe, claramente orgulloso de sus habilidades telequinésicas para la caza. Voy tras él, dispuesto a no rendirme.

—¿No hay nadie por quien darías la vida? ¿Alguien por quien te arriesgarías a morir?

—Arriesgo mi vida por Lorien —dice Nueve, clavándome la mirada de un modo que me obliga a escuchar—. Moriré por Lorien o por cualquier lórico. Y si muero (y ese es un gran condicional), pienso hacerlo con dos cabezas de mogo estrujadas entre las manos y otra más bajo el pie. No me apetece tener tu símbolo marcado en la pierna, conque madura un poco: deja ya de ser tan ingenuo y pensar solo en ti.

Sus palabras no me dejan indiferente. Soy consciente de que Henri coincidiría con él, pero no abandonaré a Sam. No sé si es la arrogancia de Nueve, la importancia del sueño que acabo de tener o el aire puro y el paseo, pero, por primera vez desde hace días, tengo la sensación de haber recuperado la fuerza y la lucidez.

—Sam me salvó el culo más de una vez y su padre recibió nuestra nave cuando aterrizamos en la Tierra. Hasta es posible que su padre muriese por nosotros, por Lorien. Se lo debes a los dos: vuelve a la cueva conmigo. Hoy.

—Ni de coña.

Avanzo hacia él y Nueve no vacila: me sujeta con fuerza y me arroja contra un árbol. Me incorporo como puedo y, justo cuando estoy a punto de golpearlo, oímos el chasquido de unas ramas detrás de nosotros. Nueve se vuelve rápidamente. Yo pego la espalda al árbol e ilumino las palmas levemente, listo para cegar a quien sea con mi lumen. Espero no haber sobrestimado la fuerza que he recuperado.

Nueve se acerca y me susurra:

—Siento lo del árbol. Descubramos quiénes nos siguen y matémoslos antes de que nos maten a nosotros.

Asiento con un gesto y nos ponemos en marcha. El ruido procedía de un pequeño pinar cuyas frondosas agujas ofrecen un camuflaje perfecto. Si de mí dependiera, esperaría a ver a qué o a quién nos enfrentamos, pero Nueve no es así. Exhibe una extraña sonrisita mientras nos dirigimos a los árboles, listo para destruir cualquier cosa que aparezca. Los pinos vuelven a crujir y una de las ramas más bajas se mueve. Pero lo que vemos no es un cañón mogadoriano ni una espada resplandeciente, sino la negra naricita de un beagle marrón y blanco.

—Bernie Kosar —digo, aliviado—. Me alegro de verte, colega.

Se acerca correteando y me inclino para acariciarle la cabeza. Es la única

criatura que ha estado a mi lado desde el principio. Bernie Kosar me dice que se alegra de que me haya levantado.

—¿Ha tardado lo suyo, eh? —se burla Nueve.

Había olvidado que Nueve también ha desarrollado el legado para comunicarse con los animales. Sé que es inmaduro por mi parte, pero me molesta compartir ese poder con él. Ya es el guardián más grande y fuerte que he visto, puede transferir poderes a los humanos, tiene un legado antigraavedad, supervelocidad, superoído, telequinesia y todo lo que todavía no me ha contado. Mi lumen me distingue del resto, pero a menos que encuentre una fuente de fuego para combinarlo, apenas sirve de nada. El legado que me permite hablar con los animales es algo que quería seguir desarrollando, pero ahora estoy seguro de que Nueve sabrá sacarle más partido que yo.

Bernie Kosar debe de ver la decepción de mi cara, porque me pregunta si quiero dar un paseo. Solos.

Nueve lo oye y dice:

—Adelante, de todos modos BK solo habla de ti. Cuando no patrullaba el perímetro estaba en el dormitorio, cuidándote.

Le sigo acariciando la cabeza.

—De modo que eso hacías, ¿eh?

Bernie Kosar me lame la mano.

—Mi otro mejor amigo —añado—. Yo también moriría por ti, BK.

Nueve suelta un gemido ante esta exhibición emotiva. Se supone que deberíamos apoyarnos los unos a los otros en esta inmensa guerra intergaláctica, pero a veces desearía que solo estuviéramos BK y yo. Y Sam. Y Sarah. Y Seis. Y Henri. La verdad, me los quedaría a todos... menos a Nueve.

—Voy a buscar lo que he cazado por ahí para asegurarme de que esta noche tenemos algo para cenar —dice Nueve, alejándose—. Vosotros id a dar ese paseo especial. Cuando volváis, tendremos que decidir cómo vamos a encontrar al resto de los guardianes. Ahora que ya funcionas.

—¿Y cómo vamos a encontrarlos? La dirección con el punto de encuentro que nos dio Seis estaba en el bolsillo de Sam. Seguramente ahora lo tienen los mogos y estarán esperando a que Seis aparezca: en mi opinión, una razón de más para encontrar a Sam —digo en plan indirecta.

Bernie Kosar está de acuerdo. Me da la impresión de que tiene casi tantas ganas de encontrar a Sam como yo.

—Lo hablaremos mientras cenemos. Creo que comeremos comadreja, o rata almizclera —responde Nueve mientras se interna en el bosque en busca de su presa.

Bernie Kosar me indica que le siga; avanzamos entre los árboles y bajamos una ladera de hierba alta. El terreno se allana un par de metros antes de volver a ascender. Nos desplazamos rápidamente y, ahora que he recuperado las fuerzas,

el ejercicio me sienta de muerte. Dos árboles enormes entrelazan sus copas en lo alto. Me concentro y los aparto con el pensamiento. En cuanto se abre un espacio entre ellos, BK cruza de un salto y yo lo persigo, recordando nuestras carreras matinales en el instituto de Paradise. Entonces la vida era mucho más fácil: me pasaba el día entrenando con Henri y disfrutando de mis momentos de ocio con Sarah. Era emocionante descubrir todo lo que era capaz de hacer, hasta qué punto mis poderes podían ayudarme a conseguir lo que hiciese falta. Hasta cuando me sentía frustrado o asustado, había tantas posibilidades que no tenía más que concentrarme en eso. Entonces no tenía ni idea de lo bien que estaba.

Cuando llegamos a lo alto de un pequeño pico, ya tengo la espalda empapada de sudor. Estoy recuperado, pero no al cien por cien. La vista es espectacular: una panorámica de los Apalaches cubiertos de abetos y bañados por la luz del atardecer. El paisaje se extiende a lo largo de kilómetros.

—Lo reconozco, colega, es un paisaje increíble. ¿Esto es lo que querías que viese?

A lo lejos, abajo a la izquierda. ¿Lo ves?

Examino el paisaje.

—¿En ese valle profundo?

Detrás. ¿Ves ese resplandor?

Aguzo la vista y miro más allá del valle. Hay una espesa arboleda y el contorno apenas visible del lecho rocoso de un río. Y entonces lo veo. Entre los árboles, al fondo a la izquierda, se adivina un reflejo resplandeciente de luz azul. Es el campo de fuerza que rodea el campamento de los mogos.

No puede estar a más de tres kilómetros de distancia. Bernie Kosar me dice que podemos regresar ahora mismo, si quiero. Esta vez podrá entrar conmigo: Sam y yo inutilizamos el sistema que emitía un gas mortal para los animales.

Un escalofrío me recorre el cuerpo ante la visión de esa luz. Sam está ahí dentro. Y Setrákus Ra.

—¿Y qué pasa con Nueve?

Bernie Kosar se pasea alrededor de mis piernas antes de sentarse a mis pies y dice:

Depende de ti. Nueve es rápido y fuerte, pero también impredecible.

—¿Lo has traído aquí arriba? —pregunto—. ¿Sabe lo cerca que estamos?

Bernie Kosar ladea la cabeza, como asintiendo. Me parece increíble que Nueve lo sepa y no me lo haya contado. Ya me he hartado. Paso de Nueve.

—Volveré a la casa. Le daré a Nueve la opción de acompañarnos, pero, diga lo que diga, ha llegado el momento de enfrentarme a Setrákus Ra.

CAPÍTULO CINCO



AVANZAMOS A TROMPICONES POR UNA CARRETERA LLENA DE

baches montados en un camión militar. Estamos en las afueras de la ciudad. Echo un vistazo, y veo una inmensa cordillera a lo lejos, pero eso no me dice mucho. Hay vehículos cargados de soldados delante y detrás y tengo el Cofre a mis pies y Seis, a mi lado. Eso me relaja y respiro mejor. Tras la batalla en España, solo me siento relativamente segura cuando Seis anda cerca.

Jamás hubiese imaginado que echaría de menos a las Hermanas de Santa Teresa, pero ahora mismo daría cualquier cosa por volver al convento. Estuve años pensando únicamente en escapar de sus normas y castigos, y ahora que lo he conseguido solo deseo volver a algo que me resulte familiar, aunque sea la disciplina religiosa. Mi cêpan, Adelina, ha muerto asesinada a manos de los mogadorianos. Mi mejor y único amigo, Héctor Ricardo, también ha fallecido. Y los mogos arrasaron el pueblo y el convento; ya no queda ni rastro de ellos. Esas muertes me pesan: Adelina y Héctor lucharon para protegerme. Dios, espero no estar maldita. Odio pensar que mi inexperiencia y mi falta de entrenamiento puedan perjudicar a alguien más. No quiero que mi presencia ponga en peligro la misión de la India.

Por fin el comandante Sharma se vuelve y nos dice qué terreno pisamos.

—El trayecto durará unas horas. Por favor, poneos cómodos. Tenéis agua en la neverita de atrás. No llaméis la atención ni os comunicéis con nadie, ni siquiera con una sonrisa o un gesto. Nos buscan.

Crayton asiente.

—¿Qué piensas de todo esto? —le pregunta Seis—. ¿Crees que él estará ahí arriba?

—Tiene sentido.

—¿Y eso por qué? —Quiero saber yo.

—Las montañas son un escondite ideal para un miembro de la guardia. Hace años que la gente teme acercarse a los glaciares del norte de China. Las historias de avistamientos extraterrestres han asustado a la población local y los militares chinos no han podido investigar esos informes porque un misterioso lago que ha aparecido en el valle les bloquea el acceso. Quién sabe hasta dónde llega la verdad y hasta dónde los rumores, pero, sea como fuere, es un sitio excelente para ocultarse.

—¿Crees que hay otros extraterrestres además de Ocho? —pregunta Ella—. ¿Mogadorianos, por ejemplo?

Yo estaba preguntándome lo mismo.

—No sé quién más habrá ahí arriba, pero pronto lo averiguaremos —asegura Crayton. Se seca el sudor de la frente y toca mi Cofre con la punta del dedo—. Entre tanto, si Marina es tan amable de compartirlo, debemos aprender a usar lo que hay aquí dentro para prepararnos.

—Claro —susurro, bajando la vista hacia el Cofre. No me opongo a compartir mi herencia, pero me avergüenza lo poco que la entiendo. En teoría debería haber compartido mi Cofre con Adelina; ella tendría que haberme explicado cómo utilizar su contenido, de qué modo podía salvarme la vida. Pero no lo hizo. Al cabo de instante, añado—: Aunque no sé de qué va.

Crayton se acerca y me acaricia la mano.

—No te preocupes; te enseñaré todo lo que pueda —me asegura mirándome con ojos solemnes y al mismo tiempo alentadores—. Ahora no soy solo el cêpan de Ella, sino de todas vosotras. Mientras siga con vida puedes contar conmigo, Marina.

Asiento con un gesto y acerco la mano al candado. Ahora que Adelina ha muerto tengo el amargo privilegio de poder abrir el Cofre sola. Seis me mira; sé que entiende muy bien cómo me siento, porque también ha perdido a su cêpan. El frío candado tiembla bajo mi piel y cae al suelo del camión con ruido metálico. La pista por la que avanzamos está llena de baches y escombros, y con tanto traqueteo me resulta difícil mantener la mano firme cuando la meto en el Cofre. Procuro no tocar el cristal rojo que resplandece en uno de los rincones y que tantos problemas me dio en el campanario del orfanato; llegué a pensar que

era una granada lórica o algo peor. Cojo unas gafas de sol.

—¿Sabes para qué sirven? —le pregunto a Crayton mientras las examina. Al cabo de un segundo, me las devuelve negando con la cabeza.

—No estoy seguro, pero puede que te permitan atravesar objetos con la mirada, como una visión de rayos X. O quizá sean un detector térmico, para ver en la oscuridad. Solo hay una forma de averiguarlo, como ya sabrás.

Me pongo las gafas y miro por la ventana. Aparte de amortiguar el resplandor del sol, no pasa nada más. Bajo la mirada hacia mis manos, pero son tan sólidas como de costumbre y cuando examino el rostro de Crayton, no veo ni rastro de manchas térmicas.

—¿Y bien? ¿Qué hacen? —pregunta Seis.

—No lo sé —reconozco mientras contemplo una vez más el árido paisaje con la esperanza de descubrir el secreto de las gafas—. A lo mejor solo son unas gafas normales y corrientes.

—Lo dudo —dice Crayton—. Tendrás que descubrirlo, como todo lo que hay ahí.

—¿Me dejas verlas? —pregunta Ella.

Después de entregarle las gafas, se las pone, se vuelve y mira por la ventana. Yo me concentro en mi Cofre.

—Un momento: todo se ve distinto, pero no sé por qué. Es como si lo viese todo a cámara lenta... O puede que acelerado... No estoy segura. —De pronto, Ella se sobresalta y grita—: ¡Un misil! ¡Un misil!

Seguimos su línea de visión, pero no vemos más que el cielo azul y despejado.

—¿Dónde? —la insta Crayton.

Ella señala lo alto del cielo.

—¡Salid del camión! ¡Tenemos que salir ya!

—Ahí no hay nada. —Seis otea el horizonte—. Ella, creo que esas gafas te confunden porque yo no veo nada.

Ella no escucha. Me pasa por encima con las gafas todavía puestas y abre la puerta del camión. Rocas afiladas y arbustos secos flanquean la pista.

—¡Saltad! ¡Ahora!

Por fin lo oímos, un silbido amortiguado, y de pronto aparece una mancha negra justo donde Ella señalaba con el dedo.

—¡Salid! —chilla Crayton.

Agarro el Cofre y salto. Mis pies se golpean contra el duro suelo, resbalan y de pronto el mundo se convierte en un torbellino de pinceladas marrones y azules, y de dolores agudos. La rueda trasera del camión me roza el brazo y cambio de dirección justo a tiempo de esquivar el siguiente camión. Me golpeo la cabeza con una piedra afilada y doy una última vuelta antes de aterrizar sobre mi Cofre. El impacto me deja sin respiración y el contenido del Cofre se

desparrama por la tierra. Oigo que Ella y Seis tosen cerca, por alguna parte, pero la nube de polvo que nos rodea no me permite verlas. Al cabo de un segundo, el misil impacta en el suelo, justo detrás del camión del que acabamos de saltar. La explosión es ensordecedora y el vehículo vuelca en medio de una nube de humo con el comandante Sharma todavía dentro. El todoterreno que lo sigue no puede esquivarlo, choca con el borde del cráter que ha abierto el misil y cae dentro. Dos misiles más atacan el convoy. La concentración de polvo es tan intensa que no podemos ver los helicópteros que nos sobrevuelan, pero sí los oímos.

Tanteo a ciegas el terreno para intentar recuperar todo el contenido del Cofre. Seguramente estaré recogiendo tantas rocas y ramas como piezas de mi herencia, pero ya lo solucionaré más tarde.

Justo cuando me dispongo a guardar el cristal rojo, oigo una ráfaga de disparos.

—¿Seis? ¿Estás bien? —grito. Y entonces oigo chillar a Ella.

CAPÍTULO SEIS



ABRO FRENÉTICAMENTE ARMARIOS Y BUSCO DEBAJO DE los cuatro muebles mal contados, cuando, de pronto, oigo que alguien entra ruidosamente en la casa. Supongo que será Nueve, porque Bernie no ha gruñido.

—¡Nueve! —grito—. ¿Dónde está mi Cofre?

—Mira debajo del fregadero —me responde, también gritando.

Entro en la cocina. El suelo de linóleo parece un decrépito tablero de ajedrez en el que alguien ha derramado el café. Las manijas del armario del fregadero están sueltas y cuando tiro oigo un clic.

—¡Espera, Cuatro! —chilla Nueve desde la otra habitación—. He puesto una...

Las puertas del armario estallan y yo salgo despedido hacia atrás.

—¡Trampa! —Acaba Nueve.

Una docena de palos afilados salen disparados hacia mí. Los tengo a solo centímetros de distancia cuando mi instinto reacciona y consigo desviarlos mediante telequinesia. Los palos rebotan contra las paredes, a izquierda y derecha.

Nueve se queda riendo en el umbral.

—Lo siento, tío. Se me olvidó decirte que había hecho un apaño.

Me pongo en pie hecho una furia. Bernie Kosar llega corriendo y gruñe a Nueve. Mientras lo regaña por su estupidez, yo me concentro en sacar los palos de las paredes. Quiero que se queden flotando en el aire, apuntando a Nueve.

—No parece que lo sientas mucho.

Me estoy planteando muy en serio arrojarle las pequeñas flechas, pero él utiliza la telequinesia para partirlas en dos, cuatro y ocho pedazos antes de dejarlas caer al suelo.

—Vamos, en serio que lo olvidé —repite, encogiéndose de hombros. Se vuelve hacia la otra habitación—. Coge el Cofre y sígueme. Tenemos que largarnos, así que mejor será que empieces a hacer el equipaje.

Alumbro el armario mohoso con mi lumen y meto la cabeza bajo el fregadero. Al principio no veo nada y pienso que Nueve está tomándose el pelo. Justo cuando estoy a punto de levantarme para exigirle que me devuelva el Cofre, reparo en algo: la parte izquierda del armario es más profunda que la derecha. Tanteo y aparto la falsa pared de contrachapado. Bingo. Ahí está. Cojo el Cofre y lo saco de la cocina.

Nueve está en la sala rebuscando en el suyo, el que rescatamos de la cueva de los mogos.

—Me alegro de verte, viejo amigo —dice mientras extrae de su Cofre un tubo plateado. Después coge una cosa redonda y amarilla cubierta de bultitos. Parece una fruta exótica y casi que espero que se ponga a exprimirla para hacer un zumo. Sin embargo, se la coloca en la palma de la mano y, antes de que pueda preguntarle qué es, la arroja al suelo y retrocede rápidamente hacia la pared. La cosa impacta contra la alfombra, rebota muy alto y cambia de amarillo a negro, expandiéndose hasta alcanzar el tamaño de un pomelo. Cuando llega a la altura del hombro, los bultos estallan y se convierten en púas afiladas como cuchillas. Me agacho y ruedo hacia BK para evitar que me atraviesen.

—Pero ¡¿de qué vas?! ¡Podrías haber avisado! ¡Es la segunda vez en menos de cinco minutos que estás a punto de matarme!

Nueve no se inmuta cuando, justo antes de que la bola regrese a su mano, las púas se repliegan bruscamente hacia dentro.

—Eh, eh, ¿por qué no te calmas un poco? —Nueve se acerca la bola al ojo y yo me quedo casi sin aliento—. Sabía que no iba a alcanzarte. Puedo controlarla con el pensamiento. Bueno, en parte. Casi siempre.

—¿En parte? ¿Te estás quedando conmigo? No he visto demasiado control. He tenido que apartarme de un salto.

Nueve se aleja la bola del ojo con aspecto algo abatido, aunque no lo suficiente.

—Ahora mismo solo puedo controlar el color.

—¿Eso es todo? —pregunto, incrédulo. Él se limita a encogerse de hombros.

Bernie Kosar le dice que deje de hacer tonterías.

—Oye, solo estoy comprobando si recuerdo cómo funciona todo; al menos todo lo que sé usar —me explica Nueve mientras devuelve la bola al Cofre—. Porque nunca se sabe.

Saca la ristra de piedras verdes que utilizó en la cueva de los mogos y la arroja al aire. Las piedras flotan formando un círculo perfecto y aspiran los escombros del suelo como si fuesen un agujero negro. El círculo se desplaza girando hasta la ventana trasera y resplandece; cuando Nueve chasquea los dedos, los escombros estallan fuera del círculo y rompen lo que quedaba de la ventana.

—¡Comprobado! —exclama riendo.

Abro mi Cofre. Nueve cree que en nuestros cofres tiene que haber algo que nos ayude a encontrar a los demás. Lo primero que veo es la lata azul de café que contiene las cenizas de Henri y me quedo sin respiración. De pronto, retrocedo al bosque de Paradise, al momento en que encontré el cadáver de Henri mientras andaba por la nieve con Sarah. Le prometí a Henri que lo llevaría a Lorien y pienso hacerlo.

Deposito la lata de café en el suelo, junto al Cofre, y cojo la daga con la hoja de diamante: la empuñadura se extiende y me envuelve el puño, le doy la vuelta y contemplo el filo durante unos instantes antes de soltarla y seguir pasando revista a los demás objetos. No me demoro en aquellos que desconozco (el talismán en forma de estrella, las hojas quebradizas atadas con un cordel, el brazalete oval rojo) ni tampoco me acerco al cristal envuelto en toallas que guardé metido en una bolsa de plástico. La última vez que toqué ese cristal tuve retortijones y acidez en el estómago.

Aparto la suave roca amarilla Xitharis que transfiere los legados y levanto un cristal ovalado lleno de recuerdos. Su superficie es cérea y el interior, como una nebulosa; es el primer objeto que Henri sacó del Cofre para mostrármelo. Cuando la nube empezó a girar, indicó que mi primer legado estaba desarrollándose. Este cristal fue el principio.

Entonces veo las gafas del padre de Sam y la tableta blanca que Seis y yo encontramos en el despacho de Malcolm Goode, en el pozo. Eso basta para devolverme a la realidad.

—Quizá haya algo en nuestros cofres que nos permita cruzar el campo de fuerza azul. Además, creo que sus efectos se han debilitado. A lo mejor podemos llegar hasta Sam esta noche.

—Estaría genial que algo de los cofres nos ayudase, claro —dice Nueve como si nada, sin apartar la mirada del guijarro morado que mantiene en equilibrio en el dorso de la mano. De pronto la piedra desaparece.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Nueve se da la vuelta y el guijarro reaparece en su palma.

—No tengo ni idea, pero sería un tema de conversación perfecto para entrarle a una chica, ¿no?

Meneo la cabeza, saco del Cofre el brazalete rojo y me lo paso por la mano. Espero que me propulse al techo o que dispare un anillo de rayos láser, pero se queda ahí, colgando de mi muñeca. Agito el brazo por encima de la cabeza, pidiéndole que funcione, rogándole que me revele sus poderes. No pasa nada.

—Oye, ¿y si lo lames? —se burla Nueve.

—Probaría lo que fuese —farfulto, frustrado. Me lo dejo puesto, con la esperanza de que pase algo. Todo lo que contiene mi Cofre proviene de los Ancianos. No hay nada que no tenga un propósito, así que el brazalete habrá de servir para algo. Acaricio la bolsa de terciopelo que contiene las siete esferas que representan el sistema solar de Lorien. Abro la bolsa, dejo caer las piedras en la palma de la mano y se las muestro a Nueve, recordando el primer día que Henri me las enseñó.

—¿Es esto lo que buscabas para encontrar a los demás? Las tenía Henri. Así es como descubrí que había un miembro de la Guardia en España.

—Nunca las había visto. ¿Qué hacen?

Soplo suavemente: las piedras brillan y cobran vida. Bernie Kosar se pone a ladrar cuando ve que las esferas empiezan a flotar sobre mi mano: se han convertido en planetas y giran alrededor del sol. Cuando estoy a punto de alumbrar Lorien con mi lumen con la esperanza de darle el aspecto verde y exuberante que tenía antes del ataque mogadoriano, las esferas se aceleran, brillan más intensamente y escapan a mi control.

Nueve se acerca y los planetas empiezan a chocar uno tras otro con el sol hasta que solo queda una gran esfera ante nosotros. El nuevo globo gira sobre su eje y emite una luz tan intensa que debemos protegernos los ojos. Por fin la luz se atenúa y partes de la superficie del globo se levantan y retroceden hasta transformarse en una réplica perfecta de la Tierra.

Nueve está fascinado. La Tierra empieza a rotar y vemos de inmediato dos puntos intermitentes de luz, uno encima del otro. En cuanto conseguimos orientarnos, caemos en la cuenta de que se encuentran en Virginia Occidental.

—Aquí estamos nosotros —le digo.

El globo sigue girando y vemos otro punto de luz en la India. Un cuarto punto se desplaza rápidamente hacia el norte, por lo que parece Brasil.

—Hace unos días, cuando, estando en el coche, les mostré a Seis y a Sam nuestro sistema solar, pasó lo mismo: se convirtió en un globo terráqueo. Fue la primera vez que lo hizo.

—Estoy hecho un lío —reconoce Nueve—. Solo hay cuatro puntos en esa cosa y se supone que quedamos seis guardianes.

—Sí, eso no lo comprendo. La otra vez apareció un punto en España. Luego el globo se emborronó y oímos una voz aterrorizada que gritaba el nombre de

Adelina. Supusimos que era otro miembro de la Guardia. Fue entonces cuando Seis decidió ir a buscarlo a España. Imaginaba que pensabas conectar así con los demás, pero, si nunca había visto estas piedras, está claro que me equivocaba.

Nueve está alucinado.

—Un momento... Nunca había visto estas piedras, pero creo que Sandor me habló de ellas. Francamente, cuando abrimos mi Cofre por primera vez flipé tanto con la cosa plateada y la bola erizo amarilla que no presté mucha atención a lo que me dijo después. Pero ahora lo recuerdo: me contó que algunos de nosotros teníamos un cristal rojo (lo que tengo yo y con lo que pensaba comunicarme con los demás) y otros, el sistema solar.

—No lo capto.

Nueve vuelve a su Cofre, coge un cristal rojo del tamaño de un encendedor, cierra el Cofre y se vuelve. Miro el sistema solar y reprimo una exclamación. Uno de los puntos de Virginia Occidental ha desaparecido.

—¡Vaya! Un momento, vuelve a abrir el Cofre. Quiero ver algo.

Nueve obedece y un segundo punto azul reaparece en el globo, en Virginia Occidental.

—Vale. Ahora cierra.

Nueve lo cierra y el punto desaparece de nuevo.

—¡Qué peñazo! —exclama. Cuando Nueve habla, el globo terráqueo se vuelve borroso y, al cabo de medio segundo de haber oído su voz, se pone a vibrar—. Espera, ¿qué es eso? ¿Por qué recoge el eco de mi voz?

La Tierra vuelve a vibrar.

—Esto no es ningún peñazo: ¡es increíble! —digo sin apartar la mirada del globo—. El motivo de que no veamos a los seis miembros de la Guardia es porque la esfera solo muestra a los que tienen sus cofres abiertos en ese momento. Fíjate.

Levanto la tapa de su Cofre. Nueve silba.

—Qué pasada, Cuatro. Vaya pasada.

Medio segundo después, volvemos a oír su voz por todo el globo. Nueve, que ya lo ha comprendido, suelta el cristal.

—A juzgar por la velocidad a la que se mueve ese de Sudamérica —digo señalando el punto en movimiento—, está volando en avión. Cubre demasiado terreno, y demasiado rápido, para que pueda explicarse de otro modo.

—¿Por qué iban a tener el Cofre abierto en un avión? Eso es una tontería.

—Puede que esté en apuros. Quizá se haya escondido en el baño para descubrir para qué sirven todas estas cosas, igual que nosotros.

—¿Y ahora él también puede vernos?

—No lo sé, pero a lo mejor puede oírnos. Creo que cuando tienes ese cristal rojo en la mano, todos los que estamos en el macrocosmos terrestre podemos oírte.

—Si la mitad de nosotros tenemos el cristal y la otra mitad el poder de poner en marcha este enorme globo brillante, entonces...

—La única forma de comunicarnos en ambas direcciones es que dos se reúnan y combinen los dispositivos —interrumpo—. Ahora que tú y yo estamos juntos, podríamos intentar hablar con los demás. Por si sus macrocosmos están en marcha, ya sabes.

Nueve se acerca el cristal rojo a la boca, como si fuera un micrófono.

—¿Hola? Uno, dos, tres, probando. Vale, si algún miembro de la Guardia está por ahí y tiene delante una esfera brillante, que escuche. Cuatro y Nueve están juntos y listos para reunirse con vosotros. Queremos entrenar, acabar con este rollazo y volver a Lorien. Ya. No vamos a daros nuestra situación exacta por si hay mogos escuchando, pero si tenéis vuestro macrocosmos en marcha, veréis dos puntos juntos, y esos somos nosotros. Así que, hum... —Nueve me mira y se encoge de hombros—. Eso es todo. Corto y cambio y todo eso.

De pronto noto que tengo la piel de la muñeca donde llevo el brazalete entumecida. Lo agito y siento un cosquilleo en el brazo.

—Un momento, díles que estamos a punto de largarnos de aquí y que vayan a Estados Unidos. Es donde está Setrákus Ra, el líder mogadoriano. Díles que iremos a por él y que rescataremos a nuestros amigos en cuanto podamos.

La Tierra que gira delante de mí vibra como si tomase vida en cuanto habla Nueve:

—Venid todos a Estados Unidos cuanto antes. Setrákus Ra ha asomado la jeta por aquí y vamos a rompérsela y a acabar con él muy pronto. Enviaremos otro mensaje mañana. Seguid conectados.

Nueve devuelve el cristal rojo al Cofre, primero con aspecto orgulloso por lo que acaba de hacer y, al cabo de un instante, visiblemente avergonzado por haber estado hablándole a una pelota. Yo estoy muy serio. Tengo el brazo derecho congelado y, justo cuando me dispongo a sacarme el brazalete y guardar las esferas en la bolsa, la Tierra vuelve a vibrar. De pronto se oye una explosión, seguida de una voz que conozco muy bien. Es la misma chica de antes, la que Seis fue a buscar a España. Está chillando.

—¡Seis! ¿Estás bien?

Oímos un grito y dos explosiones más sacuden los borrosos contornos del globo. Saco el cristal de Nueve del Cofre e intento comunicarme con ella desesperadamente.

—¡Seis! —grito. Saltaría dentro de esa cosa si supiera cómo hacerlo—. ¡Soy yo, John! ¿Me oyes?

Nadie responde. Oímos el tenue rumor de la hélice de un helicóptero, y a continuación el globo enmudece de nuevo y los contornos de la Tierra recuperan su solidez. El punto de luz de la India ha desaparecido. De pronto, el globo se encoge y se transforma de nuevo en las siete esferas, que caen al suelo una tras

otra.

—Eso no sonaba nada bien —confiesa Nueve mientras recoge las piedras. Las devuelve a mi Cofre y recupera su cristal de mi mano paralizada.

Seis está en apuros, la clase de apuros que incluyen explosiones, helicópteros y montañas. Y todo eso está sucediendo ahora, en la otra mitad del planeta. ¿Cómo voy a llegar a la India? ¿Dónde puedo subirme a un avión?

—¿Seis es la tía que te dio el mapa para llegar a la montaña? ¿La que os abandonó a ti y a tu amigo para largarse a España? —pregunta Nueve.

—La misma —respondo mientras cierro mi Cofre de una patada, con los puños apretados.

La cabeza me da vueltas. ¿Qué le ocurrirá a Seis? ¿Quién es la otra chica, la que he oído por segunda vez? Tengo una sensación extraña en los brazos. Oír esa voz me ha distraído tanto que he olvidado mi creciente malestar. Intento quitarme el brazalete de la muñeca y me quema los dedos.

—No sé qué le pasa a esta cosa; algo no anda bien.

Nueve cierra su Cofre y alarga el brazo.

—¿El brazalete? —En cuanto lo toca, aparta la mano de inmediato—. ¡Mierda! ¡Me ha dado una descarga!

—Vale, ¿y ahora qué hago?

Agito el brazo con la esperanza de que el brazalete se desprenda. Bernie Kosar se acerca correteando para olfatear el brazalete, pero se detiene a medio camino y vuelve la cabeza para mirar la puerta. Levanta las orejas y eriza el pelaje del lomo.

Hay alguien ahí, dice.

Nueve y yo intercambiamos miradas y retrocedemos lentamente para alejarnos de la puerta. Hemos estado tan absortos en el contenido de nuestros cofres y en las voces del globo que hemos bajado la guardia y no hemos prestado atención a nuestro entorno.

De pronto la puerta salta de sus goznes. Varias bombas de humo entran volando por las ventanas y mandan esquirlas en todas direcciones. Quiero luchar, pero el brazo me duele tanto que no puedo ni moverme. Caigo de rodillas.

Veo un resplandor verde y oigo que Nueve grita de dolor. Se desploma a mi lado. He visto antes esa luz. Es el inconfundible rayo verde de un cañón magadoriano.

CAPÍTULO SIETE



LAS BALAS PASAN SILBANDO Y ESTALLAN EN EL SUELO a nuestro alrededor. Ella y yo nos refugiamos detrás de un camión destrozado. Parece que nos atacan desde todas partes, desde todas las direcciones, desde todos los ángulos. Han alcanzado a Ella. El aire está tan saturado de polvo que ni siquiera puedo verle las heridas. Paso las manos por su cuerpo hasta que noto la sangre húmeda y pegajosa, y entonces encuentro un agujero de bala en su muslo izquierdo. Cuando lo toco, Ella grita de dolor.

—Todo saldrá bien —le digo tan sosegadamente como puedo dadas las circunstancias—. Marina puede ayudarte: solo tenemos que encontrarla.

La levanto del suelo y poco a poco me alejo del camión, protegiéndola con mi cuerpo. Casi tropiezo con Marina y Crayton, que están acurrucados detrás de otro vehículo.

—¡Vamos, Ella está herida! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Son demasiados. Si intentamos escapar ahora, nos matarán. Primero nos ocuparemos de Ella y después contraatacaremos —indica Crayton.

Dejo a Ella junto a Marina. Todavía lleva las gafas puestas. Ahora veo claramente la herida: sangra sin cesar. Marina deposita las manos sobre la pierna

de Ella y cierra los ojos. Ella toma aliento y al instante su pecho empieza a subir y bajar rápidamente. Es asombroso ver el legado de Marina en acción. Otra explosión cae cerca y una ráfaga de polvo se precipita sobre nosotros justo cuando la herida de Ella se contrae y expulsa la bala que tenía alojada dentro. La herida pasa del negro al rojo y después recupera el tono blanco perla de la piel de Ella. El contorno de un hueso pequeño se desplaza por debajo de la superficie de su piel y su cuerpo empieza a relajarse lentamente. Aliviada, pongo la mano en el hombro de Marina:

—Ha sido increíble, Marina.

—Gracias. No ha estado nada mal, ¿verdad? —Marina aparta las manos y Ella se incorpora lentamente hasta que se apoya en los codos. Crayton le da un abrazo.

Un helicóptero ruge por encima de nuestras cabezas y arrasa dos camiones con una lluvia de balas. Un trozo de metal aterriza junto a mí; es un pedazo incandescente de la puerta de uno de los camiones. El ocho rojo apenas es visible, pero aún se distingue. Me enfado al verlo. Ahora que Ella se ha recuperado, estoy lista para atacar.

—¡Vamos a por ellos! —le grito a Crayton.

—¿Son los mogadorianos? —pregunta Marina, cerrando el candado de su Cofre.

Crayton asoma la cabeza por encima de los restos tras los que nos hemos parapetado y luego se agacha para informarnos.

—No son mogos, pero hay muchos y están acercándose. Podemos luchar aquí, pero sería mejor llevarlos a las montañas. Sean quienes sean, si su objetivo no somos nosotros, sino el comandante Sharma, no veo razones para revelar vuestros poderes.

A nuestra espalda, otra explosión nos envuelve en una nueva nube de polvo; justo en ese instante, el helicóptero da media vuelta y se dirige directamente hacia nosotros. Con una sola mirada, Marina y yo nos damos cuenta de que pensamos lo mismo: no hay modo de no usar nuestros poderes, tal como pretende Crayton, y al mismo tiempo hacer lo que es debido. Marina se hace con el control del aparato e invierte la ruta. El piloto nunca comprenderá lo sucedido y nosotros nos lo haremos sacado de encima. Independientemente de quién haya dentro, no queremos que nadie corra peligro. Al ver desaparecer la hélice en el horizonte, Ella y yo soltamos gritos de alegría, aliviadas, mientras Crayton nos mira frunciendo el ceño. Y entonces el comandante Sharma se refugia tras nuestro parapeto.

—Gracias a Dios que estáis vivos.

Estoy a punto de decirle lo mismo. Creí que lo había matado el primer misil. En la sien, tiene un corte que sangra profusamente y el brazo derecho le cuelga a un lado en un ángulo extraño.

—Le hago responsable de esto —lo acuso, fulminándolo con la mirada.

El comandante niega con un gesto.

—Estos son soldados del Frente de Resistencia del Señor. Es a ellos a quienes intentábamos evitar.

—¿Qué quieren? —pregunto.

El comandante Sharma escruta el horizonte antes de mirarme a los ojos.

—Matar a Vishnu. Y destruir a todos sus amigos, como vosotros. Hay más en camino.

Me pongo en cuclillas y me asomo con cuidado por encima del camión. Una gran brigada de vehículos blindados se desplaza hacia nosotros, acompañada de varios helicópteros. La larga fila de camiones y todoterrenos suelta diminutos destellos luminosos y, segundos después, las balas silban a nuestro alrededor.

—Vamos a por ellos —digo yo.

—Aquí es imposible derrotarlos —responde el comandante Sharma, alzando una metralleta con su brazo bueno—. De todos mis hombres, solo unos veinte siguen luchando. Debemos ir más arriba si queremos tener alguna posibilidad de sobrevivir.

—Ya me ocuparé yo —insisto.

—Espera, Seis —dice Crayton, recogiendo el Cofre de Marina—. El comandante tiene razón. En las montañas estaremos más a cubierto. Nos los podremos cargar a todos, solo que no se verá, y eso es justo lo que nos conviene. No nos hace falta que los mogos se enteren de esto precisamente ahora.

Marina me agarra del brazo.

—Crayton tiene razón. Tenemos que ser listos y no llamar la atención más de lo necesario.

—¿Los mogos? —pregunta el comandante Sharma, confundido. Tendremos que ser más prudentes cuando él ande cerca.

Antes de que alguien pueda responder, dos helicópteros se acercan volando bajo sin dejar de disparar: varios soldados del comandante mueren acibillados por las balas y sus armas acaban convertidas en inútiles desechos de metal. Si hay que correr, es ahora o nunca. Uso la telequinesia para tirar de la cola de uno de los helicópteros e inclinarle el morro hacia abajo. Parece un caballo de rodeo intentando derribar a su jinete. El piloto forcejea inútilmente para nivelarlo y, finalmente, tira con fuerza de la palanca de mando y dos hombres salen disparados de la cabina. Como volaban a pocos metros del suelo, la caída no tendría que herirlos... demasiado.

Le echo un vistazo a nuestra paralizada flota de todoterrenos y veo que sale humo de uno de los tubos de escape.

—¡Uno de los motores sigue en marcha! ¡Vamos!

Todos salimos a descubierto; el comandante Sharma grita retirada a los pocos hombres que le quedan. El convoy está a menos de cien metros. Mientras

corremos, una bala me roza el cabello y otra me hiere en el brazo, pero, antes de que pueda siquiera gritar, las heladas manos de Marina me curan la herida a la carrera. Todos los soldados del comandante salvo uno obedecen la orden de retirada. Ese soldado sigue al comandante Sharma, que corre con nosotros.

Alcanzamos el todoterreno y los cuatro nos subimos al vehículo, acompañados del comandante Sharma y ese soldado. Crayton pisa el acelerador y volvemos a la carretera. Las balas se incrustan en la parte trasera del vehículo y rompen el cristal de atrás, pero podemos maniobrar, situarnos detrás de una formación rocosa y evitar la lluvia de disparos.

La carretera no está pensada para correr. Abundan los baches, las rocas y los escombros, así que Crayton tiene que hacer malabarismos para no acabar en la cuneta. Encuentro un rifle y me arrastro hacia la parte trasera, en busca de un blanco. Marina le deja el Cofre a Ella y me sigue.

Ahora que tengo algo de tiempo para reflexionar me pongo furiosa. Habíamos creído que, al quedarse Ocho en las montañas, estaríamos a salvo aquí, pasaríamos desapercibidos. Y resulta que nos atacan por su culpa. Si sobrevivimos, le meteré una buena bronca.

—¿Adónde vamos? —grita Crayton por encima del hombro.

—Seguiremos en esta carretera —contesta el comandante.

Me vuelvo y veo el Himalaya a través del parabrisas. A medida que nos vamos acercando, sus afiladas cumbres se vuelven más amenazadoras. Más adelante el desierto marrón da paso a una banda curva de vegetación que rodea la base de las montañas.

—¿Por qué quieren matar a Ocho? —le pregunto al comandante Sharma, con el cañón del rifle asomando por el marco vacío del parabrisas trasero.

—El Frente de Resistencia del Señor no cree que Ocho sea Vishnu. Nos consideran blasfemos por aceptar a este muchacho de las montañas como Dios Supremo. Quieren matarnos en su nombre.

—¡Seis! —grita Ella, que todavía lleva las gafas—. ¡Viene algo!

Miro por el parabrisas trasero justo a tiempo de ver un proyectil que sale disparado del helicóptero. Es algún tipo de misil dirigido y viene directamente hacia nosotros. Lo desvía mediante telequinesia y estalla en el suelo del desierto. El helicóptero dispara dos misiles más.

—¡Hora de librarnos de estos tipos! —grito—. ¡Lo haremos juntas, Marina!

Marina asiente y, esta vez, en lugar de enviar los misiles al suelo, los mandamos de vuelta hacia el helicóptero. Vemos estallar el aparato en una enorme bola de fuego. Hacemos todo lo posible por no matar, pero si tengo que elegir entre matar o que nos maten, siempre me pongo de nuestra parte.

—Ha sido una pasada, Seis —dice Ella.

—Hurra y todo eso —respondo con una sonrisa triste.

—¿Crees que ahora nos dejarán en paz? —pregunta Marina.

—Me temo que no será tan fácil —confiesa el comandante Sharma.

—Esta chica tiene los mismos poderes que el joven que llamáis Vishnu —interviene Crayton, señalándome—. ¿Será eso suficiente para disuadirlos? ¿Cree que seguirán luchando contra él?

—Sí, si lo encuentran.

—¿Cuántos miembros tiene ese Frente de Resistencia? —pregunto al comandante.

—¿En total? Miles. Y cuentan con varios potentados que los apoyan en todo lo que necesitan.

—De ahí los helicópteros —observa Crayton.

—Tienen cosas mucho peores —advierte Sharma.

—Lo mejor que podemos hacer es correr más que ellos —le dice Crayton al comandante—. Conduciré tan rápido como pueda. Si tenemos que luchar, lucharemos, pero prefiero evitarlos.

Pasan cinco minutos de tenso silencio. Marina y yo vigilamos la brigada y, si se acerca algo grande, lo desviamos al suelo mediante telequinesia. Los altos árboles que han empezado a flanquear la carretera forman ya una espesa línea de defensa. El coche se hunde en un valle muy estrecho antes de iniciar el ascenso a la montaña. Justo cuando llegamos al pie, el comandante Sharma le indica a Crayton que se detenga. Me asomo y veo que la pista está sembrada de montoncitos de tierra.

—¿Minas? —pregunto.

—No estoy seguro —reconoce el comandante—, pero hace dos días no estaban aquí.

—¿Hay otra ruta para llegar a nuestro destino? —dice Crayton.

—No, este es el único camino.

De pronto oímos la hélice de un helicóptero, aún invisible: el enemigo está oculto detrás de los árboles. Eso significa que ellos tampoco pueden vernos, pero están acortando distancias.

—Si nos quedamos aquí, seremos el blanco perfecto —advierto mientras trato de pensar desesperadamente en la mejor estrategia.

Crayton abre la puerta y se apea con una metralleta bajo el brazo.

—Vale, esto es lo que hay. —Señala arriba y a nuestra derecha—. O subimos ahí, nos ocultamos detrás de los árboles y luchamos, o seguimos huyendo montaña arriba.

Lo sigo fuera.

—Yo no huyo.

—Yo tampoco —coincide Marina a mi lado.

—Entonces lucharemos —afirma el comandante Sharma y, señalando las colinas, añade—: Que la mitad tome posiciones a la derecha y la otra mitad, a la izquierda. Ellas dos vendrán conmigo.

Nos señala a Ella y a mí. Crayton y yo nos miramos y asentimos.

—¿Estarás bien sin mí, papá? —le pregunta Ella.

Crayton sonríe:

—Con el legado de Marina, por mucho daño que me hagan no durará demasiado. Creo que estaré bien.

—Te lo cuidaré, Ella —añade Marina.

—¿Está seguro de que es lo mejor, comandante? —pregunta el soldado—. Puedo ir a buscar a Vishnu y traerle para que nos ayude.

—No. Vishnu debe quedarse donde esté a salvo.

—No te quites esas gafas —aconseja Crayton a Ella—. Pueden ser nuestros ojos ahí, entre los árboles. Aún no sé muy bien cómo funcionan, pero esperemos que nos sean útiles.

Abrazo a Marina y le susurro al oído:

—Confía en tus capacidades.

—Tengo que curar al comandante Sharma antes de que os marchéis.

—No —susurro—, todavía no confío en él y es menos peligroso si sigue herido.

—¿Estás segura?

—Por ahora sí.

Marina asiente. Crayton le da unos golpecitos en el brazo para que los siga a él y al joven soldado. Los tres suben por la ladera izquierda del valle y desaparecen detrás de un peñasco.

El comandante Sharma, Ella y yo nos encaramamos por la ladera derecha, intentando evitar los montículos del suelo. Encontramos una buena posición detrás de unas grandes rocas y nos apostamos a esperar la brigada.

Me vuelvo hacia el comandante Sharma. Me siento culpable por no haber permitido que Marina lo curase, pero, por lo que sé, cabe la posibilidad de que haya organizado esta compleja trampa.

—¿Cómo está ese brazo? —susurro.

El comandante se tiende con un gruñido y apoya el cañón del arma en una roca plana. Alza la cabeza y me guiña el ojo.

—Con uno me basta.

Veo de reojo un helicóptero que nos sobrevuela, pero se marcha casi de inmediato. O bien Marina se ha encargado de él, o el piloto no ha podido atravesar la espesa arboleda del valle. Miro entre los árboles con la esperanza de manipular las nubes que rodean los picos de las montañas, pero el sol del atardecer las ha dispersado. Sin viento ni nubes, no hay elementos que controlar. Puedo volverme invisible si hace falta, pero por ahora prefiero que el comandante no se entere de todo eso.

—¿Qué ves? —pregunta Ella.

—Un montón de nada —susurro—. Comandante, ¿a qué distancia está Ocho?

—¿Te refieres a Vishnu? A no mucha, a medio día andando.

Estoy a punto de preguntarle exactamente dónde se encuentra. Deberíamos saberlo por si le pasa algo y tenemos que seguir sin él. Pero entonces reparo en una camioneta oxidada que entra en el valle a toda velocidad, con un hombre de pie en la parte trasera. Incluso a esa distancia veo que está nervioso, y que va armado. Apunta con un lanzamisiles aquí y allá, en un intento desesperado de estar en todas partes a la vez. En cuanto ven nuestro todoterreno, los de la camioneta se detienen y el soldado de atrás se apea de un salto. Aparecen más vehículos, que se paran detrás de la camioneta. Veo una oportunidad.

—Ahora vuelvo —le digo al comandante.

No le doy tiempo a discutirlo, porque me adentro a toda prisa en el bosque. Cuando Sharma ya no puede verme, uso mi legado de invisibilidad para desaparecer y corro hacia el valle. El soldado tiene nuestro vehículo en su punto de mira, pero, antes de que pueda apretar el gatillo del lanzamisiles, se lo arranco del hombro y le doy un culatazo en el estómago. El hombre se dobla y cae al suelo, gritando. Al oírlo, el conductor sale con una pistola en la mano y yo le apunto a la cara con el lanzamisiles. El soldado se toma una décima de segundo para decidir si aquella arma que flota en el aire es capaz de disparar y acto seguido da media vuelta y echa a correr con las manos en alto.

Apunto a la oxidada camioneta ahora abandonada y aprieto el gatillo. El misil sale del arma, y una nube de fuego estalla bajo el vehículo y lo hace saltar por los aires. La camioneta en llamas aterriza pesadamente y se precipita dando tumbos hasta chocar contra nuestro todoterreno. El impulso lo desplaza lentamente hacia los montículos de la carretera que han interrumpido nuestro avance. Los siguientes treinta segundos son una serie de detonaciones rápidas y ensordecedoras: los soldados disparan a ciegas a diestro y siniestro y los montículos de la carretera estallan uno tras otro. Miles de pájaros levantan el vuelo entre los árboles que nos rodean, pero su aleteo queda rápidamente sepultado por la crepitación, los chasquidos y los estallidos de la munición. Yo tenía razón: eran minas. Y ahora nuestro todoterreno no es más que un humeante montón de chatarra.

Claro que eso era solo el aperitivo. El plato fuerte —vehículos blindados, tanques pequeños, unidades de misiles móviles— está cercando la montaña. Habrá unos dos mil soldados de infantería y además nos sobrevuelan cinco o seis helicópteros. Oigo un silbido y, al volverme, veo un lanzamisiles que se levanta y gira sobre sí mismo, preparándose para disparar. Las puntas de cinco misiles blancos se vuelven hacia la zona donde se ocultan Crayton y Marina. Se produce un movimiento en la línea de árboles y el joven soldado del comandante echa a correr valle abajo. Está desarmado y se dirige directamente al lanzamisiles. Al principio creo que va a sacrificarse para salvar a mis amigos, pero nadie le dispara. Se detiene junto al lanzamisiles y señala más alto en la montaña, hacia la

posición exacta de Crayton y Marina. El lanzamisiles se eleva un poco más y corrige el tiro.

¡Es un traidor, un miembro del grupo que quiere matarnos! Un segundo después, sale despedido por los aires, víctima de la telequinesia: Marina también se habrá dado cuenta. Pero quizá ya sea demasiado tarde. El traidor ha delatado su posición.

Concentro todas mis fuerzas en el lanzamisiles con la intención de alterar la trayectoria de los proyectiles en cuanto los dispare. Pero entonces veo que otro lanzamisiles cobra vida y me apunta. Aunque soy invisible, el ejército sabe que se ha disparado un proyectil desde mi posición. Solo puedo concentrarme en una de esas máquinas y no hay tiempo para huir. Tengo que elegir. Salvar a Crayton y Marina o salvarme a mí.

El lanzamisiles que apunta a las montañas empieza a disparar. Los misiles salen silbando y se dirigen directamente a las colinas. Consigo controlarlos y los redirijo hacia el suelo, donde estallan justo cuando dispara el segundo lanzamisiles. Me vuelvo y veo sus puntas blancas dirigiéndose hacia mí. No tengo tiempo de actuar, pero de pronto los misiles se levantan y se vuelven hacia el lanzamisiles que los ha disparado y el resto del convoy. Se estrellan contra cinco vehículos distintos y todos estallan.

Marina. Me ha salvado la vida. Hemos colaborado, tal como se supone que debemos hacer; al pensarlo, crece mi determinación de ponernos de una vez en marcha y encontrar a Ocho. Quiero enviar un mensaje a los soldados enemigos que quedan, de modo que reaparezco para que me vean. Me concentro y empleo la telequinesia para controlar las llamas que arden en la zona donde han impactado los misiles. Extiendo el fuego por la carretera para rodear al resto de la brigada. Una a una, las llamas descienden hacia la hilera de vehículos como una cadena explosiva de fichas de dominó. Mensaje recibido. Los soldados restantes del Frente de Liberación del Señor inician la retirada. Por un instante, estoy tentada de darles su merecido, pero es cruel e innecesario, exactamente la clase de actitud que seguirían los mogadorianos. Sé que mis fantasías de chamuscarles el culo no van a ayudarnos ahora.

—¡Corred, eso es! ¡De lo contrario, esas llamas acabarán el trabajo!

Cuando el último se pierde de vista, doy media vuelta y echo a andar hacia las montañas. Tengo que encontrar a mis amigos.

CAPÍTULO OCHO



EL HUMO ES ESPESO, PERO EMPIEZA A DISIPARSE. DESDE mi posición en el suelo veo montones de piernas y de botas negras. Levanto ligeramente la vista y me encuentro con casi el mismo número de rifles apuntándome a la cabeza.

Aparto la mirada de las botas y la alzo hasta ver las máscaras de gas; compruebo aliviado que no son de mogos, sino de humanos. Pero ¿qué clase de humanos tiene armas mogadorianas? El cañón de un arma me presiona la nuca. Normalmente usaría la telequinesia para apartarlo y enviarlo un kilómetro montaña adentro, pero el dolor del brazaleté es demasiado intenso y me impide focalizar mi energía en eso. Uno de los hombres me habla, pero no consigo concentrarme lo suficiente para entender lo que dice.

Busco un punto en el que fijar la atención y que me ayude a superar el dolor y veo a Nueve gimiendo en la alfombra. Desde donde estoy, me parece que tiene dificultades para respirar y que no puede mover los brazos ni las piernas. Quiero ayudarlo e intento ponerme en pie, pero me mandan al suelo de una patada en cuanto empiezo a moverme. Me vuelvo sobre la espalda y de inmediato un largo tubo cilíndrico se acerca a mi ojo izquierdo. Hay cientos de

luces dentro del tubo y las veo girar como un torbellino hasta convertirse en un compacto rayo verde. Es sin duda un cañón mogadoriano, como el que me paralizó frente a nuestra casa en llamas, en Florida. Miro con el otro ojo por el lateral del cañón y veo a un hombre vestido con una trinchera caqui. Se quita la máscara, dejando al descubierto una circunferencia de cabello blanco y una nariz gorda y torcida que tiene toda la pinta de haberse roto varias veces. Descubro que me apetece muchísimo rompérsela una vez más.

—Si te mueves, aprieto el gatillo —masculla.

Nueve se recupera. Está sentado y mira a su alrededor mientras intenta librarse del aturdimiento. El hombre que me ha puesto el cañón en la cara se vuelve hacia él.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Nueve le sonríe, lúcido y tranquilo.

—Intento decidir a cuál de vosotros me cargo primero.

—¡Hacedle callar! —chilla una mujer que entra en la casa, también armada con un cañón mogadoriano. Dos hombres empujan los hombros de Nueve con las botas y lo mandan de nuevo al suelo. La mujer me señala y alguien me toma de los hombros y me levanta. Otro hombre me agarra de las muñecas para ponerme unas esposas.

—¡Será cabrón! —grita al tocar mi brazalete rojo. Aún no sé de lo que es capaz el brazalete, pero esta parte me gusta.

Una vez de pie, me oriento mejor. Hay unos diez o doce hombres con máscaras de gas y rifles. El hombre y la mujer que hablaban parecen estar al mando. Busco a Bernie... No lo veo, pero lo oigo mentalmente.

Espera. Veamos lo que quieren y lo que saben.

—¿Qué queréis de nosotros? —le pregunto al hombre de la nariz rota.

Se echa a reír y se dirige a la mujer:

—¿Qué queremos, agente especial Walker?

—Para empezar, quiero saber quién es tu amigo de ahí —responde ella, apuntando a Nueve con el tubo.

—No conozco a ese tío —dice Nueve. Resopla para apartarse los cabellos de la frente y sonríe—. Me paré para venderle una aspiradora. Este sitio está hecho un asco y pensé que le hacía falta.

El hombre rodea a Nueve.

—¿Es eso lo que tienes en esos baúles tan bonitos? ¿Aspiradoras? —Hace una seña a uno de los agentes y añade—: Echemos un vistazo a esas aspiradoras. A lo mejor me interesa comprarte una.

—Adelante. —La sonrisa de Nueve es amenazadora—. Las tengo de oferta, dos por el precio de tres.

Nueve y yo nos miramos durante una décima de segundo. Luego él pasea la vista por la pared, donde una polilla vuela cerca del techo. Bernie Kosar. Estoy

convencido de que Nueve también ha oído las órdenes de BK de esperar a ver adónde nos lleva esto. Me pregunto si será capaz de controlarse. Uno de los soldados le pone unas esposas y Nueve vuelve a sentarse rápidamente. Me doy cuenta de que las esposas ya están rotas: Nueve solo mantiene las muñecas juntas para seguir con la farsa.

Está esperando el momento adecuado para atacar. Dudo de que tenga intención de hacer lo que nos pide BK. Separo los brazos detrás de la espalda y rompo mis esposas con facilidad. Mejor estar preparado para lo que depare el futuro.

Un puñado de hombres ha rodeado el Cofre de Nueve y uno de ellos descarga repetidamente la culata del rifle contra el candado que lo mantiene cerrado. Claramente frustrado, le propina varios porrazos más.

—Probemos con esto.

La agente especial Walker saca un revólver. Dispara al candado, la bala rebota por toda la habitación y casi le da a otro agente en la pierna.

El hombre de la nariz rota agarra a Nueve por la nuca, lo levanta y lo empuja hacia delante. Nueve frena la caída aterrizando sobre manos y rodillas, incapaz de seguir con la farsa de las esposas. Al verlo con las manos libres, el hombre empieza a chillar:

—¡Que alguien traiga otras esposas! ¡Estas están rotas!

Nueve ríe con la barbilla apoyada en el pecho. Extiende las piernas y hace una flexión. Luego otra. Un agente le da un puntapié en la mano derecha, pero Nueve no pierde el ritmo y sigue haciendo flexiones con una sola mano. El agente le da un puntapié en la mano izquierda, pero Nueve no deja que eso lo derribe: en un instante, ha bajado de nuevo la mano derecha y prosigue con sus flexiones impecablemente realizadas. Cuatro agentes le saltan encima y cada uno lo sujeta por una pierna o un brazo, pero Nueve no para de reír. De pronto descubro que yo también estoy riendo. La verdad es que me quito el sombrero. Su extravagante sentido del humor es contagioso.

La agente especial Walker se vuelve hacia mí. Aparto lentamente las manos de detrás de la espalda y le muestro las esposas rotas que me cuelgan de las muñecas. Muevo los dedos, me coloco las manos detrás de la nuca y me pongo a silbar, tan campante.

La agente me pone una de sus caras más intimidantes y me mira furiosa:

—¿Sabes qué les pasa en la cárcel a los críos como tú? —pregunta.

—¿Escapan? ¿Como hice yo la última vez? —respondo con expresión inocente.

Oigo a Nueve desternillarse de risa bajo la montaña de agentes. Tengo que admitirlo, Nueve le da un toque divertido a la reunión. Yo también sonrío de oreja a oreja. Sé que estos hombres solo están haciendo su trabajo; creen que protegen a su país. Sin embargo, ahora mismo los odio. Los odio porque entorpecen

nuestros planes y odio la pose de tipo duro de esa mujer. Odio que tengan cañones mogos, pero sobre todo odio que hace una semana hayan colaborado con Sarah para atraparnos a Sam y a mí. Me pregunto qué le prometerían a Sarah para que me entregase. ¿La manipularon? ¿La convencieron de que así me salvaría? ¿Le dijeron que podría visitarme mientras yo pagaba el precio de mis supuestos errores? Me vuelvo hacia Bernie Kosar, pero ya no veo la polilla. Precisamente entonces, una cucaracha gorda, blanca y marrón, me sube por la pierna y se mete en el bolsillo de mis vaqueros.

Nueve seguirá así un rato más, pero no sé cuánto, me dice BK. Averigua lo que te haga falta, rápido.

El tipo que está al mando da una palmada para conseguir la atención de los demás.

—Bien, saquemos a estos chicos de aquí antes de que aparezcan nuestros amigos.

—¿Quiénes son vuestros amigos? —pregunto, aunque estoy seguro de que, por algún motivo que desconozco, el gobierno de Estados Unidos y los mogos trabajan juntos. Es la única explicación de que nos amenacen con cañones mogadorianos—. ¿A quién queréis evitar?

—¡Cállate! —grita la agente especial Walker. Saca un móvil, marca un número y habla—: Ahora lo traemos; también tenemos a otro. Dos cofres. No, pero los abriremos. Hasta pronto.

—¿Quién era? —pregunto.

La agente no me hace ni caso y se guarda el teléfono.

—Oye, colega, creí que ibas a comprarme una aspiradora —me dice Nueve—. Necesito hacer la venta, mi jefe me matará si vuelvo a casa sin haber vendido ni una.

Levantán a Nueve del suelo; él se despereza y sonríe, como un gato satisfecho con la tripa llena de ratones.

—No importa adónde nos llevéis, no hay prisión capaz de retenernos. Si supierais quiénes somos, no perderíais el tiempo con esta mierda.

La agente Walker se echa a reír.

—Sabemos quiénes sois y si fuerais tan listos como creéis, nunca os hubiéramos encontrado.

Un par de agentes recogen nuestros cofres y salen de la casa. Nos ponen nuevas esposas en las muñecas. A Nueve le colocan tres pares.

—No tenéis ni idea de lo que somos capaces —dice Nueve con una voz dulce e inquietante, mientras cruzamos el jardín—. Si quisiera, os mataría a todos en cuestión de segundos. Tenéis mucha suerte de que me porte bien. Por ahora.

CAPÍTULO NUEVE



ESTAMOS ANTE UNA VERJA. DETRÁS DISCURRE UN SENDERO

EStrecho que sube montaña arriba. Crayton me pide que cubra el sendero por detrás mientras Seis va delante con el comandante Sharma. Me pregunto si la traición del soldado le habrá afectado, si se cuestionará la lealtad de sus tropas cuando vuelva con ellas. Ni se me pasa por la cabeza preguntárselo: estaría insinuándole que tendría que haberlo sospechado. Es posible que así fuera.

Llevo en la mano la ramita de árbol que he sacado del Cofre. Quiero averiguar qué hace. La primera vez que la tuve en las manos (la primera vez que abrí el Cofre en el convento de Santa Teresa, cuando Adelina aún vivía) no tuve tiempo de descubrirlo, pero recuerdo que al sacarla por la ventana sentí una especie de fuerza magnética. Casi instintivamente froté con el pulgar su superficie suave y lisa; poco después, noté el efecto en los árboles que nos rodean. Apunto y me concentro en lo que quiero que hagan; de inmediato oigo crujir sus raíces y veo moverse sus ramas. Doy media vuelta y vuelvo sobre mis pasos para pedir a los árboles del camino que nos protejan. Acto seguido se inclinan y retuercen, cerrando el paso a cualquiera que nos siga. Tengo tantos deseos de ser útil, de no resultar una carga y poder poner toda mi herencia al

servicio de todos que cada vez que un árbol responde siento un alivio inmenso.

Avanzamos en silencio. Para distraernos del aburrimiento de la excursión, se me ocurre inclinar una rama justo delante de Seis para hacerle cosquillas en la cara. Seis la aparta sin inmutarse, totalmente concentrada en lo que quizá nos aguarde. Mientras andamos, pienso en ella, en su valiente comportamiento con los soldados. Siempre está tranquila, relajada y serena. Asume el mando y toma decisiones como si fuera lo más natural del mundo. Un día yo seré igual. Estoy segura.

Me pregunto qué pensaría Adelina de Seis, y de mí, ahora, y también hasta dónde habría llegado si ella me hubiese entrenado. Soy consciente de que, tras pasar todos esos años en el orfanato, sin su orientación, ahora no estoy donde me correspondería. No tengo la fuerza ni la seguridad de Seis, ni siquiera los conocimientos de Ella. Trato de controlar el rencor y me concentro en el último acto de honor de Adelina. Cargó contra los mogos sin miedo, armada tan solo con un cuchillo de cocina. Intento interrumpir el recuerdo antes de llegar a la parte en que muere. Casi nunca lo logro. Si me hubiese atrevido a luchar a su lado o hubiese sabido usar mi telequinesia para abrir la mano del mogadoriano que le atenazaba el cuello... puede que Adelina estuviese andando con nosotros.

—Descansaremos aquí, pero por poco tiempo —dice el comandante, rompiendo mi ensueño. Señala unas rocas planas bañadas por el sol del atardecer. Detrás de las rocas veo un arroyo de aguas transparentes—. Aún nos queda mucha montaña por delante antes de que anochezca —añade, mirando el sol.

—¿Por qué? ¿Qué pasa cuando anochece? —pregunta Seis.

—Cosas muy raras. Cosas que aún no estáis preparados para ver. —El comandante Sharma se quita los zapatos y los calcetines, se arremanga los bajos del pantalón y vadea el arroyo.

Crayton también se descalza y lo sigue.

—Oiga, comandante: le hemos dado un inmenso voto de confianza al seguirle por esta montaña. Lo mínimo que podría hacer es responder a nuestras preguntas. Tenemos una misión muy importante que cumplir y creo que nos merecemos su respeto.

—¡Por supuesto que los respeto! Pero sigo órdenes de Vishnu.

Crayton hace un gesto de frustración y se adentra en el arroyo. Ella se ha apartado unos pasos y está sentada sola en una de las rocas, cerca del agua. No se ha quitado las gafas oscuras que saqué de mi Cofre en todo el trayecto y aprovecha la parada para limpiarlas meticulosamente con la camisa. Entonces nota que la miro y me las ofrece.

—Lo siento, Marina. No sé por qué me las he quedado tanto tiempo. Es que...

—Tranquila, Ella. Te han ayudado a ver el ataque antes que ninguno de nosotros. Puede que aún no conozcamos todo su potencial, pero les estás sacando partido.

—Supongo. No sé si puedo conseguir que hagan algo más.

—¿Qué has visto mientras andábamos? —pregunta Seis.

—Árboles, árboles y más árboles. Esperaba percibir algo fuera de lo normal. Me encantaría estar segura de que no hay nada que ver.

Comprendo que está frustrada consigo misma, no con las gafas. Con la ramita que tengo en la mano doblego un gran árbol para dar sombra a las rocas.

—Bueno, sigue intentándolo.

Ella sostiene las gafas a contraluz. Al colocárselas de nuevo, tengo la sensación de poder leerle el pensamiento: me agradece que la haga sentir parte del grupo y la considere útil.

—¿Y tú, Seis? ¿Quieres echar un vistazo a mi Cofre? —le pregunto a Seis, que se ha echado en el suelo.

Seis se levanta, bosteza y mira sendero arriba.

—Ahora no; a lo mejor más tarde.

—Vale.

Bajo al arroyo y me mojo la cara y la nuca. Justo cuando estoy a punto de beber, el comandante Sharma sale del arroyo y dice que es hora de irse. Todos nos preparamos para continuar montaña arriba. Cojo mi Cofre y equilibrio su peso en la cadera.

De pronto el sendero se empina; también se vuelve muy liso y prácticamente no tiene rocas, como si acabase de despejarse una tormenta. Todos tenemos dificultades para mantener el equilibrio. Crayton intenta correr para darse un poco de impulso, pero resbala y cae al suelo.

—Esto es imposible —protesta mientras se levanta y se sacude el polvo—: tendremos que atajar por el bosque para seguir avanzando a buen paso.

—Ni hablar —dice el comandante con los brazos extendidos como un funámbulo—. No superaremos nuestros obstáculos huyendo de ellos. La rapidez es lo de menos, lo importante es no detenernos.

—¿Que no importa si vamos despacio? Eso lo dice el mismo que ha advertido que pasan cosas muy raras al anochecer —se burla Seis—. Creo que tendrá que decirnos cuánto camino nos queda por delante y, si supera las tres horas a pie, nos adentraremos en el bosque y tendremos que perdernos esos obstáculos.

Miro la ramita que tengo en la mano y se me ocurre una idea. Me concentro en los árboles que nos rodean y hago descender sus ramas a ambos lados del sendero. Ahora tenemos algo a lo que agarrarnos: escalada al estilo Lorien.

—¿Qué os parece esto? —pregunto.

Seis coge algunas ramas y prueba su resistencia avanzando un metro. Después grita:

—¡Brillante, Marina! ¡Cómo mola!

Continúo doblando ramas a medida que vamos subiendo. Ella, todavía con las gafas de sol, mira hacia atrás de vez en cuando. En cuanto el camino se allana y

nos facilita el avance, Seis nos adelanta y empieza a correr sendero arriba, volviendo sobre sus pasos para informarnos a intervalos regulares. Cada vez dice lo mismo: « Sin novedad » . Por fin vuelve para indicarnos que más adelante hay una bifurcación. Al oírlo, el comandante Sharma parece confundido y acelera el paso.

Cuando llegamos hasta allí, el comandante frunce el ceño:

—Esto es nuevo.

—¿Cómo puede ser nuevo? —pregunta Crayton—. Los dos caminos tienen el mismo aspecto y parecen igual de transitados.

El comandante se acerca a la bifurcación.

—Os juro que el camino de la izquierda no existía. Estamos muy cerca de Vishnu. Iremos por aquí.

Echa a andar decidido por el sendero de la derecha y Crayton le sigue.

—Un momento —interrumpe Ella—: por el sendero de la derecha no veo nada. Las gafas solo muestran oscuridad y vacío.

—No me hace falta oír más —opina Seis.

—No. Iremos por la derecha —insiste el comandante—. He hecho esta ruta muchas veces, cariño.

Seis se detiene y se vuelve despacio para mirarlo.

—No me llames cariño —le advierte.

Mientras el comandante Sharma y Seis se fulminan con la mirada, veo algo garabateado en el camino de la izquierda. Parece un número escrito en la tierra y no tiene más que unos centímetros; debo fijarme, pero no cabe duda: es un ocho.

—Según esto, Ella tiene razón. Iremos por la izquierda —declaro, señalando el número.

Seis se acerca y pasa los dedos del pie por debajo del número.

—Buen ojo, Marina.

Crayton también lo mira y sonríe.

Volvemos a nuestra formación habitual: Seis y un nada convencido comandante Sharma delante y yo a la cola. El sendero se empina un poco y se vuelve pedregoso. Luego, para sorpresa de todos, encontramos un arroyo que fluye camino abajo. Se va haciendo más caudaloso y las piedras que pisamos se transforman en islas diminutas. Salto de un pedrusco al siguiente, pero, al cabo de unos minutos, se hunden en el agua. De pronto nos encontramos andando por un río.

Ella es la primera en hablar.

—Quizá las gafas se equivocaban... A lo mejor este no era el camino correcto.

—No. Es correcto —dice el comandante, inclinándose para rozar la superficie del agua con los dedos—. Esta es una señal que he visto antes.

No tenemos ni idea de lo que significa este críptico comentario, pero si ya hemos llegado hasta aquí, lo mejor es seguir adelante.

La corriente fluye cada vez más rápido y nos dificulta el avance. Seguimos como podemos hasta que el agua le llega a Ella a la cintura y yo tengo problemas para mantener el equilibrio. Sin embargo, al rato la corriente se aquieta tan rápidamente como empezó y el terreno se allana y se abre hasta formar un lago. Detrás descubrimos un alto muro de piedra por el que cuatro cascadas caen al agua ruidosamente.

—¿Qué es eso? —señala Ella.

Una piedra blanca asoma en el centro del lago. Es el pedestal de una resplandeciente estatua azul que muestra a un hombre con corona y cuatro brazos.

—El Todopoderoso Vishnu —susurra el comandante Sharma.

—Un momento, ¿se supone que ese es Ocho? ¿Una estatua? —pregunta Seis, volviéndose hacia Crayton.

—¿Qué tiene en las manos? —Quiere saber Ella.

Veo que la estatua sostiene sendos objetos en sus cuatro manos: una flor rosa, una concha blanca, una varita dorada y, en la punta de uno de sus índices, un pequeño disco azul similar a un cd.

El comandante se interna en el río. Sonríe y le tiemblan las manos.

—Vishnu es el Dios Supremo. En las manos de la izquierda sostiene una concha, que simboliza su poder para crear y conservar el universo, y una maza, símbolo de su capacidad de destruir tendencias materialistas y demoníacas. En las manos de la derecha sostiene el chacra, prueba de su mente espiritual purificada, y, debajo, la hermosa flor de loto.

—Símbolo de perfección divina y pureza —añade Crayton.

—¡Entre otras cosas, sí! Es cierto, señor Crayton. Muy bien.

Contemplo la estatua durante unos instantes, y esa serena cara azul, la corona dorada y los objetos de las manos consiguen que me olvide de todo lo demás. De la batalla al pie de la montaña y de la matanza en España. De Adelina, John Smith y Héctor. Me olvido de mi Cofre, de Lorien y del hecho de que estoy metida en agua fría. La energía que fluye en mi interior es magnífica y, a juzgar por la expresión apacible de los demás, también contagiosa. Cierro los ojos y me siento afortunada de estar aquí.

—¡Eh! ¡Ha desaparecido! ¡Vishnu ha desaparecido! —grita Ella.

Abro los ojos de inmediato. Ella se ha quitado las gafas. Tiene razón, la roca blanca que ocupa el centro del lago está vacía. Seis y Crayton están alerta, listos para enfrentarse al peligro. Miro a mi alrededor. ¿Qué es todo esto, una trampa?

—Ahora os probará —nos informa el comandante Sharma, interrumpiendo mis pensamientos. Es el único entre nosotros que no se ha inmutado ante la desaparición de Vishnu—. Por eso os he traído aquí.

Todos lo vemos a la vez. Algo tapa el sol en lo alto del escarpado muro del lago y una extraña sombra alargada se proyecta en el agua. La figura camina despacio por lo alto del muro hasta detenerse sobre la cascada del extremo izquierdo.

—¿Comandante? ¿Qué es eso? —pregunto.

—Eso es vuestra primer prueba —explica el comandante, subiendo a la verde orilla del lago. Todos le seguimos sin apartar los ojos de la figura.

Al cabo de un instante, la figura se lanza de cabeza al lago. Tiene las piernas muy cortas y el torso ancho y circular. Cae despacio, casi flotando, como si pudiera controlar la gravedad. Cuando llega a la superficie del lago, no salpica. Ni una onda. Seis coge con fuerza el gran colgante azul que lleva al cuello y Ella retrocede unos pasos para apartarse del lago.

—Puede que sea una trampa —advierte Crayton con calma, expresando mis miedos—. Preparaos para luchar.

Seis suelta el colgante y se frota las manos. Dejo mi Cofre en el suelo e imito sus movimientos, pero me siento ridícula y miro a mi alrededor por si alguien me ha visto. Es una suerte que estén ocupados con otros asuntos. La verdad es que Seis sabe luchar, lleva toda su vida entrenándose para eso. No hace nada sin tener alguna razón. Yo me limito a frotarme las manos. Las bajo lentamente.

—Os probará de uno en uno —explica el comandante.

Seis suelta un bufido de desdén.

—Tú no impones las reglas. No a nosotros —le dice, y a continuación mira a Crayton, que asiente con un gesto.

—Comandante, no hemos venido aquí para eso —añade Crayton—. Hemos venido en busca de nuestro amigo, no a luchar.

El comandante ni se digna a responder; se dirige a una zona de hierba baja y se sienta. Nunca lo habría tomado por un tipo capaz de sentarse en la posición de loto.

—Tiene que ser de uno en uno —responde con serenidad.

La criatura o lo que sea que se ha lanzado al lago sigue bajo el agua. Yo soy la única con un legado que me permite reunirme con ella. Aunque sé lo que tengo que hacer, me sorprendo al oírme decir:

—Yo iré primero.

Miro a Seis. Asiente con la cabeza y yo me sumerjo en el lago. El agua fría se vuelve más oscura a medida que gano profundidad. Tengo los ojos abiertos, pero al principio no veo más que unos centímetros de agua turbia por delante; sin embargo, no tardan en acostumbrarse y pronto logran penetrar en la oscuridad; mi visión nocturna me viene de perlas. Permito que el agua entre en mis pulmones y me invade una calma familiar. Empiezo a respirar con normalidad, dejándome llevar por el legado.

Llego al fondo fangoso y me vuelvo en todas direcciones en busca de la cosa

que se ha sumergido desde lo alto del muro. Percibo movimiento detrás de mí, cerca de mi hombro derecho, y al volverme veo la figura que se acerca. Lleva una corona dorada sobre sus oscuros cabellos cortos, sus cejas son semicírculos perfectos y tiene un aro de oro en la nariz. Es de una belleza singular que me impide dejar de mirarlo.

Me quedo quieta: quiero saber cuáles son sus intenciones. Se acerca más y cuando lo tengo a poco más de un metro de distancia, me quedo de una pieza. Lo que yo tomaba por un curioso torso circular es en realidad el caparazón de una tortuga. Paralizada, aguardo su próximo movimiento; me pilla desprevenida cuando se abalanza sobre mí y me golpea con sus dos brazos derechos.

Me precipito en espiral hacia atrás con una fuerza cuya velocidad me asombra. Mis pies encuentran rápidamente el fondo fangoso y me revuelvo presa del pánico, en guardia, con todos mis sentidos alerta, intentando descubrirlo en la oscuridad. Algo me da un golpecito en el hombro y al volverme veo al hombre tortuga azul. Mierda, se mueve rápido. Me guiña el ojo y luego se dispone a atizarme con los dos brazos izquierdos; esta vez, sin embargo, estoy preparada. Levanto el brazo y la rodilla para parar el golpe. Luego le planto el pie en el pecho y le doy una patada con todas mis fuerzas. Me vuelvo y lo ataco por detrás, atenazándole el cuello con los brazos mientras busco algo, lo que sea, que me sirva de arma. Veo una roca grande que sobresale del fango y uso la telequinesia para arrojársele a la extraña tortuga con todas mis fuerzas. El hombre tortuga ve la roca y, cuando está a punto de alcanzarlo, desaparece. Puf. La roca me golpea a mí en su lugar y caigo de espaldas en el fondo del lago.

Me quedo aturdida en el fango, esperando que la tortuga reaparezca, pero no sucede nada más. Finalmente decido subir a la superficie.

Lo primero que veo es a Seis de pie en la orilla, mirándome.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta.

—Ha pasado —responde el comandante.

—¿Estás bien? —grita Ella—. No veía nada con las gafas.

—Estoy muy bien —respondo. Y lo estoy de verdad.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha pasado? —pregunta Crayton al comandante—. ¿Era una de sus pruebas?

El comandante sonríe con serenidad y no le responde.

—Bien, ¿siguiente? —Se limita a decir.

Todavía en el agua, miro hacia donde señala el comandante, por encima de mi cabeza. Hay una nueva figura en lo alto del muro. Esta vez es un gigante barbudo con un hacha en la mano.

Mientras yo salgo del agua y me escurro la larga melena, Seis vadea el río hasta que el agua le llega a las rodillas. Es toda decisión y seguridad cuando responde:

—Yo.

La figura se desliza hasta la tercera cascada y se lanza al lago. Esta vez se zambulle salpicando ruidosamente. Vemos las ondas del agua cuando se acerca buceando. Primero asoma la punta del hacha, después la gigantesca cabeza. Seis no se inmuta; su expresión ni siquiera cambia cuando el gigante, que la supera en metro y medio de altura, se planta ante ella en las aguas poco profundas de la orilla.

El gigante blande el hacha con un gruñido. Seis se aparta y, antes de que él pueda reaccionar, rompe por la mitad el mango del hacha de una patada.

—¡Así se hace, Seis! —grita Ella.

El gigante da un puñetazo que Seis esquivo fácilmente con un rápido movimiento en zigzag. De inmediato contraataca con una patada en la rodilla; mientras el gigante se dobla chillando de dolor, Seis se agencia el mango roto del hacha y se dispone a golpearle en la cabeza. El gigantesco ser desaparece antes de que lo alcance.

—¿Qué demonios era eso? —pregunta Seis mientras lo busca por todas partes, lista para su reaparición.

El comandante Sharma sonríe plácidamente. El tipo empieza a hartarme de verdad.

—Esa era otra prueba, que has superado. Queda una más.

Antes de que podamos replicar, oímos un rugido. Retrocedo horrorizada ante la criatura que sale del agua. Mide más de tres metros, tiene cabeza de león, cuerpo de hombre y cinco brazos musculosos a cada lado. La criatura llega a la orilla, se sacude el agua de la cabeza y se acerca rugiendo a Ella.

—Oh, Dios mío —murmura Ella, con la boca y los ojos muy abiertos.

—No —dice Crayton, interponiéndose—. No estás preparada, es demasiado.

Ella posa una mano en el brazo de Crayton y, mientras sonríe, se transforma: deja de ser una niña asustada y se convierte en una guardiana lista para luchar.

—Puedo hacerlo.

Seis se coloca justo a mi lado. Ambas estamos dispuestas a pelear si Ella nos necesita.

Esa cosa se acerca y Ella vuelve a ponerse mis gafas. Entonces la criatura ataca con sus diez brazos, pero Ella se agacha y los esquivo fácilmente, como si viese los puñetazos con antelación. El árbol que tiene detrás acaba recibiendo los golpes: pedazos de madera vuelan por todas partes y rebotan en la cara y el pecho del extraño ser. Sin huir, pero tampoco luchando, Ella da vueltas alrededor del tronco y sigue esquivando los diez puños. El árbol recibe una buena paliza.

De pronto Ella grita:

—¡Oh, no! ¿Qué he hecho?

Antes de que pueda comprender a qué se refiere, se oye un fuerte crujido y el pesado tronco del árbol se tambalea. Cuando ya está a punto de aplastar a la criatura, esta desaparece como las demás. El árbol se desploma y una de sus

ramas le arranca a Ella las gafas negras del rostro y acaban aplastadas por otra rama enorme.

—¡Lo siento, Marina! Sabía que las gafas iban a romperse, pero no he podido hacer nada para impedirlo.

Crayton, Seis y yo corremos hacia Ella, que mira horrorizada las gafas destrozadas a sus pies.

—¡Ella! No te preocupes por las gafas. Te has enfrentado a esa criatura y ha desaparecido. Lo importante es que estás bien: me siento orgullosa de ti —le digo.

—¡Ella, ha sido alucinante! —exclama Seis.

—¡Felicidades! —interviene el comandante, todavía sentado tranquilamente como un Buda—. Acabáis de vencer a tres de los avatares de Vishnu. Habéis superado la prueba. El primero era Kurma, una criatura medio hombre medio tortuga que batió el antiguo océano para que los dioses pacíficos recuperasen la inmortalidad. El hombre del hacha era Parashurama, el primer guerrero santo. El último era una de las reencarnaciones más poderosas de Vishnu: Narishma, el hombre-león. Ahora esperaremos la llegada de Vishnu.

—Estamos hartos de esperar —protesta Crayton con la mandíbula y los puños apretados—. Será mejor que aparezca ahora mismo.

—Calma, calma —dice una voz de muchacho a nuestra espalda—. El comandante solo obedecía órdenes. Tengo que ser prudente.

La estatua de Vishnu avanza hacia nosotros, viva y sonriente.

—Hace ya mucho tiempo que os espero.

CAPÍTULO DIEZ



ESTOY SENTADO EN UNA SILLA METÁLICA DENTRO DE una jaula de plexiglás, en la parte trasera de un pequeño camión. Tengo las manos esposadas a la silla y los tobillos inmovilizados con pesados grilletes. Una correa de cuero me sujeta la frente a la pared de plexiglás que tengo detrás. Estoy de cara al lateral del camión, pero puedo torcer la cabeza lo suficiente para ver a Nueve, que está a mi lado, también encerrado en una jaula de plexiglás. Delante hay un guardia. Sé que podría soltarme al instante, pero BK, que sigue escondido en mi bolsillo, tiene razón. Debemos esperar, averiguar qué saben y en qué nos pueden ser de utilidad. Nueve estará de acuerdo: al fin y al cabo, a él le resulta aún más fácil librarse de sus ataduras y tampoco actúa. Hay un montón de candados en nuestras jaulas y el único modo de hacerse oír a través del grueso plexiglás es hablar por los ocho agujeros diminutos de las puertas. El motor del camión está encendido, pero no hemos avanzado ni un palmo.

La agente especial Walker está sentada en un largo banco de metal, junto a la parte delantera del camión. Tiene un pie en mi Cofre, el otro en el de Nueve y un cañón mogadoriano en el regazo. El hombre de la nariz rota está sentado a su lado, armado con el otro cañón. Walker habla por teléfono en voz baja,

mirándonos de vez en cuando. Casi oigo lo que dice, capto palabras sueltas como «novio» e «inmovilizado». Recuerdo que, en la montaña, Nueve me dijo que podía oír a una distancia de kilómetros. Espero que esté recabando más información que yo.

—¡Eh, John! —me grita.

El guardia se vuelve hacia la jaula de Nueve y le apunta con el rifle a la cabeza.

—¡Tú! ¡Cállate!

Nueve pasa de él.

—¡Johnny! ¿Cuándo quieres pirar de aquí? No sé tú, pero yo estoy aburrido y me gustaría cambiar de aires.

Cuánto le gusta vacilar a la gente. Empiezo a verle la gracia.

La agente especial Walker cuelga el teléfono y se pellizca el puente de la nariz. Tiene pinta de madre o de maestra enfadada y el cansancio le quita autoridad. Respira hondo y se sienta muy recta, como si hubiese tomado una decisión. Golpea la ventana para indicar al conductor que arranque.

Se levanta y se acerca a nosotros con el cañón en alto. Se detiene ante mí. Hay en sus ojos algo que no había visto antes, como si lamentara habernos capturado. O quizá lamente lo que debe hacer a continuación. Puede que ambas cosas.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —pregunto.

—Lo sabes muy bien.

Todavía llevo el brazalete en la muñeca. Me ha dejado tranquilo un rato, pero en cuanto la agente habla, se pone a vibrar.

Nueve grita:

—Oye, eso de que estoy aburrido no lo decía en broma. Estoy harto de jugar a ser buen chico. Depende de vosotros, pero os advierto que ya falta poco para que decida empezar a divertirme. Dinos ahora mismo todo lo que sabes o abriré esto de una patada y te obligaré a hablar. Adivina cuál de las dos cosas me apetece más.

El hombre de la nariz torcida se levanta despacio del banco y apunta a Nueve con su cañón.

—¿Quién te crees que eres, mocoso? No estás en posición de amenazarnos.

—Sean cuales sean vuestros planes, os aseguro que he pasado por cosas mucho peores —dice Nueve.

Al hombre parece irritarle la chulería de Nueve.

—Sé exactamente dónde estabas antes. ¿Lo captas? Lo sabemos.

—Agente Purdy —le dice Walker—. Baje el arma. Ahora.

El agente obedece y entonces soy yo el que decide divertirse. Supongo que Nueve me lo está pegando. Le arranco el cañón de la mano mediante telequinesia y lo arrojo a la parte trasera del camión. El agente Purdy se golpea

contra la puerta antes de aterrizar en el suelo con un ruido metálico. Justo entonces tomamos una curva cerrada, Purdy se tambalea y se golpea contra mi jaula con el hombro derecho. Uso la telequinesia para impedir que se mueva de ahí.

—Hijo de...

—¿No sabe que tiene que ponerse siempre el cinturón de seguridad, agente Porky? —Nueve suelta una carcajada—. ¡La seguridad es lo primero! Tome, coja uno de los míos. Solo tiene que entrar a por él.

El agente Purdy murmura:

—No sé cómo lo haces, pero será mejor que pares. —Trata de adoptar un aire amenazador, pero eso es difícil desde su postura.

Me inclino hacia delante y rompo sin problemas la correa que me ciñe la cabeza. El recreo ha terminado.

—Agente Purdy, ¿sabe dónde está Sam Goode?

—Tenemos a Sam —responde la agente especial Walker con un tono de lo más normal apuntándome sin embargo con el cañón.

Por un instante, la noticia me descoloca: me quedo en blanco y libero sin querer al agente Purdy, que cae de bruces al suelo.

¿Tienen a Sam? Entonces ¿Setrákus Ra no está torturándolo en una cueva, como vi en sueños? ¿Sam está bien? Justo cuando estoy a punto de preguntar dónde está mi amigo, me fijo en las luces que giran en el cañón de la agente especial Walker. No son verdes, sino rojas y negras.

Walker sonríe al ver mi expresión de alarma.

—Con un poco de suerte, John Smith o como te llames, te enseñaremos un vídeo de cómo usamos nuestras técnicas de interrogatorio con Sam. Y con mucha, mucha suerte, verás también algunas secuencias de esa novia tuya, la rubita. ¿Cómo se llamaba?

—Ooh, mierda —dice Nueve. Percibo la burla en su voz: sabe muy bien lo que está a punto de suceder—. Ahora sí que la habéis cagado.

Tardo un segundo en recuperar la voz.

—Sarah —susurro—. Sé que trabaja con vosotros. ¿Qué le dijisteis para que se volviera contra mí?

El agente Purdy recoge su cañón y vuelve a su asiento.

—¿Estás de broma? Esa chica no nos ha dicho nada y, créeme, se lo hemos pedido de muchas maneras. Dice que no tiene nada que decir. Está enamorada.

Me quedo perplejo una vez más. Estaba convencido de que Sarah había colaborado con el gobierno para atrapar me. La última semana en Paradise se comportó de un modo muy extraño. Nos encontramos en el parque y luego empezó a recibir extraños mensajes de texto... a las dos de la mañana. Poco después nos vimos rodeados de agentes que nos empujaron al suelo. No había otra explicación posible: tuvieron que ser esos mensajes de texto, se los mandó a

la policía. ¿Cómo, si no, pudieron enterarse de que Sam y yo estábamos allí? Mierda. Ahora ya no sé qué pensar. Y ¿sigue enamorada de mí?

—¿Dónde está? —exijo saber.

—Muy, muy lejos —responde la agente especial Walker. ¿Me está vacilando?

—¿A quién le importa, tío? —interrumpe Nueve—. ¡Tenemos otros planes, Johnny, tenemos otros planes y Sarah no aparece en ellos! ¡Ni tampoco Sam!

No le escucho. Ahora que sé que el gobierno de Estados Unidos tiene a Sam y a Sarah, estoy decidido a encontrarlos. Cuando estoy enfrascado pensando qué debo hacer, qué debo preguntar, Bernie Kosar sale de mi bolsillo arrastrándose.

Ya casi es hora de irse. Nos llevaremos a la mujer para que nos conduzca hasta Sam y Sarah, dice.

—¿Nueve? ¡Listo para salir de aquí? —pregunto.

—¡Por supuesto! ¡Estoy listo desde hace siglos! Tengo que mear.

La agente especial Walker nos mira primero a uno, luego al otro. No sabe a quién apuntar con el arma y la mueve de aquí para allá. El agente Purdy se levanta y hace lo mismo, y el guardia de la parte trasera del camión también nos apunta con su rifle.

—¡Si se mueven, disparad, pero evitad los órganos vitales! —ordena el agente Purdy, tomando posiciones junto a la agente Walker.

Bernie Kosar salta de mis piernas y, tras subir por la puerta de plexiglás, despliega sus alitas de cucaracha y me dice que cuente hasta cinco.

—¿Nueve?

—Ya voy por tres, tío.

Walker grita que nos callemos. Mi brazalete vibra y mil calambres me recorren el brazo de arriba abajo, pero no me inmuto. Nueve rompe todas sus ataduras como si nada y se levanta. Yo hago lo mismo, aunque con más esfuerzo. A continuación le da una patada a la puerta de plexiglás y la arranca del marco como si nada. El guardia le dispara, pero Nueve levanta la mano sonriendo y detiene las balas en el aire. Al bajar la mano, las balas caen al suelo, una a una.

—¿Necesitas ayuda, colega? —me pregunta. Descarga el pie contra la puerta de mi celda y salgo. BK vuelve a meterse en mi bolsillo.

Antes de que el guardia pueda reaccionar, empleo la telequinesia para arrojarlo al suelo y doblo su rifle hasta convertirlo en un pedazo inútil de metal. La agente Walker y Purdy disparan contra nosotros sus cañones mogadorianos, pero Nueve detiene los rayos y regaña a los agentes meneando el dedo mientras les sonríe.

—No, no, no. A estas alturas, ya deberíais saberlo. ¡Prepárate, Johnny! ¡Vamos a dar unas vueltas!

El camión sale disparado de la carretera y empieza a dar tumbos. Sin previo aviso, Nueve me sujeta y tira de mí hasta que recobro el equilibrio. Corremos hacia el lado izquierdo del camión, desplazándonos como en la rueda de un

hámster para mantenernos de pie mientras el camión sigue girando. El metal se abolla a nuestro alrededor, saltan chispas por todos lados y el guardia y los agentes parecen muñecos de trapo zarandeados en todas direcciones. Con la fuerza del impacto, se abren las puertas traseras y, cuando el camión por fin se detiene, nos apeamos de un salto. Los vehículos policiales que nos seguían frenan en seco con las sirenas en marcha.

—¿John? —dice Nueve, tan campante.

—¿Qué? —respondo mientras intento librarme de la sensación de vértigo tras tantos tumbos. Ninguno de los dos despega los ojos de la aglomeración de sirenas policiales.

—Tenemos que recuperar nuestros cofres, tío, y llevarnos a esa agente como ha dicho BK. —Nueve retrocede hasta el camión y yo le sigo.

Doy un par de golpecitos en el bolsillo, para asegurarme de que BK sigue ahí.

—Vale —respondo.

—Entonces ¿por qué no te encargas tú de eso mientras yo me ocupo de lo otro? —Cuando los agentes tratan de salir de los coches de policía, Nueve recurre a la telequinesia para levantar los vehículos.

Corro de vuelta al camión humeante, volcado en la cuneta. Entro de un salto, evito al guardia y al agente Purdy, que gimen echados en el suelo, y encuentro nuestros cofres. La agente especial Walker está sentada en lo que queda del banco metálico, mirándose aturrida la sangre que le mancha las manos. Tiene el cabello rojo desparramado por los hombros y un largo araño en un lado de la cara. Ahora el cañón mogo no es más que un montón de chatarra que yace bajo sus piernas. Me observa mientras recojo los cofres y me agacho a su lado.

—Vienes con nosotros —le digo. No es una pregunta.

La agente abre la boca para hablar y un hilo de sangre se escapa entre sus labios. Es entonces cuando veo el trozo de metal que le asoma del hombro. Dejo uno de los cofres en el suelo e intento levantarla, pero gime y tose más sangre. La suelto, temiendo que si la muevo pueda desangrarse y morir antes de desvelarnos el paradero de Sam y Sarah.

—¿Dónde están? —pregunto—. ¡Dímelo! Vas a morir de un momento a otro y yo tengo que salvar la Tierra y a mis amigos. ¡Dímelo, ahora! ¿Dónde están Sam y Sarah?

La cabeza de la agente especial Walker se bambolea de un lado a otro; tiene los ojos verdes muy abiertos, como si me viese por primera vez. Los disparos de fuera se acercan cada vez más.

—Tú... tú eres un extraterrestre —susurra por fin.

Frustrado, golpeo el costado del camión.

—¡Sí, lo soy! ¡Pero estoy aquí para ayudar, si me dejáis! Ahora, antes de que se te acabe el tiempo, dime dónde están. ¿En Washington?

Su respiración empieza a entrecortarse, y juraría que ya no es capaz de

verme ni oírme. La estoy perdiendo. La estoy perdiendo y sigo sin saber el paradero de Sarah y Sam. De pronto hablo con un hilo de voz:

—Dime dónde están. Por favor.

Nuestros ojos se encuentran y me doy cuenta de que la he convencido.

La agente especial Walker abre la boca para hablar y, tras un par de intentos, encuentra la voz:

—En el oeste. En...

Su voz se apaga y cierra los ojos. Tensa los puños ensangrentados y después los relaja. Todo su cuerpo se afloja.

—¡Un momento! ¡Aguanta!

Frenético, intento abrir mi Cofre para coger la piedra sanadora. Lo único que pienso es que, si la curo, me dirá dónde están. Justo cuando ya tengo la mano en el candado, un grupo de policías irrumpe en el camión con las pistolas desenfundadas.

—¡Apártate de la agente! ¡Muévete o disparamos! ¡Al suelo! ¡Las manos a la espalda! ¡Ahora!

Me gritan órdenes, pero no puedo obedecer. No quiero obedecer. Necesito encontrar la piedra sanadora, necesito oír lo que Walker iba a decirme. Alargo la mano para abrir el Cofre y oigo chillar a los policías.

—¡Manos arriba! ¡MANOS ARRIBA! ¡MANOS ARRIBA!

Introduzco la mano en el Cofre.

Oigo el primer disparo y, a continuación, todos los demás. Mientras llueven balas desde todas direcciones, la muñeca me cosquillea más que nunca. Ya no me duele y el brazalete empieza a dilatarse, a cubrirme todo el brazo con una funda de material rojo para acabar extendiéndose y abrirse como un paraguas. No tengo ni idea de lo que pasa, ni tampoco me importa. Solo pienso en mi piedra sanadora y en el cuerpo inerte de Walker, tan próximo y también tan inútil. De pronto, estoy protegido por un escudo de dos metros de alto que se curva sobre mi cabeza y bajo mis pies. Rechaza todas las balas.

Entonces arrecian los disparos y una lluvia de balas rebota en el escudo. Al cabo de unos minutos, empiezan a ser cada vez menos frecuentes, más esporádicos, como las últimas palomitas en saltar de la sartén. Cuando los disparos cesan por fin, el escudo rojo se contrae de nuevo y se encoge hasta convertirse en el brazalete que me cosquillea la muñeca, todo sin mi intervención. Lo contemplo, asombrado ante su precisión y sentido de la oportunidad.

Walker sigue inconsciente a mis pies. Los policías que me apuntaban desde la parte trasera del camión han desaparecido, pero oigo disparos fuera. Me debato entre buscar la piedra sanadora para curar a Walker y salir a comprobar si Nueve necesita ayuda. Quiero reanimar a Walker, obligarla a que me diga dónde están Sarah y Sam, pero no puedo dejar solo a Nueve si está en apuros. Decido

que Walker tendrá que esperar; no irá a ninguna parte y solo espero que no se muera. Aprovecho para ponerme un Cofre bajo cada brazo y salir corriendo. Una vez fuera, lo primero que veo es a un grupo de policías que huyen en dirección contraria. No sé qué habrá hecho Nueve mientras yo estaba dentro intimando con mi brazalete, pero todos parecen aterrorizados.

—Hum... ¿Nueve? —grito—. ¿Qué les has hecho?

—Solo he usado la telequinesia para levantarlos diez metros por los aires. —Sonríe—. Luego les he dado a elegir entre subirlos todavía más o dejarlos ir. Aplaudo la sabiduría de su decisión, ¿no crees?

—Parece que han elegido bien.

—Oye, creía que nos llevábamos a esa agente.

—Sigue dentro, está inconsciente e iba a curarla con mi piedra sanadora, pero primero quería asegurarme de que no me necesitaras.

—¿Estabas preocupado por mí, tío? ¡Lo tengo todo controlado! ¡Necesitamos a la agente para saber adónde ir! Eres tú el empeñado en ir a buscar a tus amigos, ¿recuerdas? —Nueve coge un fusil de asalto y lo dispara al aire—. ¡Entra y sácala de ahí! Yo te espero fuera, jugando a los soldaditos.

Los policías siguen retirándose a pie y algunos se esconden detrás de los árboles que flanquean la carretera. Nueve apunta por encima de sus cabezas. El fusil retrocede en su hombro y las balas atraviesan las ramas más altas. Lo oigo carcajearse y disfrutar del espectáculo, mientras yo regreso al camión.

Abro mi Cofre, cojo la piedra sanadora y me agacho para entrar en el camión y comprobar la gravedad de las heridas de Walker.

Pero no está. Miro a mi alrededor, es como si hubiese podido levantarse y desplazarse a otra parte del camión. Estoy totalmente confundido por lo que veo, o más bien por lo que no veo. No hay nadie. Los cuerpos que yacían aquí hace tan solo unos minutos han desaparecido. Mierda.

Estoy furioso conmigo mismo. Me parece increíble haberlo fastidiado todo. No solo seguimos sin conocer el paradero de Sarah y Sam, sino que es muy probable que Purdy y Walker continúen ahí fuera.

CAPÍTULO ONCE



OCHO SE HA SENTADO EN LA HIERBA. EL LAGO ESTÁ LISO y en calma.

—Tengo diferentes nombres. Algunos me llaman Vishnu, otros Paramatma o Parameshwara. También se me conoce por mis diez avatares: habéis conocido y luchado contra tres de ellos. Con gran eficacia, debo añadir.

—Si esos eran tus avatares, son parte de ti. Lo que significa que te ha parecido necesario declarar la guerra a tres chicas que intentaban encontrarte —le suelta Crayton—. Se supone que eres un dios pacífico, ¿no?

—Tienes mucho que explicarnos —añade Marina.

Él no se inmuta y sigue sentado.

—Tenía que estar seguro de que erais quienes decíais ser. Debía asegurarme de que estabais preparadas para conocerme. Me disculpo si he herido vuestros sentimientos o algo más. Todas habéis superado la prueba, si eso os hace sentir mejor.

Estoy harta. Estoy cansada y hambrienta, por no mencionar que he cruzado medio mundo y luchado contra un ejército para llegar hasta aquí. Quiero respuestas. Me levanto con los puños apretados.

—Voy a preguntarte algo y, si no respondes directamente, nos largamos. Esto no es una discusión filosófica y no tienes ningún derecho a probarnos. ¿Eres o no eres el Número Ocho?

Levanta la vista frunciendo los labios. El color de su piel cambia del azul a un cobrizo oscuro. Cuando menea la cabeza, se le cae la corona y su cabello negro crece hasta convertirse en una maraña de rizos. Desaparecen dos de sus brazos y, en cuestión de segundos, tenemos sentado ante nosotros a un adolescente con el torso desnudo. El comandante Sharma suelta una exclamación.

Es delgado, pero musculoso, de labios gruesos y espesas cejas negras; reconozco que está bastante bien. Un colgante de Lorien le pende del cuello.

Es uno de los nuestros.

Ella mira a Crayton, que deja escapar un prolongado suspiro. Abre la boca para decir algo, pero el chico habla primero.

—Al principio mi cêpan me llamaba Joseph, pero he tenido muchos nombres. En esta región casi todos me llaman Naveen. —Hace una pausa y me observa, luego se sube la deshilachada pernera del pantalón y nos muestra los símbolos quemados de Uno, Dos y Tres—. Si queréis ponerlos lóricos conmigo, entonces sí, podéis llamarme Ocho.

La rabia que bulle en mi interior estalla y desaparece. Hemos encontrado a otro miembro de la Guardia. Acabamos de hacernos más fuertes.

Crayton da un paso adelante y le tiende la mano.

—Te buscábamos, Ocho. Hemos recorrido un largo camino. Soy Crayton, el cêpan de Ella.

Ocho se levanta y le estrecha la mano. Es alto y tiene los músculos del torso y el abdomen muy marcados. Es evidente que lleva años entrenando, sobreviviendo solo en las montañas.

Ella también se pone en pie.

—Me llamo Ella; soy el Número Diez.

—¡Vaya! —exclama Ocho, escrutándola con la mirada—. ¿Qué quieres decir con eso de que eres el Número Diez? Solo somos nueve. ¿Quién te ha dicho que eres el Número Diez?

De pronto Ella se encoge hasta convertirse en una niña de seis años. Supongo que ver cuestionada tu identidad por una antigua estatua causa estas crisis de confianza. Crayton le da un codazo y, con la misma rapidez, Ella se transforma de nuevo en su anterior yo de doce años.

Ocho responde creciendo otro metro y medio.

—¿Es eso todo lo que puedes hacer, Diez?

Ella pone cara de concentración y trata de crecer unos cuantos años, pero no pasa nada. Al cabo de unos instantes, responde con timidez:

—Supongo.

—Te contaré los detalles más tarde, pero otra nave salió de Lorien después

que la vuestra —le aclara Crayton a Ocho—. Ella y yo viajamos en esa nave; entonces Diez era solo un bebé.

—¿Es eso todo o hay por ahí un Número Treinta y dos al que debería conocer? —pregunta Ocho encogiéndose a su tamaño habitual. Tiene la voz ronca, pero también cálida. Reparo en que sus ojos son de un verde increíble. Por la cara que pone Marina, ella también está fijándose en lo mismo. Se me escapa una sonrisa al verla nerviosa, colocándose el cabello detrás de las orejas.

—Ella es la última —responde Crayton—. Esta es Seis y Marina es Siete. Por lo visto puedes cambiar de forma: ¿hay algo más que debemos saber?

Ocho responde transformándose en una jirafa de dos cabezas; y esta vez crece más de seis metros. Intento no sonreír.

—Tengo ese legado, en efecto —dice la cabeza de la izquierda.

La cabeza de la derecha baja al agua y bebe antes de mirarnos y añadir:

—Entre muchos otros.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —Quiere saber Marina.

Ocho se transforma de nuevo en un chico y empieza a brincar por la superficie del lago como si fuera de hielo. Cuando vuelve hacia nosotros, echa a correr y, al frenar en seco, manda una ola de agua hacia Marina.

Pero Marina no va a dejarse impresionar por el nuevo. Sin inmutarse, levanta la mano, detiene la ola en el aire y luego recurre a la telequinesia para mandársela de nuevo a Ocho. A su vez, Ocho la lanza hacia arriba, convertida en géiser. Para no quedarme fuera del juego, sea cual sea, convoco al viento para que empuje el géiser por el lago hasta que una pared de agua en movimiento rodea a Ocho por tres lados.

—¿Qué más tienes? —le grito a Ocho, provocándole para que siga.

Ocho desaparece tras la pared de agua donde lo había atrapado y reaparece poco después en lo alto de las rocas. Vuelve a desaparecer y aparece a unos centímetros de mi cara.

Tenerlo de pronto tan cerca me descoloca e, instintivamente, le doy un puñetazo en las costillas. Ocho suelta un gruñido y se tambalea hacia atrás.

—¡Seis! Pero ¿qué haces? —grita Marina.

—Lo siento, ha sido un acto reflejo.

—Me lo merezco —añade Ocho, desentendiéndose de la protección de Marina.

—¿Puedes teletransportarte? Eso mola mucho —dice Marina.

De pronto, Ocho aparece a su lado y le apoya un brazo en el hombro.

—Me encanta —bromea Ocho.

Marina lo aparta con una risita. ¡Una risita! ¿Será posible?

Ocho sonríe, desaparece y vuelve a aparecer de pie sobre los hombros de Crayton; mueve mucho los brazos y dobla las piernas para fingir que apenas puede mantener el equilibrio.

—¡Aunque a veces se me ocurre aterrizar en sitios muy tontos!

De pronto, se ha convertido en nuestro bufón.

Me sorprenden su humor y sus juegos: no sé si serán una ventaja o un lastre para nosotros. Decido considerarlo algo positivo. Imagino las caras de fastidio y confusión de los mogadorianos antes de que este chico los convierta en cenizas. Crayton se inclina hacia delante y, como si hubiesen ensayado el número, Ocho da una voltereta, aterriza en el suelo y luego aplaude, claramente satisfecho de su actuación.

—¿Dónde está tu cêpan? —pregunta Marina.

La expresión alegre de Ocho se ensombrece. Todos sabemos lo que eso significa. De inmediato me viene a la cabeza la imagen de Katarina amordazada y encadenada a la pared. Pienso en John y su cêpan, Henri. Aparto esos recuerdos antes de que se me llenen los ojos de lágrimas.

—¿Cuándo pasó? —Crayton pregunta con dulzura lo que todos pensamos.

Ocho se vuelve para mirar el campo cubierto de hierba alta. Usa la telequinesia para separar la hierba a izquierda y derecha hasta formar un sendero estrecho. Alza la cabeza y mira el sol poniente.

—Tenemos que irnos de aquí. Anochece; os contaré de camino lo de Reynolds y Lola.

El comandante Sharma se levanta de inmediato y sujeta a Ocho de la muñeca.

—¿Y yo? ¿Qué puedo hacer por ti? Dímelo, por favor —le dice.

La voz de Sharma me sorprende. Hasta ahora no había abierto la boca, y yo estaba tan metida en nuestra sesión de presentación que había olvidado por completo su participación en todo esto.

—Comandante —dice Ocho—, ha sido un amigo leal y quiero agradecerle a usted y a sus soldados todo lo que han hecho. Vishnu se sentiría muy feliz de su devoción. Pero me temo que ahora tenemos que seguir caminos distintos.

La cara del comandante deja bien claro que esperaba continuar con él.

—Pero... No lo comprendo, he hecho todo lo que me has pedido. Te he traído a tus amigos. Mis hombres han muerto por ti.

Ocho mira al comandante Sharma a los ojos.

—Nunca quise que nadie muriera por mí, por eso me negué a salir de la montaña y a andar con usted por las calles. Lamento más de lo que se puede imaginar que se hayan perdido vidas. Créame, sé lo que se siente en un caso así. Pero ha llegado el momento de separarnos.

Aunque Ocho habla con firmeza, veo lo difícil que le resulta.

—Pero...

—Adiós, comandante —lo interrumpe Ocho.

Sharma se vuelve con expresión desesperada. Pobre hombre. Pero es un soldado que sabe cuándo hay que obedecer una orden, cuándo hay que aceptar

la situación.

—Me abandonas.

—No —responde Ocho—, usted me abandona a mí para salir en busca de algo mayor y mejor. Un sabio me dijo una vez que solo dejando a alguien bueno puede encontrarse a alguien mejor. Encontrará a su Vishnu, y solo llegará a conocerlo cuando yo ya no esté.

Es difícil de presenciar. El comandante Sharma abre la boca para hablar, pero la cierra cuando Ocho da media vuelta y echa a andar por el sendero sin mirar atrás. Al principio creo que Ocho está siendo demasiado duro; luego comprendo que es el modo más amable de hacer lo que debe hacer.

—¡Eh, espera! —grita Crayton—. El pie de la montaña está en la otra dirección, tenemos que ir al aeropuerto.

—Primero debo mostraros algo. Y puede que no nos haga falta el aeropuerto.

—¿Adónde vas? Hay muchas cosas que aún no sabes. Tenemos que sentarnos y hablar, ¡tenemos que organizar un plan! —exclama Crayton.

—Ojalá no hubiese roto esas gafas —dice Ella—. No podemos seguirlo sin más, sin saber adónde nos lleva o si es una buena idea. Él cree que lo sabe todo, pero puede que se equivoque.

Observamos a Crayton, que se plantea qué debemos hacer. Yo lo tengo claro: por fin hemos encontrado a otro miembro de la Guardia y tenemos que seguir juntos. Señalo con un gesto la figura de Ocho que desaparece rápidamente en la distancia. Crayton me mira y asiente; recoge el Cofre de Marina y echa a andar tras Ocho. Sin decir palabra, Marina y Ella se dan la mano y lo siguen. Yo cierro la marcha. Aguzo el superoído para comprobar si el comandante se mueve de donde lo hemos dejado. No oigo nada. Me lo imagino quieto y mudo tras nuestra marcha. Comprendo que era inevitable, pero aun así lo siento por él, abandonado después de tantos años de lealtad. Miro la espalda de Ocho, tiesa como un palo, y me sabe mal por los dos.

Ocho nos conduce colina abajo y, de pronto, nos encontramos en un amplio valle. Mire donde mire veo las cumbres nevadas del Himalaya; más cerca, hay bosques aquí y allá, interrumpidos por prados de flores amarillas y moradas. Es precioso. Mientras disfrutamos de la belleza del paisaje, Crayton rompe el silencio.

—Vale, ¿quiénes eran Reynolds y Lola?

Ocho aminora la marcha para que podamos andar juntos. Se agacha y, tras recoger un puñado de flores moradas, las estruja con la mano.

—Reynolds era mi cêpan. Se reía mucho, siempre estaba riéndose. Se reía cuando huíamos, cuando dormíamos bajo un puente o cuando nos escondíamos en un establo lleno de goteras durante el monzón. —Se vuelve y nos mira uno a uno—. ¿Os acordáis de él?

Las tres negamos con la cabeza y también Crayton. Ojalá me acordara. Pero

solo tenía dos años cuando hicimos el viaje.

Ocho continúa:

—Era un gran lórico y mejor amigo aún. Pero Lola... Lola era una humana de la que se enamoró cuando llegamos aquí, hace ocho años. Se conocieron en el mercado y desde entonces se hicieron inseparables. Reynolds estaba muy enamorado. Lola se vino a vivir con nosotros muy pronto. Casi nunca salía de casa. —Ocho da una patada a unas flores—. Tendría que haber sabido que no era de fiar por cómo me miraba: siempre quería saber dónde estaba y qué hacía. Nunca le permití que se acercara a mi Cofre, por mucho que lo intentó. Pero Reynolds confiaba tanto en ella que finalmente le dijo quiénes éramos. ¡Se lo contó todo!

—Mal hecho —comento. John se lo contó a Sarah y mira lo que pasó. Confiar nuestros secretos a los humanos es demasiado arriesgado. Y con amor de por medio el riesgo es aún mayor.

—Me enfadé tanto que ni siquiera puedo describirlo —sigue Ocho—. Cuando comprendí lo que Reynolds había hecho, me puse como un loco. Peleamos durante días, y eso que hasta entonces nunca habíamos discutido. Confiaba totalmente en él; lo cierto es que eso no había cambiado: en quien no confiaba era en ella. Fue entonces cuando Lola insistió en que fuéramos a las montañas de acampada. Dijo que conocía el lugar perfecto. Convencí a Reynolds de que eso le ayudaría a hacer las paces conmigo y que volvería a unirnos. El plan de Lola (que Reynolds y yo nos diéramos un besito e hiciésemos las paces así, sin más) no me parecía muy creíble, pero fui de todos modos. —Ocho se detiene para señalarlos el pico de una montaña, al norte—. Fuimos a esa montaña de ahí. Traje mi Cofre. Entonces ya podía teletransportarme y dominaba la telequinesia, además de tener una fuerza fuera de lo común; necesitaba entrenar y supuse que el aire de la montaña me ayudaría a ser más fuerte y rápido. Pero, en cuanto llegamos, Lola intentó separarnos. Hizo todo lo posible por distanciarme de Reynolds, pero al final tuvo que recurrir al plan B.

Ocho se vuelve y reanuda la marcha. Le dejamos que avance unos pasos para serenarse.

—¿Y cuál era el plan B? —pregunta Marina con dulzura, animándole a hablar. Ocho necesita contarnos todo eso, pero no tenemos que torturarlo.

—La tercera noche en las montañas, Lola se fue a buscar leña, dejándonos a Reynolds y a mí solos por primera vez desde que empezamos el viaje. Supe que algo iba mal, lo sentí en la boca del estómago. Lola volvió muy pronto... con una docena de soldados mogadorianos. Reynolds estaba perdidamente enamorado de ella y se le partió el corazón antes de acordarse siquiera de tener miedo. Gritó a Lola, rogó que le explicara por qué le hacía aquello a él, a nosotros, a mí. Entonces uno de los soldados arrojó una bolsa de monedas de oro a los pies de Lola. Los mogadorianos le habían prometido un montón de dinero a cambio de

un « servicio ». —Ocho pronuncia con desdén esta última palabra—. Lola fue a cogerla como un perro que se lanza tras un hueso. Todo pasó muy rápido: se agachó, uno de los mogadorianos alzó su espada, la ensartó por la espalda y la bolsa de monedas estalló a sus pies. Reynolds y yo nos quedamos paralizados, viéndola morir.

La última palabra, « morir », queda suspendida en el aire. Por fin Crayton carraspea y dice:

—No hace falta que sigas ahora. Puedes dejarlo, si quieres.

—No podían matarme. —Ocho sube la voz, como si intentase acallar así los tristes recuerdos. Conozco el truco y casi nunca funciona—. Yo no me moría, ni siquiera cuando me atravesaban el cuello o el estómago con sus espadas, pero los mogadorianos sí. Los golpes mortales dirigidos a mí los sufrían ellos. No podían matarme por el hechizo, e hice cuanto pude por salvar a Reynolds. Pero nos separamos en aquel caos y yo me teletransporté demasiado tarde. Reynolds estaba... —Ocho hace una pausa—. Uno de los mogos se llevó mi Cofre. Intenté detenerlo; me agencí una de sus espadas y fui a atravesarle el estómago, pero fallé por muy poco, aunque seguro que me llevé su mano por delante. En cualquier caso, logró escapar. Echó a correr hacia el bosque y vi una pequeña nave plateada que despegaba entre los árboles. Maté a los demás.

La voz de Ocho es tan fría, tan desapasionada, que me estremezco.

—Yo también he perdido a mi cêpan —dice Marina con voz tranquila, poco después.

—Y yo —añado. Miro a Ella, que se ha acercado a Crayton. Al menos lo tiene a él. Espero que no perdamos al último cêpan que conocemos.

Anochece rápidamente. Marina se ofrece a adelantarse para guiarnos con su legado de visión nocturna. Sonríe cuando toma a Ocho de la mano y me alegra que alguien intente consolarlo.

—He pasado mucho tiempo en esas montañas —dice Ocho.

—¿Siempre solo? —pregunta Ella.

—Estuve solo un tiempo; no sabía adónde ir. Un día, por fin, me crucé con un anciano. Oraba con los ojos cerrados, sentado bajo un árbol. Hacía unos meses que había aparecido el legado que me permite cambiar de forma, así que me acerqué a él transformado en un conejito negro. El anciano notó que me aproximaba y se echó a reír incluso antes de abrir los ojos. Había algo en su cara que me inspiró confianza... Supongo que me recordó a Reynolds antes de que Lola entrase en nuestras vidas. Así que salté a los arbustos y me teletransporté detrás de una hilera de árboles en la dirección opuesta. Cuando volví a acercarme con mi aspecto habitual, el anciano me ofreció un poco de lechuga. Era evidente que me conocía y que siempre me conocería, independientemente de la forma que yo adoptase.

—Llegamos a otro lago —dice Marina, interrumpiendo a Ocho. En cuanto

dejan de hablar, oigo el movimiento del agua y, algo más lejos, el rumor de una cascada.

—Sí, nos acercamos —confirma Ocho—. Pronto comeremos algo y podremos dormir.

—¿Y qué pasó con el anciano? —pregunta Crayton.

—Se llamaba Devdan y era una persona profundamente espiritual e iluminada. Me habló del hinduismo y de Vishnu. Fueron historias muy importantes para mí: las consideré una representación de nuestro intento de salvar Lorien. También me enseñó antiguas artes marciales indias como el kalaripayattu, el silambam o el gatka. Trabajé mis legados y mis poderes para ver hasta dónde podía llevar lo que aprendía de él.

» Un día fui a verlo a nuestro lugar habitual y no estaba. Volví día tras día, pero él nunca regresó y yo volví a estar solo. Al cabo de muchos meses, tropecé con el comandante Sharma y su ejército durante unas maniobras de entrenamiento. —Ocho vacila antes de continuar—: Por desgracia o por suerte, aún no lo tengo claro, ese día yo había adoptado la forma de Vishnu y juraron protegerme de todo mal. Supe que lo hacían porque había tomado una forma que ellos adoraban y no me gustó aprovecharme de su fe, pero no me pude resistir. Supongo que estar solo me gustaba aún menos.

Marina vadea el lago y Ocho le indica que se dirija a la cascada que oímos a lo lejos.

—¿Volvieron los mogos? —pregunta Crayton.

—Sí. Vuelven de vez en cuando en esas pequeñas naves plateadas, y sobrevuelan las montañas para ver si sigo aquí. Pero entonces me transformo en hormiga o mosca y pasan de largo.

—Eso encaja con los avistamientos de ovnis descritos en esta región —dice Crayton.

—Sí, son ellos. Con cada visita descuidan más la detección. Llevo varios días sin verlos, pero desde hace ocho o seis meses aparecen con más frecuencia. Deduzco que será porque el conflicto se intensifica.

—Así es —intervengo—. Nos estamos localizando y reuniendo. Marina, Ella y yo nos encontramos en España hace unos días. Cuatro nos espera en Estados Unidos y ahora te hemos localizado a ti. Solo faltan Cinco y Nueve.

Ocho guarda silencio unos instantes.

—Quiero agradecerlos que hayáis viajado hasta aquí por mí. Hacía mucho tiempo que no tenía a nadie con quien hablar; hablar de mi verdadera vida.

La cascada se encuentra a un par de metros de distancia.

—¿Y ahora, qué? —Me veo obligada a gritar por el ruido del agua.

—¡Escalaremos! —responde Ocho, señalando la recta pared de piedra que tenemos delante.

Acaricio la lisa superficie y busco un punto de apoyo con el pie. Resbalo

enseguida y, cuando estoy a punto de intentarlo de nuevo, oigo la voz de Ocho a lo lejos, muy arriba. Ya ha subido y nos grita algo. Teletransportarse es aún mejor de lo que imaginaba; quizás hasta mejor que hacerse invisible. Me pregunto si podremos combinar ambos legados.

—Usa la telequinesia para subir flotando —me indica Marina—. Coge a Ella; yo me encargo de Crayton.

Sigo su consejo y flotamos hasta la cima. Es mucho más fácil de lo que imaginaba. Allí está el campamento de Ocho y pronto estamos sentados alrededor de una hoguera, preparando un guiso de verduras en un gran cazo. Las espesas copas de los árboles nos protegen por arriba y, con el agua abajo, es un escondite perfecto. La choza de barro de Ocho es deprimente y al mismo tiempo ideal. Las paredes son irregulares y la puerta es un óvalo torcido, pero el espacio es cálido y seco, y huele a flores frescas. Dentro hay una hamaca de fabricación casera y una mesita; tres alfombras de colores cuelgan de las paredes.

—Te has montado un sitio bonito —digo cuando regreso junto al fuego—. Llevo tanto tiempo huyendo que ya he olvidado lo que es tener un hogar, aunque sea una choza.

—Este es un lugar especial. Una parte de mí se quedará siempre aquí; lo echaré muchísimo de menos —dice Ocho, mirando con cariño a su alrededor.

—¿Significa eso que te vienes con nosotros? —pregunta Marina.

—Claro que sí. Ha llegado el momento de unirnos y colaborar. Ahora que Setrákus Ra está aquí, debo ir con vosotros.

—¿Está aquí? —pregunta Crayton, de pronto inquieto.

Ocho toma su primer bocado del guiso.

—Llegó hace unos días. Me ha visitado en sueños.

CAPÍTULO DOCE



EN VIRGINIA OCCIDENTAL, NOS SUBIMOS A UN TREN DE carga en marcha. He intentado dormir, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza. Entorno los ojos para acostumbrarlos al sol matinal que se filtra entre los listones de la puerta. Me alivia saber que nos dirigimos al oeste. Es todo lo que dijo la agente especial Walker antes de desaparecer: oeste. De modo que allá vamos. Evito pensar en la posibilidad de que nos confundiera deliberadamente, y trato más bien de creer que estaba agonizando y no tenía nada que perder; en ese caso, no tenía ninguna razón para mentirme.

Me acuesto boca arriba. El techo del vagón está sucio, cubierto de manchas de varios colores. Me quedo contemplando un punto azul durante tanto rato que acabo quedándome dormido. Sueño... Es algo que hago a menudo, pero esta vez es diferente: se trata más bien de una pesadilla.

Estoy en Virginia Occidental, de vuelta a la celda de la prisión; esta vez, sin embargo, no hay nadie y está iluminada desde arriba. La jaula esférica de Sam está vacía. El único indicio de que ha estado allí es un charco de sangre seca en el suelo. Avanzo hasta el centro de la celda, miro frenético a mi alrededor e intento gritar su nombre, pero en cuanto abro la boca las brillantes luces del techo se

meten en mi garganta y me cortan la respiración. Me desplomo sobre manos y rodillas, intentando respirar.

Todavía jadeante, miro hacia arriba. Ahora me encuentro en un gran estadio y hay cientos de mogadorianos gritando como locos en las gradas. Cantan y me arrojan cosas mientras algunos pelean entre ellos. El suelo es una reluciente losa negra: me incorporo temblando y, cuando avanzo un paso, se desploma tras de mí dejando bajo mis pies un abismo negro. Encima de mi cabeza hay un agujero enorme, por el que veo pasar un grupo de nubes sobre un cielo azul. Tardo unos instantes en comprender donde estoy: en el interior de una montaña.

—¡Cuatro!

Es la voz de Nueve. ¡Nueve! No estoy solo. Miro en derredor e intento responder, pero mi garganta sigue muda. Un rayo de luz me sale de la boca; me vuelvo en un acto reflejo y trato de localizar a Nueve para iluminarlo. Está al otro lado del estadio, pero algo se interpone entre nosotros y me impide verlo. Es Sam. Cuelga con las muñecas encadenadas. El agente Purdy y la agente especial Walker están debajo y le apuntan al pecho con sus cañones mogadorianos. Sin vacilar, corro hacia mi mejor amigo mientras, con cada paso que doy, la losa del suelo se va desprendiendo detrás de mí. Los gritos de la multitud resultan cada vez más ensordecedores.

Cuando ya casi he alcanzado a mis amigos, la losa negra sobre la que están los agentes se viene abajo y ambos caen con ella.

—¡Socorro! ¡Ayúdame, por favor! ¡Ayúdame! —grita Sam retorciéndose, intentando librarse de los grilletes.

Trato de usar la telequinesia, pero no funciona. Después pruebo con el lumen, pero mis palmas no se iluminan. Mis legados fallan.

—Trae a los demás, John —me dice Sam—. Tráelos a todos.

Su voz suena extraña, como si no fuera la suya. Se diría que alguien —o algo — maligno habla por él.

De pronto, aparece junto a mí el chico delgado y bronceado que vi en mi último sueño. Y, de nuevo, es transparente, como un fantasma. Cuando veo que lleva puesto el colgante lórico, me acerco a él, pero el chico niega con la cabeza y se lleva un dedo a los labios. Después salta hacia Sam y le sube por las piernas hasta llegar a las cadenas de las muñecas. Forcejea para romper los grilletes y veo en su rostro una expresión de sorpresa cuando se da cuenta de que no lo consigue.

En mi último sueño, el chico me preguntó qué número era y ahora siento la necesidad de hablarle. Toso, carraspeo y sé que por fin he recuperado la voz. Grito: « ¡Soy Cuatro!» justo cuando la multitud enmudece.

—¿Has tomado una decisión? —pregunta Sam. Continúa retorciéndose, tratando inútilmente de liberarse de las cadenas, mientras el otro chico sigue forcejeando para romperlas. Sam me mira a los ojos y veo que los suyos son de

color granate oscuro. Este no es Sam, me digo.

De pronto el cuerpo de mi amigo empieza a temblar con tal violencia que el otro chico no puede seguir sosteniéndose y, ante mi mirada horrorizada, acaba precipitándose y desapareciendo en el mismo abismo que se ha tragado a los agentes. Entonces un resplandor morado rodea a Sam y las cadenas se rompen solas. En lugar de caer como el otro chico o los agentes, Sam se queda suspendido en el aire. Se enciende un foco y lo veo crecer y transformarse... en Setrákus Ra. Los tres colgantes lóricos que lleva en el cuello resplandecen, igual que la cicatriz morada que le rodea el cuello.

—¿Quieres recuperar al humano? —grita.

—¡Sí, lo rescataré! —le respondo, furioso. Estoy inmovilizado, rodeado de un abismo. No puedo avanzar para acercarme a él.

Setrákus baja flotando lentamente hasta posarse en el suelo. Al aterrizar, la losa no amenaza con ceder, como ha hecho con el resto de nosotros.

—¿Eso es tu rendición? Bien. Acepto tu colgante.

Bajo la mirada y veo que mi colgante ha desaparecido. Al alzarla de nuevo, me doy cuenta de que cuelga del gigantesco puño de Setrákus. Sus labios agrietados muestran una sonrisa afilada de dientes torcidos.

—¡No! ¡No me rendiré!

En cuanto lo digo, noto un peso alrededor del cuello: mi colgante ha regresado.

El otro chico reaparece del abismo en el que cayó y se planta junto a Setrákus Ra con la cabeza bien alta. Se une a mi grito:

—¡Nunca me rendiré! ¡Suelta a Devdan y lucha conmigo!

—Se acaba el tiempo —advierte Setrákus Ra, y ahora comprendo que nos habla a los dos, que lo ha hecho desde el principio. Intentaba que ambos nos rindiésemos. ¿Creyó que podría convencernos de que nos sacrificaríamos con el cuento de dejar vivir a los demás? Espero que ninguno se crea sus mentiras.

De pronto, lo único que veo es la mancha azul del techo del vagón: me incorporo bruscamente, intentando librarme del sueño que tanto me ha confundido. Me toco el brazalete que llevo en la muñeca. Antes de caer presa de la visión, de la pesadilla, había descubierto que, si me concentraba en sus propiedades, podía quitármelo. Pero en cuanto el brazalete abandonó mi muñeca me sentí inseguro y volví a ponérmelo enseguida. Lo toco de nuevo y me pregunto si esa dependencia será algo bueno o malo. De pronto algo pequeño topa con mi espalda y me vuelvo sobresaltado.

Está claro que la pesadilla me ha desquiciado. No es más que Bernie Kosar, esta vez como beagle, mi encarnación favorita.

—¿Otra pesadilla? —Bosteza Nueve en un rincón. Está sentado sobre su Cofre y graba distraídamente símbolos en la pared con un clavo; es la viva imagen de la tranquilidad. Las plantas de sus pies descalzos están negras.

—Cada vez son más raras —le digo, esperando no parecer tan nervioso como me siento. Lo último que quiero es que Nueve me vea como un crío asustado de sus pesadillas—. Y creo que hay otros que sueñan lo mismo a la vez.

Nueve levanta el clavo para examinarlo con detenimiento. Ladea la cabeza, como si en lugar del objeto más vulgar del mundo fuera un raro ejemplar. La lengua le asoma por un lado de la boca: parece que concentre todas sus energías en ese simple clavo. Con una leve sonrisa, lo dobla entre los dedos y lo rompe en dos mitades exactamente iguales. Se vuelve para mirarme.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Crees que todos tienen visiones? ¿O que pasan noches moviditas como las tuyas?

—No lo sé —respondo, encogiéndome de hombros—. Veo siempre a un chico flaco de cabello negro y rizado. Lleva un colgante de Lorien, así que supongo que debe de ser uno de los nuestros. Los dos podemos vernos, pero en el sueño las cosas están diseñadas de manera distinta para ambos. Tú también apareces en mis visiones.

Nueve pone mala cara, luego abre su Cofre y busca algo. Espero que saque algún objeto que me ayude a descifrar mis visiones, a descubrir qué se supone que debo hacer con ellas.

—Me gustaría comunicarme con los demás con la piedra roja, pero creo que el gobierno la ha pinchado, no sé cómo. ¡Vaya mierda! —Nueve vuelve a sentarse, frustrado.

Cruzo el vagón hasta alcanzar el rincón donde se encuentra. En la mano, tiene un cubo amarillo. Es la primera vez que lo veo.

—¿Y qué significa que el gobierno haya intervenido la piedra roja? ¿Cómo es posible? Es decir, tienen que haber sido los mogos, pero ¿cómo han convencido al gobierno para que acceda a trabajar con ellos?

Nueve me mira con incredulidad.

—¿Lo dices en serio? ¿A quién le importa por qué colaboran o qué les habrán dicho los mogos para que se pasen a su bando? La cuestión es que trabajan juntos. ¡El gobierno de Estados Unidos y los mogadorianos colaboran! Para ellos es oficial: ¡los malos somos nosotros!

—Pero en cuanto se hayan librado de nosotros, los mogos destruirán la Tierra, o algo peor. ¿Lo sabe el gobierno? ¿No es evidente que nosotros somos los buenos?

—Va a ser que no. ¡Vete a saber lo que habrá pasado! A lo mejor se utilizan entre sí y los dos pretenden traicionar al otro. En cualquier caso, los del gobierno infravaloran a los mogos, porque, de lo contrario, estarían cagados de miedo.

Nueve se pone el cubo en la boca y una expresión de satisfacción se instala en su rostro.

—¿Qué es eso?

—Sustento —farfulla—: un sustituto de la comida. Lo chupas y te llena un

rato. Echa un vistazo en tu Cofre, puede que tengas uno.

Abro mi Cofre y busco un cubo amarillo. Paso la mano por la tableta blanca que encontramos en el despacho oculto de Malcolm Goode, en el pozo, y me detengo un instante para pulsar los botones. Sigue muerta. La aparto. No encuentro el cubo amarillo, pero sí uno azul. Lo saco para verlo mejor.

—¿Crees que esto hace lo mismo? —pregunto.

—No lo sé. No lo sabrás hasta que lo pruebes. Adelante.

Dudo unos instantes, luego me lo pongo en la lengua y de inmediato se me inunda la boca de agua helada. Solo consigo beber un poco antes de atragantarme, toser y escupir el cubo, que acaba en el suelo. Nueve se saca el cubo amarillo de la boca y me lo ofrece, pero lo rechazo.

—Alguna vez tendrás que comer —me recuerda.

Bernie Kosar se acerca a Nueve y abre la boca.

—Pues claro, BK —le dice amablemente antes de poner el cubo amarillo en la lengua del perro.

—Al menos vamos al oeste, donde están Sam y Sarah. Estoy harto de correr y esconderme, correr y esconderme. Lo primero es lo primero: encontrarlos.

—Bueno, habla por ti. Me he pasado el último año encerrado y aguantando torturas, tío. Poder moverme y controlar dónde estoy y cuándo me largo es algo a lo que no tengo intención de renunciar. Relájate, Johnny. Se me ha ocurrido una idea y necesito que recuerdes el plan. No vamos a perder el tiempo buscando a tus amigos humanos. Contactaremos con los demás, nos reuniremos con ellos y, cuando estemos listos, nos enfrentaremos a Setrákus Ra. En ese orden.

Me vuelvo y agujereo de un puñetazo una pared del vagón. Por culpa del impacto, las ruedas de un lado se levantan de la vía. Estoy furioso y tengo la sensación de que me estoy descontrolando.

—¿Y cómo vamos a ponernos en contacto con ellos si nuestro único medio de comunicación está vigilado? Propongo ir a California, o donde sea que esté la base del gobierno en el oeste, y exigir que nos entreguen a Sarah, ¡o empezaremos a volarlo todo por los aires! O también podemos amenazarlos con contar a los medios de comunicación que el gobierno colabora con una panda de alienígenas malvados. Veremos cómo les sienta.

Nueve se echa a reír y niega con la cabeza.

—Hum, no. Eso no va a pasar.

—Pues bueno, mierda, no sé qué proponer. ¿Y si volvemos a Paradise para ver si Sarah se encuentra allí? Si compruebo que está a salvo, te juro que dejo el tema. Debemos de estar cerca de Ohio, ¿no te parece?

Nueve se acerca al boquete que he abierto de un puñetazo y se asoma. Me habla con voz tranquila:

—A mí todo el paisaje me parece igual, tío. ¿Sabes?, Lorien molaba mucho más. Sí, la Tierra tiene algunas partes bonitas, pero en Lorien todo era precioso.

Era el planeta más hermoso de todas las galaxias. Lo has visto en nuestras visiones, ¿verdad?

Me sorprende su entusiasmo repentino. Cuando habla de Lorien su cara está más feliz y relajada que nunca. Por primera vez veo su faceta de chaval nostálgico, pero pronto se desvanece y Nueve recupera su habitual máscara de rechazo y desdén.

—No iremos a Ohio a ver si otro de tus humanos está tranquilo y a salvo. Este no es nuestro hogar, Cuatro. Estos humanos no son nuestros hermanos y hermanas. Lo que hacemos aquí en la Tierra es por nuestro verdadero hogar, por nuestros verdaderos hermanos y hermanas; por los Ancianos que sacrificaron sus vidas para meternos en esa nave.

Nueve retrocede, toma impulso y, de un puñetazo, abre otro boquete en la pared del vagón, junto al mío. Pero, a diferencia de mi puñetazo, el suyo es tan fuerte y preciso que las ruedas del vagón ni se inmutan. Mete la cabeza por el agujero y respira hondo mientras su cabello negro se agita al viento; luego vuelve a meter la cabeza, aprieta los puños y dice:

—Si no llevas Lorien en tu corazón, dímelo ahora mismo. No quiero correr por ahí con un traidor. Nuestro único objetivo es fortalecernos al máximo para derrotar a Setrákus Ra y su ejército. Eso es todo, ¿comprendes?

Decido guardar silencio. Mis sentimientos por Sam y Sarah nunca se apagarán. Eso lo sé. Pero Nueve tiene razón en cuanto a nuestras prioridades. No seremos útiles a nadie si no aumentamos nuestra fuerza y eso solo sucederá si encontramos a los demás. Tengo que concentrarme en Lorien. Cuando derrotemos a Setrákus Ra, Sam y Sarah, así como todos los habitantes de la Tierra, estarán bien. Asiento con la cabeza.

Nueve se sienta y cierra los ojos. Se aprieta las rodillas con tal fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—Acabamos de pasar una señal de tráfico que reconozco: estamos a unos trescientos kilómetros del piso franco que montó mi cêpan. Iremos allí, pediremos una pizza y miraremos un poco la tele. Tú puedes quedarte sentado, suspirando y pensando cosas tristes sobre tu pobrecita Sarah. Yo saldré y me buscaré a alguna tía guapa con la que enrollarme un rato, y después ya se nos ocurrirá cómo podemos comunicarnos con los demás.

BK suelta el cubo amarillo de la boca y me mira. Ni siquiera tiene que preguntar. Le pongo mi cubo azul en la lengua y él cierra la boca y suspira de felicidad.

Observo a Nueve, tan seguro de sí mismo, tan decidido.

—¿Y cómo lo conseguiremos? ¡Nos han intervenido los macrocosmos! ¡No hay otro modo de comunicarse con los demás!

—No, no, es un plan perfecto —asegura Nueve, animado—. Espera a ver mi sitio, Cuatro. Es una pasada. Todo lo que queramos, lo tendremos.

Descansaremos y entrenaremos, nos pondremos en una forma increíble, listos para lo que venga. Y encontraremos el modo de contactar con el resto de la Guardia.

CAPÍTULO TRECE



LLEVO HORAS DESPIERTA, SENTADA, CON LA MIRADA PERDIDA EN

la hoguera que arde fuera de la cabaña. Ella duerme dentro, en la hamaca, y Seis y Crayton roncan bajo las mantas, en el suelo. Tras cierto tiempo, las llamas crepitantes de la hoguera se transforman en ascuas resplandecientes. Contemplo el humo que flota en el aire y se demora bajo las copas de los árboles. El fuego acaba apagándose del todo.

No puedo dormir. He vivido muchos años atrapada en el orfanato, a solas con mi envidia y mi enfado, y por fin puedo librarme de todo eso. Ahora estoy convencida de que juntos podemos conseguirlo todo, de modo que no comprendo por qué siento todavía este vacío en la boca del estómago. Sé muy bien lo que significa el vacío: me siento sola. Pero no lo estoy, me repito una y otra vez.

Miro a Ocho, que duerme lo más cerca posible del fuego para aprovechar su calor. A la luz del amanecer, todo acurrucado, parece más joven. Duerme inquieto bajo una fina manta de parras retorcidas. Veo cómo se mueve y se pasa las manos por el cabello alborotado. Remuevo las brasas para crear más calor y, al oír el chisporroteo, se revuelve, inquieto. No sé por qué, pero siento la necesidad de protegerlo; al mismo tiempo, pienso en sus brazos musculosos y

quiero que me proteja. Tendrá que ver con la atracción de los opuestos. Él es un bromista y ..., bueno, y o no.

Crayton parece preocupado. Por fin se levanta y despierta a los demás. Todos intentamos espabilarlos lo antes posible. Sé que Crayton se pregunta cómo nos meterá a todos en un avión.

Me viene a la cabeza la visión que Ocho tuvo de Setrákus. Él es nuestra mayor amenaza, mucho peor que un puñado de mogos armados hasta los dientes. Soy consciente de que Crayton piensa que aún no estamos preparados para enfrentarnos a él. No hemos desarrollado nuestros legados, no hemos tenido la oportunidad de aprender a luchar juntos y debemos encontrar a Cuatro, Cinco y Nueve antes de hacer frente a la amenaza que supone Setrákus Ra. Anoche, cuando lo comenté, Ocho se sintió frustrado ante tanto escepticismo.

—Estoy seguro de que podemos vencerle, juntos. He visto a Setrákus en sueños y he sentido su poder; aunque sé de lo que es capaz, también sé de lo que somos capaces nosotros y eso es mucho más de lo que él conseguirá jamás. Yo creo en nosotros. Pero solo lo conseguiremos si estamos convencidos.

—Coincido contigo, tenemos que derrocar a Setrákus Ra. Pero primero debemos encontrar a los demás. Las posibilidades de vencerle son mucho mayores si actuáis todos juntos —había repuesto Crayton, y noté la inquietud con que pronunciaba esas palabras.

Ocho siguió en sus trece, claramente convencido de que éramos suficientes para derrotarlo:

—Mis sueños me han guiado hasta vosotros y me dicen que podemos conseguirlo; no creo que debamos huir, ni siquiera para encontrar a los demás.

Ahora Ocho se pone en pie y se despereza: la camisa se le levanta y deja al descubierto parte de su abdomen. Se agacha para recoger un bastón y lo hace girar en la mano. No puedo apartar los ojos de él. Es una sensación tan nueva y extraña que hace que me sienta tímida y eufórica a la vez.

—¿Dónde queréis ir, entonces? —pregunta, mirándonos a todos.

—Costa Este de Estados Unidos —responde Seis. Da una patada al bastón de Ocho y lo coge al vuelo. Vaya par, parecen una pareja de cómicos. Seis le lanza el bastón y Ocho finge precipitarse tras él y deja que se le escape entre los dedos a propósito. Casi parece que estén coqueteando. Tengo que admitirlo, me pongo celosa. No podría comportarme como ella por mucho que quisiera, ni con Ocho ni con nadie. Seis es así, espontánea y desenvuelta. No es de extrañar que se diviertan tanto.

—Vale, si queréis iros hay un par de opciones. ¿En avión? ¿Tenemos bastante dinero para comprar billetes para todos?

Crayton asiente, dándose unos golpecitos en el bolsillo de la camisa.

—Eso no debería ser un problema.

—Genial. Si volvemos a Nueva Delhi y compramos allí los billetes, podemos

estar en Estados Unidos al cabo de un día. O podemos estar en Nuevo México dentro de unas horas.

—¿Cómo vamos a teletransportarnos todos? No es posible —señala Seis, mientras dibuja algo con el pie en el suelo.

—A lo mejor sí —insinúa Ocho con una sonrisa pícaro. Seis ha dibujado un círculo; Ocho estira el pie y añade dos ojos, una nariz y una gran sonrisa. Los dos se miran y sonríen—. Solo tenemos que andar un poco y luego todo se limita a dar un gigantesco salto de fe.

Es evidente que disfruta con eso de dejarnos intrigados. Veo que los otros asienten: la seguridad de Ocho es tan convincente que ni siquiera se molestan en pedirle detalles. No quiero ser la única que señale que no tenemos ni idea de lo que pretende.

—Suena mucho más rápido que un avión y mucho más guay —dice Ella.

—Me interesa. —Crayton se carga mi Cofre al hombro—. Tienes que mostrarnos de qué se trata y cuanto antes, mejor. Si Setrákus Ra ya está en la Tierra, debemos actuar rápido.

Ocho levanta un dedo para indicarle a Crayton que sea paciente. Luego se quita la camiseta y los pantalones. Uf, vaya.

—Antes debo darme mi baño matinal —dice.

Corre al borde del acantilado donde cae la cascada y, sin detenerse, se lanza de cabeza con las manos extendidas a ambos lados. Parece flotar como un pájaro, navegar por las olas del aire. Corro al borde del precipicio justo a tiempo de verle transformarse en un pez espada rojo, zambullirse en el agua y reaparecer con su forma habitual. De pronto siento el impulso de saltar y le sigo.

El agua está helada cuando me sumerjo, pero al salir me noto la cara colorada. ¿Qué me pasa? Yo no suelo ser tan impulsiva.

—Bonita zambullida —observa Ocho, que se acerca nadando. Sacude la cabeza y sus rizos negros, relucientes, le azotan la cabeza—. ¿Prefieres que te llamen Marina o Siete?

—No me importa, me da igual —respondo con timidez.

—Me gusta Marina —afirma, hablando decididamente por los dos—. ¿Es la primera vez que visitas la India, Marina?

—Sí. He pasado mucho tiempo en España. En un orfanato.

—¿Un orfanato? Al menos estabas rodeada de niños y podías tener amigos. No como yo.

Veo lo solo que ha estado. Decido no corregirle, ni contarle que las otras niñas me odiaban y que no tuve ninguna amiga hasta que apareció Ella. Me limito a encogerme de hombros.

—Supongo. Ahora soy más feliz.

—¿Sabes? Me gustas, Marina. —Parece como si se paseara mi nombre por la boca, saboreándolo—. Eres callada, pero muy guay. Me recuerdas a...

De pronto, algo contundente se cae en el agua justo entre Ocho y yo. El oleaje nos separa y enseguida veo aparecer a Seis, con su perfecta cabellera rubia y mojada pegada a la espalda. No dice una palabra y vuelve a sumergirse, tirando de Ocho. Yo también me sumerjo y los veo forcejear bajo el agua hasta que Ocho, riendo, pide clemencia y Seis lo suelta.

—Vaya, qué fuerte eres —dice él mientras sale a la superficie tosiendo.

—Pues que no se te olvide —advierte Seis, sonriente—. Y ahora, ¿puedes sacarnos de aquí, por favor?

Ver a Seis y Ocho entrelazados me ha puesto celosa, pero no es momento para estas cosas. Me zambullo para darme algo de tiempo y serenarme. Dejo que el agua penetre en mis pulmones y me hundo cada vez más hasta que mis pies tocan el fondo de fango y rocas. Me siento en el barro e intento ordenar mis pensamientos. Estoy enfadada conmigo misma por sentirme tan vulnerable. ¡Me he encaprichado un poco, eso es todo! ¿Y realmente me importa que Ocho prefiera el cabello rubio y perfecto de Seis a mi pelambrea? Seis no es una amenaza para mí. Tenemos que trabajar en equipo, confiar los unos en los otros. No quiero enfadarme con Seis, sobre todo después de lo que ha hecho por mí. Me paseo unos minutos por el fondo del lago, esperando que se me ocurra algo ingenioso que decir cuando suba a la superficie. Vamos, de eso sí soy capaz.

Veo que estoy justo debajo del punto en que la cascada entra en el lago. Un resplandor me llama la atención. Hay un largo objeto plateado clavado en el fondo fangoso.

Me acerco para examinarlo. Medirá casi cinco metros de longitud y al rodearlo compruebo sorprendida que tiene una especie de cabina detrás de un largo parabrisas. Entonces descubro el Cofre dentro, encima del asiento. Me parece increíble. ¿Es posible que sea la nave plateada que Ocho vio alejarse volando el día del ataque mogo, el día en que mataron a su cêpan? Oigo un grito ahogado y descubro que sale de mi boca. Tiro de una manija del fuselaje, pero no se mueve. La presión en el fondo del lago es muy fuerte, pero insisto y por fin la puerta de la cabina se abre. Una avalancha de agua se mezcla con la que estaba atrapada en el interior de la nave. Al tocar el Cofre, noto que está viscoso; lo cojo y subo a toda prisa a la superficie.

Lo primero que veo es a Seis y Ocho sentados en la hierba, charlando. Ella está justo delante, haciendo rodar el bastón de Ocho por encima de la cabeza, mientras Crayton la observa con la barbilla apoyada en las manos. Al verme salir del agua, Ella clava el palo en la hierba y grita:

—¡Marina!

—¡Vaya, ahí estas! ¿Dónde habías ido? —grita Ocho, acercándose a la orilla.

—¡Sal de una vez, Marina! ¡Tenemos que pirar ya! —exclama Seis.

Levanto el Cofre y lo saco del agua, sosteniéndolo en alto para que todos lo vean. No me importa que un chorro de agua sucia y repugnante salga del Cofre

para caerme encima de la cabeza. Sonríe tanto que me duele la cara. Y me encanta ver las suyas: todos están boquiabiertos y con ojos como platos. Me siento tan feliz que recurro a la telequinesia para hacer volar el Cofre hasta Ocho y Seis y dejarlo ahí, suspendido en el aire.

—¡Mira lo que he encontrado, Ocho!

Ocho desaparece y reaparece en el aire, flotando junto al Cofre. Lo abraza, con lodo incluido. Luego vuelve a teletransportarse a la orilla del lago, con el Cofre en las manos.

—Es increíble: ha estado aquí todo el tiempo —dice, perplejo.

—Estaba dentro de una nave mogadoriana, en el fondo del lago —le explico mientras salgo del agua.

Ocho desaparece de nuevo y se teletransporta justo delante de mí; nuestras narices casi se tocan. Antes de que pueda enterarme de cuánto me gusta su cálido aliento, me levanta en brazos, me besa fuerte en la boca y me hace girar. Se me tensa el cuerpo y de pronto no sé qué hacer con las manos; no sé qué hacer con nada, así que me dejo llevar. Ocho sabe a salado y dulce a la vez. Todo lo demás desaparece y me siento como si flotara en la oscuridad.

Cuando me deja en el suelo, me aparto y lo miro a los ojos. Con un solo vistazo me doy cuenta de que este intenso momento romántico no ha sido más que un gesto espontáneo de agradecimiento. Ni más, ni menos. Soy una idiota. Se me tiene que pasar esta tontería.

—Nunca había nadado por aquí. Desde el principio, siempre me tiré desde el otro lado. Estaba aquí mismo —repite Ocho, meneando la cabeza—. Gracias, Marina.

—Hum, de nada —susurro, todavía aturdida por la primera parte de sus agradecimientos.

—Ahora que le has dado un abrazo de bienvenida, ¿no quieres abrirlo? —pregunta Crayton—. ¡Vamos!

—¡Ah, es verdad! ¡Claro! —exclama Ocho y se teletransporta de nuevo junto al Cofre.

—¡Marina, eso ha sido increíble! —Seis me abraza, luego me aparta para zarandearme cogiéndome por los hombros mientras me sonrío con picardía. En voz baja, añade—: Oye, ¿veo visiones o acabáis de besaros?

—Qué raro, ¿verdad? —susurro, mientras busco algún indicio de celos—. Pero no creo que signifique nada.

—No es raro, para nada; ¡creo que es genial! —exclama claramente feliz por mí, como una amiga o una hermana. Me avergüenza haber tenido celos de ella. Ambas miramos a Ocho mientras Ella toca un redoble de tambor para anunciar la apertura del Cofre.

Ocho pone las manos sobre el candado, que se desplaza casi de inmediato, y el Cofre se abre. Hunde rápidamente los brazos hasta los codos, como si quisiera

tocarlo todo a la vez. Está tan emocionado que parece un niño ante un baúl de juguetes. Todos nos arremolinamos a su alrededor. Veo que algunas de las piedras se parecen a las mías, pero otros objetos son del todo distintos. Hay un anillo de cristal, un cuerno curvo y un trozo de tela negra que desprende un brillo azul y rojo cuando Ocho la toca. Luego levanta una fina varita de oro del tamaño de un lápiz.

—Ah, cuánto me alegro de volver a verte.

—¿Qué es? —pregunta Seis.

—No sé su verdadero nombre, pero yo lo llamo « el duplicador » .

Ocho lo levanta por encima de la cabeza, como si fuera una varita mágica. Da un golpe de muñeca y la vara se expande hacia abajo como un rollo de pergamino. Pronto tiene el tamaño del marco de una puerta; lo suelta y el marco se queda flotando. Ocho salta detrás y vemos un ocasional par de manos y pies cuando se pone a dar saltos de tijera.

—Vale, es lo más raro que he visto en la vida —dice Seis.

Ocho se teletransporta a su lado y se queda ahí, con la cabeza ladeada, rascándose la barbilla, como si juzgase un espectáculo. Volvemos la vista al marco dorado, donde las manos y los pies siguen moviéndose a buen ritmo. Un momento, ¡ahora hay dos Ochos! El que está junto a Seis aplaude, abre la mano y la varita de oro se contrae y vuelve a su palma. De inmediato, el segundo Ocho desaparece.

—Impresionante —concede Crayton, aplaudiendo fuerte y despacio—, eso nos será útil muy pronto. Al menos será una excelente distracción.

—Lo utilicé un par de veces para escabullirme de casa —admite Ocho—. Reynolds nunca llegó a imaginarse lo que podía llegar a hacer. Antes de que él muriese, ya intentaba sacarle el máximo partido a mis legados.

Crayton le arroja la ropa y recoge mi Cofre.

—Ahora sí que debemos irnos. Ya.

—Oh, vamos —protesta Ocho, poniéndose los pantalones; mientras salta, le dedica a Crayton una mirada suplicante y le dice, con voz zalamera—: Acabo de recuperar mi Cofre, ¿no puedo volver a familiarizarme con él? Lo he echado tanto de menos...

—Después —dice Crayton secamente, pero cuando se da la vuelta veo que sonríe.

Ocho deja la vara de oro en el Cofre, saca un cristal verde y se lo guarda en el bolsillo. A continuación, cierra el Cofre y lo levanta dejando escapar un suspiro dramático. Con su voz más patética, dice:

—Vale, de acuerdo. Nuestro reencuentro tendrá que esperar. Seguidme todos.



—¿Con cuánta frecuencia te ha visitado Setrákus Ra en sueños? —pregunta Crayton. Llevamos andando más de cinco horas y avanzamos despacio montaña arriba. Ocho nos guía por un sendero serpenteante que tiene más de cornisa que de camino. Una fina capa de nieve lo cubre todo y el viento sopla con una fuerza brutal. Estamos todos muertos de frío, pero Seis nos protege con su legado, apartando el viento y la nieve a nuestro paso. Poder controlar el clima es uno de los legados más prácticos, eso seguro.

—Lleva algún tiempo hablándome, intentando engañarme para que pierda los nervios. Pero ahora que está en la Tierra, aparece en mis sueños con mucha más frecuencia. Me provoca, me miente y ahora pretende que me sacrifique para que los demás podáis volver a Lorien. Y últimamente me está fastidiando más de lo habitual.

—¿Qué quieres decir exactamente con «fastidiando»? —pregunta Crayton.

—En la visión de anoche me mostró a mi amigo Devdan colgado de unas cadenas. No sé si es una visión de algo que le está pasando de verdad o solo un truco, pero me vuelve loco.

—Cuatro también lo ve —interviene Seis.

Ocho se vuelve rápidamente con cara de sorpresa y camina hacia atrás; es evidente que está atando cabos. Al ver que está peligrosamente cerca de la cornisa, suelto una exclamación y alargó el brazo. Pero él ni se inmuta.

—¿Sabéis?, creo que anoche lo vi —prosigue—. Lo había olvidado, hasta ahora. ¿Es rubio? ¿Un tío alto?

—¿Y más guapo que tú? Sí, es él —responde Seis con una sonrisa.

Ocho deja de andar hacia atrás y se queda absorto. A nuestra izquierda hay un precipicio de seiscientos metros.

—Siempre creí que yo era él, pero supongo que me equivocaba —dice pensativo.

—¿Creíste que eras quién? —pregunto, deseando con todas mis fuerzas que se aleje del precipicio.

—Pittacus Lore.

—¿Y por qué ibas a creer eso? —pregunta Crayton.

—Porque Reynolds me dijo que Pittacus y Setrákus podían comunicarse entre sí. Pero ahora que sé que Cuatro también puede, estoy confundido.

Ocho ha reanudado la marcha cuando Ella plantea:

—¿Cómo puede alguien ser Pittacus?

—Se supone que cada uno de nosotros toma el papel de uno de los diez Ancianos originales, por tanto, alguno asumirá el papel de Pittacus Lore —explica Seis—. El cêpan de Cuatro se lo contó en una carta, que yo también leí. En teoría deberíamos llegar a ser aún más fuertes que ellos. Por eso ahora los mogos tienen tanta prisa: quieren acabar con nosotros antes de que nos volvamos más peligrosos, más capaces de protegernos y atacarlos. —Seis mira a Crayton,

que asiente con la cabeza.

Me siento la única que apenas sabe nada —nada de nada, en realidad— de mi historia. Adelina se negó a contármela, a responder a ninguna de mis preguntas ni a insinuar siquiera lo que un día sería capaz de hacer. Ahora estoy atrasada respecto a los demás. El único Anciano que conozco es Pittacus, y no tengo ni idea de quién fue el anciano en el que me convertiré algún día. Trato de convencerme de que, llegado el momento, averiguaré quién soy. A veces me entristece pensar en todo lo que me gustaría saber y en cómo tendría que haber sido mi infancia. Pero de nada sirve lamentarse por algo que no se puede cambiar.

Ella se acerca y me roza la mano con la suya.

—Pareces triste. ¿Estás bien?

—No estoy triste —respondo con una sonrisa—: estoy enfadada conmigo misma. Siempre he pensado que no había podido desarrollar mis legados todo lo que yo hubiese querido por culpa de Adelina, pero mira a Ocho: aunque perdió a su cêpan, se las apañó con lo que tenía y siguió trabajando.

Avanzamos en silencio unos minutos más, hasta que Ocho dice:

—¿No habéis deseado nunca que, en lugar de entregarnos nuestra herencia en cofres, los Ancianos la hubieran metido en mochilas?

Ocho se cambia el Cofre de brazo y yo miro a Crayton con cara de culpabilidad. Me dispongo a cogérselo, pero él me aparta con delicadeza.

—Por ahora te lo llevo yo, Marina. Estoy seguro de que pronto tendrás que cargar sola con este peso, pero yo te ayudaré mientras pueda.

Andamos unos minutos más hasta que el sendero se acaba bruscamente en un acantilado. Estamos a más de cincuenta metros de la cumbre y contemplo las montañas del Himalaya que se extienden a mi izquierda. Son inmensas y parecen infinitas. Es una vista increíble que espero recordar para siempre.

—¿Y ahora, qué? —pregunta Seis, contemplando con escepticismo lo que nos queda de montaña—. Es imposible subir andando a la cima, y no veo otras opciones.

Ocho señala dos rocas enormes apoyadas en la ladera de la montaña y luego cierra la mano. Las rocas se separan y muestran una escalera curva de piedra que sube desde el interior de la montaña. Seguimos a Ocho escalera arriba. Me siento vulnerable y tengo algo de claustrofobia. Si alguien nos sigue, no habrá escapatoria.

—Ya casi estamos —dice Ocho por encima del hombro.

Los peldaños están helados, y el frío me penetra en los pies y en el cuerpo. Finalmente llegamos a una inmensa caverna excavada en la roca.

La contemplamos con admiración. El techo tiene unos sesenta metros de altura y las paredes son lisas y brillantes. En una de ellas, hay dos juegos de líneas verticales de varios metros de altura gravadas profundamente en la roca.

Están separadas por metro y medio de distancia, y entre una y la otra hay un pequeño triángulo azul coronado por tres líneas curvas talladas horizontalmente.

—¿Qué se supone que es eso? ¿Una puerta o algo así? —pregunto, siguiendo las líneas con la mirada.

Ocho se aparta para dejarnos ver mejor.

—Nada de algo así: es una puerta. Una puerta que conduce a los rincones más lejanos de la Tierra.

CAPÍTULO CATORCE



ME PONGO LA CAPUCHA Y ME ENCORVO. NUEVE LLEVA una gorra sucia de los Cubs y unas gafas de sol rotas, ambas cosas las ha encontrado en el descampado donde nos hemos apeado. Después de haber caminado una hora hacia el sur, estamos apoyados en la pared de un andén, esperando otro tren. Este es uno de esos elevados. El «el», como lo llaman en Chicago. Los cofres que llevamos son muy diferentes de las maletas y las mochilas de los demás pasajeros, así que hago cuanto puedo por actuar con naturalidad. Bernie Kosar, ahora un camaleón, duerme cómodamente dentro de mi camisa. Nueve todavía está algo mosqueado por mi escepticismo ante la idea de que alguien haya montado un piso franco en una zona tan poblada. Sé que Henri nunca habría elegido un lugar tan expuesto.

No hablamos cuando el tren llega a la estación. Suena la señal acústica, las puertas se abren y Nueve me conduce al último vagón. El tren sale y vemos la ciudad de Chicago acercándose lentamente.

—Disfruta de la vista por ahora. Ya te daré detalles cuando nos bajemos —dice Nueve. Parece más tranquilo a medida que nos acercamos a la ciudad.

Nunca he estado en Chicago. Pasamos por diferentes barrios y dejamos atrás

un millón de casas y edificios. Las calles de abajo están llenas de coches, camiones, gente, perros con sus dueños, padres empujando el cochecito de su bebé. Todo el mundo parece seguro y feliz. No puedo evitar desear ser uno de ellos. Simplemente ir a trabajar o a estudiar, quizá dar una vuelta con Sarah y tomar juntos un café. Una vida normal. Una idea muy sencilla, pero imposible de imaginar. El tren se detiene: mucha gente se apea y otros empujan para entrar. El vagón va tan lleno que dos chicas, una morena y otra rubia, se ven obligadas a apoyarse en nosotros.

—Como te he dicho, disfruta de la vista —repite Nueve, sonriendo, feliz.

Al cabo de unos minutos, la rubia golpea con el zapato el Cofre que tengo bajo mis pies.

—¡Oh! Pero bueno, ¿qué lleváis en esas cajas tan enormes?

—Aspiradoras. —Estoy nervioso y la historia que Nueve contó anoche es lo primero que se me ocurre—. Somos hum... vendedores.

—¿Ah, sí? —pregunta la morena, claramente decepcionada. A mí también me entristece un poco y me siento algo desilusionado por mi vida ficticia.

Nueve se saca las gafas rotas y me da un codazo en las costillas.

—Lo dice en broma, mi amigo va de gracioso. La verdad es que trabajamos para un coleccionista de arte y llevamos estos artefactos al Instituto de Arte de Chicago.

—¿De veras? —dice la rubia. Las dos chicas intercambian miradas y parecen satisfechas. Cuando se vuelve de nuevo hacia nosotros, la rubia se coloca el cabello detrás de la oreja—. Yo estudio allí.

—¿En serio? —pregunta Nueve con una sonrisa de satisfacción.

La morena se agacha y mira con curiosidad los complejos grabados de la tapa de mi Cofre.

—¿Y qué hay dentro? ¿El tesoro de un pirata?

No deberíamos estar hablando con ellas. No deberíamos hablar con nadie. Ya no somos un par de adolescentes que intenta pasar desapercibido entre los humanos: somos extraterrestres fugitivos que acaban de destruir una flota de vehículos oficiales. Han puesto precio a mi cabeza y seguro que ahora mismo están haciendo lo mismo con la de Nueve. Deberíamos estar escondidos en tierra de nadie, en algún lugar de Ohio o en el oeste. ¡En cualquier parte menos en un vagón repleto en el centro de Chicago, ligando con unas chicas! Abro la boca para decir que los cofres están vacíos, con la esperanza de que no pregunten más y nos dejen en paz, pero Nueve se me adelanta:

—A lo mejor mi amigo y yo podemos pasarnos por vuestra casa más tarde; nos encantaría enseñaros lo que hay dentro.

—¿Y por qué no nos lo enseñas ahora? —pregunta la morena, coqueteando.

Nueve mira a derecha e izquierda. Se está pasando con su actuación.

—Porque todavía no confío en vosotras. Las dos me parecéis, hum...

sospechosas. Lo comprendéis, ¿no? Dos preciosidades como vosotras... Parecéis salidas de una película de espías.

Nueve me guiña el ojo. De pronto caigo: las chicas se le dan tan mal como a mí. Trata de compensarlo exagerando, pero solo consigue hacer más el ridículo. Eso hace que me caiga mejor, aunque nos haga quedar como un par de tontos.

Las chicas se miran y sonríen. La rubia rebusca en su bolso, garabatea algo en un pedazo de papel y se lo tiende.

—Nos bajamos en la siguiente. Dame un toque a partir de las siete y quizá nos veamos más tarde. Me llamo Nora.

Me alucina que el numerito de Nueve haya funcionado.

—Y yo Sarah —añade la morena. Claro, cómo iba a llamarse. Está claro que eso es una señal ineludible de que debemos zanjar la conversación ya.

Nueve le estrecha la mano.

—Soy Tony, y este maravilloso ejemplar de aquí es Donald.

Aprieto la mandíbula y las saludo educadamente con la mano. ¡Donald, nada menos!

—Guay —dice Nora—. Vale, hablamos después.

El tren se detiene y salen. Nueve se despide por la ventana. Cuando el tren se aleja de la estación, ríe por lo bajo; parece muy orgulloso de sí mismo.

Le doy un codazo en las costillas.

—¿Estás pirado? ¿Por qué llamas deliberadamente la atención hacia ti... hacia nosotros? No tenías ningún derecho a mezclarme en tus chorradas. ¿Y por qué narices tienes que animarlas a que fisguen en nuestros cofres? ¡Esperemos que cualquier tía lo bastante tonta para tragarse tus historias lo sea también para no darle vueltas al asunto de los cofres!

Nueve me gustaba mucho más cuando parecía un desastre.

—Cálmate, Donald. ¿Crees que podrías bajar la voz y dejar de gritar? Tranquilo, aquí no puede pasarnos nada malo. —Se reclina con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Cuando vuelve a hablar, sin embargo, no parece tan satisfecho—. Sandor habría estado orgulloso de mí, ¿sabes? Aunque te parezca increíble, normalmente me pongo muy nervioso con las chicas. Y cuanto más me gustan, peor. Ya no. Después de todo lo que he pasado este último año, nada me asusta.

No le respondo. Me hundo en mi asiento y me limito a contemplar los edificios de la ciudad, cada vez más altos y de arquitectura más interesante. Veo teatros, tiendas y bonitos restaurantes envueltos en cristal; algunos edificios reflejan los rayos del sol con tanta intensidad que tengo que protegerme los ojos con la mano. Los coches atascan las calles de abajo y sus bocinazos llegan hasta el vagón. Nada podría ser más distinto de Paradise, Ohio. Nuestro tren se detiene y, una vez ha reanudado la marcha en dos estaciones más, Nueve me indica que me levante. Bajamos en la siguiente. Poco después recorreremos Chicago Avenue,

hacia el oeste, con nuestros cofres bajo el brazo. Tenemos el lago Michigan justo delante.

Cuando hay menos gente a nuestro alrededor, Nueve dice:

—A Sandor le encantaba Chicago. Y le pareció inteligente escondernos a la vista de todos en una ciudad como esta. Aquí uno no destaca, siempre hay una multitud en la que desaparecer, esa es la idea. Piénsalo, ¿dónde eres más anónimo que en una gran ciudad?

—Henri nunca lo hubiese permitido. Una ciudad así le habría puesto nervioso. Odiaba los sitios donde no podía controlar a quien nos estuviese observando.

—Precisamente por eso Sandor fue el mejor cêpan que ha existido. Tenía reglas, claro está. La primera y más importante: « No seas estúpido » . —Nueve suspira. Es increíble que no se dé cuenta de lo irritante y ofensivo que resulta lo que dice de Sandor.

Estoy mosqueado y no me importa que se note.

—¿Ah, sí? Si Sandor era tan genial, ¿por qué te encontré en una prisión mogadoriana?

Enseguida me siento mal por lo que he dicho. Nueve echa de menos a Sandor y hemos vuelto al último lugar donde estuvieron juntos, donde su cêpan le dijo que estaría a salvo. Sé muy bien lo potente que es esa sensación de seguridad.

Nueve se para en seco en una esquina abarrotada, mientras la gente avanza presurosa a nuestro alrededor. Se me acerca hasta que nuestras narices se rozan. Tiene los puños apretados, por no mencionar los dientes.

—Me encontraste en esa celda porque cometí un error. Fue mi error, no el de Sandor. Y dime una cosa: ¿dónde está tu cêpan? ¿Qué te hace pensar que el tuyo era mejor que el mío? ¡A ver si te enteras, idiota! Los dos están muertos, así que dudo que ninguno de los dos fuese mucho mejor que el otro.

Me siento mal por lo que he dicho, pero también estoy harto de que Nueve se ponga chulo. Lo aparto de un empujón.

—Déjame en paz, Nueve. Déjame. En. Paz. Y no me hables como si fuese tu hermano pequeño.

El semáforo está en verde y los dos cruzamos la calle, hechos una furia. Lo sigo en silencio por Michigan Avenue. Al principio estoy demasiado enfadado para prestarle atención a nada, pero al rato empiezo a fijarme en los rascacielos que me rodean: no lo puedo evitar. Esta ciudad es alucinante. Miro a mi alrededor. Nueve me ve admirando la ciudad, su ciudad, y noto que se ablanda un poco.

—¿Ves ese gran edificio negro de ahí, el de las antenas blancas? —pregunta. Se alegra tanto de poder contemplar el edificio que se olvida de que estoy mosqueado con él. Miro hacia arriba—. Es el John Hancock Center, el sexto edificio más alto del país. Y allí, « hermanito », es donde vamos.

Lo sujeto del brazo y lo arrastro a un lado de la acera.

—Espera un momento, ¿ese es tu piso franco? ¿Crees que nos vamos a esconder en uno de los edificios más altos de la ciudad? Me tomas el pelo. Estás chalado.

Nueve se ríe al ver que no doy crédito.

—Lo sé, lo sé. Fue idea de Sandor. Cuanto más lo pienso, más brillante me parece. Vivimos aquí cinco años, sin problemas. ¡Escondidos a la vista de todos, tío! ¡A la vista de todos!

—Vale. ¿Y qué me dices de cuando te atraparon? No nos quedaremos ahí, Nueve. Ni lo sueñes. Tenemos que volver al tren y pensar en un nuevo plan.

Nueve se suelta de un tirón.

—Nos atraparon, «Donald», por culpa de alguien a quien yo consideraba mi amiga. Colaboraba con los mogos, pero fui demasiado estúpido para verlo. Me traicionó y, como su culito me tenía los sesos sorbidos, capturaron a Sandor. Vi cómo lo torturaban sin poder hacer nada por evitarlo; era la persona que más quería en este mundo. Al final, lo único que pude hacer por él fue poner fin a su agonía. Con la muerte: el regalo eterno. —Su sonrisa cínica no logra ocultar el dolor que empaña su voz—. Al cabo de un año, veo tu horrible cara al otro lado de mi celda... Ahí arriba estaremos a salvo; es el lugar más seguro del mundo —añade, señalando el John Hancock Center.

—Estaremos atrapados. Si los mogos nos encuentran ahí arriba, no tendremos ninguna posibilidad de escapar.

—Oh, eso te sorprendería. —Nueve me guiña el ojo y sigue avanzando hacia el edificio.

De pronto soy consciente de la cantidad de gente que pasa junto a nosotros. Estoy muy nervioso y no tengo ni idea de a qué otro sitio podría ir. Los mogadorianos cada vez se camuflan mejor, así que nunca sabré si acabo de cruzarme con uno. Esta idea me aterroriza tanto que literalmente doy un respingo. Además, probablemente en Chicago habrá miles de cámaras y, como los mogos colaboran con el gobierno, seguro que tendrán acceso a las grabaciones. Genial. Es como si participásemos en uno de esos programas de cámara oculta sin poder hacer nada por evitarlo. Dentro, dentro de donde sea, estaremos más seguros que en la calle. Bajo la cabeza y sigo a Nueve.

El vestíbulo es increíblemente lujoso. Hay un piano de cola, sofás de cuero y lámparas de cristal. Al fondo veo dos controles de seguridad. Nueve me da su Cofre y se quita la gorra. Uno de los guardias es un calvo corpulento que está sentado detrás de la mesa. Al ver a Nueve, suelta una exclamación y se levanta de un salto.

—¡Vaya, mira quién ha vuelto por aquí! No te has dignado escribir ni llamar: ¿dónde diantres estabas? —pregunta el hombre mientras le estrecha la mano a Nueve y le agarra el hombro con la otra. Se queda ahí de pie, mirándolo con una sonrisa de oreja a oreja. El regreso del hijo pródigo, supongo.

Nueve le sonríe con auténtico afecto y le pone la otra mano en el hombro.

—Creo que sería mejor preguntar dónde NO he estado.

—La próxima vez que te largues, avisanos. ¡Estaba preocupado! Y ¿dónde está ese tío tuyo? —El hombre mira por encima del hombro de Nueve, como si esperase ver a Sandor.

Nueve no vacila:

—En Europa. En Francia, para ser exactos —responde tan campante, como si nada. Es bueno. Sé lo difícil que esto tiene que ser para él.

—¿Le han salido clases en el extranjero?

—Sí —responde Nueve, asintiendo con la cabeza—. Estará fuera una buena temporada y hasta se plantea quedarse con una plaza fija, por eso me he instalado con mi amigo Donald, en el sur de la ciudad. Pero nos quedaremos una temporada arriba para acabar un trabajo de historia. ¡Fíjate qué cajas, tío! ¡Tenemos trabajo para rato!

Bajo la mirada hacia los cofres que llevo bajo el brazo, y el guardia de seguridad se aparta para dejarnos pasar.

—Ya veo que tenéis un buen plan. Encantado de conocerte, Donald. ¡Buena suerte con el trabajo!

—Lo mismo digo. ¡Y gracias! —respondo. Intento sonar afable, pero no me resulta fácil. Es evidente que a Nueve no le importa que ese tío esté al corriente de sus idas y venidas, ni tampoco soltarle una mentira que luego le cueste mantener. Oigo mentalmente la voz de Henri: me advierte de que eso es exactamente lo contrario de lo que deberíamos hacer. Intento tranquilizarme contrayendo el estómago. De nada sirve cuestionarse lo que ya no tiene remedio.

Llegamos al rellano donde se encuentran los ascensores y Nueve pulsa un botón. La luz que hay encima de una de las puertas se ilumina con una flecha que señala hacia arriba.

Cuando ya estamos a punto de subir al ascensor, el guardia de seguridad se nos acerca a la carrera, acompañado por el tintineo de las llaves que lleva colgando del cinturón.

—¡Oye, Stanley! —grita.

Miro a Nueve conteniendo la risa.

—¿Stanley? ¡Eso es peor que Donald! —Artículo para que me lea los labios.

—Ahora no —murmura.

—Tengo un montón de paquetes para ti; te los hemos guardado. Como no dejaste ninguna dirección, no sabíamos dónde estabas. ¿Quieres que te los mande arriba? —pregunta el guardia.

—Primero danos una hora para instalarnos, ¿vale?

—Claro, jefe. —El guardia saluda y entramos en el ascensor.

Cuando se cierran las puertas, Bernie Kosar se pasea de uno de mis hombros al otro, para deshacer luego sus pasos hasta el primero. Me dice que está harto de

esconderse.

—Solo unos minutos más —le digo.

—Sí, BK —añade Nueve—. Estamos a punto de llegar a casa, por fin.

—¿Cómo estabas tan seguro de que este sitio seguía siendo tuyo? Me refiero a que has pasado mucho tiempo fuera. —Al parecer, no hay nada que pueda hacer dudar a Nueve. Ojalá yo fuera así. Aunque no siempre tiene razón, eso lo convierte en un gran compañero de equipo e incluso en un guerrero aún mejor.

—Sandor lo organizó todo: los pagos del piso se hacen automáticamente desde su cuenta. Él nunca especificó a qué se dedicaba, pero cuando nos ausentábamos durante meses siempre decíamos lo de los cursos en el extranjero. La gente se lo traga.

Nueve pulsa una serie numérica en un pequeño teclado que hay bajo los números de las plantas y el ascensor sube disparado. Los números cambian tan rápido que apenas puedo pensar en lo arriba que estamos subiendo. Al pasar la planta ochenta, empezamos a ir más despacio. Nos detenemos y las puertas se abren directamente en la vivienda sin apenas hacer ruido. Alzo la vista hacia la enorme lámpara de cristal que cuelga sobre los dos sofás de la sala. Todo es de un blanco resplandeciente con adornos dorados.

—¿Este es el piso? Me estás vacilando.

—Pues sí, tenemos nuestra propia entrada privada —dice al ver mi expresión de asombro.

Yo creía que la gente solo vivía así en las películas. No acabo de creer que un sitio como este pertenezca a un miembro de la Guardia.

En el rincón superior derecho de la habitación veo una cámara enfocándonos y me tapo la cara. Pero Nueve explica que es un circuito cerrado al que solo se accede desde el interior del piso.

—Tú primero —dice con una reverencia mientras describe con el brazo una exagerada floritura.

—Me parece increíble que tengáis toda la planta —comento mirando boquiabierto a mi alrededor.

Nueve desliza la mano por la pared y me corrige:

—En realidad tenemos dos.

Le da a otro interruptor y varias persianas se levantan para descubrir unos ventanales que se elevan del suelo hasta el techo. El sol inunda la habitación. Bernie Kosar abandona mi chaqueta de un salto y se transforma en beagle. Me acerco a la ventana para contemplar la vista: es increíble. Toda la ciudad de Chicago está a nuestros pies y el lago Michigan es una lámina azul a nuestra izquierda. Dejo mi Cofre en un lujoso sillón reclinable y apoyo la frente en la ventana. Mientras contemplo los tejados de otros edificios, oigo un tenue zumbido detrás de mí y luego una corriente de aire frío sale de los conductos de ventilación.

—Oye, ¿tienes hambre? —me pregunta Nueve.

—Sí, claro.

Es extraño, pero desde esta altura todo parece falso: los coches, las embarcaciones que hay en el agua, los trenes que se desplazan por las vías elevadas. Y lo sorprendente es que sí me siento seguro: seguro y a salvo. Aquí arriba parece que nada puede tocarme o atraparme. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Es rarísimo.

Oigo que se abre la puerta de la nevera.

—Estoy demasiado eufórico para relajarme —grita Nueve desde la cocina —. Oye, ponte cómodo; date una ducha, prepárate una pizza congelada. Tenemos tiempo de sobra para descansar y dormir antes de llamar a esas chicas. ¿Cuándo fue la última vez que dijiste algo así? ¡Tío, cuánto me alegro de estar en casa!

Es difícil apartar los ojos de la vista: es hipnótica. Lo único que quiero es quedarme aquí y disfrutar de la sensación de sentirme a salvo. Solo hay una cosa que podría mejorar la situación: tener a Henri, Sarah, Sam y Seis a mi lado.

Algo suave y crujiente me golpea la nuca. Es una barrita energética.

—Deja que te enseñe esto. —Nueve está entusiasmado, como un niño impaciente por enseñar sus juguetes.

Mordisqueo la barrita mientras cruzamos una sala llena de lujosos sofás y sillones de piel. Una gigantesca pantalla plana cuelga encima de una chimenea de mármol y, en la mesita de centro, hay un jarrón con orquídeas falsas. Todas las superficies están cubiertas de polvo. Nueve dice que llamará al servicio de limpieza mientras pasa el dedo por una mesa particularmente polvorienta. Una vez en el pasillo, abre la primera puerta a la derecha.

Me quedo boquiabierto. Tengo ante mí dos soldados mogos de piel de alabastro y largos cabellos de azabache, vestidos con trincheras negras. Están dentro de la habitación, apuntándonos y listos para disparar. Nada más verlos recuerdo las semanas de entrenamiento con Seis y Sam, y me abalanzo sobre el más cercano, agachándome para esquivar el cañón antes de darle un puñetazo en la barbilla y una patada directa al abdomen. El mogo cae grogui hacia atrás. Busco algo para apuñalarlo, pero solo veo pesas y guantes de boxeo. Entonces Nueve entra corriendo y, entre risas, golpea al otro mogo en la entrepierna antes de darle un toquecito en la nariz. Su mogadoriano se tambalea sobre los talones y luego cae de lado. Tardo unos segundos en comprender que no son más que muñecos. Nueve se parte de risa y, cuando por fin se serena, me da unas palmaditas en la espalda.

—Vaya, vaya, ¡eso sí que son buenos reflejos! —exclama.

—Podrías haberme avisado —le reprocho. Me arden las mejillas.

—¿Bromeas? No he pensado en otra cosa desde que subimos al «e!». ¡Ha sido genial, tío!

Bernie Kosar entra en la habitación, olisquea los pies de goma del mogo que

he derribado y luego levanta la vista y me mira.

—Son para entrenar, BK —explica Nueve hinchando el pecho orgulloso, mientras nos muestra la habitación con el brazo extendido—. Lo llamamos la sala de conferencias.

Observo la estancia por primera vez. Es una habitación enorme, vacía. En el otro extremo hay un panel de control similar a un puente de mando. Nueve se sienta ante la consola y empieza a activar interruptores y teclear comandos. Aparecen situaciones de combate y armas en las paredes, el techo y el suelo. Nueve vuelve la silla para mirarme y comprobar lo impresionado que estoy. Enseguida siento celos: me habría gustado pasar aquí tanto tiempo como Nueve. Y se me nota.

—Esto es...

Levanto la mirada hacia el techo: ni siquiera me salen las palabras. Me avergüenzo de lo poco que he hecho hasta el momento. Lo que yo llamaba mi lugar de entrenamiento era un patio trasero cubierto de nieve o la piscina que compartía con Seis y Sam. De pronto me mosqueo con Henri por habernos obligado a mudarnos tan a menudo y privarme del tipo de entrenamiento necesario para poder cumplir con lo que se espera de mí. Si hubiésemos construido un lugar como este, quizá ahora sería tan fuerte y decidido como Nueve. Tal vez Sandor sí fue el mejor cêpan después de todo.

—Todavía no has visto lo mejor —dice Nueve.

Cruzamos la sala de entrenamiento y, al llegar al fondo, abre una puerta similar a la de una cámara acorazada. Veo montones de estantes llenos de armas: armas de fuego, espadas, cuchillos, explosivos y mucho más. Hay toda una pared reservada solo a munición.

Nueve saca un gran rifle automático con mira telescópica de un estante y me apunta.

—Te sorprendería lo fácil que fue comprar todo esto. Me encanta Internet.

Se me acerca con el arma en la mano y pulsa un botón que hay en la pared, justo por encima de mi hombro. El fondo de la habitación se abre y descubre una pista de tiro más larga que una bolera. Nueve coge una caja de balas y carga el rifle. Luego lo observo mientras dispara a una diana de papel situada a treinta metros de distancia que acaba hecha trizas.

—Tranquilo, las habitaciones están insonorizadas; además, estamos tan arriba que nadie puede oírnos.

Al fondo del pasillo, hay una puerta que lleva a la sala de vigilancia. Nueve camina hasta allí y acciona un interruptor mientras se inclina y acerca la cara. Una tenue luz azul se desplaza horizontalmente por sus ojos y los ordenadores cobran vida: es un escáner de retina. Mola. Mola un montón. Está claro que Sandor instaló un sistema de seguridad de lo más sofisticado: hay una docena de ordenadores e incluso más monitores. Estamos conectados a todas las cámaras

del John Hancock Center, a todas y cada una de sus cien plantas, además de a las cámaras de la ciudad controladas por la policía de Chicago. A continuación Nueve toca algo en un teclado: la mayor pantalla de la sala se enciende y muestra la fotografía de un hombre musculoso vestido con un traje italiano negro; a pesar de la poca definición de la fotografía, el corte perfecto del traje y la calidad de la tela saltan a la vista. Es un hombre moreno, de barba espesa y lleva dos ordenadores portátiles. Miro a Nueve y me pregunto por qué me enseña eso.

—Es Sandor —dice al cabo de un minuto. Su voz es distinta. Tiene menos chulería y más vulnerabilidad. Se vuelve hacia mí—. Vamos, tienes que tomar una decisión muy importante. —Hace una pausa, para dar mayor efecto dramático—. ¿Qué dormitorio prefieres? Hay unos cuantos para elegir. Tómate tu tiempo. Las pizzas no tardarán.

CAPÍTULO QUINCE



CRAYTON AVANZA ENTRE MARINA Y ELLA Y EXAMINA las líneas talladas en la roca de la montaña. Apoya la palma en el centro de la puerta que dibujan las líneas y luego la retira.

—Qué interesante: está caliente. ¿A qué te refieres con eso de que es una puerta que conduce a los rincones más lejanos de la Tierra?

—Verás: como mucho, puedo teletransportarme sesenta metros, quizá ochenta; pero cuanto más lejos voy, menos puedo precisar. Una vez, quise teletransportarme a la copa de un árbol situada a unos sesenta metros y aterricé entre una leona y sus cachorros. La cosa se puso muy fea. Es un legado increíble y me ha resultado muy útil en un montón de ocasiones, pero teletransportarse no es tan fácil como parece. Sin embargo, desde el interior de esta cueva, puedo teletransportarme a todo el mundo.

Apoyo las manos en la pared de la montaña y siento que me atraviesa el calor.

—¿Cómo?

Ocho se aparta para que Ella y Marina puedan tocar la puerta.

—Supongo que esta es una antigua caverna lórica o quizá fue un cuartel

general lórico; he tenido suerte de encontrarlo y aún más de descubrir cómo funciona. En cualquier caso, no soy el primer lórico que visita este lugar.

Cuando las últimas palabras de Ocho aún flotan en el aire, una oleada de adrenalina y miedo me recorre de arriba abajo. Crayton se vuelve bruscamente hacia la escalera por la que hemos subido y luego hacia mí: no cabe duda de que ha sentido lo mismo. Hago lo que está a punto de pedirme y bajo rápidamente por el pasadizo atenta a cualquier movimiento. Si esta es una antigua caverna lórica, los mogos la tendrán vigilada. Puede que haya soldados esperándonos o dispositivos que los alerten de nuestra llegada.

—¿Te has vuelto loco? —le digo a Ocho—. ¿Se te ha ido la olla? Aunque la verdad es que los locos hemos sido nosotros. ¡A quién se le ocurre seguirte hasta un conocido escondrijo lórico! ¡Este sitio debe de estar plagado de trampas!

Cuando comprenden lo que acabo de decir, Marina y Ella se nos acercan.

—¡Vale, vale! ¡Oye, lo siento! —exclama Ocho, soltando su Cofre—. ¡He estado aquí tantas veces que no he pensado que pudiéramos correr peligro!

—No perdamos el tiempo en críticas ni en disculpas —interviene Marina—. Enséñanos cómo se abre la puerta para viajar al resto del mundo. ¡O al menos para salir de aquí!

Crayton asiente con la cabeza, sin dejar de mirar inquieto a su alrededor.

—Sí. Entremos ahí, seremos menos vulnerables.

Ocho se saca el colgante de la cabeza y levanta el brazo hacia el triángulo azul.

—Ya veréis —dice sonriendo, mientras aplica el colgante al triángulo.

Al principio no pasa nada, pero, al cabo de unos momentos de tensión, las líneas grabadas en la pared empiezan a ensancharse y hacerse más profundas. Ocho vuelve a ponerse el colgante. Entra polvo en el pasaje y retrocedemos un poco. Cuando todas las líneas se tocan hasta formar el contorno perfecto de una puerta, el borde derecho se separa de la pared de la caverna y se abre. Un fogonazo de aire cálido nos azota el rostro y todos nos quedamos contemplando hipnotizados la luz azul que sale del interior.

La energía que me recorre el cuerpo es abrumadora. Siento una calma total y absoluta.

—¿Qué es esa luz azul? —pregunto por fin.

—Es lo que me permite teletransportarme por todo el planeta —responde Ocho, como si entenderlo fuese lo más fácil del mundo.

Ella se acerca a la abertura.

—Noto una sensación muy rara en mi interior —comenta.

—Yo también —reconoce Marina.

Con una sonrisa, Ocho se agacha y cruza el umbral. Crayton y Ella lo siguen sin dudar. Yo cierro la marcha. Mientras subimos por otra escalera, Ocho nos cuenta:

—Hace un par de años, cuando ya había empezado a fortalecer mis legados, comencé a tener sueños muy vívidos, como los que tengo ahora con Setrákus y Cuatro. Aprendí muchas cosas de Lorien y los Ancianos. También de nuestra historia aquí en la Tierra: que ayudamos a los egipcios a construir las pirámides, que los dioses griegos eran en realidad lóricos, que enseñamos a los romanos todo lo que sabían de estrategia militar y muchas más cosas. En uno de esos sueños aparecía lo de desplazarse por toda la Tierra y el método que tenían los lóricos para conseguirlo. Esta montaña apareció en el sueño. Ya nos habíamos trasladado a la India y la reconocí. Subí hasta aquí y empecé a investigar. Y entonces encontré todo esto.

—Es increíble —dice Marina.

La escalera termina en otra sala. Tiene el techo abovedado y lo sostienen varias columnas irregulares. Comprendo que estamos bajo la cima de la montaña. La sala está vacía, salvo por un grupo de rocas que forman una especie de remolino alrededor de una piedra azul del tamaño de una pelota de baloncesto.

—Loralita —susurra Crayton. Avanza hasta el centro de la cueva y deposita el Cofre de Marina en el suelo—. Es la mayor piedra de loralita que he visto en mi vida.

—¿Es la loralita lo que te permite ir a donde quieras? —pregunta Marina.

—Bueno, ahí está el problema —suspira Ocho—. No puedo ir a donde quiera, sino más bien a seis o siete lugares lejanos. La verdad es que fui a parar a muchos sitios a los que no quería ir antes de comprender que solo puedo teletransportarme a lugares cercanos a una de estas grandes rocas de loralita.

—Entonces ¿adónde podemos ir? —pregunto.

—Bueno, por ahora he estado en Perú, la isla de Pascua, Stonehenge, el golfo de Adén, cerca de Somalia (que no recomiendo por varias razones), y también el desierto de Nuevo México.

—Nuevo México —digo de inmediato, volviéndome hacia Crayton—. Si fuéramos allí, ya estaríamos en Estados Unidos, a menos de un día de John. Sabemos que podemos desplazarnos sin problemas una vez dentro del país.

Crayton se acerca a la pared y examina algunas marcas.

—Un momento. Has dicho que no puedes controlar adónde vas, ¿no? Pues entonces no es tan prometedor como esperaba.

—No, pero si no acabamos en Nuevo México, en caso de que sea allí adonde queramos ir, simplemente nos teletransportaremos de nuevo hasta conseguirlo. No está tan mal.

—¿Y crees que puedes llevarnos a todos? —pregunto—. Si es como mi legado de invisibilidad, quizá sea un problema. Yo solo puedo volver invisibles a los demás si me dan la mano.

—La verdad, no lo sé. Nunca he intentado llevarme a nadie —admite Ocho.

—Quizá puedas hacer dos viajes —sugiere Marina.

—Estos grabados son asombrosos —interrumpe Crayton, indicándonos con la mano que nos acerquemos a las paredes de la cueva—. Tal vez nos den alguna pista.

Tiene razón. Las paredes naranja están cubiertas de cientos de símbolos, pinturas y grabados que llegan hasta lo alto de la cúpula.

Al acercarme, enseguida me llama la atención una tenue pintura verde que representa un planeta. Comprendo enseguida que es Lorien y se me hace un nudo en la garganta. Debajo, trazados en azul, veo una figura femenina de pie junto a un hombre; ambos sostienen bebés dormidos. Unos rayos formados por líneas blancas intermitentes salen de la parte inferior de Lorien y acaban justo encima de las cuatro figuras. Junto a la cabeza de la mujer, talladas en un estilo distinto, hay tres columnas de símbolos alienígenas.

—Pero ¿qué demonios...? —murmuro, confundida.

A un metro, a mi izquierda, veo un sencillo dibujo en negro que representa una nave triangular. Tiene complejos símbolos y espirales en las alas y una diminuta constelación de estrellas en el morro chato. Ocho se me acerca y señala la constelación.

—¿Lo ves? Es igual que la formación de piedras que hay aquí.

Me vuelvo para comparar; Ocho tiene razón. Ojalá Katarina estuviera aquí para ver todo esto; me pregunto si conocía su existencia. Crayton está examinando los dibujos del techo.

—¿Sabías que esto existía? —le pregunto.

—Dejamos Lorien a toda prisa: los mogadorianos estaban atacando el planeta. No tuvimos tiempo de reunir toda la información que necesitábamos. Sabíamos que existían sitios como este, pero nadie conocía su ubicación exacta, ni tampoco para qué servían. A juzgar por la parte de información que conseguimos reunir antes de partir, es evidente que había cosas importantes que desconocíamos.

—Venid —nos dice Ocho, indicándonos que le sigamos a un rincón oscuro de la sala—. Esto es cada vez más raro.

Se detiene ante una talla enorme. Tiene tres metros de alto, seis de ancho y está dividida en diferentes escenas, como si fuera un cómic. La primera viñeta muestra una nave con nueve niños. Las caras están dibujadas con todo detalle y me identifico de inmediato. Al verme representada cuando era poco más que un bebé, siento cierto vértigo.

—¿Estaba esto aquí la primera vez que viste la cueva? —le pregunta Crayton a Ocho.

—Sí; todo estaba así, igual que ahora.

—¿Quién pudo hacer todo esto? —pregunta Marina con voz asombrada, recorriendo la pared con la mirada.

—No lo sé —responde Crayton, que examina la talla con los brazos en jarras.

Es desconcertante verlo tan confundido.

La siguiente viñeta muestra una docena de figuras oscuras que identifico como mogadorianos. Van armados y la figura del centro dobla en tamaño a las otras. Es Setrákus Ra. Los diminutos ojos de los mogos y sus bocas rectas son tan precisos, tan realistas, que siento escalofríos. La siguiente escena, a la derecha, muestra a una niña en el suelo, sentada en un charco de sangre. Comparo su cara con las de la primera viñeta; sin duda, es Número Uno. Dos, también una niña, pero menor que Uno, está bajo el pie de un mogadoriano. Muerta. El estómago me da un vuelco cuando veo a Tres, un chico, atravesado por una espada en la jungla. La siguiente viñeta muestra a Número Cuatro huyendo de dos soldados mogadorianos y esquivando un rayo que sale de una de sus armas. Se me escapa un grito. Al fondo hay un gran edificio en llamas.

—Ese es el instituto de John —digo, señalando la última viñeta.

—¿Y qué es lo que pasa? —pregunta Marina.

Golpeo la pared.

—El instituto se incendió después de que lucháramos contra los mogos. ¡Yo estaba allí! ¡Esa es la escuela de John!

—Entonces ¿la del cielo eres tú?

Me fijo y veo una pequeña figura de cabellos largos que flota encima del edificio.

—Vale. Esto es rarísimo: sí, soy yo. No lo entiendo. ¿Cómo alguien...?

—Mira, ¿ese no es Cinco? —interrumpe Ella, señalando la primera viñeta de la línea de abajo. En la copa de un pino hay una figura que arroja algo a tres mogadorianos que lo observan desde el suelo.

—Esto es increíble. Todo está aquí, perfectamente narrado. ¡Alguien vio todo lo que iba a suceder! —exclama Crayton.

—Pero ¿quién? —pregunto.

—Oh, no —susurra Marina—. ¿Quién es? ¿Quién más muere?

Paso rápidamente las dos viñetas siguientes, que muestran cuando empezamos a reunirnos: en una, Marina y yo estamos junto a un lago; en otra, veo a John saliendo de una cueva con otra persona. No sé quién es, tal vez sea Sam, pero no puedo asegurarlo, porque los dos miran hacia otro lado. Luego llego a la viñeta que está examinando Marina. Hay un miembro de la Guardia con los brazos extendidos y una espada clavada en el cuerpo. Es imposible identificarlo, porque la cara se ha desconchado de la pared. Justo debajo, en el suelo, hay unos pedazos de piedra.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Por qué solo falta precisamente esa cara? —pregunto. Ocho guarda silencio, cabizbajo—. ¿Lo has hecho tú?

—Nadie puede dictar lo que va a pasar —responde él.

—¿Así que pensaste que era mejor destruirlo? ¿Para conseguir exactamente qué? ¿Que fuese menos verdad? —pregunta Crayton.

—No sabía qué era todo eso. No os conocía a ninguno de vosotros. Creía que era un cuento, al menos hasta...

—¿Soy yo? —le interrumpe Marina—. ¿Soy yo la que muere?

Quiero preguntar lo mismo. ¿Soy yo la que tiene el cuerpo atravesado por una espada? Es una idea terrorífica.

—Todos tenemos que morir algún día, Marina —dice Ocho con una voz extraña.

Ella recoge los trozos de roca y los examina, dándoles la vuelta.

Crayton se planta delante de Ocho.

—Que lo hayas destruido no significa que no vaya a pasar. Ocultarnos esa información no la hace más o menos verdadera o destinada a suceder. ¿Vas a decirnos quién es?

—No os he traído hasta aquí para examinar un desconchado de la pared — responde Ocho—. Tenéis que seguir: mirad las dos últimas imágenes.

Ocho nos convence, una vez más: de nada sirve quedarnos pensando en quién muere atravesado por una espada, así que nos concentramos de nuevo en la pared. En la viñeta que señala Ocho, Setrákus Ra yace en el suelo mientras una espada le apunta a la garganta. La figura que sostiene la espada está rodeada de mogadorianos muertos y es imposible de identificar. En la última imagen aparece un planeta de aspecto extraño, cortado por la mitad. La parte de arriba parece la Tierra y distingo Europa y Rusia, pero la parte inferior está cubierta de unas rayas largas y abultadas. Parece muerta y yerma. Una pequeña nave se aproxima a la parte superior del planeta desde la izquierda y otra pequeña nave se acerca a la parte inferior desde la derecha.

Cuando intento comprender qué debe de significar todo eso, Ella reprime un grito.

—¡Es Ocho!

Todos nos volvemos. Ella ha recogido los pedacitos de piedra y los sostiene a la altura de la cara del miembro desconocido de la Guardia. Ha conseguido unir las piezas del rompecabezas. Número Ocho muere en la imagen.

—Eso no significa nada —asegura Ocho.

Marina posa una mano en su brazo con mucha dulzura.

—Oye, es solo un dibujo.

—Es verdad —dice Crayton suavemente—, es solo un dibujo.

Ocho se aparta de Marina y vuelve al centro de la cueva; los demás seguimos plantados ante la inmensa pared que cuenta historias que nadie puede ni debe saber. Alguien ha vaticinado la muerte de Ocho. Dada la precisión de las otras viñetas, es difícil pensar en un argumento que defienda la falsedad de precisamente esta. No me extraña que Ocho siempre esté bromeando, que actúe como si no tuviera motivos para ser tan prudente como el resto de nosotros. Intenta esconderse del destino, quizá huir de él. Vuelvo a mirar las dos últimas

imágenes. Al principio me alegró ver a Setrákus Ra con una espada en la garganta, pero el hecho de que siga vivo me mosquea. ¿Y qué significa la última imagen? Muestra claramente una confrontación que sigue en marcha, con un desenlace nada claro. ¿Y por qué está el planeta partido por la mitad? ¿Qué significa?

Crayton recoge el Cofre de Marina, se acerca a Ocho y le pasa el brazo por encima de los hombros. Empieza a susurrarle algo al oído.

—¿Qué crees que le estará diciendo? No sé qué puede decirle para que se sienta mejor... —me susurra Marina.

Cuando estoy a punto de unirme a Crayton para consolar a Ocho, una explosión sacude la cueva y una llamarada entra por la puerta. Marina me sujeta del brazo y Ella cruza la sala gritando. Las columnas que sostienen el techo se agrietan y empiezan a ceder. Una gran parte del techo cae sobre Ella, pero enseguida uso mis poderes mentales para apartar los pedazos de roca con la intención de protegerla. Me vuelvo hacia Crayton y Ocho justo cuando este desaparece.

—¿Qué pasa? —grita Marina, usando la telequinesia para resguardarnos de la lluvia de cascotes mientras yo sigo protegiendo a Ella.

—No lo sé —respondo, frenética, intentando ver algo a través del humo y el polvo. De pronto Ocho reaparece en el centro de la sala. Se desangra por una herida del costado y está lívido.

—¡Los mogadorianos! —grita—. ¡Están aquí!

CAPÍTULO DIECISÉIS



MIENTRAS ESTOY ACOSTADO EN LA CAMA, DISFRUTANDO de la habitación que he elegido y de las almohadas supercómodas que he encontrado, oigo que se abre la puerta del piso y que Nueve habla con alguien en voz baja. Me incorporo alarmado y con el corazón acelerado. Luego caigo en que debe de ser el portero que habrá subido las cajas. Vuelvo a echarme. Bernie Kosar me lame las plantas de los pies y anuncia que va a buscar algo de comer.

—Iré dentro de un momento —le digo. Me quedo contemplando el techo con las manos detrás de la nuca.

El techo tiene un poco de textura. Los párpados me pesan. De pronto me doy cuenta de que ya no veo el techo. Estoy fuera y nieva.

—¡Concéntrate, John! —me grita desde detrás. Me vuelvo y veo a Henri cargado con un montón de cuchillos; tiene uno levantado encima del hombro, listo para lanzarlo.

—¡Henri! ¿Dónde estamos? —le grito.

—¿Acaso te has dado un golpe en la cabeza? —me pregunta. Lleva vaqueros y un suéter blanco, ambos rotos y ensangrentados. Una luz azul le ilumina desde atrás, pero cuando estiro el cuello para ver qué es, Henri se enfada.

—¡Vamos, John! ¡Estás en Babia! ¡Tienes que concentrarte!

Antes de que se lo pueda discutir, Henri me arroja un cuchillo que rechazo un segundo antes de que me dé en la cara. Me lanza un segundo, luego un tercero y un cuarto. Los desvío todos, pero las existencias de Henri parecen inagotables. Aguanto, aunque cada vez me resulta más difícil: cada cuchillo llega a más velocidad que el anterior, demasiado rápido.

—¡No hacía falta estar siempre huyendo! —le grito, esquivando dos cuchillos a la vez.

Henri arroja el siguiente con tanta fuerza que cuando lo aparto empieza a sangrarme la mano.

—¡No todos podemos vivir en la nubes de Chicago, John!

Cuando llega el siguiente cuchillo, lo agarro por el mango y lo clavo en el suelo nevado. La nieve que lo rodea se vuelve negra. Atrapo otro cuchillo y también lo clavo en el suelo.

—¡Si hubiésemos encontrado el lugar adecuado, podríamos haber tenido un verdadero hogar! ¡Nunca lo intentamos! Y de todos los lugares posibles, ¡elegiste, Paradise! —le reprocho.

—¡Hice lo que pude! ¡Allí estaba ya Malcom Goode! ¡Encontraste la tableta, John! ¡Ni siquiera la has utilizado todavía! —grita Henri.

La luz azul del fondo desaparece y la oscuridad de la nieve empieza a extenderse por todas partes hasta que finalmente tengo la sensación de estar sumergido en las aguas de un mar oscuro y negro. Henri me apunta con un gran cuchillo y me lo lanza. Intento defenderme, pero las manos se me quedan pegadas a ambos lados del cuerpo. Veo que el cuchillo atraviesa el aire sobre sí mismo y me doy cuenta de que está a punto de clavarse entre mis ojos. Cuando se encuentra a menos de un metro de distancia, una gran mano lo caza al vuelo. Es Setrákus Ra. Con un gesto ágil, lo agarra por la empuñadura, lo lanza haciéndolo girar por encima de los hombros y, cuando lo recupera de nuevo, me lo arroja.

Cuando la punta del cuchillo se hunde en mi cráneo, Setrákus Ra grita:

—¡Que se te enfria la pizza!

Me incorpоро. Estoy de nuevo en mi cama del edificio Hancock, empapado en sudor y jadeando. Nieve está en el umbral de la puerta, sosteniendo una bandeja con una pizza enorme. Tiene la boca llena y continúa masticando mientras habla.

—En serio, tío, tienes que comértela cuando está caliente. Y quiero entrenar un poco antes de nuestra doble cita.

—He vuelto a ver a Setrákus Ra. —Sé que mi voz suena impersonal; me noto la lengua entumecida—. Y a Henri.

Nieve traga y levanta la mano, que todavía sostiene una porción de pizza.

—¿Ah, sí? Pasa de eso, solo son sueños. Es lo que suelo decirme, y, por lo

general, funciona.

—¿Y se puede saber cómo consigues que funcione? —pregunto, pero ya se ha ido. Salgo de la cama y avanzo a trompicones por el pasillo. Veo a Bernie Kosar hincándole el diente a un bistec descongelado que yace en el suelo de la cocina. Mi pizza espera humeante en la mesa. Llevaba mucho tiempo sin soñar con Henri y me cuesta librarme de la visión. Mientras como, pienso en los cuchillos, la nieve, en cómo nos gritábamos... y entonces caigo en la cuenta. Henri ha mencionado la tableta. No he intentado hacer nada con ella aparte de mirarla; apenas le he dedicado tiempo porque me fastidia que no funcionase. Retiro mi Cofre de la butaca, lo abro y saco la tableta.

Está apagada, como siempre: resulta frustrante. No es más que un cuadrado de metal blanco con una pantalla apagada, muerta, inútil. Nada de lo que hago consigue insuflarle algo de vida. La vuelvo y examino los puertos: son triangulares; no se parecen en nada a los que he visto hasta ahora.

—¿Nueve? —grito.

—¡Aquí! —me responde desde la sala de vigilancia.

Me meto una porción de pizza en la boca y mastico mientras ando con la tableta bajo el brazo. Nueve está sentado en una silla giratoria y apoya los pies en una mesa alargada situada entre dos monitores. Casi todas las pantallas están divididas en cuartos. Nueve pulsa el teclado que tiene en las piernas y las pantallas rotan. Ninguna muestra nada interesante.

—¿Hay algo que quieras consultar? —me pregunta, sonriendo.

—Sí. Teclea un nombre: Sarah Hart.

Nueve se tira del largo cabello negro.

—¡Aaarg! ¿Lo dices en serio, colega? Eres un tío de ideas fijas: ¡es increíble! ¿Con la de mierda que nos ha pasado y eso es lo primero que se te ocurre?

—Eso es lo único que se me ocurre. Hazlo.

Nueve teclea el nombre y, ante mi decepción, solo aparece una lista de actividades escolares. Le indico que busque «Paradise, Ohio», «Sam Goode», «John Smith» y «Henri Smith». Todo lo que aparece son datos que ya he visto antes: el instituto destruido; la acusación de terrorismo; la recompensa ofrecida por cualquier dato que pueda llevar a nuestro arresto o captura. Dejo la tableta blanca encima de la mesa y la empujo hacia él.

—Oye, Nueve, necesito que me ayudes con esto.

Le cuento mi visión y que Henri me ha hablado de la tableta.

—Tienes que relajarte, tío. Se me había olvidado que te tomabas estos sueños tan a la tremenda. Dame, probaré algo con este chisme.

—Adelante —digo, con un suspiro.

Nueve examina la tableta, le da la vuelta y toca la pantalla, centímetro a centímetro. Luego examina los puertos de atrás y chasquea la lengua.

—Creo... —empieza a decir, desplazándose con la silla a un rincón de la

habitación donde hay un montón de cajas marrones abiertas; rebusca en las dos de arriba, y prosigue—. Les pedí que las subieran del almacén, donde dejaron las cosas que llegaron para Sandor. Quería ver si contenían algo que pudiese ayudarnos a encontrar una nueva forma de comunicarnos con los demás...

Aparta las dos primeras cajas y separa la tercera del montón. La abre, saca dos portátiles nuevos de dentro y entonces grita:

—¡Bingo!

Se levanta, victorioso, alzando en el aire un cable negro muy gordo. Sorprendentemente, un extremo del cable tiene forma de triángulo, como el puerto de la tableta.

—¿De dónde has sacado eso?

—No lo sé. Sandor cargó todo este material en la nave que nos trajo aquí. Nunca tuve la oportunidad de examinarlo todo, ni mucho menos de aprender a usarlo. Intenté averiguar cómo funcionaban estas cosas un par de veces, pero Sandor siempre fue muy discreto y nunca llegué muy lejos. O sea, que en general no veo la diferencia entre el material de la Tierra y el nuestro, lo que no sirve de mucho.

Saca el cable que ha encontrado y acerca su extremo en forma de triángulo al puerto triangular de mi tableta. Ambos contenemos la respiración cuando lo conecta: encaja, y suspiramos aliviados. Lentamente introduce el otro extremo en el puerto USB del ordenador más cercano. Una línea horizontal negra aparece en la pantalla de la tableta y, al cabo de un segundo, nos encontramos ante un mapa de la Tierra. Uno a uno, van apareciendo siete puntos azules intermitentes: dos en Chicago, cuatro en la India o China y uno en lo que parece Jamaica.

—Hum, colega, creo que somos nosotros. Todos nosotros —susurra Nueve.

—Vaya, es verdad. Ahí estamos todos. Con esta cosa ni siquiera necesitamos un macrocosmos.

—Un momento; hay siete puntos, pero solo quedamos seis —observa Nueve frunciendo el ceño.

—Te dije que había otra nave, ¿recuerdas?

—Sí, sí —responde; de pronto, parece un alumno aplicado que me presta atención.

—Bien, sabemos que en ella viajaba un bebé. ¡Eso significa que consiguieron llegar a la Tierra! Y también quiere decir...

—Que, en lugar de enfrentarse a seis de nosotros, Setrákus Ra tendrá que enfrentarse a siete —interrumpe Seis—. Cuantos más, mejor.

Mientras ambos tratamos de asimilar esta información, aparece un pequeño recuadro en el extremo superior derecho de la pantalla, con un triángulo verde en el interior. Pulso el triángulo y dos pequeños puntos verdes aparecen en el mapa, uno en el sudoeste de Estados Unidos y otro en el norte de África, posiblemente en Egipto.

—¿Qué crees que es eso? —pregunto—. ¿Pueden ser bombas nucleares? ¿Bombas de los mogos? Mierda, no pensarán volar la Tierra, ¿verdad?

Nueve me da unas palmaditas en la espalda.

—No, piénsalo un poco. Es evidente que un mapa en el que aparezcamos nosotros estará diseñado para nosotros; digamos que las bombas de los mogos entran en una categoría distinta. ¡Creo que son nuestras naves, tío!

Me quedo sin habla. Sí, tiene sentido. Si eso es verdad, entonces también debe de ser algo maravilloso, tanto que incluso me cuesta de imaginar: en cuanto hayamos acabado con Setrákus Ra y hayamos puesto la Tierra a salvo, podremos regresar a Lorien. Ayudaremos a sacarlo de su estado de hibernación. ¡Volveremos a casa! De pronto me muero por saber la ubicación exacta del punto del sudoeste, el más próximo a nosotros.

—¿Dónde está? —pregunto, señalándolo.

Nueve despliega un mapa en la pantalla y dice:

—El del oeste está en Nuevo México; el otro, en Egipto.

Al oír «oeste» recuerdo las últimas palabras de la agente especial Walker. Mi decisión es instantánea y definitiva:

—Ahí es donde tenemos que ir: Nuevo México.

CAPÍTULO DIECISIETE



EN CUANTO OCHO APARECE DESANGRÁNDOSE EN EL CENTRO de la sala, corro a su lado y aplico las manos a la herida. Su sangre me corre por los dedos y me baja por las muñecas, y, cuando otra explosión estremece la cueva, ambos caemos al suelo.

—Lo siento. Esto es culpa mía —susurra él.

—¡Chist!, puedo curarte. Es mi legado. Solo tienes que tranquilizarte unos segundos.

El frío que surge de mis dedos se extiende por sus costillas y Ocho se pone rígido de dolor. Las explosiones continúan, y Ocho se retuerce con cada una de ellas, pero yo lo miro directamente a los ojos y le indico que debe quedarse allí conmigo.

—Tranquilo, Seis está allí y puede hacerse cargo. No pasará nada.

Lo digo con total confianza, intentando convencernos a ambos.

—Puede que tenga que morir aquí; quizá el dibujo estaba equivocado.

Aprieto más y, finalmente, noto que la herida empieza a cerrarse en respuesta al contacto de mi mano.

—No, no será así —afirmo con seguridad.

Entre el caos veo que Seis empuja a Ella y Crayton detrás de un montón de rocas caídas. Luego nos mira, nos levanta y nos acerca flotando junto al resto del grupo. Cuando nos deposita en el suelo, dice:

—Quedaos todos aquí: me volveré invisible y echaré un vistazo. Cúralo, Marina —añade, guiñándome un ojo. Su voz me indica que estaremos bien si todos recordamos lo que somos capaces de hacer. El único modo de sobrevivir es trabajar juntos.

—Eso intento —respondo, pero Seis ya ha desaparecido. Bajo mis manos, los pulmones de Ocho forcejean con mi legado. Está blanco como el papel y noto que se revuelve por dentro, como si se resistiera a mis poderes. Pero no es así. Eso es imposible. Simplemente está más grave de lo que imaginaba, o tal vez mi legado se haya debilitado. Eso, sin embargo, prefiero ni planteármelo. Empiezo a ponerme nerviosa y contengo las náuseas. Necesito concentrarme, impedir que me distraiga lo que sucede a mi alrededor.

Oigo disparos y gritos lejanos de los soldados mogadorianos. Imagino lo que Seis estará haciendo ahí fuera. Cuando es necesario, es una luchadora implacable, increíblemente peligrosa para cualquiera que la amenace... o nos amenace a nosotros.

—¿Cómo está? —pregunta Crayton, paseando la mirada del rostro de dolor de Ocho a mi expresión de pánico.

Ella toma la mano de Ocho y lo ayuda a concentrarse.

—Tranquilo. Te dolerá, pero después te sentirás mejor. Confía en mí.

Sus palabras tranquilizadoras surten efecto y Ocho empieza a asentir entre muecas de dolor.

Oímos un estruendo ensordecedor en lo alto y el techo de la cueva cobra vida: las grietas se extienden y se abren a toda velocidad. La cúpula se convierte en un rompecabezas cuyas piezas amenazan con soltarse de un momento a otro, y, de pronto, se desploma la primera, una roca del tamaño de un coche que se precipita sobre nosotros. No quiero apartar mi legado sanador de Ocho, pero me veo obligada a retirar las manos para concentrar toda mi energía en desviar la roca mediante telequinesia. Cuando deposito de nuevo las palmas sobre la herida, es como si tuviese que volver a empezar. Me consuelo como puedo con el dibujo de la cueva: de acuerdo, muestra que Ocho muere, pero no aquí ni de esta forma.

—¿Dónde está el Cofre de Marina? —pregunta Ella—. Quizá contenga algo que nos ayude.

Crayton se levanta.

—Los dos cofres están al otro lado de la cueva. Iré a por ellos.

—¡No! —Ella lo sujeta de la manga, pero Crayton echa a correr. Yo observo sin poder intervenir. Continúan desprendiéndose pedazos de la cúpula y Ella le grita a Crayton que regrese, que espere a Seis. Las ideas se agolpan en mi

cabeza. Seis está ahí fuera luchando sola con un ejército de mogos y yo necesito olvidarme de todo y concentrar toda mi energía en Ocho. Siento que su cuerpo se abandona al dolor y al daño que al parecer soy incapaz de curar lo bastante rápido como para salvarlo. Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que responda a mi legado, pero veo que la herida ha vuelto a su tamaño inicial, como si ni siquiera la hubiese tocado.

—Ella, no funciona. ¡No sé qué hacer! —exclamo con los ojos llenos de lágrimas.

Ella me responde con voz decidida:

—Lo necesitamos, Marina. Concéntrate: puedes hacerlo.

Contengo la respiración; Crayton acaba de esquivar un peñasco.

—Ocho, espera. Lo conseguiremos, te pondrás bien muy pronto —susurro mientras él cierra los ojos. Me aíso del ruido del ataque, me aíso de la histeria que intenta apoderarse de mí y me digo: « Puedo curar a Ocho. Lo curaré y Seis se encargará de los mogos. Tenemos una misión y esto no es el final» . Me siento con la espalda muy recta, mi respiración recupera su ritmo normal y noto como si una pelota de hielo se formase entre mis omóplatos, me corriese por la espalda y saliera por mis dedos. Su fuerza casi me derriba, pero no aparto las manos de la herida de Ocho. Noto que algo sucede en su interior y se me acelera la respiración. El corazón me late tan deprisa que creo que me va a estallar y luego Ocho abre los ojos.

—¡Funciona! —exclama Ella.

Siento vértigo. Me tambaleo, pero consigo mantenerme sentada mientras la herida de Ocho se cierra. Debajo de las manos, noto que sus costillas rotas vuelven a su posición. Pasados unos segundos, me relajo. Estoy tan cansada que apenas consigo mantener los ojos abiertos. Respiro hondo y Ocho se incorpora, se toca el lugar de la herida, se palpa las costillas y luego extiende la mano para agarrar la mía.

—Nunca había sentido nada igual —me dice sin dar crédito—. No sé cómo agradecértelo.

De pronto, cuando abro la boca para responder, aparece Seis.

Lleva un cañón mogadoriano y tiene la cara cubierta de ceniza negra. Apenas puede respirar, pero controla la situación.

—Los he hecho retroceder, pero no me iría mal algo de ayuda.

Ocho se levanta, tambaleándose.

—Vale.

—Me refería a Marina —aclara Seis, tras echar un vistazo y ver que Ocho no está en condiciones de ayudar. Me enorgullece que quiera verme luchando a su lado, pero estoy demasiado débil para levantarme.

—¿Y Crayton? —pregunta Seis, mirando a su alrededor.

Estaba tan concentrada curando a Ocho que me había olvidado de Crayton.

Me vuelvo a tiempo de verlo desenterrando los cofres de debajo de unos escombros. Luego los recoge y echa a correr hacia nosotras. Justo cuando Seis va a acudir en su ayuda, una explosión acaba con lo que queda del techo. Grandes pedazos de roca caen sobre la cueva seguidos de una lluvia de disparos. Ocho protege a Ella, usando la telequinesia para desviar los escombros y las balas, y Seis empieza a disparar al cielo con el cañón mogadoriano. Se produce otra explosión en lo alto y, poco después, una nave plateada igual a la que había en el fondo del lago se estrella en la montaña, justo encima de nosotros. Un soldado mogadoriano herido intenta salir frenéticamente de la cabina. Justo cuando consigo ponerme en pie, abre un agujero en el parabrisas de un puntapié, pero, antes de que consiga abandonar la nave, levanto dos peñascos recurriendo a la telequinesia y los empleo para aplastarlo. Una nube de ceniza cae flotando al suelo.

Un misil entra en la cueva y estalla en la pared más próxima a Crayton. Los grabados que contemplábamos hacia solo unos minutos quedan destruidos por completo. Crayton sale despedido por la onda expansiva de la explosión y cae en el centro de la cueva, junto a la piedra de loralita azul; los cofres resbalan por el suelo. Crayton no se mueve. Estoy perpleja, todo ha pasado muy rápido.

—¡Papá! —grita Ella.

Aunque las paredes se desmoronan a nuestro alrededor, corro con Ella al lado de Crayton. Ella lo toma de la mano. Pongo la mía en su cuerpo y cierro los ojos, intentando encontrar alguna señal de vida, algo con lo que trabajar, algo que curar, pero no hay nada.

—¡Sálvalo! —me grita Ella con la carita alterada por la angustia—. ¡Marina, por favor, tú puedes! ¡Cúralo!

—Lo intento —digo, pero solo me sale un sollozo. Está muerto. Su cêpan se ha ido.

—¡Concéntrate como hiciste con Ocho! ¡Puedes hacerlo otra vez! —Ella está desesperada, masajea el corazón de Crayton y le acaricia la mano.

Veo de reojo que Seis se acerca sin dejar de disparar al cielo con el cañón mogadoriano. Ocho se teletransporta a mi lado, se inclina y me susurra:

—Puedes curarlo. Vamos, Marina.

Me echo a llorar. No puedo. Aunque sé que no hay nada que hacer, intento concentrarme en mi legado una y otra vez, suplicándole que funcione. Pero Crayton está muerto y mi legado no puede conectarse a nada. Desplazo las manos por su pecho y su estómago aplastados, y noto todos los huesos rotos. Detrás de mí, Ella me empuja los hombros para que mis manos presionen más el cuerpo de Crayton.

Seis deja de disparar, me agarra del brazo y me mira a los ojos. Yo niego con la cabeza.

Ella cae de rodillas, llorando. Se arrastra hacia Crayton y le susurra al oído:

—Deja que Marina te cure. Por favor, no te mueras. Por favor, papá. — Levanta la vista y me mira. Las lágrimas le corren por las mejillas y me dice con voz enojada—: ¡Ni siquiera lo has intentado, Marina! ¿Por qué no lo intentas?

Me seco las lágrimas con la manga.

—Lo he intentado, Ella. Lo he intentado, pero no podía hacer nada. Ya había muerto. Lo siento.

Me pongo en cuclillas, pero no despego las manos del cuerpo de Crayton.

Un misil impacta en la pared opuesta y la separa por completo de la montaña. Cuando hemos subido hasta allí, hemos visto que al otro lado hay un precipicio de seiscientos metros. Un viento frío nos envuelve. Ocho le dice a Seis:

—Dame el cañón. Ahora vuelvo.

Seis vacila un momento antes de entregárselo. Ocho desaparece y, cuando levanto la vista, lo veo corriendo por el borde destrozado del precipicio, saltando de un punto al siguiente mientras las rocas se desmoronan bajo su peso. No deja de disparar en ningún momento, ni siquiera cuando está en el aire. Muy pronto dos naves plateadas mogadorianas estallan y se transforman en bolas de fuego.

Sigo desplazando las manos por el cuerpo de Crayton, pero Seis tira de mí para ponerme en pie.

—Déjalo. Ha muerto.

Bajo la vista y contemplo los rasgos duros de Crayton, sus cejas pobladas, y recuerdo la primera vez que lo vi en ese café de España. Creí que era mi peor enemigo y resultó que me salvó la vida. Extiendo las manos y lo intento una vez más, pero Seis me abraza. Noto sus lágrimas en mi espalda mientras susurra:

—No podemos hacer nada.

Sin dejar de llorar, Ella coge la mano izquierda de Crayton. La besa y la apoya en su mejilla.

—Te quiero, papá.

—Lo siento muchísimo, Ella —susurro.

Ella alza la vista e intenta hablar, pero no puede. Deposita con suavidad la mano de Crayton en su torso y la acaricia una vez más antes de levantarse. Ocho se teletransporta a nuestro lado y le devuelve el cañón a Seis. Y entonces sopla otra ráfaga de viento helado y la americana de Crayton se levanta. Todos lo vemos a la vez: hay un sobre blanco en el bolsillo interior, con las palabras «PARA ELLA» escritas delante.

Seis lo coge y se lo entrega a Ella.

—Escúchame, Ella. Sé que no quieres abandonarlo, nadie quiere. Pero si no nos vamos ahora, moriremos. Sabes que Crayton hubiese querido que hiciéramos todo lo posible por sobrevivir, ¿verdad? —Ella asiente. Seis se vuelve hacia Ocho —. Bien, ¿cómo demonios nos teletransportamos fuera de aquí? ¿Está la montaña demasiado destruida para que eso funcione?

—¡Ella, sujeta mi Cofre! ¡Marina, coge el tuyo! —indica Ocho mientras nos

conduce a la resplandeciente loralita azul—. Seis, tendrás que agarrarte a alguien para que podamos teletransportarnos todos a la vez. Espero que esto funcione —añade, mirando preocupado las ruinas que nos rodean.

Ocho nos coge de la mano a mí y a Ella. Seis me pasa el brazo por el codo. Miro a mi alrededor y contemplo los pedazos de pared que nos han hablado de nuestro futuro y de nuestro pasado. Pienso en todos los lóricos que estuvieron aquí antes que nosotros; me entristece que nadie más vaya a ver esto, pero también pienso en la responsabilidad que supone para nosotros ser los últimos de Lorien. Miro por última vez a Crayton y le agradezco todo lo que ha hecho.

—Vale. Vamos allá —dice Ocho. Luego todo se vuelve negro.

CAPÍTULO DIECIOCHO



DE PRONTO NUEVE SE INCLINA SOBRE LA PANTALLA.

—¡Mira, Cuatro! ¡Fíjate en esto! Se han movido.

—¿Quién se ha movido? —Le arrebató la tableta de las manos. Los puntos azules que nos identifican han cambiado de posición; al menos, algunos de ellos. Todavía queda uno en Jamaica y dos en Chicago, pero ahora hay tres en la costa de África y uno en Nuevo México. Me tranquiliza comprobar que todavía hay siete puntos, pero no comprendo cómo han podido desplazarse tan rápido de un sitio a otro—. ¿Cómo lo han hecho?

—Ni idea; es como si se hubiesen teletransportado o como si hubiesen saltado a través del espacio. ¿Crees que han encontrado una puerta interestelar o algo así?

—Henri dijo que las puertas interestelares no existen —respondo.

—Ya, y algunos creen que los extraterrestres tampoco existen. En realidad, muchos.

Tiene razón. Quizá Henri se equivocaba.

—Un guardián está en Nuevo México, Nueve. Cerca de lo que crees que puede ser nuestra nave. Dudo que se trate de una coincidencia: ¿crees que estarán buscándola?

—Espero que no, tío. Aún no ha llegado el momento de eso; tenemos mucho que hacer antes de pirar de la Tierra.

Observo el punto intermitente de Nuevo México y pulso el triángulo verde para ver dónde se ocultan las naves lóricas. Es imposible que ese guardián haya aterrizado tan cerca por casualidad. Añado ese dato a la información de que Sarah se encuentra en el oeste, posiblemente con Sam, y no me cabe la menor duda.

—Lo digo en serio, Nueve. Tenemos que ir a Nuevo México. Ahora. Todo lo que hemos visto y averiguado señala en esa dirección, nos dice que tenemos que ir allí ahora mismo. —Salgo a toda prisa de la habitación, cierro mi Cofre de un manotazo y lo dejo junto a la puerta. Después llamo—: ¿BK?

Bernie Kosar aparece corriendo con el hueso del bistec en la boca.

Nueve me sigue.

—Tío, cálmate. ¡No vamos a subir a un avión y volar a Nuevo México, sobre todo después de lo que hemos visto! Esa gente se teletransporta de aquí para allá, ¡para cuando lleguemos al ascensor ya estarán en la Antártida! ¡O en Australia! Todavía hay muchas cosas que desconocemos, ni siquiera sabemos si eso es nuestra nave. ¿Y si fuera una trampa?

Nueve se planta delante de la puerta y se cruza de brazos. Sé que debo de parecer un lunático, dándole como un loco al botón del ascensor mientras finjo no ver que Nueve trata de impedírmelo.

Las palabras me salen a trompicones de la boca.

—Tenemos que ir, aunque el miembro de la Guardia que hemos visto desaparezca antes de que lleguemos. Está claro que Nuevo México sigue siendo el único destino correcto. —Estoy desesperado por convencerlo—. Podemos llevarnos algunas de tus armas.

La cabeza me da vueltas. Corro a la sala de entrenamiento y me dirijo a la armería. Mientras salto de una colchoneta a otra para llegar cuanto antes, oigo el tintineo de las anillas encima de mi cabeza. Nueve me adelanta de un salto, levanta las manos y me impide el paso.

—Para el carro, colega. Respira. Creo que debemos ir a Paradise.

—¿Me estás vacilando? ¿Ahora quieres ir a Paradise? —Voy a matar a ese tío.

—He estado pensando mientras dormías. Tenemos que volver al lugar donde encontraste la tableta. Has dicho que ahí había un montón de papeles, por no mencionar ese esqueleto y algunos mapas. Creo que nos falta una pieza, una pieza clave para derrotar a Setrákus Ra.

—No lo entiendes —insisto, apartándolo de un empujón—, ahora mismo están pasando cosas muy importantes en el oeste. ¿Tienes coche?

Nueve me empuja y casi me derriba, pero recupero el equilibrio. Me quedo ahí, de espaldas a él, echando chispas.

—Sí que tengo coche, pero primero iremos a Paradise. Necesitamos encontrar todo lo que pueda ayudarnos a luchar.

—Ni de coña.

Me vuelvo, lo empujo y de pronto los dos tenemos los brazos entrelazados en la cabeza del otro. Nueve me da una patada en los pies y caigo al suelo. Bernie Kosar ladra, exigiendo que paremos.

—Cálmate, BK —dice Nueve—. Considéralo como un entrenamiento previo al viaje a Ohio.

—Sí, ahora resulta que estamos entrenando, después de todo lo que acabamos de averiguar —gruño mientras me levanto.

Nueve me lanza un puñetazo directo que consigo desviar, pero no puedo hacer lo mismo con su gancho de derecha. Es como si me hubiesen golpeado con un ariete en las costillas. Caigo de rodillas sujetándome la cintura; luego me da una patada en el esternón y me desplomo de espaldas.

—¡Vamos, tío! ¡Espabila! —me grita—. ¡Crees que vas a plantarte en el desierto y cargarte a cualquiera que se te ponga por delante, pero ni siquiera puedes conmigo!

Me levanto de un salto y lo sorprendo con un puñetazo limpio en el vientre. Cuando se dobla, le doy un rodillazo en la boca.

—¡Eso es, Cuatro! —Los labios partidos le sangran, pero me sonrío de oreja a oreja. Nos observamos, desplazándonos en círculos—. Te propongo algo: ya que das señales de ser un contrincante decente, haremos un trato. Si me ganas, vamos a Nuevo México enseguida, hasta te dejaré conducir. Pero, si gano yo, pasaremos unas horas aquí y le daremos al tarro hasta que se nos ocurra un buen plan. Luego volveremos a Paradise y bajaremos a ese pozo.

—¡Y tú me llamas cobarde!

Nos seguimos desplazando en círculos, dándonos puñetazos tremendos. Oigo que le rompo una costilla de un codazo. Me vuelvo para golpearle con el otro, pero Nueve me da una patada en la rodilla izquierda. Se me desgarran el cartilago y siento un dolor intenso en toda la pierna. Cojeando, consigo soltarle unos cuantos puñetazos más, pero apenas puedo moverme: eso le da una enorme ventaja. Salta detrás y me atiza una patada en la otra pierna. Me golpeo la cabeza contra el suelo y todo se vuelve blanco. Cuando recobro el sentido, Nueve me ha inmovilizado los brazos con sus rodillas. La pelea ha terminado, y, con ella, nuestras opciones de encontrar un guardián en el oeste.

—Iré a buscar la piedra sanadora —dice Nueve, poniéndose lentamente en pie. Con la visión borrosa, veo que se palpa el costado mientras sale de la habitación. Bernie Kosar gime.

—Eso es una chorrada, ¿lo sabías? —le grito a Nueve—. ¡Las cosas no se deciden así! ¡El guardián de Nuevo México puede morir ahí solo y a ti ni te importa!

La voz de Nueve atruena por todo el piso:

—¡Somos soldados, Johnny! Y los soldados mueren. Nos enviaron aquí para entrenar y luchar, y algunos no sobreviviremos. Esa es la naturaleza de la guerra.

Entro despacio en la sala, saltando a la pata coja. El sol se pone al otro lado de las ventanas. BK se sienta en el suelo, en el último rayo de luz, me mira y nos ruega que planeemos con sensatez nuestro próximo paso.

Nueve entra sujetándose una piedra sanadora en las costillas. Me la arroja y me la aplico de inmediato a la rodilla izquierda. Me duele y noto que el cartílago se recupera. La piedra no tarda mucho en cumplir su misión y al rato el dolor ha desaparecido por completo. Apoyo la mano en el marco de la ventana y le digo:

—Si no vamos a Nuevo México, enfrentémonos al menos con Setrákus Ra. Ahora mismo. Tú y yo. Si acabamos con él, es muy posible que el resto de los mogos se rinda y así salvaremos dos mundos.

Nueve se sienta en el sofá de piel y pone los pies en la mesa de centro. Suspira y cierra los ojos.

—Lo siento, Johnny, pero aunque Setrákus Ra muera, los mogos seguirán luchando. Del mismo modo que nosotros hemos seguido peleando después de la muerte de Pittacus Lore. Deja de buscar una salida fácil y asúmelo. Todos seguiremos luchando hasta que muera el último.

Miro por la ventana y reúno fuerzas para decir lo que llevo guardándome dentro desde hace semanas, desde que leí la carta de Henri.

—Pittacus no ha muerto. Yo soy Pittacus.

—¿Qué has dicho?

Me vuelvo para mirarlo.

—Yo soy Pittacus Lore.

Nueve se echa hacia atrás, riendo con tantas ganas que casi vuelca el sofá.

—¿Tú eres Pittacus? ¿Por qué demonios crees que eres Pittacus Lore?

—Porque eso es lo que siento. Y es por eso por lo que Lorien está en hibernación: Pittacus vive a través de mí.

—¿Ah, sí? ¿Sabes qué? Yo también lo siento —se burla, palpándose el torso. Se levanta y se me acerca—. Pero oye, si tú eres Pittacus, entonces acabo de darle una paliza al Anciano más fuerte y sabio de Lorien. ¿En qué me convierte eso?

—En alguien con suerte —respondo, arrepintiéndome de habérselo contado.

—¿De veras? Eso suena a que alguien pide la revancha.

Basta, dejad de pelear. Ahorrad fuerzas, dice Bernie Kosar.

No le hago el menor caso.

—Bien, pues vamos a por la revancha.

—Si quieres volver a enfrentarte conmigo, habrá un cambio de escenario. Y, para hacerlo aún más interesante, «Pittacus», propongo que cada uno use un objeto de su Cofre.

—Bien.

Abro mi Cofre y elijo de inmediato la daga de diez centímetros. El mango vibra en mi mano en cuanto lo toco y rápidamente me envuelve el puño. Todavía tiene restos de ceniza mogadoriana en los surcos; el olor que desprende me incita a pelear.

Nueve coge el tubo plateado con la mano derecha. Vale, eso me pone nervioso; en Virginia Occidental, vi cómo acababa con muchos piken con esa cosa. Niega con un dedo cuando me ve con la daga.

—No, no. He dicho solo un objeto.

—He elegido la daga, y ya está. No necesito nada más.

—¿Y qué me dices de esa pulserita tan mona?

—Oh, había olvidado el brazalet. Supongo que es más conveniente, gracias.

—Arrojo la daga dentro del Cofre.

—Sígueme —dice Nueve.

Pasamos de Bernie Kosar y de sus súplicas para que nos detengamos y sigo a Nueve hasta el ascensor. Los dos guardamos silencio. Doy por sentado que, para mantener en secreto nuestros poderes, la pelea tendrá lugar en el oscuro sótano del edificio, entre columnas y muros de cemento; pero no, subimos. El ascensor se abre, Nueve pulsa un código numérico en la puerta que tenemos delante y entramos en la azotea del John Hancock Center.

—Ni hablar, ni de coña. ¡Aquí puede vernos demasiada gente! —Niego con la cabeza y doy media vuelta para volver a entrar.

—Nadie puede vernos aquí arriba —afirma Nueve mientras sale afuera—. Eso es lo bueno de estar en la azotea de uno de los edificios más altos de la ciudad.

No quiero quedar como un rajado y sigo a Nueve mostrando más seguridad de la que siento. Sin embargo, no estoy preparado para el vendaval que arremete contra mí y que casi me empuja de vuelta a la puerta. Nueve sigue andando, al parecer ajeno al viento. Sus cabellos negros le azotan la cara y la camiseta blanca se le hincha alrededor del torso; se la arranca de un tirón y la arroja al vacío. Cuando llega al centro de la azotea, da un golpe de muñeca y la vara plateada se expande por ambos extremos hasta que alcanza los dos metros y se vuelve de un rojo candente. Nueve me mira y, con un gesto con la mano, me indica que me acerque. Como si fuera un funámbulo, cojo aire y avanzo. Estamos bajo la sombra gigantesca de la antena blanca que se alza en el otro extremo del edificio, y, cuando ya estoy cerca de él, Nueve da media vuelta y echa a correr hacia la antena.

No tengo ni idea de lo que pretende, así que me detengo a esperar su próximo movimiento. Nueve sube corriendo a lo alto de la antena, que se mece al viento. Me mareo solo de mirarlo, tambaleándose ahí arriba. Entonces levanta la vara roja y, antes de que pueda deducir sus intenciones, me la arroja. En cuanto la vara abandona su mano, él también se lanza de cabeza sobre mí y me veo

obligado a esquivar dos objetos volantes a la vez. Por los pelos, consigo apartarme de la vara afilada, que acaba clavándose en una viga de metal. Me vuelvo para enfrentarme a Nueve y, cuando está a punto de placarme, le doy un puñetazo tan fuerte que lo mando volando por la azotea.

Arranco la vara roja de Nueve de la viga metálica. Aunque Henri nunca me enseñó a manejar nada parecido, la levanto y cargo contra él. Nueve se pone en pie y se prepara para mi ataque. Intento clavarle la vara, pero la aparta con la muñeca y enseguida se desplaza para darme una patada en la rodilla recién recuperada. Echo la pierna hacia atrás y falla, pero consigue agarrar la vara. Ambos forcejeamos para hacernos con ella, damos vueltas y patadas, esquivamos y paramos golpes. Nueve usa la telequinesia para levantarme del suelo. Empiezo a resistirme, pero entonces comprendo que, si me aprovecho del viento, puedo sacarle ventaja. Espero el momento adecuado y, cuando sopla una ráfaga, salto por encima de la vara y, en una fracción de segundo, me planto detrás de Nueve con la vara presionándole la garganta.

—Deberíamos estar de camino a Nuevo México —digo mientras lo empujo hacia la puerta que lleva al ascensor.

Nueve me da un cabezazo con la parte posterior del cráneo, directo a la nariz, y suelto la vara. Él la recupera mientras yo me tambaleo hacia atrás y me doy de espaldas contra un cuadro eléctrico.

—¿Eres tú el que habla, Johnny? ¿O es Pittacus? —se burla mientras vuelve a lanzarme la vara. Mi brazalet se expande y la desvía justo a tiempo. La vara parte el cuadro eléctrico en dos y este empieza a soltar chispas a diestro y siniestro, incluso en el interior de mi escudo abierto. Cuando las chispas alcanzan mi camiseta, dejo que el fuego prenda y se extienda. Mi escudo se encoge y Nueve se queda pasmado al verme consumido por las llamas.

Me mira sorprendido, pero enseguida me grita:

—¿Por qué no te convertiste en una bola de fuego cuando estábamos en el mismo bando?

El fuego que me envuelve crepita y ruge al viento. Avanzo hacia Nueve. Quizá para él todo sea un juego. Para mí, no.

—¿Hemos terminado ya?

—No del todo —responde con una sonrisita.

Formo una pequeña bola de fuego y la sostengo en la palma de la mano. Supongo que arrojándole la bola de fuego a las piernas, quedará bien claro que no le veo la gracia a todo este asunto, pero él se limita a apartarla con el extremo de la vara, como un jugador de hockey. Le arrojo dos bolas de fuego más, cada una más rápida que la anterior, pero las desvía con el pensamiento. La primera sigue rodando hasta que se apaga; la otra se detiene junto a la cubierta de un ventilador. El calor la funde y el viento arranca toda la cubierta del aparato, dejándolo al descubierto.

Levanto las manos por encima de la cabeza para crear una bola de fuego del tamaño de una nevera, pero entre tanto Nueve carga contra mí con la vara en alto. Planta un extremo en el suelo y lo usa a modo de pértiga para darse impulso y caer sobre mi pecho encendido, con los pies por delante. Grita de dolor cuando las suelas de los zapatos entran en contacto con mi cuerpo en llamas y yo salgo disparado hacia atrás. El mundo que había sido todo rojo y amarillo se vuelve gris y azul. Veo que me dirijo directamente al ventilador expuesto; en el último momento, extendiendo brazos y piernas y me detengo a unos centímetros de las aspas. La potencia del ventilador casi extingue por completo lo que queda de mi debilitado fuego antes de que consiga apartarme.

—¿Qué, refrescándote un poco? —pregunta Nueve con los brazos en jarras, como si simplemente observase mi técnica. Se ha quitado los zapatos medio fundidos.

—¡Acabo de entrar en calor!

Me levanto de un salto y me preparo para responder a su próximo movimiento. Nueve corre a la izquierda, salta por encima de algunas tuberías, se encarama a una cornisa y yo lo imito. Ambos estamos a unos centímetros de una caída de trescientos metros a la calle. Ante mi sorpresa, Nueve salta de la cornisa. Yo grito y me inclino para sujetarlo, pero no lo veo cayendo al vacío: está de pie, en horizontal, en una ventana, con los brazos cruzados y la gran sonrisa de siempre en la cara. Me he inclinado demasiado al intentar salvarlo y, aunque trato de mover frenéticamente los brazos para recuperar el equilibrio, no lo consigo y de pronto me veo precipitándome al abismo. Nueve sube de nuevo a la cornisa del edificio y me encaja un fuerte gancho en la barbilla. Caigo hacia atrás, pero no tengo tiempo de aterrizar. Nueve me agarra del cuello, se da la vuelta y me sostiene en el vacío.

—Vale, Cuatro. Lo único que tienes que hacer para que te deje en el suelo, sano y salvo, es decirlo —dice Nueve, sujetando la vara en alto con la otra mano—. Di que no eres Pittacus.

Pataleo, pero no le alcanzo. Acabo meciéndome de un lado a otro, como un péndulo.

—Dilo —repite Nueve con los dientes apretados.

Abro la boca, pero no puedo negar lo que siento con tanta seguridad. Creo que soy Pittacus Lore. Creo que soy el que puede acabar con esta guerra.

—Quieres ir corriendo a Nuevo México para encontrar nuestra nave y ni se te ocurre plantearte que puede ser una trampa —continúa Nueve—. Luego me hablas de enfrentarnos a Setrákus Ra, pero ni siquiera eres capaz de vencerme en un combate cuerpo a cuerpo. Tú no eres él. No eres Pittacus. Así que déjate de chorradas. Dilo, Cuatro.

Me aprieta más la garganta. Se me nubla la vista. Alzo los ojos al cielo despejado y se vuelve rojo, como la noche que los mogadorianos invadieron

Lorien. Veo fogonazos en que aparecen las caras de los lóricos asesinados. Sus gritos resuenan en mis oídos. Veo las explosiones, el fuego, toda esa muerte. Veo varios kraul con niños lóricos entre los dientes. El dolor que siento por todos ellos es tan abrumador que me veo capaz de resistir cualquier daño que se me infrinja, incluso que Nueve me aplaste la garganta.

—¡Dilo!

—No puedo —consigo pronunciar.

—¡Tú alucinas! —grita, apretando más. Ahora veo las bombas que caen sobre Lorien. Veo los cuerpos desgarrados de mi pueblo, mi planeta destruido. En lo alto de una montaña de cadáveres veo a mi padre muerto, vestido con su traje plateado y azul. Nueve me zarandea con violencia y mis pies se mueven como si fueran de trapo—. ¡No eres Pittacus!

Cierro los ojos para escapar de las imágenes de la matanza que flotan ante mí, temiendo lo que vendrá a continuación. Leo mentalmente la carta de Henri: *« Cuando nacisteis vosotros diez, Lorien reconoció vuestro gran corazón, vuestra fuerza de voluntad y vuestra compasión, y al hacerlo os concedió los roles que los diez estabais destinados a desempeñar: los que asumieron los primeros diez Ancianos. Eso significa que, con el tiempo, los que sobreviváis llegaréis a ser mucho más fuertes que nada que se haya visto jamás en Lorien, incluso mucho más que los primeros diez Ancianos, de quienes habéis recibido vuestra herencia. Los mogadorianos lo saben, y por eso ahora os buscan con tanto ahínco »*.

No sé qué significa todo eso, pero sé que Nueve no me matará. Todo miembro de la Guardia es demasiado valioso, sea o no Pittacus. Reunirnos y luchar juntos, como los guardianes que somos, es más importante que cualquier desavenencia que podamos tener. Eso es un pequeño consuelo, dado que mi cuerpo sigue balanceándose en el vacío, cuando noto un leve cambio en el viento. La mano que me atenaza el cuello se abre y el estómago me da un vuelco mientras empiezo a caer. ¿Acaso me equivocaba? Pero mis pies tocan el suelo en menos de un segundo, abro los ojos y descubro que estoy de nuevo en la azotea. Nueve se aleja con la cabeza gacha. Mueve la muñeca y la larga vara roja se contrae hasta convertirse en un pequeño objeto de plata. Me grita, sin volverse:

—¡La próxima vez, te suelto!

CAPÍTULO DIECINUEVE



ESTOY ACOSTADA BOCA ABAJO EN LA ARENA ARDIENTE. Se me ha metido en la boca y la nariz, y apenas puedo respirar. Sé que debo levantarme, darme la vuelta, pero los huesos me duelen demasiado. Aprieto los párpados para mitigar el dolor que siento en todo el cuerpo. Por fin reúno las fuerzas necesarias para incorporarme, pero cuando planto las manos en el suelo para levantarme, la arena está tan caliente que me abrasa la piel. Me dejo caer.

—¿Marina? —gimo.

No me responde. Sigo sin poder abrir los ojos, pero guardo silencio y aguzo el oído esperando detectar alguna señal de vida. Tan solo oigo el viento y la arena que me azota el cuerpo.

Intento hablar de nuevo, pero solo me sale un susurro.

—¿Marina? ¡Que alguien me ayude! ¿Ocho? ¿Ella? ¿Hay alguien?

Estoy tan confundida que también llamo a Crayton. Mientras espero una respuesta, me asalta el recuerdo de su cadáver. Lo revivo toda otra vez. Las lágrimas de Ella. El ataque mogo. Mi mano entrelazada en el codo de Marina y Ocho diciendo: «Allá vamos».

El sol aprieta con fuerza y mis cabellos son como una manta de fuego que

me cubre los hombros y el cuello. Finalmente consigo darme la vuelta y levantar el brazo para protegerme los ojos de la luz cegadora. Despacio, parpadeando, me atrevo a abrirlos. No se ve ni un alma: solo arena. Me pongo en pie con dificultad y recuerdo las palabras de Ocho: « Espero que esto funcione. Nunca he intentado llevarme a nadie» .

Bueno, pues por lo visto no ha funcionado. O ha funcionado, pero no para mí, no para todos. ¿Dónde habrán acabado Ella y Marina? ¿Estarán juntas? ¿Está Ocho con ellas? ¿Hemos ido a parar todos a diferentes rincones del mundo o soy la única que está sola? Mi cabeza considera frenéticamente todas las posibilidades. Si además de perder a Crayton nos hemos separado, dividido, estamos mucho más lejos de nuestro objetivo que antes. La frustración y el pánico me provocan náuseas. Todo aquello por lo que hemos trabajado, todo lo que hemos sacrificado para ir a la India y encontrar a Ocho quizá solo haya empeorado las cosas.

Estoy sola bajo un sol de justicia y un cielo en el que no veo ni una sola nube, y no tengo la menor idea de dónde me encuentro ni cómo demonios voy a encontrar a otro ser vivo, sea o no miembro de la Guardia. Miro en todas direcciones con la esperanza de descubrir a Marina tropezando en alguna duna mientras me hace señas con la mano, a Ella no muy lejos y a un sonriente Ocho dando volteretas por la arena, pero lo único que veo es un desierto desolado.

Recuerdo lo que Ocho nos dijo sobre el teletransporte. No sé dónde debo de haber aterrizado, pero tengo que estar cerca de una loralita azul. Aunque ninguno de mis legados me permite teletransportarme, espero que la loralita me sirva de algo. Me pongo a cuatro patas y empiezo a cavar con furia. No hay forma de saber dónde está, dónde empezar a buscar, pero estoy desesperada, tanto que apenas reparo en que la arena me quema los dedos.

Pero las únicas piedras que encuentro son diminutas, y normales y corrientes. Me detengo y vuelvo a sentarme, jadeando, con la cara y los ojos empapados en sudor. No puedo desperdiciar así la poca energía que me queda: tengo que encontrar agua y cobijo. Escucho el viento en busca de algún indicio, pero no hay nada ni nadie, solo arena y dunas, hasta donde alcanza la mirada. Así que no me queda otra opción que echar a andar. Alzo la vista al sol, me oriento con mi sombra y empiezo a avanzar pesadamente por la arena.

Me dirijo al norte. No tengo nada que me proteja de los rayos abrasadores, los ojos me escuecen por el sudor y el contacto con la arena caliente me azota todo el cuerpo: me siento más vulnerable que nunca. Mire a donde mire, solo veo una interminable extensión de lo mismo; sé que mi cuerpo no soportará este sol intenso durante mucho tiempo. Avanzo unos pasos más y luego me vuelvo invisible para escapar del calor implacable. Eso dificultará que alguien me encuentre, pero no me queda otra alternativa. Luego uso la telequinesia para flotar por encima del suelo y mantener los pies alejados de la arena ardiente. Al

contemplar el paisaje desde más arriba, me doy cuenta de que efectivamente solo hay arena, arena y más arena. En cuanto dejo atrás una duna, entorno los ojos en busca de una carretera o alguna señal de civilización, pero el único cambio, la única variación en mi infinito panorama de arena, aparece en forma de endemoniados cactus en flor y de pedazos de madera petrificada. El cielo luminoso, despejado, se burla de mí: ni siquiera me ofrece alguna nube que manipular para crear una tormenta. Cuando abro el primer cactus con el que me encuentro, compruebo consternada que no tiene bastante agua para calmar mi sed.

Por fin, cuando mi energía y mis ánimos están a punto de agotarse, aparece un grupo de montañas en el horizonte y recupero un ápice de esperanza de salvación. Parecen estar a otro día de camino, aunque es difícil asegurarlo; sin embargo, no cabe duda de que se encuentran demasiado lejos para alcanzarlas hoy, y eso basta para desanimarme. Sé que necesito encontrar un lugar donde refugiarme.

Me vuelvo visible con la esperanza de que alguien me vea. Alzo la vista al cielo y vislumbro las primeras nubes del día. Me animo al descubrir una pequeña reserva de energía que no sabía que aún tenía y la empleo para crear una tenue tormenta encima de mí. La lluvia es breve, pero formidable; es la única razón de que no me hunda y abandone.

Sigo avanzando hasta que de pronto me encuentro ante una alambrada baja; al otro lado hay una pista de tierra. Es el primer signo de civilización que veo y me alegro tanto que hasta acelero el paso. Sigo la pista durante más de un kilómetro antes de toparme con una pequeña colina que consigo subir y bajar por la otra ladera; allí, milagrosamente, se adivina el contorno de varios edificios bajos. Es increíble, pero ¿son de verdad? Tiene que tratarse de un espejismo.

Pero no. Cuanto más me acerco, más me convenzo de que esas estructuras, esos indicios de vida, son reales. Por desgracia, pronto me doy cuenta de que los edificios están agujereados y en ruinas: son esqueletos de madera abandonados al implacable ataque del desierto. Esos edificios representan lo que sucede cuando te quedas colgado en un lugar así. He llegado a un pueblo fantasma.

Antes de que la decepción me haga caer de rodillas, me concentro en lo que haya podido quedar de los tiempos en que los fantasmas aún no se habían apoderado del lugar. ¿Cañerías? ¿Un pozo? Avanzo a trompicones, buscando alguna fuente de agua dentro y fuera de las construcciones. Todo el mundo necesita agua, de modo que tiene que haber en alguna parte, ¿o no?

No. O al menos yo no la encuentro. Supongo que antes hubo algún pozo, pero ahora ya no existe. Enterrado por la arena, arrancado por alienígenas del espacio, ¿quién sabe? Me invade una desesperación que nunca he sentido hasta ahora. Estoy sola, sin agua, comida, ni un lugar donde refugiarme. Grito con todas mis fuerzas:

—¿Hay alguien ahí? ¡Por favor! ¡Alguien, quien sea!

Una viga de madera cruje en algún lado, a mi derecha. No es exactamente la respuesta que quiero.

Miro en todos los edificios; como esperaba, cada uno está más vacío que el anterior. Tras confirmar lo sola que me encuentro, elijo un rincón en lo que antes debió de ser una tienda de comestibles y me dispongo a descansar un poco. Solo para entretenerme imagino que el edificio está lleno de agua y alimentos, y después preparo un banquete imaginario para los otros miembros de la Guardia. Visualizo una mesa larga en la que Marina se sienta entre Ocho y Ella, John en la cabecera y yo en el otro extremo. Imagino que Nueve y Cinco están con nosotros. Bromean entre sí e intercambian historias de los sitios que han visitado; todos ríen y me felicitan por el festín que he preparado. Les digo que estoy contentísima de que hayan podido venir.

—¿Cuál es, por ahora, vuestro recuerdo favorito de la Tierra? —Imagino que Marina pregunta a todos los comensales.

—Este —responde John—. Ahora mismo, estar aquí. A salvo, con todos vosotros.

Todos coincidimos con él y brindamos por nuestra reunión. Número Cinco se levanta, sale de la habitación y vuelve con un enorme pastel de chocolate. Todos vitorean y van pasando los platos. Cuando tomo un pedazo, me parece lo más delicioso que he probado en la vida.

Claro que nada de eso ha pasado de verdad. No soy más que una persona sola y enloquecida sentada en una tienda de comestibles abandonada en medio del desierto. Tengo que estar chiflada, porque al salir del ensueño del festín con la Guardia me doy cuenta de que estoy masticando. Mastico aire con una sonrisa satisfecha en la cara. Niego con la cabeza y reprimo las lágrimas. No he batallado contra los mogos, he sobrevivido a una celda mogadoriana y he visto morir a Katarina para morirme sola en pleno desierto. Me llevo las rodillas al pecho y apoyo la frente en ellas. Tengo que idear un plan.

Cuando salgo del pueblo fantasma, el calor sigue siendo sofocante. He descansado un rato del sol, pero sé que debo seguir antes de que se agoten todas mis fuerzas. Cuando he recorrido un kilómetro y medio de arena ardiente en dirección a las montañas, siento retortijones en el estómago e intensos calambres en las piernas. Concentro la poca energía mental que me queda en arrancar un par de cactus y sacarles un trago de agua.

Me concentro en mi legado para convocar otra tormenta aprovechando las cuatro nubes esmirriadas que veo sobre mi cabeza, pero solo consigo crear una columna de arena que me envuelve y me deja enterrada hasta las rodillas.

Por primera vez no solo estoy nerviosa ante lo que me espera: tengo miedo de morir. No he conseguido nada. Los Ancianos me escogieron como guerrera para que salvase a nuestra raza y voy a morir en pleno desierto.

Me doy cuenta de que me estoy dejando llevar por el pánico, de que se me va la olla. Solo me queda la cordura justa para saber que no puedo permitírmelo; aquí soy tan vulnerable que perder el control sería el fin. Estoy tan desesperada que vuelvo al recuerdo de anoche, a mi festín imaginario con el resto de la Guardia. Para centrarme, pienso en lo que me gustaría decirles ahora mismo.

«Hola, Marina, ¿cómo va todo? ¿Yo? Estoy en un desierto, de camino a una montaña. Supongo que en Nuevo México, por lo que dijo Ocho de los sitios donde podíamos teletransportarnos. Me siento cada vez más débil, Marina. No sé cuánto podré aguantar, ni tampoco dónde estáis, pero, por favor, por favor, encontrad el modo de salir de dondequiera que hayáis aterrizado y venid a por mí.

» ¿Ella? ¡No sabes cuánto siento lo de Crayton! Sé lo mucho que te dolió verlo morir y tener que abandonarlo. Te prometo que vengaremos su muerte, yo la primera. Si consigo salir de este desierto, vengaré a todos los lóricos.

» Ocho, no he podido encontrar la loralita. No veo ningún indicio de comida, agua, cobijo ni civilización y estoy sola. ¿Puedes decirme dónde está la loralita? Quiero salir de aquí; quiero encontraros, tíos».

Ni siquiera me siento estúpida por imaginar que hablo con personas que probablemente estarán en el otro lado del mundo. Cierro los ojos y, desmoralizada, espero que alguien me responda. Nadie lo hace, claro. Sigo avanzando. Cada vez me resulta más difícil poner un pie delante del otro. Empiezo a tambalearme, a escorarme a la derecha, luego a la izquierda, y reacciono justo cuando estoy a punto de acabar en el suelo. Sin embargo, llega un momento en que ya no consigo mantener el equilibrio y caigo de bruces. Me resigno a seguir a gatas y eso hago durante un tiempo, con los ojos cerrados para protegerme del sol cegador. Cuando por fin me decido a abrirlos para comprobar la posición del sol, creo estar viendo un espejismo: una cerca metálica se levanta a unos cien metros de distancia. Tendrá unos seis metros de altura y la remata una alambrada en espiral. Incluso desde donde estoy oigo el rumor de la electricidad. La cerca está electrificada, así que no debe de ser un espejismo.

No tengo ni idea de lo que hay al otro lado de esa cerca, pero necesito ayuda y a estas alturas ya no me importa de dónde proceda. Me arrastro hasta la cerca y consigo sentarme. Muevo las manos por encima de la cabeza, con la esperanza de que haya cámaras.

—Ayúdame, por favor —consigo susurrar, con la garganta tan seca como el papel.

Las puertas no se abren y tampoco sale nadie. Me dejo caer una vez más en la arena. Lo intento de nuevo, haciendo acopio de las últimas fuerzas que me quedan. Me vuelvo boca abajo y, lentamente, me pongo en pie. Decido probar la cerca; ¿qué es un poco de electricidad, después de casi haber muerto de hambre y de sed? Miro a mi alrededor y veo un pequeño cactus. Lo hago flotar en el aire y lo arrojo a la cerca, donde chisporrotea y estalla. Los restos chamuscados caen

al suelo, humeantes.

Me desplomo sobre las rodillas, luego de lado y, finalmente, sobre la espalda. Cierro los ojos. Noto que se me forman ampollas en los labios secos. Oigo un débil sonido mecánico detrás de mí, pero no puedo levantar la cabeza para ver qué es. Sé que voy a desmayarme. Noto un eco en los oídos, luego un repiqueteo grave. Al cabo de unos segundos, me parece oír la voz de Ella.

Dondequiera que estés, Seis, espero que te encuentres bien, dice.

Me sale una risa breve de la boca y, después, un sollozo. Seguro que habría lágrimas, si me quedase algo de agua en el cuerpo.

Me muero en un desierto, Ella. El desierto de las montañas. Nos veremos un día en Lorien, Ella, respondo.

Vuelvo a oír su voz, pero esta vez no logro entender lo que dice. Me ensordece un nuevo ruido, intermitente y atronador, que llega desde arriba. Y luego lo noto. Un viento alto me revuelve el cabello. Abro los ojos despacio y veo tres helicópteros negros suspendidos en el cielo. Unos hombres me gritan que ponga las manos sobre la cabeza, pero lo único que puedo hacer es cerrar los ojos.

CAPÍTULO VEINTE



ELLA FLOTA ENCIMA DE MÍ. ESTÁ ATERRORIZADA: TIENE LOS OJOS

como platos y le salen burbujas de la boca. Intento averiguar qué sucede, cómo ha llegado hasta aquí, por qué hay tanta agua. Quiero sujetarle la mano, pero mis brazos no obedecen. ¿Qué me ha pasado al teletransportarme? Tengo la cara entumecida y siento un dolor insoportable detrás de los ojos. Mis piernas no reaccionan, por mucho que lo intente. Lo único que puedo hacer es ver a Ella flotando cada vez más arriba, más lejos de mí. ¿De dónde ha salido toda esa agua? Mi hombro izquierdo empieza a moverse con violencia. Tardo unos instantes en comprender que alguien me zarandeo el brazo. Luego veo a Ocho; sus rizos negros flotan por encima de su cabeza, como un halo. Me pasa el brazo por debajo de la axila y procuro que su cara de preocupación no me asuste todavía más. Intenta llevarnos a la superficie, pero el peso del Cofre que llevo bajo el brazo nos arrastra hacia abajo.

Dejo que el agua helada penetre en mis pulmones. Es lo único que puedo hacer. De una patada, Ocho me arranca el Cofre de los brazos paralizados y tira de mí hacia arriba. Empezamos a subir. Miro frenética a mi alrededor, tratando de localizar a Seis, pero no la veo.

Cuando asomo la cabeza fuera del agua, me azota un sol tórrido y cegador. Allá donde miro, solo veo agua. Ella nada cerca de mí. Cuando llevo unos minutos en la superficie, mis miembros vuelven a funcionar y empiezo a nadar y yo también. De pronto aparece Ocho, totalmente entregado en maldecir nuestra suerte.

—¿Dónde está Seis? —grito, tosiendo. Sigo mirando a todos lados, con la esperanza de descubrir su cabeza rubia flotando en el agua.

—¡No la he encontrado ahí abajo! —grita Ocho—. ¡No sé si lo ha conseguido o no!

—¿Por qué no iba a conseguirlo? —pregunta Ella con un deje de pánico en la voz.

Ocho se eleva lentamente sobre el agua hasta quedar de pie en la superficie. Esta vez no le ha sido tan fácil. Está tan enfadado que le asesta una patada a la cresta de una ola.

—¡Maldita sea! ¡Sabía que no tendría que haberme teletransportado con tanta gente!

—Pero ¿dónde puede estar? ¿Cómo la encontraremos? —grita Ella.

—No lo sé. Seguramente todavía sigue en lo que queda de la cueva.

Mis extremidades tardan en recuperarse del todo y me resulta difícil mantener la cabeza fuera del agua.

—¿Qué? ¡La matarán, si sigue allí!

A Ella también le cuesta mantenerse a flote. Ocho se le acerca, y ella se le sube a la espalda y le pone los brazos al cuello.

—También puede que haya acabado en otro sitio —dice Ocho, intentando parecer más animado—, pero no sé dónde, exactamente.

—¿Y dónde estamos nosotros? —le pregunto.

—Eso sí que lo sé —repite Ocho visiblemente aliviado de tener al menos alguna respuesta—. Estamos en el golfo de Adén y eso de ahí... es Somalia.

Señala una costa lejana en la que no me había fijado.

—¿Y cómo lo sabes? —interviene Ella.

—Ya acabé aquí en otra ocasión —dice Ocho con voz inexpresiva, sin extenderse más. No cabe duda de que debe de haber algo más que contar.

No sé mucho de Somalia; solo que está en África, sometida perpetuamente a brutales guerras civiles y sumida en una pobreza que mantiene los ánimos exaltados. No sé si me quedan fuerzas para usar la telequinesia o para bucear hasta la costa, y aún menos si me apetece conseguirlo. Tengo que pensar.

—Voy a sumergirme un rato. Ahorraré energía ahí abajo, mientras decidimos qué hacer.

Al zambullirme, oigo que Ella me grita:

—¡Busca a Seis!

Sus palabras me dan nuevos ánimos; la posibilidad de encontrar a Seis

imprime energía a mi zambullida. Nado hasta las profundidades y abro los ojos. El agua es relativamente azul, incluso a esta distancia de la costa. Capto un movimiento debajo y me sumerjo más, pero solo es un pequeño banco de atunes. Me desplazo despacio, por si descubro el rubio cabello teñido de Seis, y las algas que se mecen en el agua me engañan en más de una ocasión. Alzo la vista y veo el tenue contorno del cuerpo de Ocho en la superficie. Confío en que no me abandonen las fuerzas y bajo hasta tocar el fondo. Al avanzar por el lecho marino con la vista fija al frente, me hago un corte en la pierna con un coral. El dolor agudo me aturde unos instantes: me agacho para curarlo, pero mi legado tarda más de lo esperado en actuar. Al parecer, el teletransporte lo ha debilitado, del mismo modo que debilita nuestra fuerza. Agradezco que mi respiración submarina funcione bien y espero que estos efectos adversos no duren mucho: no quiero que seamos vulnerables.

Sigo avanzando. Por fin encuentro mi Cofre junto al de Ocho y, a escasa distancia, localizo la gran piedra de loralita azul. Intento coger los cofres, pero estoy tan débil que ni siquiera puedo moverlos. Levanto la cabeza; veo que la sombra de Ocho sigue en el mismo sitio y decido pedirle ayuda.

Mientras subo a la superficie, me cruzo con un banco de hermosos peces naranja.

—Ni rastro de Seis, pero la loralita está ahí abajo, junto a nuestros cofres —informo a los demás cuando salgo a la superficie—. Cojámoslos y vayámonos de aquí. Nos teletransportaremos a otro sitio, a ver si acertamos y encontramos el lugar donde ha aterrizado Seis.

—¿No hay que estar junto a la loralita para teletransportarse? ¿Cómo bajaremos hasta allí? —pregunta Ella—. Yo no puedo contener la respiración tanto tiempo...

—No hará falta —responde Ocho con una sonrisa.

—¿Tienes un legado que te convierte en torpedo para llevar a la gente de paseo? —pregunto.

—Algo mejor. —Ocho se mete la mano en el bolsillo y saca el cristal verde que se guardó cuando le devolví el Cofre. Apunta con él al océano y, de pronto, el cristal empieza a emitir grandes ráfagas de viento que forman un cráter en el agua. Ocho no duda en lanzarse dentro—. ¡Vamos, rápido!

Ella y yo nos arrojamus al cráter. Ocho me tiende su mano libre y Ella me coge la otra mano.

—Atención, vamos a bajar. ¡Deprisa! —exclama Ocho—. Tenemos que seguir unidos, porque el agua nos caerá encima. Ella, cuando lleguemos al fondo, prepárate para contener la respiración hasta que haya recogido los cofres.

—Tened los ojos bien abiertos, por si vemos a Seis —añado.

Ella me estrecha la mano:

—Si Seis está ahí abajo, la encontraremos.

Ocho enfoca el cristal hacia el fondo del mar.

—¡Vamos allá! —grita.

Nos hundimos rápidamente. El viento que sale del cristal abre un pequeño túnel en el mar que luego vuelve a cerrarse detrás de Ella. Atravesamos el agua a toda velocidad dentro de una burbuja. Ocho chilla, entusiasmado; no puedo evitar hacer lo mismo.

Entonces Ella me aprieta el brazo.

—¡Seis está en peligro! ¡Dice que está en el desierto!

—¿De qué hablas? —respondo mientras dejamos atrás peces, tiburones y calamares—. ¿Cómo lo sabes?

Ella vacila unos instantes y luego grita:

—¡No lo sé! ¡He hablado mentalmente con ella, no sé cómo! ¡Dice que se está muriendo!

—¡Si está en el desierto, tiene que ser el de Nuevo México! —exclama Ocho.

—¡Pues tenemos que ir allí ahora mismo! —le grito.

Llegamos al fondo del mar e intentamos correr por el suelo fangoso, pero no hay modo de avanzar rápido. El agua se precipita sobre nuestra burbuja de aire y poco a poco el cristal va perdiendo fuerza: ya solo es capaz de crear un pequeño remolino ante nosotros. Me vuelvo para comprobar que Ella se encuentra bien y sigue aguantando la respiración. Cuando me vuelvo de nuevo, Ocho se ha transformado en un pulpo negro. Coge los cofres con dos de sus tentáculos y nos sujeta las manos con otros dos. Luego tira de nosotras hacia la loralita azul que sobresale del lecho marino. Antes de que pueda volverme de nuevo para echarle otro vistazo a Ella, me envuelve la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTIUNO



NUEVE Y YO BAJAMOS EN EL ASCENSOR SIN CRUZAR palabra. Estoy furioso y me siento profundamente humillado, y no puedo frenar los sentimientos que se agolpan en mi interior. Cuando entramos en el piso, Bernie Kosar se baja de un salto del sofá y nos pregunta si ya nos hemos cansado de hacer tonterías.

—No creo que eso dependa de mí. ¿Tú qué dices, Johnny? —murmura Nueve. Abre la nevera y saca una porción de pizza fría. Se lleva la punta a la boca, le da un buen mordisco y mastica ruidosamente.

Me agacho para rascarle la barbilla a BK.

—Eso espero.

Nueve, aún con la boca llena, añade:

—BK, haz tu equipaje perruno, porque nos ponemos en marcha. Volvemos a Paradise, tierra de chicas bonitas. Y, por lo que más quieras, Cuatro, date una ducha: apesta a humo.

—Cállate. —Me desplomo en el sillón. Bernie Kosar se acomoda de un salto en mi regazo y me mira con ojos tristes.

Nueve se aleja por el pasillo, gritando:

—¡Un trato es un trato, tío! Salimos rumbo a Paradise dentro de unas horas: lo

digo por si quieres echarte una siestecita después de la ducha. Y oye, ¡iremos en coche! Eso tiene que molarte, ¿no?

Estoy agotado, pero consigo llegar a rastras hasta mi habitación. Un trato es un trato. La cama chirría cuando me echo sobre el colchón, pero, al cabo de unos minutos, debo reconocer que apesto. Me arrastro hasta la ducha. El agua no sale lo bastante caliente para mi piel —una secuela de mi legado—, pero aguanto bajo el chorro, tan cansado que apenas me tengo en pie. Revivo mentalmente la pelea de la azotea e intento averiguar sin éxito por qué Nueve me ha vencido. Estoy muy cansado; creo que hablo solo. Cierro el grifo y escucho caer las gotas en el plato de la ducha. Cojo una toalla y me tambaleo de vuelta a la cama. Necesito descansar.

Me meto entre las sábanas y uso la telequinesia para apagar la luz. Oigo andar a Nueve por la sala de vigilancia y cierro los ojos. El sueño me nubla la cabeza durante unos segundos, pero enseguida oigo un ruido: Nueve golpea suavemente mi puerta abierta. Estoy de espaldas y no me muevo, ni siquiera cuando carraspea y empieza a hablar.

—Oye, ¿Johnny? Siento ser tan capullo. Puede que tenga algo que ver con haberme pasado un año encerrado: eso afecta a cualquiera. Pero la verdad es que insisto en lo de Paradise porque creo que es lo mejor. Tenemos que ir, ahora. Espero que podamos ser amigos. Quiero que seamos amigos. Y me alegro de que estés aquí.

No he movido ni un solo músculo en todo el tiempo y me descoloca este momento de sensibilidad. No estoy seguro de qué decir, ni siquiera cuando me doy la vuelta. Nueve es una sombra apoyada en el marco de la puerta.

—A mí también me alegra estar aquí. Gracias.

—Claro, de nada.

Nueve da un par de palmadas a la pared, mira al suelo y luego se va. Se me cierran los ojos mientras sus pasos se alejan por el pasillo. Al cabo de unos minutos, oigo unos susurros. Sé que llega una visión o una pesadilla. Soy consciente de que estoy acostado en la cama, pero no puedo moverme. Entonces empiezo a flotar hacia una puerta oscura que aparece encima de mí y comienzo a girar en el aire, cada vez más rápido. Cruzo la puerta y me precipito por un túnel negro con los brazos pegados a los lados. El negro se va convirtiendo en azul y los susurros son cada vez más audibles. Repiten lo mismo, una y otra vez: «Hay más por saber».

El túnel pasa del azul al verde y el verde se transforma en negro. Luego, ¡bam!, caigo del túnel y aterrizo con los pies descalzos en un suelo rocoso. Muevo los brazos y descubro que he recuperado el control de mi cuerpo. He regresado al estadio de la cima de la montaña. Vuelvo la cabeza tratando de localizar a Sam, pero no lo veo, ni a él ni a ningún otro miembro de la Guardia. La arena está vacía y también las gradas.

Pero entonces, en el centro del estadio, una roca negra se da la vuelta y descubre un soldado mogo agachado, vestido con una túnica oscura hecha jirones y unas botas negras. Le brilla la piel pálida y cérea, y blande una espada que resplandece como si estuviera iluminada desde dentro. Cuando me ve, el soldado se levanta y me amenaza con la espada, que palpita como si estuviera viva, como si fuese una extensión del malvado que la empuña.

No vacilo y me abalanzo sobre él. Mis palmas proyectan un intenso haz luminoso y, cuando estoy a diez metros, me ilumino los pies con el lumen hasta que prenden fuego. Las llamas se extienden por todo mi cuerpo cuando inicio el salto. El soldado carga contra mí y, al perforarle el pecho, se convierte en cenizas antes de tocar el suelo.

A mi derecha, otra roca negra se da la vuelta y aparece otro mogo armado con una espada. Dos rocas más rotan a mi izquierda, y aún otras se vuelven detrás. La piedra que tengo bajo los pies empieza a vibrar y me aparto justo antes de que aparezca un mogadoriano armado con un cañón. Después de agujerearle el pecho al soldado de mi izquierda, empiezo a lanzar bolas de fuego, luchando con fuerzas renovadas. Mi brazalete rojo despierta y se abre para rebanarle la cabeza al soldado gigante. Acabo con todos en cuestión de segundos. La adrenalina me recorre el cuerpo. Sigo atento pendiente de otras posibles rocas que me descubran la siguiente ronda de adversarios.

Una docena de rocas se dan la vuelta frente a mí, y luego otras cincuenta a ambos lados. De pronto, me rodean los mogos más gigantescos y mejor equipados que he visto jamás. Creo un pequeño anillo de fuego alrededor de mi cuerpo y retrocedo hasta tocar el muro del estadio, manteniendo el perímetro del fuego. Aunque las llamas se interponen entre los mogos y yo, intuyo que mi posición no es del todo segura.

Amplío el anillo de fuego hasta que alcanza la primera hilera de soldados. Todos acaban prendiendo, pero, en lugar de convertirse en cenizas, siguen avanzando entre las llamas con las armas en alto. Les arrojo bolas de fuego, pero esta vez no surten efecto. Algo rojo cruza el aire por encima de mi cabeza y perfora el pecho de un soldado que, sin embargo, continúa avanzando. Reconozco el objeto; es de Nueve. Nueve abandona las gradas vacías y aterriza a mi derecha. Incluso en pleno ataque, me alivia verlo. De inmediato me siento más seguro y confío en que, ahora que somos dos luchando, podremos vencer a estos mogos resistentes al fuego.

—¡Es todo un detalle que hayas venido a ayudarme! —le grito.

Nueve está a mi lado, pero no parece oírme.

—¡Oye, Nueve! —grito de nuevo, pero no reacciona. Se limita a mirar fijamente el avance de los mogos.

Cuando los soldados están a apenas unos metros de nosotros, el suelo empieza a temblar y a estremecerse bajo nuestros pies. Intento agarrarme a la pared,

pero no consigo mantener el equilibrio. De pronto una terrible explosión sacude el extremo opuesto del terreno y una lluvia de rocas nos cae encima. Nueve esquivando una piedra enorme que acaba abriendo un boquete en la pared de atrás. Al otro lado veo un cielo azul.

Un gran escenario aparece entre el polvo y la lluvia de cascotes. Allí, en el centro, está Setrákus Ra. «Como una malvada estrella de rock», pienso muy a mi pesar. La cicatriz morada que tiene en el cuello resplandece por encima de los tres colgantes que adornan el pecho. Compruebo, horrorizado, que, en cuanto aparece, mis llamas se apagan. Apunto el lumen hacia mis piernas, pero no consigo que mis palmas se iluminen. Setrákus Ra golpea el suelo con el extremo del báculo dorado con el ojo móvil y pide silencio a gritos. Los soldados dejan de prestarnos atención y se vuelven hacia él. Uno a uno, van bajando las armas.

—¡Todos vosotros habéis sido elegidos para terminar esta guerra! —grita Setrákus Ra—. ¡Partiréis en busca de los niños lóricos y los destruiréis! Cuando estén muertos, me traeréis sus colgantes y sus cofres. Quiero además que aplastéis a sus amigos humanos. ¡No me falléis!

Los soldados mogos vitorean y alzan los puños.

Setrákus Ra descarga el báculo en el suelo de piedra con otro golpe atronador.

—¡Mogador gobernará esta galaxia! ¡Todo, todos los planetas serán nuestros!

Los soldados aclaman y levantan las armas.

—¡Lucharemos juntos! ¡Yo lucharé con vosotros! ¡Juntos ganaremos esta batalla y acabaremos con todos los habitantes de la Tierra!

Intento encender mi lumen, pero sigue sin funcionar. Luego trato de levantar mentalmente una piedra afilada para arrojársela a Setrákus Ra: no se mueve. Mi escudo-brazaletes se ha replegado y no da señales de vida. Mis legados y mi herencia me han abandonado.

Ahora los soldados se han dado la vuelta y nos apuntan de nuevo con sus armas. Sin nuestros legados, somos un blanco fácil. Tenemos que salir de aquí.

—¡Nueve! ¡Por aquí! —grito.

Por fin parece escucharme. Vuelve la cabeza, me mira y nos dirigimos al boquete de la pared. Antes de cruzarlo, me detengo, iluminado por un frío rayo de sol, y me asomo al valle que se extiende al otro lado, a cientos de metros de distancia. Miro hacia atrás: los soldados mogos cargan contra nosotros.

—Iremos por la cornisa de la montaña. Dame la mano —dice Nueve.

Le cojo la mano. Cuando apenas hemos avanzado un paso por la cumbre nevada, comprendo que el legado de Nueve también ha fallado. En lugar de tener la montaña bajo los pies, me doy cuenta de que solo hay aire: caemos. Miro a un Nueve perplejo que se precipita hacia abajo mientras los cabellos negros le golpean la cara. Dos puertas oscuras se acercan rápidamente hacia nuestros pies. Me preparo para un impacto doloroso, mientras caigo en picado con el estómago revuelto. Ante mi sorpresa, entro de cabeza por la puerta de la

izquierda y sigo cayendo hasta llegar a un túnel donde retumban rayos y truenos. Vuelvo a oír susurros y cuando el túnel pasa del verde al azul y, finalmente, de nuevo al negro, la voz ronca que me habló al principio de la visión vuelve a decirme: «Nuevo México».

Abro los ojos y me incorporo con la cara empapada en sudor. Aparto las sábanas que se me han pegado al cuerpo. Nuevo México. Me levanto de un salto y cruzo el pasillo hasta la habitación de Nueve, decidido a convencerlo de una vez por todas. Si tenemos que volver a pelear, lo haré. Seguiré luchando hasta ganar.

Me detengo ante la puerta de Nueve y enciendo el lumen: necesito asegurarme de que mis legados no me han abandonado. Llamo y entro. Me sorprende encontrar a Nueve sentado en la cama, con la cabeza entre las manos.

—Nueve —empiezo, encendiendo la luz—, sé que hicimos un trato y que has ganado, pero tenemos que ir a...

—Nuevo México. Lo sé, Johnny, lo sé —me dice. Menea la cabeza, no sé si para espabilarse o para asimilar su súbito cambio de opinión. Seguramente ambas cosas—. Deja que acabe de despertarme.

—¿Lo has reconsiderado?

Nueve planta los pies en el suelo, uno detrás del otro.

—No, no lo he reconsiderado. Pero cuando estás a punto de palmarla porque te caes por un precipicio, tus legados no funcionan y un fantasma te repite «Nuevo México» una y otra vez, captas la indirecta.

—¿Has tenido la misma visión que yo? —pregunto. El alivio que he sentido al ver a Nueve sin duda se debía a que realmente estaba allí. Entonces comprendo que Nueve y yo tenemos una conexión y que debo respetarlo más de lo que lo he hecho hasta ahora. He dejado de verlo como un adversario. Nuestras vidas dependen de eso.

Nueve se pone la camiseta y me dedica una mirada de superioridad que conozco muy bien.

—No, idiota. ¿Todavía no lo entiendes? No es que yo haya tenido la misma visión, es que los dos hemos compartido la misma. Llevamos toda la semana igual. ¡A ver si espabilas de una vez!

Estoy perplejo y no lo disimulo.

—Pero siempre que te lo he mencionado, has pasado del tema. Has pasado de mí. Me has dicho que solo eran sueños. ¡Has visto lo mucho que esos sueños me atormentaban, Nueve! ¡Y me has tratado de loco por tomármelos en serio!

—Primero, te crees Pittacus Lore, por lo que técnicamente estás loco. Segundo, no quería trastornarte ni confundirte; al principio pasé de esas visiones, de las tuyas y de las mías: me parecían una chorrada. Cuando Setrákus Ra me pidió que me rindiera, como te lo pidió a ti y al otro chico, supuse que esas visiones eran una especie de juego mental o algún truco de los mogos. Creí que

no debíamos fiarnos de ellas, ni hacer nada de lo que nos dijeran. ¡La verdad es que creía que lo mejor era hacer todo lo contrario! Pero esta vez... —Nueve hace una pausa—. Esta vez me ha parecido una advertencia. Una advertencia que debemos tomarnos muy en serio. Ahora estoy convencido de que va a pasar algo gordo, Cuatro.

Me alivia que Nueve haya decidido escucharme por fin, pero es frustrante que haya tardado tanto en hacerlo.

—¡Eso es lo que intentaba decirte! ¡Vale, entonces vámonos! ¿Has pensado cómo llegaremos hasta allí? ¡Tío, por favor, dime que Sandor y tú escondisteis un helicóptero o una avioneta en algún lado!

—Lo siento, colega; solo los teníamos en la lista de cosas pendientes. —Bosteza y se despereza—. Pero tengo un coche en el garaje y me encanta conducir. Muuuuy rápido.



Nueve y yo cogemos todo lo que podemos de la armería y llenamos dos talegos con rifles, pistolas y granadas. También me agencio un lanzamisiles, pero Nueve me dice que no cabe en el maletero. Necesitamos el espacio que queda para la munición. Luego corremos a buscar la tableta que dejamos en la sala de vigilancia.

Nueve se sienta y empieza a teclear en uno de los ordenadores.

—Tengo que cerrarlo todo: no quiero que lo utilice ningún indeseable. Hazme un favor: mientras me encargo de esto, comprueba la posición de la Guardia en la tableta.

Pulso el círculo azul del extremo superior y espero. Aparecen nuestros dos puntos azules en Chicago, luego otro en el norte de Nuevo México y uno más en Jamaica. Espero un poco más a que aparezcan los otros tres, pero no veo nada.

—Hum... ¿Nueve? Solo veo cuatro —digo con la voz ahogada por el pánico—. ¡Solo hay cuatro puntos azules!

Nueve me arranca la tableta de las manos.

—Déjame ver. Estarán fuera de las coordenadas —responde, pero enseguida deja de parecer tan seguro de sí mismo. Pulsa el triángulo verde y los puntos verdes brillan intermitentemente en Nuevo México y Egipto, igual que antes—. Al menos los tres que faltan no se han ido en una de las naves.

Miro con más detenimiento y vuelvo a pulsar el círculo azul. Descubro que el punto azul de Nuevo México está ahora exactamente en el mismo sitio que el punto verde.

—Si eso es una nave, ese guardián de Nuevo México está justo encima.

—Espero que, quienquiera que sea, sepa que será un vuelo muy solitario —

bromea Nueve.

Sigo pendiente de la pantalla e intento imaginar cuál debe ser nuestro próximo paso. Entonces caigo en la cuenta.

—Un momento, el gobierno está involucrado en esto, ¿no? ¿Qué más hay en Nuevo México? ¡El Área 51! ¿No es ahí donde está el punto verde? ¿El sitio más conocido de avistamientos de ovnis?—Todo empieza a encajar.

Nueve se acerca al ordenador y empieza a teclear aún más rápido.

—Para el carro, vaquero. Para empezar, el Área 51 está en Nevada. Segundo: nosotros, que somos extraterrestres, sabemos que ese sitio es solo un reclamo; no es más que un hangar de aviones, más o menos. —Un mapa de Nuevo México aparece en la pantalla principal y Nueve aplica el *zoom* a la mitad norte. Mira la tableta y después de nuevo la pantalla del ordenador—. Vale, espera un momento... Vaya, esto sí que es interesante. Después de todo parece que no ibas tan desencaminado. Puede que no nos dirijamos al Área 51, pero sí a otro sitio igual de secreto.

—¿Qué quieres decir? —contesto, mientras me pregunto por qué este tío siempre me lleva la delantera.

Nueve se aparta de la mesa con una irritante sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Mierda, ahora todo encaja. —Golpea la pantalla con el dedo—. En esta zona de Nuevo México, en medio del desierto, hay un pueblo llamado Dulce. ¿Te suena de algo? ¿No? Dulce da nombre a la infame base subterránea de Dulce, controlada nada más y nada menos que por el gobierno de Estados Unidos. Allí tiene que estar nuestra nave. ¡Seguro que eso que parpadea en la pantalla son nuestras naves! El gobierno hace correr rumores sobre el Área 51 para que todos los pirados de los ovnis se mantengan alejados de la auténtica movida, la base de Dulce.

Se me escapa una sonrisa.

—Vaya, así que ahora nos dirigimos a una base subterránea...

—Eso espero —dice Nueve, apagando el ordenador. Está tan satisfecho de haberlo averiguado todo, que casi se dedica una reverencia—. Aunque, al parecer, las medidas de seguridad son de miedo y es imposible entrar. De ahí que sea el lugar perfecto para esconder nuestra nave.

—O para esconder a los extraterrestres que te vas encontrando por ahí, mientras viajas —añado.

Tengo la impresión de que, desde que he despertado, el mundo se ha vuelto del revés. Nos ponemos las pilas de inmediato y metemos las armas, nuestros cofres y las provisiones en el ascensor. BK se apretuja como puede entre nosotros cuando las puertas se cierran. Me sorprende la dulzura con que Nueve les habla a las puertas cerradas:

—Eres un hogar fabuloso, Chicago. Espero volverte a ver.

Bajamos rápidamente.

—Oye, tío —comento—. Recuerda que nuestro verdadero hogar mola mucho más.

Nueve no responde, pero veo que relaja los hombros.

Las puertas del ascensor se abren a un garaje subterráneo. Nos detenemos y echamos un vistazo antes de empezar a descargar. Tras comprobar que no hay nadie al acecho, nos echamos las bolsas al hombro y avanzamos con BK a la zaga. Al doblar una esquina, veo que nos dirigimos a un coche cubierto con una lona polvorienta. Después del lujo del piso, me imagino lo que puede haber debajo. Un Ferrari amarillo, o algo igual de impresionante. Quizás un Porsche blanco descapotable, o incluso un Lotus negro.

Nueve me habrá leído el pensamiento. Me guiña el ojo y descubre lo que oculta la lona. Allí, en toda su gloria, hay aparcado un viejo y destartado Ford Contour. No es exactamente el vehículo que estaba esperando, pero ahora mismo no poder fardar es lo que menos me preocupa: me temo que ese cacharro ni siquiera será capaz de arrancar.

—¡Será una broma! —exclamo, sin molestarme siquiera en ocultar mi indignación.

Nueve me dirige una mirada inocente, aunque es evidente que sabía que me esperaba otra cosa.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas un Camaro?

—No exactamente, pero sí algo menos oxidado. Algo con menos pinta de estar decidido a morir.

—Cállate y sube, Johnny —responde Nueve, arrojando las bolsas en el maletero—. Aún no has visto nada.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



ME DESPIERTA UNA SENSACIÓN DE BALANCEO, HACIA adelante y hacia atrás. Me duele todo, como si todo mi cuerpo se hubiese freído al sol: la garganta, la piel, los pies y la cabeza. Tengo los labios tan secos y quemados que ni siquiera puedo cerrarlos. Lo peor son los párpados, que, a pesar de mis intentos desesperados por averiguar dónde me encuentro, se niegan a abrirse. Los bandazos continúan y entonces caigo en la cuenta de que debo de estar en un vehículo en marcha. Siento náuseas. Intento llevarme las manos a la cabeza y descubro que las tengo atadas. También las piernas. Ahora, ya despierta, me obligo a abrir los ojos y echar un vistazo frenético a mi alrededor, pero solo veo oscuridad. El sol del desierto me habrá cegado.

Intento pedir ayuda, pero solo puedo resoplar y toser. Mis oídos captan un eco: me concentro en el entorno; vuelvo a toser y oigo el eco una vez más. El sonido me basta para comprender que estoy metida en un lugar estrecho y metálico. Es como si me encontrara en un ataúd y me entran ganas de vomitar.

Entonces empiezo a sentir pánico. ¿Y si no estoy ciega, sino muerta? No es posible. Siento demasiado dolor para estar muerta. Pero es como si me hubiesen enterrado viva.

La respiración se me acelera cuando una voz masculina frena en seco mi ataque de pánico. Es una voz intensa y electrónica: sale de un altavoz.

—¿Estás despierta?

Intento responder, pero tengo la garganta demasiado seca. Golpeo suavemente el banco con los dedos y compruebo que también es de metal. Poco después oigo un ruido a mi derecha y noto que me han acercado algo.

—Hay un vaso de agua y una cañita a tu lado. Bebe un sorbo —dice el hombre.

Vuelvo la cabeza y tanteo con la boca hasta encontrar la cañita. Los labios se me agrietan al cerrarlos alrededor de la caña, pero consigo beber un sorbo y noto en la boca el regusto metálico de mi sangre. Me zumban los oídos: es el mismo zumbido que oí en la cerca. La caja donde me encuentro debe de estar electrificada.

—¿Qué hacías en esa cerca? —pregunta el hombre. Cada vez que habla me sorprende el tono neutro de su voz. No es amable, pero tampoco amenazador.

—Perdida. Estaba perdida —susurro.

—¿Y cómo te perdiste?

Tomo otro sorbo antes de responder:

—No lo sé.

—No lo sabes. Ya. Eres Seis, ¿verdad?

Me atraganto y toso al oír la pregunta, y al instante me reprocho a mí misma haber tenido esta reacción. Por lo general nada me hace perder la calma, pero el sol me ha freído los sesos. Si el hombre no estaba seguro de la respuesta, ahora sin duda lo está. Decido centrarme y dejar de cometer errores absurdos.

Vuelvo a oír la voz.

—Bien, Seis, eres bastante famosa por aquí. Las imágenes que se grabaron en el instituto de Paradise y cuando te cargaste a esos helicópteros en Tennessee son impresionantes. Y luego tenemos la increíble actuación que hiciste en Washington la semana pasada, cuando sacaste a John Smith y Sam Goode de la prisión federal. Estás hecha toda una princesa guerrera, ¿verdad?

Sigo sorprendida de que ese hombre pueda saber quién soy; habla como si hubiera contemplado mi vida desde la primera fila. Mi cuerpo da un bandazo a la izquierda: el vehículo debe de haber tomado una curva, vete a saber hacia dónde. Empujo con la cabeza la correa que me inmoviliza la frente; nada. Intento usar la telequinesia, pero en cuanto empiezo a concentrarme siento un dolor tan intenso en el estómago que estoy a punto de vomitar.

—Será mejor que te relajes: resistirte no te servirá de nada. Estás deshidratada y seguro que tienes insolación. Vas a encontrarte bastante mal durante una buena temporada.

—¿Quién eres? —Consigo preguntar, pese al dolor.

—Agente David Purdy, FBI.

Me siento un poco mejor al saber que no estoy en manos de los mogos, sino del gobierno de Estados Unidos. No podría volver a pasar por eso sabiendo de antemano lo que me iban a hacer, sobre todo porque el hechizo que me protegió la primera vez se ha roto. Con el FBI mis posibilidades de supervivencia son mucho mayores. No importa lo agresivos que sean: no son monstruos. Lo único que necesito es un poco de paciencia; la ocasión de escapar llegará. Purdy no lo sabe y seguramente lo considera imposible. De momento seguiré su consejo: relajarme, rehidratarme, esperar. También quiero averiguar que más sabe de mí, qué más sabe de todo esto.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

El altavoz chirría antes de que el agente Purdy responda:

—Estás en un vehículo de transporte. Un trayecto corto.

De nuevo intento usar la telequinesia para desatarme las correas de las piernas, pero estoy demasiado débil y el esfuerzo me produce náuseas. Tomo un par de sorbos para ganar algo de tiempo.

—¿Adónde me lleváis?

—Te hemos organizado una reunión con un amigo o, mejor dicho, con un amigo de John Smith. ¿Lo llamas John? ¿O... lo llamas Número Cuatro?

—No sé de qué me habla —afirmo. Después de una pausa, añado—: No conozco a nadie llamado John Cuatro.

De pronto recuerdo lo que sucedió en el desierto justo antes de que me desmayara ante la cerca. Estaba semiinconsciente, tanto que ni siquiera puedo asegurar que los helicópteros que aterrizaron a mi lado fuesen reales. Recuerdo haber oído la voz de Ella. No. No solo oí su voz: ¡nos hablamos! Ella me preguntó y yo respondí. Sabiendo que estoy en manos del FBI, tiene su lógica que los helicópteros fuesen reales. Y, en ese caso, probablemente sí me comuniqué con Ella. ¿Habrá aparecido un nuevo legado? Justo cuando más lo necesito.

¿Ella? ¿Me oyes? Lo intento de nuevo, por si acaso. Estoy en manos del FBI: un agente llamado Purdy me ha encerrado en una especie de vehículo. Purdy dice que no vamos muy lejos.

—¿Cómo llegaste al desierto, Número Seis? —me interrumpe la voz de Purdy—. ¿No estabas en la India, con tus amigas? ¿Te acuerdas? Como una chica cualquiera, leyendo libros de texto mientras os secuestraban en el aeropuerto.

«¿Cómo sabe todo eso?», pienso.

—¿Cómo descubriste dónde estaba la base? —Su voz ya no es tan neutra: creo distinguir en ella un deje de impaciencia.

—¿Qué base? —pregunto. Me cuesta pensar con claridad.

—La base del desierto donde te encontramos muriéndote. ¿Cómo sabías dónde estaba?

Intento volverme invisible, pero, una vez más, en cuanto pongo a prueba el legado, siento de inmediato un dolor intenso en el estómago. Quiero

acurrucarme, hacerme un ovillo, pero las correas me mantienen acostada boca arriba con los miembros extendidos, y el dolor me corta la respiración.

—Bébetelo el agua —vuelve a aconsejarme el agente, cuya voz ha recuperado la neutralidad.

Obedezco, tomo un sorbo y espero, igual que antes. Por fin el dolor empieza a remitir, pero entonces me asalta una sensación de vértigo muy intensa. Mi cabeza es como un coche descontrolado que da bandazos de un lado a otro. Los acontecimientos de los últimos días aparecen como fogonazos. Me recuerdo agarrándome al brazo de Marina antes de teletransportarnos. Veo a Crayton inmóvil en el suelo. Me veo despidiéndome de John y Sam. Casi olvido dónde me encuentro... hasta que la voz me devuelve a mis presentes circunstancias.

—¿Dónde está Cuatro?

Hay que reconocerle que es un tío insistente.

—¿Quién? —pregunto, obligándome a concentrarme en lo que dice. De lo contrario cometeré otro error, como me ha pasado antes.

De pronto, la voz pierde toda su calma y el agente chilla por el altavoz:

—¿Dónde está Cuatro?

Doy un respingo.

—Vete a la mierda —le suelto sin más. No pienso decirle nada.

«¿Ella? ¿Marina? ¿Hay alguien ahí? Si alguien me oye, tengo que decirlos algo. Necesito ayuda. Estoy en un desierto, y solo sé que se encuentra cerca de una base del gobierno de Estados Unidos y que estoy en manos del FBI. Nos dirigimos a algún lado, pero no sé adónde. Y algo me pasa: no puedo usar mis legados».

—¿Quién estaba contigo en la India, Número Seis? ¿Quiénes son el hombre y las dos chicas?

Guardo silencio. Visualizo la cara de Ella, la lórica más joven que queda. Sé cuánto debe de pesarle eso, y ahora ha perdido a Crayton. Hace tan solo un día sentía celos de lo que Ella tenía y ahora Crayton se ha ido.

—¿Qué números tienen? ¿Quiénes son las chicas? —El agente Purdy parece impaciente, aunque su voz ha recuperado la calma.

—Somos un grupo de música. Yo toco la batería. Ellas cantan. Soy fan de «Josie y las Gatimelódicas» y todos esos cómics antiguos, ¿tú no? Ahora están muy de moda.

Los labios se me resquebrajan y vuelven a sangrar cuando sonrío. Qué más da. Saboreo la sangre que me ha manchado la lengua y sonrío aún más.

—¿Seis? —dice el hombre en un tono de voz más suave. Supongo que ahora intentará la táctica del policía bueno—. ¿Estabas con Cinco y Siete en el aeropuerto de la India? ¿Quién es el hombre mayor? ¿Quiénes son las chicas?

De pronto no puedo controlar lo que se escapa de la boca. Mi voz ni siquiera parece mía cuando digo:

—Marina y Ella. Las dos son majísimas, pero me gustaría que fuesen un poco más fuertes.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Por qué he hablado?

—¿Son Ella y Marina miembros de tu raza? ¿Por qué deberían ser más fuertes?

Esta vez me contengo antes de responder, perpleja por lo que acabo de decir. Concentro todas mis energías en recuperar mi propia voz, en responder de la forma adecuada. Es como si estuviese en guerra conmigo misma.

—No sé de qué me hablas. ¿Por qué no paras de nombrar números?

La voz de Purdy atruena en el altavoz:

—¡Sé quiénes sois! ¡Sé que venís de otro planeta! ¡Sé que os organizáis por números! ¡Tenemos vuestra nave, por Dios!

Ante la mención de la nave, la cabeza empieza a darme vueltas. Recuerdo el viaje desde Lorient. Soy una niña que contempla el espacio a través de las ventanas de la nave mientras nos dirigimos a la Tierra. Estoy comiendo en una mesa blanca alargada y miro a los otros ocho niños, todos acompañados de sus cêpan. Hay uno de largos cabellos negros que ríe y lanza comida a los demás. A su lado, una niña rubia come fruta en silencio. Los cêpan observan a los niños desde el otro extremo de la mesa. Veo a Marina de pequeña, llorando hecha un ovillo en el suelo, bajo un cuadro de mandos. Su cêpan está arrodillada a su lado e intenta convencerla de que se levante. Recuerdo que yo he tenido algún problema con un niño de pelo negro y corto.

La siguiente cara que veo es la de Cuatro. Es rubio y tiene el cabello largo y ondulado. Da patadas a la pared con los pies descalzos, enfadado por algo. Se vuelve, coge una almohada y la arroja al suelo. Entonces levanta la vista, me pilla observándole y se pone como un tomate. Le doy un juguete, algo que le he quitado antes. La culpabilidad que sentí entonces me azota ahora con la misma intensidad. Las otras caras de la sala se vuelven borrosas.

Luego me recuerdo en brazos de Katarina, cuando aterrizamos en la Tierra, y veo abrirse la puerta de la nave.

¿De dónde vienen estos recuerdos? Hasta ahora apenas había logrado recordar detalles aislados del viaje a la Tierra, por mucho que lo había intentado. Nunca había tenido un recuerdo tan vívido como ese.

—¿Me oyes? —grita Purdy—. Hemos hablado con los mogadorianos, ¿lo sabías?

Esa afirmación me devuelve de golpe al presente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué han dicho? —pregunto como si solo quisiera darle conversación. Enseguida me arrepiento: ¿por qué admitir que sé quiénes son los mogos? Antes de poder darle demasiadas vueltas a mi error, mis pensamientos vuelven a la nave, a las puertas abiertas, al humano de cabello castaño y gafas gruesas que nos recibe. Lleva un maletín y una tableta blanca, y tiene una caja

enorme llena de ropa justo detrás. De algún modo sé que es el padre de Sam. Sam. ¡Oh, cuánto deseo volver a verle!

—Quiero ver a Sam —balbuceo. Aunque mi intención era guardar silencio y no revelar nada más al agente, no he podido evitarlo. Oigo mi voz, siento que tengo la cabeza pesada y espesa, y de pronto comprendo que me han metido alguna droga en el agua. Es por eso por lo que no puedo callarme lo que pienso, por eso mi cabeza vuelve al pasado y por eso siento tanto dolor cuando intento utilizar mis legados.

Besé a Sam. Tendría que haberlo besado de verdad, pero estaba demasiado preocupada por lo que pensaría John.

John. También lo besé. Me gustaría volver a besarlo. Siento un cosquilleo en el estómago cuando recuerdo el momento en que John me agarró de los hombros y me obligó a volverme. Acercó su cara a la mía, pero, antes de que nuestros labios se tocaran, la casa estalló. Subo la barbilla al recordar ese momento una y otra vez. Solo que, esta vez, cuando la casa estalla nos besamos. El beso es perfecto.

—¿Sam? —pregunta el agente Purdy, interrumpiendo mis pensamientos. Estaba disfrutando de verdad, al recordar ese beso—. Supongo que te refieres a Sam Goode, ¿verdad?

La cara de Sam es todo lo que veo ahora, y pierdo el control.

—Sí, claro. Quiero ver a Sam Goode —oigo que dice mi voz.

—¿Es uno de los vuestros? ¿Qué número es Sam Goode?

Me pesan los párpados y noto que me rindo al sueño. Al menos, las drogas me están haciendo un pequeño favor.

—¡Seis! —grita Purdy—. ¡Eh, Seis! ¡Despierta! ¡No hemos terminado!

El grito me crispa tanto que doy un respingo, pero las correas me frenan.

—¿Seis? ¡Seis! ¿Dónde está Sam Goode? ¿Dónde está John Smith?

—Te mataré —susurro. Atada e impotente, la furia y la frustración se apoderan de mí—. Cuando te encuentre, te mataré.

—Lo intentarás, de eso no me cabe duda. —El agente se echa a reír.

Intento espabilarme, concentrarme en orientarme. Todo empieza a dar vueltas muy rápido, hasta que pierdo el sentido.



La habitación es diminuta y de cemento. Hay un retrete, un bloque de cemento con un colchón atado encima y una manta demasiado corta para taparme. Llevo dos horas despierta, quizá más. No consigo ordenar mis ideas. Intento establecer una secuencia temporal desde el momento en que aterricé sola en el desierto hasta que encontré la cerca y me desperté en el horror del interrogatorio.

Necesito averiguar dónde he estado, cuánto tiempo ha pasado y cuánta información he facilitado.

Aclarar las ideas no es sencillo. Desde el momento en que he recuperado la conciencia en esta celda, las luces estroboscópicas no han dejado de funcionar. Un dolor agudo y palpitante me perfora la cabeza y tengo la boca seca y retortijones en el estómago, pero intento concentrarme en la parte más importante de mis recuerdos: la conversación con el agente.

Consigo volverme invisible, solo para ver si soy capaz, pero enseguida me entran náuseas, como me ocurrió durante el viaje, y me materializo de inmediato. O las drogas siguen en mi cuerpo o hay otra razón que explica lo que me pasa.

Cierro los ojos unos minutos para escapar de las luces intermitentes. Son tan intensas que es imposible aislarme por completo. Recuerdo que el agente Purdy dijo estar en contacto con los mogadorianos. ¿Por qué iba a hablar con los mogadorianos el gobierno de Estados Unidos? ¿Y por qué Purdy lo admitió delante de mí? ¿No saben que los mogos son el enemigo? Lo que no consigo entender es de dónde ha sacado el gobierno toda esa información sobre nosotros. En cuanto acaben con la Guardia, los mogadorianos matarán hasta al último ser humano de la Tierra: ¿acaso no lo sabe el gobierno? Supongo que los mogos les han dado una versión muy distinta de quiénes son.

Oigo una voz masculina en lo alto, en alguna parte. No es Purdy, el agente que me interrogó en el receptáculo de metal. Abro los ojos y busco una rejilla o un altavoz, pero el parpadeo de las luces estroboscópicas no me deja ver nada.

—Prepárate para el traslado, Número Seis.

Un pequeño panel se abre con un chasquido en el centro de la puerta metálica. Me acerco tambaleándome y en un estante veo un vaso de plástico con un líquido violeta. ¿Por qué es violeta? ¿Le habrán metido alguna droga, como en el agua que me bebí antes?

—Tienes que beberte el agua antes del traslado. Si no te la bebes, nos veremos obligados a inyectártela.

—¡Vete a la mierda! —le grito al techo.

—Bebe —repite la voz, sin invitar a la discusión.

Cojo el vaso y me acerco al retrete. Sostengo el vaso en alto y vuelco el contenido con un gesto exagerado. Apenas se ha derramado la última gota cuando la puerta se abre bruscamente y varios hombres con porras y escudos se abalanzan sobre mí. Noto acidez en el estómago cuando me preparo para la lucha, porque sé que tendré que utilizar mis legados. Decido que esta vez conseguiré hacerlo y se me ocurre que quizá pueda aprovechar las luces intermitentes en mi favor.

Recibo al primer agente con un puñetazo en la garganta. Cuando la porra me golpea por la izquierda, cojo la muñeca de mi atacante, se la retuerzo y la oigo

crujir. El hombre grita y suelta la porra. Ahora tengo un arma.

Los agentes me rodean, pero, bajo las luces estroboscópicas, nuestros movimientos se ven como a cámara lenta y es difícil seguirlos. Elijo a un hombre al azar y le golpeo con la porra en ambas rodillas. Cae al suelo y me abalanzo sobre su vecino. Con el esfuerzo físico, las náuseas me suben a la garganta, pero me las trago. Ahora que he conseguido empezar, espero que me resulte cada vez más fácil. Golpeo la sien del hombre con la empuñadura de la porra; uno de los soldados que quedan me da en la nuca con algún objeto y otro me tira del pelo. Los hago chocar de bruces recurriendo a la telequinesia. El golpe los derriba y los remato con una patada.

El mareo va y viene, pero no mis fuerzas que, por fin, han vuelto. Ahora, armada con dos porras, me enfrento a tres hombres más. Cuando empiezan a disparar sus táser, paralizo las descargas eléctricas en el aire antes de devolvérselas a mis atacantes. Por fin la puerta está despejada y parece que seguirá así. Cuando salgo de la celda, me preparo para volverme invisible. El dolor es increíble, pero sé que puedo soportarlo. Solo necesito aguantar un poco más, hasta salir de aquí y encontrar a los otros.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



ME CAIGO DE BRUCES EN LA HIERBA HÚMEDA. LEVANTO LA cabeza y apoyo las palmas en el suelo para incorporarme. Oigo gemir a Ocho. Ella me llama, pero la cabeza me duele demasiado para sentarme y ponerme a buscarla.

—¿Seis? —susurro al aire—. ¿Estás ahí?

—No la veo por ninguna parte, Marina —responde Ella, que se acerca y se sienta a mi lado.

Apoyo la mejilla en la hierba y me permito descansar unos minutos más. Ella me aparta un mechón de pelo de la cara, pero estoy entumecida y no siento nada. Tengo náuseas y sigo oyendo los gemidos de Ocho. No parece que Ella esté afectada. No pienso teletransportarme nunca más.

Echo un vistazo a mi alrededor. Veo doble y tengo que esforzarme para fijar la vista. A juzgar por el verdor exuberante del paisaje, no hemos aterrizado donde pretendíamos.

—Esto no es Nuevo México, ¿verdad?

—Para nada —susurra Ella.

Finalmente tengo la sensación de que ya puedo moverme, aunque despacio, y levanto la cabeza para mirar a Ella. Es difícil interpretar lo que dicen sus ojos

castaños en la oscuridad; interpreto que debe de ser de noche. Miro el cielo estrellado. Luego recuerdo el océano azul, a Ocho transformándose en un pulpo negro y lo que Ella dijo antes de teletransportarnos.

—Ella, ¿lo he imaginado o dijiste que habías hablado con Seis? —Ella asiente —. Con la mente, ¿verdad?

Aparta la vista y responde:

—Seguro que me tomas por una chiflada. No he dejado de preguntarme si eso pasó de verdad. Puede que lo deseara tanto que... —Menea la cabeza y me mira, muy seria—. No, no me lo imaginé. Sé que hablé con ella. Me dijo que estaba en un desierto; eso quiere decir que llegó a Nuevo México, ¿no?

—No estás loca, Ella. Te creo y estoy convencida de que tienes razón —digo mientras me aprieto las sienes con los dedos para librarme del dolor y la confusión que me impiden pensar con claridad—. Debes de estar desarrollando un legado. Ahora deberíamos averiguar cómo conseguiste hablar con ella, para poder repetirlo.

Ella abre mucho los ojos.

—¿De veras? ¿Crees que es un legado? ¿Cómo se llama? —pregunta, animada.

—Telepatía —responde Ocho, detrás de mí.

Me doy la vuelta con una mueca de dolor y veo a Ocho en lo alto de una enorme losa de piedra, que, a su vez, descansa sobre dos rocas grises aún más grandes.

Me siento, me pongo a gatas y me levanto tambaleándome. Apoyo las manos en la cintura, echo un vistazo y caigo en la cuenta de que, a pesar de no haber puesto nunca los pies en este lugar, me resulta muy familiar: lo conozco por las fotografías y los libros de texto.

—¿No estaremos en...?

—¿Stonehenge? Pues sí —responde Ocho.

—Vaya —susurro, volviéndome lentamente para contemplar el paisaje. Ella se acerca a una roca que debe de medir unos ocho metros y acaricia la superficie. Comprendo ese impulso de querer tocar las piedras. ¡Es Stonehenge! No me contengo y la imito. Las piedras son lisas y frías, y, al tocarlas, me siento como si tuviera tres mil años de antigüedad. Algunas están muy bien conservadas; otras, en cambio, solo parecen una sombra de lo que fueron. Todos deambulamos por el terreno, admirando de cerca lo que la mayoría de la gente solo ve en los libros.

—Ocho, ¿qué es la telepatía, exactamente? ¿Sabes cómo usarla o cómo puedo controlarla? —pregunta Ella.

—La telepatía es la capacidad para transmitir pensamientos de un ser a otro. Implica que eres capaz de comunicarte con el cerebro de otra persona. Vamos, inténtalo conmigo.

Ella da un rodeo y se detiene delante de Ocho. Cierra los ojos. La observo mientras pienso que sería asombroso que Ella desarrollase ese legado. Podríamos comunicarnos con los miembros de la Guardia aunque estuvieran en cualquier rincón del mundo. Al cabo de unos instantes, Ella abre los ojos y mira a Ocho.

—¿Me has oído?

—No —responde Ocho, apenado—. Tienes que seguir intentándolo. Siempre tardamos un poco en aprender a utilizar nuestros legados. Con la telepatía pasará lo mismo.

Ella deja caer los hombros, decepcionada.

—Por cierto, vuestros cofres están ahí.

Ocho se despereza y se vuelve hacia mí.

—Necesitaré un poco más de tiempo para recuperarme de este último teletransporte. Quiero estar lo más fuerte posible antes de intentar lo de Nuevo México, ¿vale? —dice mientras se encarama a una roca.

—No lo sé, me he sentido fatal después de este último. Las heridas son una cosa, pero el teletransporte me pone enferma. —Suspiro—. No sé si podré intentarlo de nuevo... ¿Y qué nos impedirá acabar en el fondo del mar? Parece que Seis está en apuros y entre tanto nosotros vamos yendo de un sitio a otro. ¡Puede que nunca aterricemos en Nuevo México!

—Lo sé, lo sé —reconoce Ocho, saltando de la piedra y sacudiéndose el polvo de los pantalones—. Reconozco que es muy frustrante, pero es mejor que nada, ¿no? Lo único que podemos hacer es seguir intentándolo hasta llegar a donde queremos. Nosotros tres seguiremos juntos y no pararemos hasta encontrar a Seis.

No sé de dónde saca esa calma, esa convicción.

Ella se aventura entre un grupo de piedras, mientras yo respondo:

—¿Sabes?, hay otras formas de viajar. Podemos encontrar un aeropuerto y volar desde allí.

Ocho se rasca la barbilla y empieza a andar, sumido en sus pensamientos. Lo sigo hasta el centro del monumento.

—Si Seis está en apuros, un avión no es la solución. Tardaríamos muchísimo en llegar. —Se detiene un instante y se vuelve hacia mí—. Además, he visto que la encontraremos.

Lo miro sin entender, pero él se limita a sonreírme y encogerse de hombros. ¿A qué se refiere?

—¿Has tenido una visión, Ocho? ¿Qué más has visto? ¿A quién más has visto?

—No puedo decirte más. Es solo que lo veo, o lo siento. Creo que es un legado que aún no he desarrollado del todo. La única forma de describirlo es que parece un sexto sentido.

—¿Fue así como supiste que íbamos a la India?

—Sí, pero no tengo ningún control sobre lo que veo. Son fognazos, imágenes

que aparecen de repente.

Seguimos andando entre las inmensas piedras y encontramos a Ella sola, apoyada en una roca. Cuando nos acercamos, levanta la vista y dice:

—Estoy intentando volver a hablar con Seis, pero no obtengo respuesta. Quizá nunca la haya obtenido.

Me arrodillo a su lado y le paso el brazo por encima de los hombros.

—Los legados llevan su tiempo, Ella. Al principio, los míos aparecían siempre cuando estaba alterada o cuando me encontraba en peligro. Se presentan cuando más los necesitamos, cuando pueden salvarnos. El legado que me permite respirar bajo el agua apareció cuando estaba a punto de ahogarme. También es posible que el teletransporte te haya afectado y que el legado tarde un poco en volver a funcionar.

Le doy un apretón en los hombros.

—Es verdad; la primera vez que me teletransporté, un taxi estaba a punto de atropellar a mi cêpan y yo aparecí a su lado, sin más. —Ocho chasquea los dedos y añade—: Solo así pude salvarlo.

—Echo muchísimo de menos a Crayton: él siempre me ayudaba con estas cosas —confiesa Ella—. ¿Y si nunca le sirvo de nada a la Guardia? A veces deseo que los Ancianos no me hubiesen elegido.

La voz de Ella se apaga y baja los hombros, abatida.

—Ella —dice dando un paso hacia delante Ocho—. Ella, mírame. No puedes pensar así. Todos nos alegramos mucho de que estés aquí. Te necesitamos. Si no estuvieras con nosotros, te estaríamos buscando. Estás exactamente donde debes estar. ¿A que sí, Marina?

—Ella, ¿recuerdas lo que decíamos en el orfanato? Somos un equipo: eso es muy importante. Cuidamos los unos de los otros. —De pronto, comprendo que mi aversión a teletransportarme es egoísta. La única esperanza de encontrar a los demás pasa por Nuevo México y el modo más rápido y seguro de llegar hasta allí es el teletransporte, aunque eso implique aterrizar en otros sitios unas cuantas veces más. No permitiré que mi miedo ponga en peligro a nadie. Cuando uno de nosotros se debilita, el resto tiene que ser más fuerte. Le doy otro apretón en los hombros y concluyo—: Iremos a Nuevo México, encontraremos a Seis y seguiremos luchando.

Ella asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Nos apartamos y deambulamos entre las piedras, absortos en nuestros pensamientos. Sé que necesito algo de tiempo para aclarar mis ideas; antes de ponernos en marcha, tengo que recuperar no solo la fuerza física, sino también la mental. Este sitio pacífico y tranquilo es el entorno perfecto para pensar. Al cabo de una hora, vuelvo al centro del círculo. Entonces veo que Ocho se agacha, levanta una piedra y después la suelta.

—¡Ocho! Pero ¿qué haces? —grito, alarmada—. ¿Recuerdas dónde estamos?

¡Este es un lugar sagrado, histórico, ancestral! ¡No puedes ir tirando piedras sin más! ¡Déjalas donde estaban!

No espero a que las devuelva a su sitio y lo hago yo mediante telequinesia. Puede que Stonehenge no forme parte de mi historia, pero sí de la de otras personas y eso se merece más respeto del que Ocho está demostrando tener. Quiero dejar este lugar exactamente tal como lo encontramos.

Ocho parece sorprendido ante mi reacción.

—Estoy buscando la loralita; sé que está medio enterrada por aquí, debajo de una de estas piedras, y tenemos que encontrarla si queremos irnos.

—Bueno, pues asegúrate de que después las devuelves exactamente a su sitio —le regaño—. Stonehenge es uno de los lugares más famosos de la Tierra: no lo estropeemos.

Estoy harta de dejar un rastro de destrucción a mi paso.

Ocho monta el numerito de mirar delicadamente debajo de una piedra para depositarla luego con sumo cuidado a su sitio.

—Déjame solo apuntar que si Stonehenge está aquí, es gracias a los lóricos. Reynolds me dijo que lo construimos como cementerio para los lóricos que murieron luchando en la Tierra.

—¿En serio? ¿Esto es un cementerio? —pregunta Ella, mirando en derredor con curiosidad.

—Lo fue, al menos durante miles de años —responde Ocho, dando palmaditas a una roca enorme—. Luego los humanos empezaron a curiosear y a hacer todas esas indagaciones que tanto les gustan. No hay nada como una buena investigación para entenderlo todo, aunque no haya nada que entender. Bueno, qué más da. Honraré la ubicación de las rocas. —Ocho continúa moviéndose como si fuera de puntillas por un campo de tulipanes.

—Deja que te ayude. —Avanzo con cuidado entre las piedras para ayudar a Ocho a encontrar la loralita. Levanto varias rocas a unos centímetros del suelo y luego las devuelvo exactamente allí donde estaban. Cuando me dispongo a hacer lo mismo con otro grupo de piedras, oigo gritos lejanos. Me asomo por detrás de una roca y veo a dos hombres uniformados que corren hacia el monumento, con las luces de sus linternas rebotando en la oscuridad. Ella y yo nos ocultamos detrás de la formación rocosa mayor y más cercana.

—Silencio, escondeos —susurro.

Los hombres examinan el suelo con las luces de sus linternas; cuando alguno se nos acerca demasiado, nos escondemos detrás de otra roca.

—Sé que he oído algo: voces de críos —dice el más bajo de los dos guardias.

—Vale, pues ¿dónde están? —pregunta el otro guardia claramente escéptico.

Los dos hombres guardan silencio. Me asomo y veo que el guardia más alto mira a su alrededor, fastidiado por la falta de pruebas que demuestren la presencia de intrusos. Entonces algo le llama la atención, pero no veo qué es. Me

preocupo. ¿Qué habrá encontrado?

—¿Bill? Ven a echarle un vistazo a esto. ¿De dónde habrán salido?

—Hum... No lo sé. Estoy seguro de que antes no estaban aquí —dice el otro.

Ocho me da un susto de muerte cuando de pronto se materializa a mi lado.

—Han encontrado nuestros cofres —susurra—. Echaré a los guardias al prado, ¿vale? Tenemos que encontrar la loralita para poder largarnos de aquí y hasta que estos tíos no se marchen no lo conseguiremos. Y no voy a permitir que se lleven nuestros cofres —asegura con voz sombría.

Estoy a punto de decir «no» cuando oigo un zumbido en el interior de mi cabeza, seguido de un eco de interferencias y después la voz de Ella: *Puedo distraerlos hasta que encontréis la loralita.*

La miro perpleja, con ojos como platos. Ella me aprieta la mano y susurra:

—Puedo distraerlos...

—Ya te he oído —la interrumpo—. ¡Ella, te he oído mentalmente!

—Me ha parecido que esta vez había funcionado —dice con una amplia sonrisa; después susurra, emocionada—: ¡Vaya, lo he conseguido!

—Eh, bajad la voz —murmura Ocho—. ¿Tenemos un plan?

—Tengo una idea —responde Ella.

Se encoge hasta adquirir el aspecto de una niña de seis años, se aleja del círculo exterior de rocas y luego echa a andar hacia los hombres. Con su mejor vocecita de niña pequeña, grita:

—¿Papi? ¿Dónde estás?

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —pregunta uno de los guardias.

Ocho se teletransporta lejos mientras yo observo a Ella. Está muy quieta y se protege los ojos de la luz de las linternas. ¡Menuda actriz! Parece perdida y preocupada de verdad.

—Estoy buscando a mi papá. ¿Lo habéis visto?

—Pero ¿qué diantres haces aquí, niña? ¿Dónde están tus padres? ¿Sabes qué hora es?

Cuando se acercan, Ella empieza a sollozar y los hombres se detienen en seco.

—Vamos, cálmate, no llores —dice el más alto tratando de tranquilizarla.

Ella rompe a llorar desconsoladamente y exclama, ahora en voz más alta:

—¡No me toques!

—Eh, eh, nadie te está tocando —dice el otro, alarmado. Los guardias se miran, confundidos y sin saber qué hacer.

—Marina —susurra Ocho. Está detrás de mí, con un Cofre en cada brazo—. Tenemos que encontrar la loralita, ¡ahora! ¡Ella no podrá entretenerlos eternamente!

Corremos al centro de Stonehenge y miramos debajo de todas las piedras que encontramos, lo más rápido que podemos. Cuando solo nos queda por comprobar

unas pocas, oímos que los hombres se acercan, seguidos de Ella, todavía sollozando.

—Vale, creo que ha llegado el momento de pensar en otra distracción — opina Ocho, desapareciendo de nuevo. Reaparece en el círculo más amplio de piedras, planta las manos en una losa vertical y le da un buen empujón. Lo miro paralizada, horrorizada. La gigantesca piedra se tambalea y luego se inclina lentamente hacia atrás. Cuando la piedra horizontal de arriba también cae, Ocho empieza a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Las piedras se caen! ¡Stonehenge se derrumba!

Lo mataré. Cierro los puños y me doy cuenta de que todavía tengo una piedrecita en la mano. Me inclino y, con sumo cuidado, y ahora más bien inútilmente, la devuelvo a su sitio.

Los guardias echan a correr hacia los gritos y, cuando las linternas descubren las piedras que caen, gritan asustados. El guardia más bajito corre con la intención de interponerse entre dos rocas horizontales, pero llega demasiado tarde: las dos losas chocan entre sí y todas se precipitan a la derecha. La losa horizontal de arriba aterriza en el suelo con un golpe seco. Me quedo boquiabierta al contemplar cómo las piedras van cayendo, una a una, como fichas de dominó.

—¡Código negro! ¡Código negro! —grita el guardia más corpulento por el radiotransmisor, y luego lo arroja al suelo. Se abraza a una de las inmensas rocas verticales que quedan en pie, intentado con todas sus fuerzas que no se desplome como las otras. Pero es inútil. Las rocas siguen cayendo.

Ocho aparece detrás de mí, levanta dos pequeñas piedras y, de pronto, un tenue fulgor azul le ilumina las piernas.

—¡La he encontrado! ¡Aquí! —susurra, animado. Me alivia que haya localizado la loralita, pero estoy demasiado absorta contemplando la demolición de Stonehenge como para alegrarme. Me parece increíble que haya hecho eso. Estoy furiosa. Ella pasa corriendo junto a mí, mientras yo me escondo bajo una de las pocas piedras que siguen en su sitio y recurro a la telequinesia para retardar el movimiento de las rocas.

El guardia más alto pega la espalda a la siguiente piedra que está a punto de caer y el otro lo imita por el otro lado. Sostengo la piedra mentalmente y la mantengo en su sitio. Cuando otra roca la golpea al precipitarse al suelo, impido que la derribe. Los guardias se deslizan piedra abajo, asombrados por su inesperada demostración de fuerza. A continuación, invierto el efecto dominó: las rocas que han caído van empujándose y levantándose entre sí, hasta estabilizarse en su posición original. Luego, usando la poca energía que me queda, levanto despacio las losas horizontales que habían caído al suelo y las coloco encima de las piedras verticales.

Los guardias miran boquiabiertos, demasiado perplejos para responder a las voces preocupadas que chisporrotean en sus radiotransmisores.

—Marina —susurra Ella—. Oye, Marina, tenemos que irnos. Ahora. ¡Vamos!

Retrocedo al centro del monumento, aliviada; ahora que he conseguido devolverlo todo a su sitio, sí que puedo irme.

Me acerco a Ocho, le arranco mi Cofre de las manos y, todavía furiosa e incapaz de mirarlo, le doy la mano. Ella se hace cargo del Cofre de Ocho y le estrecha la otra. Esperamos junto a la loralita azul. Lo último que oigo antes de que nos envuelva la oscuridad es al guardia más alto que, derrotado y más que dispuesto a olvidar esta singular aventura, responde al radiotransmisor:

—Falsa alarma.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



ME VUELVO VISIBLE, ESCONDIDA TRAS UNAS TAQUILLAS, en un pasillo largo y oscuro. El dolor que siento por haber usado los legados es tan intenso que me hago un ovillo y me presiono las costillas con las dos porras para procurarme cierto alivio. Apoyo la frente sudorosa en la pared fría de cemento e intento recuperar el aliento, esperando que el dolor pase pronto. He recorrido pasillos, arriba y abajo, pero me temo que deambulo sin rumbo. De momento he encontrado un hangar vacío y un montón de puertas que están cerradas electrónicamente. Desde el día en que la policía atrapó a John y Sam, sé que nuestra telequinesia no funciona con la electricidad. Pienso en John y Sam, en Marina y los otros. Espero que estén bien o al menos que no sientan el dolor que siento yo. Me imagino a John y Sam esperándome en nuestro punto de encuentro: teníamos que vernos allí dentro de unos días. ¿Qué pensarán, cuando vean que no me presento? Estoy frustrada, asustada y agotada. Sé que pensar así no ayuda, de modo que concentro mi atención en cómo salir de aquí.

Casi de inmediato suena una alarma: aúlla sin tregua. Sé lo que significa y también que tengo que organizarme. Ya. Todos me buscan. Soldados armados patrullan por los largos pasillos con pequeños vehículos abiertos. Cada vez que me

cruzo con alguno, tengo la tentación de arrojar a los soldados al suelo, subirme al vehículo y escapar, pero estoy convencida de que no llegaría muy lejos y que solo conseguiría perder la única ventaja que tengo: que no saben dónde estoy.

Ya no intento comunicarme con Ella. Es evidente que todo han sido alucinaciones mías. Tengo que dejar de hablar sola y encontrar el modo de hacer estallar una puerta para largarme de aquí. Creo que estoy bajo tierra. Ojalá supiera a qué profundidad.

Las luces del pasillo se encienden. Eso significa que los sensores de movimiento se han activado (lo he descubierto antes). Poco después, oigo que se acerca un vehículo. Contraigo el estómago, me vuelvo invisible y me ataca el dolor que ya esperaba y que arranca de mis ojos silenciosas lágrimas de agonía. Me aplasto contra una pared y observo el vehículo que me pasa por delante, con tres soldados a bordo. Descargo la porra contra la cara del conductor. ¡Hay que ver cómo sangran las heridas de la cabeza! Nariz, boca, frente, parecen géiseres chorreantes. Por culpa de su herida (aparentemente) espontánea, acaba pisando el acelerador y estampando el vehículo contra una pared. El conductor está grogui y los otros dos soldados caen al suelo de cemento. Examinan la cara del conductor y, al no descubrir qué puede haberle causado esas heridas, se vuelven para coger sus radiotransmisores. Yo me lo veía venir y ya me he acercado unos pasos para golpearle a uno de los hombres la cabeza contra el capó del vehículo y asestarle una patada en las piernas para hacerle perder el equilibrio. El tercer soldado se vuelve para comprobar qué ha pasado y acaba como el primero. Luego cojo una de sus insignias y echo a correr.

Tengo que averiguar adónde ir, y deprisa: no podré seguir invisible durante mucho más tiempo.

Uso la banda magnética de la insignia para cruzar una de las puertas cerradas electrónicamente y entro en una zona completamente distinta a lo que he visto hasta ahora. Me vuelvo visible para mitigar el dolor y siento un alivio inmediato. Miro a mi alrededor para averiguar dónde estoy: es un pasillo más amplio que los otros y tiene un techo alto y abovedado excavado en arenisca; lo recorren dos gruesas tuberías amarillas, flanqueadas por cables eléctricos caídos. El pasillo dobla a un lado y me asomo en el recodo. Como no veo a nadie, me pego contra la pared y continúo hasta llegar a una puerta roja en la que hay un cartel que reza: PELIGRO. SOLO PERSONAL AUTORIZADO. TRANSBORDADOR UNO.

Intento abrir la puerta mediante telequinesia, pero una cerradura electrónica me lo impide. Cuando estoy a punto de emplear la insignia, oigo pasos que se acercan rápidamente. Me vuelvo invisible una vez más, pero mi estómago se revuelve con tal violencia que caigo al suelo. No podré sobrevivir a otra transformación, ni pensarlo. Al otro lado del pasillo, alguien grita:

—¡Creo que he oído algo por aquí!

Desde el suelo, apenas capaz de mantenerme invisible, agarro el tobillo del guardia cuando pasa junto a mí. Cae de bruces al suelo y consigo el margen de tiempo suficiente para pasar la banda magnética de la insignia por la cerradura electrónica. La puerta se abre y me deslizo en el interior.

Estoy en un andén de rejilla metálica suspendido varios metros por encima de tres vías de tren que se internan en un túnel circular. Un tranvía de tres vagones que lleva pegados varios símbolos del gobierno de Estados Unidos espera vacío en la vía más próxima al andén elevado. Al otro lado de la puerta, a mi espalda, oigo que el guardia que he derribado grita a los otros que acaban de llegar. Me dejo caer por un estrecho tramo de escaleras, cruzo de un salto las puertas abiertas del tranvía y empujo la primera palanca que veo.

Mi cabeza retrocede bruscamente cuando el tranvía sale disparado. En el túnel circular, las luces rojas se fusionan con las oscuras sombras alargadas y paso dos veces por debajo de unos andenes elevados como el que he dejado atrás. De pronto las vías tuercen a la derecha y luego me deslizo por encima de un canal lleno de agua. Espero acabar saliendo fuera, al desierto, pero el tranvía aminora la marcha y se detiene bajo otro andén. Habrá paradas automáticas, me digo; las puertas se abren y subo por la escalera. Vuelvo a ser visible: ha dejado de dolerme el estómago, pero sé que no durará mucho. Tendré que usar mis legados para salir de aquí.

Respiro hondo y entreabro la puerta de lo alto de la escalera, que no está cerrada con llave. Echo un vistazo al otro lado. Cuando apenas he conseguido fijar la vista, la puerta se abre de par en par y me golpea con fuerza en el hombro. De pronto me encuentro cara a cara con un guardia que lleva un arma que no puede resultarme más familiar: un cañón mogadoriano. En cuanto el guardia me apunta, el arma se enciende y se activa un juego de lucecitas intermitentes. Antes de que pueda apretar el gatillo, me abalanzo sobre él y ambos nos precipitamos contra un muro de piedra. El guardia intenta agarrarme de la cintura con sus brazos fornidos, pero yo lo esquivo, le inmovilizo las piernas y lo derribo al suelo. Su cráneo impacta contra el cemento con un sonido horrible; me estremezco, pero no tengo tiempo de pensar en eso, así que arrastro el cuerpo al otro lado de la puerta y la cierro. Cojo el cañón y echo a correr.

Intento orientarme. Unas columnas enormes sostienen el techo del túnel serpenteante y las voy sorteando mientras avanzo con el oído atento a la presencia de otros guardias. Asimilo a toda velocidad lo que acabo de ver, intentando que las piezas encajen. El primer punto de la lista es por qué ese soldado tenía un cañón mogadoriano. ¿Se lo habría quitado a algún mogo al que han capturado o acaso es que los mogos suministran armas al gobierno? El túnel se bifurca y aminoro el paso para decidir qué camino seguir. Como no veo nada que me ayude a tomar la decisión, recuerdo la última vez que me encontré con una bifurcación similar. Fue en el Himalaya: la bifurcación que tanto sorprendió

al comandante Sharma. Sigo por la izquierda.

La primera puerta que diviso a la izquierda es de cristal. Justo al otro lado, un grupo de científicos vestidos con batas blancas y protegidos con máscaras se desplazan por lo que parecen unos extensos jardines rebosantes de plantas verdes y frondosas, iluminadas por una infinidad de focos muy potentes que cuelgan del techo.

Una mujer pelirroja vestida con un traje oscuro entra por otra puerta y se acerca a uno de los hombres de bata blanca. Lleva el brazo derecho en cabestrillo y la mejilla vendada. Observa al científico mientras vierte el líquido de una ampolla en una zona del jardín. Ante mi asombro, al cabo de un instante las plantas crecen varios palmos, sus tallos se bifurcan y varias enredaderas blancas se extienden en todas direcciones, creando un frondoso entramado de vegetación que llega hasta el techo. El científico escribe algo en su portafolios y luego levanta la vista para hablar con la mujer. Antes de que tenga tiempo de agacharme, ambos nos miramos a través de la puerta de cristal: levanto despacio el cañón mogadoriano y niego con la cabeza. Espero que el hombre se considere un no combatiente y decida no actuar, pero no tengo esa suerte. Veo que se mete la mano en el bolsillo. ¡Mierda, ha activado algo! Oigo un ruido en lo alto y una gruesa plancha metálica que se desploma ante la puerta de cristal para protegerla está a punto de golpearme la cabeza. Suenan las alarmas y sé que van a sellar toda la zona. No puedo permitir que me capturen. Me preparo para sentir el dolor y me vuelvo invisible.

Justo a tiempo. Los soldados invaden el túnel y me pego a la pared para esquivarlos. El dolor y las náuseas no aparecen. Sea cual sea la droga que me han dado, ya no surte efecto. Siento un profundo alivio, aunque no tengo tiempo de disfrutarlo. Una puerta se abre a mi derecha; sin pensármelo dos veces, la cruzo de un salto y me encuentro en un estrecho pasillo blanco flanqueado por más puertas. A la altura de medio pasillo, un soldado solitario sale de una de ellas.

—Cállate, por favor —le grita a alguien que está en la habitación—. Y deberías comer algo.

Cierra la puerta y da media vuelta para irse. Pero yo estoy ahí mismo y lo derribo con un gancho de derecha en la mandíbula. Veo las llaves que le cuelgan del cinturón, se las quito y trato de abrir la puerta que acaba de cerrar probando frenéticamente una llave tras otra hasta encontrar la adecuada. Supongo que el guardia no estaba hablando con ningún amigo y ahora mismo no me irá mal contar con un aliado. Abro la puerta para comprobar si hoy es el día en que haré una nueva amistad.

Contengo la respiración, perpleja ante lo que veo. No sé lo que esperaba, pero sin duda no era una chica acurrucada en un rincón. Está cubierta de mugre y tiene unas profundas marcas rojas en las muñecas, pero la reconozco enseguida. Sarah Hart. La novia de John, y la misma que lo entregó a la policía la noche que

volvimos a Paradise.

Se pone en pie con dificultad, apoyándose en las paredes. Se prepara para enfrentarse a quienquiera que entre. El miedo en sus ojos me dice que cada vez que la puerta se abre le pasa algo malo. Sigo invisible el tiempo suficiente para arrastrar al soldado inconsciente dentro de la habitación. Dejarlo en el pasillo sería una invitación a que otros investigaran y no necesito más compañía. Lo empujo a un rincón para que no lo detecten las cámaras, si es que las hay. Cierro la puerta.

—¿Sarah? —susurro.

Se da media vuelta y mira en dirección a mi voz, visiblemente confundida.

—¿Quién anda ahí? ¿Dónde estás?

—Soy Seis.

Sarah contiene una exclamación.

—¿Número Seis? ¿Dónde estás? ¿Dónde está John?

Sigo hablando en susurros por si no estamos solas.

—Me he vuelto invisible. Siéntate y actúa como si yo no estuviera aquí. Baja la cabeza para que podamos hablar: seguramente te estarán grabando.

Sarah vuelve a hundirse en el rincón y se lleva las rodillas al pecho. Baja la cabeza para que el pelo le tape la cara. Me acerco y me siento en el suelo, a su lado.

—¿Dónde está John? —murmura.

—¿Que dónde está John? —Me es imposible reprimir mi enfado—. Será mejor que te olvides de John, Sarah. Eres tú quien debería saber dónde está; al fin y al cabo, fuiste tú quien le tendiste la trampa, ¿no? Lo encerraron por tu culpa y luego tuve que rescatarlo. Lo que quiero saber es qué haces tú aquí.

—Me trajeron —responde con un hilo de voz.

—¿Quién?

Le tiemblan los hombros mientras solloza con la cara oculta en las rodillas.

—El FBI. No paran de preguntarme dónde está John y yo no paro de decirles que no lo sé. Dime dónde está, por favor: ¡tengo que contárselo o matarán a todas las personas que conozco!

Parece desesperada, pero no puedo decir que me inspire demasiada compasión.

—Eso es lo que sucede cuando te pasas al otro bando, Sarah. Sabías lo que John sentía por ti, sabías que él confiaba en ti. Lo utilizaste para ayudar a esa gente y ahora son ellos los que te utilizan. ¡Vamos, dime ahora mismo qué les has contado de John!

—No sé de qué me hablas —dice Sarah, llorando todavía más.

No lo puedo evitar; verla así me parte el corazón. ¿Qué le han hecho? El cabello largo le cubre la cara y los brazos: ¡parece tan pequeña y tan joven! Mi enfado se disipa y poso una mano en su espalda.

—Lo siento —susurro.

Sarah contiene la respiración al notar el contacto de mi mano y vuelve la cabeza hacia mi voz. Solo consigo verle los ojos azules; están enrojecidos e inyectados en sangre. Con la intención de transmitirle fuerza suficiente para escapar, me hago visible una décima de segundo, le muestro el cañón mogadoriano que sostengo en las manos y desaparezco de nuevo. Sarah sonríe brevemente y después vuelve a esconder la cara entre las rodillas. Suspira, toma aire y, con voz mucho más firme, dice:

—Me alegro de verte. ¿Sabes dónde estamos?

—Creo que en una base subterránea de Nuevo México. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No tengo ni idea —responde, secándose una lágrima que le ha caído en la pierna.

Me levanto para dirigirme a la puerta: no oigo nada. Sé que estoy perdiendo unos minutos preciosos, pero tengo que preguntarlo.

—No lo comprendo, Sarah. ¿Por qué entregaste a John? Él está enamorado de ti. Creí que te importaba.

Sarah se sobresalta, como si la hubiese abofeteado. Aunque responde con voz temblorosa, su mirada es fulminante.

—La verdad es que no sé a qué te refieres, Seis.

Tengo que cerrar los ojos y respirar varias veces para evitar subir el tono de voz y mantener mi enfado a raya.

—Me refiero a la noche en que él vino a proclamarte su amor eterno, ¿recuerdas? Tu teléfono sonó a las dos de la madrugada y la policía llegó poco después. A eso me refiero. Cuando entregaste a John, le partiste el corazón.

Sarah hace amago de levantar la cabeza para responder, pero le recuerdo que la mantenga baja. Entonces vuelve a esconderla entre las piernas y habla con voz neutra.

—Esa no era mi intención: no tenía otra opción. Por favor, ¿dónde está John? Tengo que hablar con él.

—A mí también me gustaría hablar con él. ¡Me gustaría hablar con todos! Pero primero tenemos que averiguar cómo salir de aquí —digo con urgencia.

Sarah parece vencida cuando vuelve a hablar.

—No hay forma de salir. A menos que quieras enfrentarte a miles de mogadorianos.

—¿Qué? —Me vuelvo como un resorte. Pero ¿qué dice? Estamos en unas instalaciones del gobierno de Estados Unidos, no en una base de los mogos—. ¿Los has visto? ¿A los mogos? ¿Están aquí?

Sarah me mira con ojos vidriosos. No se parece a la chica que conocí en Paradise, la humana de la que John se enamoró y por la que hubiese hecho cualquier cosa. No quiero ni pensar en lo que le habrán hecho el FBI y los mogos.

—Sí. Los veo todos los días.

Me quedo sin respiración. Una cosa es sospecharlo y otra que te lo confirmen.

—Bueno, pues ahora yo estoy aquí —anuncio, intentando que al menos una de nosotras gane confianza— y te prometo que al próximo mogo que veamos le meteré una patada en el culo.

Sarah ríe discretamente, con la cabeza oculta entre las piernas. Sus hombros se relajan un poco por primera vez desde que he entrado en la habitación.

—Eso suena genial. Seis, por favor, ¿puedes decirme dónde está John? ¿Está bien? ¿Podré verlo?

Sé que está preocupada por Cuatro, pero que me pregunte continuamente por él empieza a mosquearme.

—Para serte sincera, Sarah, llevo algún tiempo sin verlo. Nos dividimos. Él se fue con Sam y Bernie Kosar a recuperar su Cofre y yo me marché a España a encontrar a otro de los nuestros. En teoría teníamos que reunirnos dentro de tres días, pero ahora mismo me parece imposible.

—¿Dónde? ¿Dónde vais a encontraros? Tengo que saberlo. Me mata no saber dónde está.

—Ahora mismo eso es lo de menos, porque yo no estaré allí —respondo, enojada—. Tenemos que concentrarnos en cómo salir de aquí.

Sarah se sobresalta al oír el tono molesto de mi voz. Lo intenta de nuevo.

—¿Dónde están los otros? ¿Dónde está Número Cinco?

No le respondo; es evidente que ni siquiera me escucha. Vuelvo a la puerta y oigo pasos en el pasillo: más de una persona, sin duda. Sopeso mis opciones. Puedo atraerlos a la celda o abatirlos en el pasillo. En cualquier caso, sé que tendré que enfrentarme a ellos, volver invisible a Sarah y decidir qué dirección tomar para salir de aquí.

Sarah se levanta.

—¿Qué pasa con Siete, Ocho y Nueve? ¿Dónde están? ¿Están juntos?

Si no se calla, conseguirá que nos capturen, o algo peor.

—¡Sarah! —la regaño—. ¡Basta! ¡Para ya!

Aplico la oreja a la puerta y enseguida me doy cuenta de inmediato que algo anda mal: el pasillo debe de estar infestado de hombres. Estamos atrapadas. Me vuelvo para decírselo a Sarah, pero la encuentro en pleno ataque epiléptico. Miro paralizada su cuerpo, que se retuerce por el suelo de la celda, presa de las convulsiones.

—¡Sarah!

Me vuelvo visible y corro a su lado para evitar que siga golpeándose la cabeza contra el suelo. ¿La habrán drogado?

Sarah se convulsiona tan rápido que su silueta se vuelve borrosa. Contemplo, impotente, que una línea blanca aparece en el contorno de su cuerpo. Alargo la

mano para tocarla, pero antes de rozarla con los dedos la línea se vuelve negra. Me concentro mentalmente en Sarah para detener las convulsiones mediante telequinesia, pero, en cuanto lo intento, siento que me arde el cerebro, como si una ingente cantidad de energía oscura me hubiese invadido el cráneo. De pronto, caigo hacia atrás; me duele muchísimo la cabeza y cierro los ojos. Cuando consigo abrirlos, no puedo creer lo que veo: Sarah Hart crece sin parar hasta superar los dos metros de altura y su piel se vuelve cada vez más oscura. Su melena rubia se encoge hasta que lo único que cubre su cabeza es un manto de pelo negro cortado al cero, y su cara se transforma en la de un monstruo demoníaco. Una cicatriz morada aparece a un lado del cuello, ahora muy grueso; luego se alarga despacio hasta rodearlo. Cuando la cicatriz deja de crecer, empieza a brillar.

¿Acaba Sarah de convertirse en Setrákus Ra? No lo he visto nunca, pero he oído lo bastante de él como para saber qué, o a quién, tengo ahora delante.

La puerta se abre de golpe y un fogonazo de luz azul me ciega momentáneamente. Varios soldados mogos entran con los cañones listos para disparar.

Intento volverme invisible, sin éxito. No tengo tiempo de averiguar por qué. Cojo el cañón que había dejado en el suelo para ayudar a Sarah, salto y disparo a uno de los mogos. Cae a mis pies, convertido en una nube de ceniza. Sigo disparando y acabo con dos más, pero cuando me vuelvo para enfrentarme a mi siguiente víctima, algo tira de mí hacia atrás y me estrangula con la cadena de mi colgante. Lo sujeta la bestia que antes era Sarah. Me obliga a volverme, me arrebató el cañón de un manotazo y acerca su cara a la mía. Estoy tan cerca que veo su piel oscura cubierta de pequeñas cicatrices, como si le hubiesen clavado cientos de cuchillas de afeitar.

Me concentro mentalmente para levantar el arma del suelo, pero no se mueve. ¡Mis legados no funcionan! Sin ellos, soy vulnerable, peor que vulnerable: no tengo nada con qué luchar. Pero no pienso rendirme.

—¿Dime dónde están! —ruge Setrákus Ra. Tensa la cadena del colgante alrededor de mi garganta. Su cicatriz morada resplandece cuando me pregunta —: ¿Dónde están, Número Seis?

—Demasiado tarde —susurro con todo el valor que puedo—. Ahora somos demasiado fuertes e iremos a por ti. Lorien volverá a vivir y acabaremos contigo.

La bofetada es tan fuerte que me silban los oídos y un lado de la cara. Me obligo a seguir mirándolo. Tuerce los labios agrietados y muestra dos hileras de dientes torcidos y afilados. Está tan cerca que veo borroso; trato de buscar un punto en que concentrarme. Elijo un diente partido por la mitad del que supura un líquido oscuro y espeso. No sé muy bien por qué, pero es tan asqueroso que tiene el extraño efecto de convertir a Setrákus en alguien menos terrorífico.

—Dime dónde vas a encontrarte con Cuatro dentro de tres días.

—En la luna.

—Morirás delante de ellos. Te mataré yo mismo.

No respondo. Hago como si no me hubiese hablado y él tensa aún más la cadena. El colgante que John y yo encontramos en el pozo de Ohio, el que llevaba ese esqueleto enorme, se me clava en la nuca cada vez más. Mientras Setrákus sigue apretando, recuerdo la cara de John cuando entrenamos juntos, veo a la Guardia en la nave, sentada alrededor de la mesa blanca, y sonrío. Estoy orgullosa de que los Ancianos me hayan elegido. Por respeto hacia ellos, no suplicaré por mi vida.

—Conque estás aquí, Número Seis.

Reconozco la voz de inmediato. El agente Purdy. Al abrir los ojos, veo a un hombre mayor. Lleva un brazo enyesado y la cara llena de moratones. Avanza hacia mí y me doy cuenta de que cojea.

Cuando lo tengo bastante cerca, le escupo en los zapatos de piel. Setrákus Ra se echa a reír justo en mi oreja.

El agente Purdy le habla por encima de mi cabeza.

—¿Has conseguido la información que buscabas? ¿Sabes dónde están?

Setrákus Ra gruñe y, como respuesta, me arroja contra la pared; mis rodillas son lo primero que golpea el cemento. Me desplomo en el suelo, pero Setrákus me levanta de inmediato tirando de la cadena del colgante. Noto que mis costillas han acusado el golpe; creo que tengo algunas rotas. Me cuesta respirar; intento una vez más levantar el cañón del suelo con la mente, pero no se mueve.

—Todo un detalle por tu parte reunirse con nosotros aquí, Seis. Veo que ya has conocido a Setrákus Ra —dice Purdy.

—Eres un cobarde —susurro. Con o sin legados, intentaré vencerlo o moriré en el intento.

—¿Cobarde? Eres tú la que huye de mí —objeta Setrákus, con desprecio.

Le fulmino sus ojos granates con la mirada.

—Eres un cobarde. Debes de creer que no puedes matarme si tengo mis poderes, y a eso yo lo llamo cobardía.

La cicatriz de Setrákus Ra brilla con más intensidad que nunca. Para mi sorpresa, la cadena que me apretaba el cuello se afloja.

—Ponla con la chica —dice Setrákus, quitándose el colgante. El estómago me da un vuelco cuando lo veo en su mano. Él me mira y sonríe—. Lucharé contigo, Seis. Solo. Y morirás. Muy pronto.

Me arrastran fuera de la celda; mis pies resbalan sobre el cemento. Luego algo me golpea muy fuerte en la cabeza y cierro los ojos. Mejor que crean que me he desmayado, así me será más fácil concentrarme y tratar de descubrir adónde me llevan. Primero doblan a la derecha y luego dos veces a la izquierda. Oigo que abren una puerta y me empujan dentro. Tropiezo hasta topar con algo

blando, o hasta que algo blando topa conmigo. Aún tengo los ojos cerrados cuando noto que unos brazos me envuelven. Cuando al fin los abro, por segunda vez en menos de una hora me quedo sorprendida de encontrarme con Sarah Hart.

CAPÍTULO VEINTICINCO



NUESTRO FORD CONTOUR BEIS VUELA POR LA AUTOPISTA con Nueve al volante. Contemplo los campos sembrados de largas hileras de maíz e intento imaginar qué aspecto tendrán desde el espacio. No puedo dejar de pensar en que nuestra nave nos espera en algún punto del desierto de Nuevo México. Después de tantos años huyendo, escondiéndonos y entrenando, todas las piezas van encajando: los miembros de la Guardia han desarrollado sus legados y se están reuniendo, Setrákus Ra ha llegado a la Tierra para luchar y, cuando todo haya terminado, tendremos una nave para regresar a Lorien.

—Me aburro —dice Nueve—. Cuéntame algo, háblame de Sarah. ¿Cómo es? ¿Está muy buena?

—Olvidalo. No estás a su nivel.

—Cuatro, si tú pudiste acercarte, seguro que yo también tengo posibilidades. Sobre todo en este coche.

Este coche. Nueve dejó que me quejara la primera vez que lo vi. Después de haber visto el lujo con que vivían él y Sandor, no es extraño que me esperase un coche más flipante. Pero resulta que las apariencias engañan: el Ford escondía sus virtudes.

Por fuera, el coche parece carne de vertedero. Pero por dentro es el objeto tecnológicamente más sofisticado que he visto jamás. Me siento como James Bond. Tiene un detector de radares y un inhibidor de señales láser, así como ventanas oscuras a prueba de balas. Cuando Nueve está cansado de conducir, el coche lleva el volante por él. Si pulsas un botón, una torreta con un arma sale del capó. Y, por supuesto, la controlas desde el volante. Nueve me ha hecho una demostración en una carretera solitaria del sur de Illinois y ha disparado unos tiros en un granero abandonado. Mi experiencia con coches se limitaba a las camionetas destartadas y otros cacharros que Henri nos proporcionaba: la clase de vehículo que no nos importaba abandonar en el último minuto. Henri nunca hubiese aprobado algo así; dejaría demasiadas pistas, si lo encontraban. Una prueba más de lo diferentes que eran nuestros cêpan.

Nueve aparta las manos del volante y las une como si rezara.

—Por favor, te lo suplico, dime cómo es. Después de tantas horas de maíz, haría lo que fuese con tal de pensar en algo bonito.

Miro los maizales con los labios apretados.

—Ni hablar.

—Colega, cualquiera diría que esa tía no le sirvió tu culo en bandeja a la policía. ¡Vamos! ¿A qué viene protegerla tanto?

—No estoy seguro de que me entregara. Ya no sé a quién creer. Pero si me traicionó, tendría sus razones. Puede que la engañaran o que la obligaran a hacerlo.

Son tantas las preguntas sobre Sarah a las que no puedo dejar de dar vueltas... Ojalá pudiese verla o hablar con ella.

—Vale, vale. Olvídate de eso un momento y dime simplemente qué pinta tiene. Quiero saberlo, en serio. Y te prometo que no diré ni una palabra. —Sé que Nueve no se dará por vencido—. Te lo juro por el código lórico, si es que existe.

—¡Claro que existe! Tú y Sandor estabais demasiado ocupados con vuestra vida lujosa y vuestros juguetes caros para preocuparos por algo tan básico como el código lórico —respondo. Guardamos silencio unos instantes—. Vale, te hablaré de Sarah. ¿Sabes cuando hablas con una chica preciosa y ella solo te presta atención a ti y todo es genial?

—Sí.

—¿Y crees que es la chica más guapa de todo el estado, o de todo el país, o incluso quizá de toda la Tierra? Cuando ella entra en una habitación, la ilumina. Todos quieren que sea su mejor amiga, casarse con ella o las dos cosas. ¿Te la imaginas?

La sonrisa de Nueve se amplía.

—Sí. Vale. Me la imagino.

—Bueno, pues Sarah es así. Es la chica guapa que ilumina la habitación. Te trata como si fueras la persona más importante que ha conocido. Cuando te

sonríe... Oh, tío, es lo mejor: no te importa nada más. Y además es la persona más dulce, inteligente y creativa que he conocido. Le encantan los animales y una vez...

—Colega. Me importa un bledo que le gusten los cachorritos. Dame detalles: qué pinta tiene, su estilo...

Nunca he conocido a nadie tan tozudo. Suspiro.

—Rubia, ojos azules, alta y delgada... Y tendrías que verla con ese jersey rojo que tiene. ¡Le queda tan bien!

Nueve suelta un aullido que acaba despertando a Bernie Kosar, que dormía en el asiento trasero.

—¡Oye! Hemos quedado en que no dirás nada, ¿recuerdas? Lo has jurado por el código lórico.

—Vale, vale, vale. Gracias por la información. Ya veo que esa tía es total. Ahora hálame de Seis. —Nueve sonríe y se frota las manos.

—¡Ni hablar!

—Oh, vamos, Johnny.

Me echo a reír. Es imposible no querer hablar de ella.

—Vale, Seis. Veamos. Bueno, para empezar es la persona más fuerte que conozco.

Nueve suelta un bufido de desdén.

—Anda ya. Seguro que le puedo patear el culo.

—No lo sé, tío. Espera a conocerla.

Nueve se peina en el retrovisor.

—Uf, me muero de ganas.

—Es morena, lleva el pelo largo y siempre parece estar mosqueada...

—¿Te has dado cuenta de que hay algo excitante en que una tía se mosquee contigo? —pregunta Nueve, frotándose la barbilla como si reflexionara profundamente.

De pronto me siento culpable: no debería haber hablado así, y menos con Nueve. Y no tendría que comparar a Seis y a Sarah, como si fuese un concurso... Sobre todo porque se odian. Sarah odia a Seis por todo lo que le dije de Seis la noche que me entregó y Seis odia a Sarah porque arriesgué nuestras vidas para verla cuando Seis necesitaba mi ayuda. Y porque cree que Sarah nos traicionó.

—No me siento bien hablando de Seis. Creo que será mejor que la conozcas y saques tus propias conclusiones.

—Eres un blando, colega —opina Nueve, meneando la cabeza.

Recorremos la carretera en silencio. Las señales de tráfico nos indican dónde estamos. Vuelvo a consultar la tableta mientras les agradezco a Nueve y a Sandor su pasión por la electrónica: gracias a ello he podido conectarla al ordenador del coche. Veo los puntos que nos representan a Nueve y a mí en el este de

Oklahoma; sigue habiendo otro en Nuevo México y un cuarto se dirige rápidamente al norte por el océano Atlántico. Los tres que se habían esfumado han reaparecido en Inglaterra, pero sigo sin entender cómo han podido desplazarse tan rápido desde la India. Decido darme permiso para echar un nuevo vistazo dentro de cinco o diez minutos y comprobar que ninguno ha vuelto a desaparecer.

Miro por la ventana y voy examinando las señales de tráfico que vamos dejando atrás. Cuando estamos a más de medio camino de Nuevo México, me fijo en que el indicador de gasolina se acerca peligrosamente al final de la reserva. Se lo comunico a Nueve y nos detenemos en una estación de servicio. Nueve me pide que abra la guantera: dos fajos de billetes de cien dólares me caen rodando sobre las piernas.

—¡Joder! —exclamo al recogerlos.

—¿Me pasas uno de esos? —me pide Nueve.

Saco un billete y se lo doy. Nueve abre el depósito de gasolina y baja del coche, mientras yo me meto un par de billetes en el bolsillo y devuelvo el resto a la guantera. Agotado, tiro de la palanca para reclinar el asiento, apoyo la cabeza y cierro los ojos. Bernie Kosar se inclina para lamerme la mejilla y no puedo evitar reír. Estoy hecho polvo, pero me resisto a dormir; no quiero enfrentarme a lo que me trae el sueño. Estoy harto de soñar que peleo con Setrákus Ra.

Pienso en Sarah y en Seis; espero que estén bien. Luego pienso en Sam. Aún no me acabo de creer que abandonase a mi mejor amigo. Me repito que no tuve más remedio, que el campo de fuerza azul me había incapacitado hasta tal punto que volver hubiese sido un suicidio. Por muy verdad que sea, sigo sintiéndome mal.

El chasquido final del surtidor de gasolina interrumpe mis pensamientos. Respiro hondo, con los ojos todavía cerrados, para disfrutar de mi último segundo de silencio antes de que Nueve regrese al coche. Pero el silencio continúa. Nueve no entra y lo oigo hablando con alguien. Abro los ojos y me vuelvo hacia el surtidor, pero no hay nadie. ¿Dónde está Nueve? Examinó la gasolinera con la mirada. Nada. Me preocupo de inmediato. Salgo, con Bernie Kosar a la zaga, y cierro las puertas del coche.

Primero entro en la estación de servicio, pero no lo veo. Luego voy al aparcamiento, que está lleno de camiones. Gracias a mi oído excepcional, oigo la voz de Nueve, que sin duda está rayadísimo. Bernie Kosar y yo corremos hacia la voz, sorteamos varios camiones y lo encontramos entre dos chavales con las camisetas manchadas de sangre y tres camioneros enormes que le gritan a la cara.

—¿Qué me has dicho? —pregunta el camionero de en medio. Una poblada barba pelirroja le cubre la cara bajo la gorra amarilla.

—¿Estás sordo? —responde Nueve, hablándole como si fuera idiota—. He

dicho que tienes brazos de nena. Mírate las muñecas.

¿Por qué insiste en meterse en líos?

—Hum... ¿Qué pasa? —interrumpo, avanzando unos pasos.

El camionero de la derecha, un tipo alto con gafas de aviador, me mira, me señala con un dedo y grita:

—¡Métete en tus asuntos, gilipollas!

Cuando me uno al grupo, el camionero de la izquierda me suelta un escupitajo marrón a los pies.

—Por lo que he podido averiguar —me explica Nueve volviéndose hacia mí —, estos gordos se han enfadado con estos chavales. Los chavalitos hacían dedo y uno de los gordos los recogió; al parecer le prometieron un dinero que no tenían por el viaje, y ahora los gordos quieren darles una paliza con sus bracitos de nena.

Me vuelvo hacia los camioneros, los gordos, e intento arreglar las cosas.

—Vale, esto no tiene nada que ver con nosotros y tenemos que ponernos en marcha. Así que, tíos, me disculpo por mi amigo, que a veces tiene tendencia a meterse en los asuntos de los demás.

—Sí —gruñe el barbudo—, lárgate de aquí, niño, y deja que tratemos con estos mangantes.

Por primera vez me fijo en los autoestopistas. Huelen como si llevaran una buena temporada en la carretera; no tendrán más de dieciocho años, seguramente menos. Cuando los camioneros avanzan amenazadores hacia ellos, los chavales intercambian miradas de pánico. De inmediato Nueve se planta delante y dice:

—No me importa quién prometió qué a quién. Si volvéis a tocar a estos chicos, os parto los brazos.

Me interpongo entre Nueve y los tres camioneros, que ahora están furiosos, y retengo a ambas partes. Bernie Kosar ladra amenazadoramente.

—Vale, vale, dejadlo ya. —Me vuelvo hacia Nueve y lo obligo a que me escuche—. Ahora no es el momento. Es muy importante que lleguemos a cierto sitio. —Meto la mano en el bolsillo y me vuelvo hacia los camioneros—. Vale, ¿cuánto dinero dijeron que os darían?

—Cien pavos —asegura el de las gafas de aviador.

—Bien.

Me saco un billete del bolsillo. Los camioneros ponen los ojos como platos al ver un billete tan grande y enseguida me doy cuenta de que las cosas acaban de empeorar.

—¿Por qué vas a darle algo a esos tipos, Johnny? —pregunta Nueve.

Siento la pesada mano de uno de los camioneros en el hombro. Me lo estruja mientras dice:

—¿He dicho cien? Quería decir mil, « Johnny » .

—¡Eso es de locos! —grita uno de los autoestopistas—. ¡Nunca dijimos que os daríamos dinero!

Me vuelvo hacia los camioneros, agitando el billete como si fuera una bandera.

—Cien pavos, tíos, tomadlo o dejadlo. Consideradlo una propina por los servicios prestados o un pago por ahorraros una paliza: me importa un bledo como lo llaméis. ¡Cogedlo!

—He dicho mil —repite el hombre de la izquierda esta vez escupiendo directamente encima de la punta de mi zapato—. ¿Estás sordo?

Los gruñidos de Bernie Kosar empiezan a salir de lo más profundo de su garganta.

Nueve da un paso adelante, pero lo empuja de nuevo hacia atrás y le grito:

—¡No vale la pena, tío! —Acerco la cara a la suya para que entienda que voy muy en serio. No dejaré que lo haga—. Por favor, piensa en lo que Sandor querría que hicieras. Él querría que te largaras. Necesito que te largues —susurro.

—¡No os vais a quedar ni una mierda! —les grita Nueve a los camioneros, por encima de mi hombro.

Lo empuja hacia atrás, hacia el coche, y me vuelvo justo a tiempo de ver que el camionero barbudo se ha sacado una navaja del bolsillo.

—Dadme todo vuestro dinero. Ahora.

Los otros dos hombres avanzan y me rodean.

—Oídme bien —digo bajando la voz, intentando controlar la situación—, vais a coger esos cien pavos y os vais a largar de aquí. De lo contrario, no contendré más a mi amigo. Y, creedme, eso no os gustará. No tenéis ni idea de lo que es capaz de hacer.

No me sorprende del todo que su respuesta sea un puñetazo por la derecha, que esquivo con facilidad. Agarro al camionero de la muñeca y lo tumbo al suelo. BK se le acerca gruñendo y el hombre retrocede.

—¡Me toca! —exclama Nueve alegremente, apartándose de un empujón.

El camionero barbudo lo ataca con la navaja, pero Nueve lo esquiva fácilmente, se agacha, rodea con el brazo la axila del hombre y lo manda de bruces al suelo.

—Tío, tendrías que escuchar a mi sabio colega. No os conviene para nada meteros con nosotros.

—Vale, vale. Ya está —digo conciliador, apoyando la mano en el hombro de Nueve—. Y ahora nos iremos todos. Vamos.

Oigo el chasquido de un percutor. Nos quedamos muy quietos. El camionero de las gafas de aviador nos amenaza con una Desert Eagle calibre 50. No sé nada de armas, pero esta sin duda es de las gordas. El tipo parece hablar bastante en serio cuando pregunta:

—¿Quién quiere morir primero?

Nueve da un paso al frente, por supuesto, y se cruza de brazos.

—Yo.

El camionero apunta a Nueve a la cara y se ríe, convencido de que no es más que una bravata.

—No me tientes, mocoso. Matarte me alegraría el día.

—Bueno, pues entonces dispara y date una alegría: a juzgar por tu pinta, no debes de tener muchas —responde Nueve.

Suspiro, consciente de que todo esto acabará mal. Y al final lo único que conseguiremos es llamar la atención, que es justo lo que no necesitamos.

En este punto, las cosas se precipitan. Primero, el bocinazo de un camión cercano sobresalta al camionero, que dispara el arma. Nueve detiene la bala con la mente, a centímetros de su nariz. Sonríe, ladea la cabeza y manda la bala de vuelta al camionero que la ha disparado. Al ver la bala que se acerca, el camionero les da la espalda y pone pies en polvorosa.

Miro a Nueve. Se lo está pasando en grande. Sé lo que piensa hacer a continuación y es muy mala idea.

—No, Nueve. No lo hagas —le digo negando con la cabeza, a sabiendas de que lo hará de todos modos.

Nueve ríe y se hace el inocente.

—¿Hacer qué? ¿Esto?

Los dos miramos la bala que sigue suspendida donde él la ha detenido, cerca del camionero. Entonces Nueve suelta una risita y envía la bala directamente al culo del tipo, que se desploma al suelo gritando como un loco. Nueve se vuelve hacia los otros camioneros, incluido el que Bernie Kosar ha dejado levantar. Están tan asustados que tienen toda la pinta de estar a punto de mearse en los pantalones. Nueve les sonríe: todavía no ha terminado con ellos.

—¿Sabéis una cosa? Creo que deberíais compensar el mal comportamiento de vuestro amigo. Haremos lo siguiente: meteos las manos en los bolsillos, muy despacio, y sacad vuestras carteras. Luego quiero que les deis todo lo que llevéis encima a estos agradables chicos de aquí —dice, señalando a los autoestopistas—. Estoy seguro de que no os apetece oír lo que haré si no cooperáis. Vamos, deprisa.

Los dos camioneros asienten y rebuscan en sus bolsillos, mientras los autoestopistas no dan crédito a lo que acaban de ver.

—Hum... gracias, tío —dice uno de ellos.

—De nada —responde Nueve cuando reciben el dinero. Todas las manos, menos las nuestras, tiemblan visiblemente.

—Solo para que lo sepáis: no le prometimos que le pagaríamos nada a ese tío. Querían robarnos, pero estamos sin blanca.

—Os creo. Y ya no estáis sin blanca —añade Nueve, sonriendo—. Digamos

que sé lo que es estar en la carretera, viajando de un sitio para otro. Para un chaval puede ser difícil conseguir algo de pasta.

Nueve se vuelve hacia mí en busca de confirmación. Sonríe a los chicos, pero cuando le miro a él le dejo claro que estoy mosqueadísimo. Nueve se encoge de hombros y exclama:

—¡Espero que tengáis más suerte con el próximo que os recoja!

Se da media vuelta y se aleja. BK y yo lo seguimos.

Subimos al coche y nos marchamos en silencio. Al cabo de unos minutos, Nueve pone la radio y empieza a tamborilear el volante con los dedos, siguiendo el ritmo de la canción.

—¿Qué demonios hacías ahí? —le grito, dándole un puñetazo en el hombro—. ¡Y no me sueltes el rollo de los pobres niñitos y los camioneros malos! ¡No hacías más que divertirme y fardar! Y ¿sabes qué? Eso nos pone en peligro a los dos, por no mencionar que no ayuda a que lleguemos donde tenemos que llegar. ¡Vamos, Nueve! ¡Céntrate un poco!

Nueve sujeta tan fuerte el volante que se le ponen los nudillos blancos y tiene la mandíbula tan apretada que le tiemblan los músculos.

—Ni estaba fardando ni lo hacía solo para divertirme.

Espero que continúe, que se explique, pero está claro que no piensa decir nada más. ¿Por qué está tan mosqueado?

—Entonces ¿qué? ¿Defendías a dos humanos de unos matones? ¡Pero si siempre dices que los humanos no merecen nuestro tiempo ni nuestra energía! —Nueve se sobresalta cuando le replico con estas palabras.

—No me gustan los matones. Nadie tiene derecho a abusar de los demás solo porque esté en posición de hacerlo. No iba a permitirlo. Y quería asegurarme de que no lo intentaran nunca más. —Habla con tono impersonal. Observa mi expresión sorprendida y devuelve la mirada a la carretera—. No sé de qué te extrañas. Soy humanitario, tío.

Cada vez que creo que ya he calado a Nueve, hace algo que me sorprende, y acaba gustándome aún más. Me encojo de hombros y sigo mirando el paisaje que pasa a toda velocidad por mi ventanilla. Llevo el ritmo de la música golpeando el reposabrazos.

—No lo sabía —le digo.

Nueve se relaja y sonríe satisfecho, como el Nueve de siempre.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes, tío. Ahora ya lo sabes.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



MI CABEZA DESCANSA EN EL REGAZO DE SARAH, LA auténtica Sarah Hart, que me acaricia el pelo. Con la mirada perdida en el techo, alargo un brazo y me toco el cuello. El corte que lo recorre es profundo. Quiero sentarme, pero mis costillas y mis rodillas maltrechas no me lo permiten.

Me siento humillada por la facilidad con que Setrákus Ra me ha superado, por mi debilidad ante su fuerza titánica. He matado a muchos soldados mogadorianos, les he cortado la cabeza mientras los acribillaba con armas que controlaba con mi mente. Desde que recibí mis legados, siempre he estado dispuesta a luchar, sin miedo, sin que me importase a quién o a qué me enfrentaba. Hasta ahora. Setrákus Ra ha tirado de mi colgante y me ha zarandeado como una muñeca de trapo. No he podido hacer nada. Hasta ha conseguido que desaparecieran mis legados. He tenido la oportunidad de matar a Setrákus Ra, salvar Lorien y acabar con la guerra, y me ha aplastado como si fuera un vulgar mosquito.

—¿Seis? ¿Puedes decirme si John está vivo? Sé que te duele todo, pero ¿puedes decirme eso?

—Sí, está vivo —susurro.

Suspira aliviada. Tras una pausa, me pregunta:

—¿Cómo te encuentras?

—La verdad, no lo sé. —Vuelvo la cabeza para mirar los ojos cansados de Sarah. Intento sonreír, pero estoy agotada. Los párpados se me cierran cuando abro la boca para añadir—: Él era tú; ese monstruo me hizo creer que eras tú.

Sarah lo comprende sin más. Menea la cabeza y aparta la vista.

—Lo sé. Me lo enseñó. Hace un par de días apareció en mi celda. Creí que había venido para llevarme a la habitación donde... —Se detiene unos instantes, luego carraspea y endereza la espalda—. La habitación con todas esas máquinas y luces estroboscópicas. Cuando estoy ahí dentro, enloquezco y me duele todo. Es difícil de explicar. Pero no había venido para llevarme a ningún lado. Se quedó ahí de pie, sin decir nada. Entonces empezó a tener convulsiones, como si fuese víctima de un ataque epiléptico, luego lo vi encogerse y ¡bam! de repente fue como si me estuviera mirando en un espejo. Cuando por fin habló, no lo hizo con su voz. Era la mía. Intenté golpearle y arrancarle los ojos, pero me dio tal paliza que... Bueno, no he conseguido ponerme en pie hasta que te he cogido cuando te han arrojado aquí.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Intento reír, pero no pasa de la garganta—. No, en serio: gracias.

—De nada —me dice con una sonrisa.

Debe de haber estado aterrorizada. Yo nunca había pasado tanto miedo, y eso que he nacido y me han educado para esto. Esta es mi vida, pero no tiene nada que ver con la de Sarah.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo saben tanto de ti? —le pregunto—. ¿Cómo ha podido Setrákus engañarme durante tanto tiempo?

—Lo saben todo, Seis —responde muy seria.

Me aparto lentamente de su regazo y me incorporo procurando hacer caso omiso a mis costillas, que me ruegan que siga acostada.

—¿A qué te refieres con « todo » ? ¿Sobre quién? ¿Y qué sabes tú de todo esto? Sarah aparta la vista.

—Lo poco que sé, lo he contado: todo. No pude evitarlo. Me llevaban a esa habitación, me inmovilizaban y me administraban drogas; me hicieron las mismas preguntas, una y otra vez, hasta que mi boca empezó a moverse, por mucho que yo le dijera que se callase. No podía parar de hablar. —Sarah esconde la cara entre las manos y rompe a llorar—. Se lo conté todo, repetí conversaciones enteras palabra por palabra.

Apoyo la espalda en la pared y dejo que el dolor me inunde el cuerpo.

—Si John ve a Setrákus y cree que eres tú, no sé qué pasará.

De pronto Sarah se pone frenética.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que detenerle! ¿Cómo podemos avisarle?

—No sé si estoy dispuesta a escapar de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta, perpleja.

Me pongo en pie con dificultad, sujetándome las costillas.

—Ahora que he conocido a Setrákus Ra quiero enfrentarme de nuevo a él. Me ha dejado vivir y ahora voy a matarle.

Mis palabras resultarían más convincentes si no estuviese tambaleándome, pero lo digo de todo corazón.

Sarah se pone de pie y me fija en ella por primera vez. Tiene la cara llena de mugre y moratones, y el cabello rubio le cae sin vida sobre los hombros, pero, a pesar de todo, sigue siendo guapa. Tiene la parte inferior del suéter rojo desgarrada y no lleva zapatos. Ella también se tambalea un poco. Me observa, incrédula.

—Mírate, Seis. Estás herida, muy herida. ¿Sabes siquiera lo que dices? Sería una locura que te enfrentaras a él tú sola. John vendrá; espéralo, por favor. Vendrá y nos rescatará a nosotras y a Sam. Sé que lo hará.

—¿Sam está aquí? ¿Estás segura? ¿Lo has visto?

Sarah aprieta la mandíbula.

—Una vez lo arrojaron aquí, conmigo. Estaba inconsciente, lleno de cortes y de golpes, como yo. —La energía se le escurre del cuerpo y baja la voz—. Pero ahora ya no me creo nada de lo que he visto ni oído.

Al imaginarme a un Sam ensangrentado en esta misma celda, se me revuelve el estómago. ¿Qué sucedió en esa cueva mogadoriana? Doy un puñetazo a la pared de cemento y me sorprende al ver que la he agrietado: estoy recuperando las fuerzas. No siento dolor. Miro a Sarah a los ojos.

—¿Entregaste a John esa noche en el parque? Tienes que decírmelo.

Responde sin vacilar:

—Rotundamente no. ¡Lo quiero! Sí, estuve confundida sobre... bueno, todo: había mucho que asimilar. Pero nunca os traicionaría a ninguno de vosotros, y mucho menos a John.

Veo sus ojos anegados de lágrimas y sé que dice la verdad.

—¿Lo sigues queriendo, aunque sea un extraterrestre? ¿No te importa?

Sarah sonríe.

—No puedo explicarlo. No puedo explicar cómo siento el amor, cómo me llena por dentro y me ayuda a seguir adelante, pero sé que es algo intenso y hermoso, y es lo que siento por John. Lo quiero y siempre lo querré.

Al pronunciar esas palabras en voz alta, Sarah se yergue; parece más fuerte y decidida.

Su convicción me conmueve. Recuerdo lo que sucedió entre John y yo, el beso y todo lo demás. No quiero a John como lo quiere Sarah. Está claro que, para ella, John es único en todo el universo.

—Sabes, me han venido a la cabeza recuerdos de nuestro viaje a la Tierra. Él

y yo siempre nos peleábamos —digo en voz baja.

—¿Ah, sí? —pregunta, ávida por oír cualquier cosa que pueda contarle.

—Bueno, más que pelearnos, le daba empujones y le quitaba sus juguetes.

Nos echamos a reír y me toma de la mano. Siento que esté aquí por nuestra culpa. No la abandonaré. Tiene tanta fe en lo que hacemos, en quiénes somos... Se lo noto en la cara.

—Te sacaré de aquí, ¿vale? Te devolveré al lado de John.

—Eso espero —responde con suavidad.

—Y encontraremos a Sam y también lo sacaremos de aquí; luego nos reuniremos con Siete, Ocho y Diez, encontraremos a Cinco y a Nueve y funcionaremos como un equipo.

La sensación de tener su mano en la mía me da más fuerza, más seguridad que nunca.

—Un momento, ¿has dicho « Diez » ? Creía que erais solo nueve.

—Hay muchas cosas que aún no sabes, cosas de las que nos hemos enterado hace poco —respondo, mientras me toco el corte que me rodea el cuello. Sigue doliéndome, pero parece que empieza a curarse. Me pregunto si estará desarrollando un nuevo legado.

Sarah me abraza, pero el momento que pasamos juntas es breve. La puerta se abre de golpe y varios mogos entran en la celda apuntándome con sus cañones.

—Vuélvete invisible, vamos —susurra Sarah.

Me tanteo las costillas y doblo el cuello. Me siento mejor que hace cinco minutos. Creo que será suficiente.

—No. Estoy harta de huir.

La mujer pelirroja que he visto en el jardín entra cojeando en la celda. Miro el brazo que lleva en cabestrillo y las vendas que le cubren la mejilla y deseo haber sido la que le causó esas heridas. Cualquiera que se alíe con los mogos y torture a chicas en un búnker secreto se merece eso y mucho más. ¿Sabrá esa mujer quiénes son los mogos realmente? ¿Lo que pretenden hacer?

La mujer frunce la boca y me fulmina con la mirada.

—De modo que tú eres la que luchará con Setrákus Ra.

—Sí —respondo, dando un paso al frente—. ¿Quién eres tú?

—¿Que quién soy yo? —pregunta, extrañada. Supongo que no está acostumbrada a que la gente cuestione su derecho a estar en un sitio y le pida que se identifique.

—Sí, tú, gilipollas. —¿Me habrá confundido con alguien que respeta su posición?—. Te he hecho una pregunta. ¿Quién eres y por qué trabajas con ellos? ¿Sabes lo que harán los mogadorianos? ¿Cuál es su plan? En cuanto hayan conseguido lo que quieren, destruirán la Tierra. ¡Y vosotros no solo los ayudáis, sino que les sacáis la alfombra de bienvenida! ¿Os han explicado por qué están

aquí? ¿Lo habéis preguntado siquiera?

Estoy furiosa y desesperada: esta mujer tiene que escucharme, necesita saber lo que está en juego aquí.

—Sé todo lo que necesito saber —dice sin inmutarse—. Están aquí porque os buscan, a ti y a tus amigos. A cambio de nuestra ayuda, ellos colaboran con nosotros en asuntos vitales para nuestra seguridad. Y te contaré un secretito: no sabes cuánto deseo volver a vérmelas con ese Número Cuatro y su chalado amigo alienígena. Nadie desea enfrentarse a ellos más que yo y lo haré.

Sarah y yo intercambiamos miradas. ¿Un amigo alienígena? ¿De quién habla? ¿John se ha reunido con otro guardián?

—¿En qué os van a ayudar los mogadorianos? —pregunto.

—Bueno, para empezar tenemos esto. —La agente señala el cañón mogadoriano—. Miles y miles de armas alienígenas de características imposibles de conseguir aquí, en la Tierra, y a las que ninguno de nuestros enemigos tiene acceso. Con esta tecnología, el Pentágono estará a años luz de cualquier otro ejército de la Tierra. Seremos invencibles.

Estoy asqueada, y me aseguro de que se note.

—Setrákus Ra también nos ha suministrado iridio, un elemento químico muy escaso en la Tierra gracias al cual hemos llevado a cabo avances científicos que generarán millones de dólares para este país —continúa la agente—. El gobierno de Estados Unidos también está muy interesado en encontrar vida en otros planetas y los mogadorianos ya han compartido con nosotros información al respecto.

Cuando deja de hablar, se mece sobre los pies y se cruza de brazos, desafiante.

—¿Y os han contado lo que hacen cuando encuentran vida en otros planetas? Te lo diré: ¡la destruyen! —le grito en la cara—. Esta vez habéis elegido el bando equivocado. Mis amigos y yo intentamos detenerlos.

—Ya basta. Setrákus Ra quiere verte. Ahora.

La mujer se aparta para dejarme pasar.

Sé que puedo acabar con ella y con todos sus soldados, pero así solo conseguiría atrasar mi verdadero objetivo: derrotar a Setrákus Ra.

—Por muy tentador que me resulte acabar con todos vosotros ahora mismo, creo que os dejaré para ese Número Cuatro y su chalado amigo alienígena —me burlo—. Si Ra quiere verme ahora, que así sea.

Paso delante de ella y salgo de la celda.

—¡Seis! ¡Ten cuidado, por favor! —me grita Sarah.

Avanzo por un pasillo, flanqueada por el enemigo. Recorremos varios pasadizos, atravesamos un buen número de puertas y, al cabo de unos minutos, me encuentro en una habitación inmensa, lo bastante grande para cobijar un ejército de tanques. Y también para librar una batalla épica.

La puerta se cierra con llave a mi espalda. Está tan oscuro que apenas puedo ver más allá de un palmo de distancia. Avanzo hacia lo que creo que es el centro de la habitación y compruebo mi telequinesia levitando hasta allí. El dolor que sentía antes ha desaparecido. Cuando creo haber llegado al centro, cierro los ojos y me vuelvo para sentir mentalmente el entorno. Intuyo que varias docenas de soldados entran silenciosamente en la sala. Estoy decepcionada: quería que este combate fuera cosa de dos.

Cuando abro los ojos, casi se han adaptado a la oscuridad. Ojalá tuviese ese legado de Marina que le permite ver a oscuras, pero de momento me las apaño. Los soldados mogos forman en la pared del fondo. Llevan túnicas negras hechas jirones y botas negras, y blanden sus espadas. Son más grandes que la mayoría de los mogadorianos a los que me he enfrentado, pero sé que puedo matarlos como a los demás. Detrás se abre una puerta y entran más soldados.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Setrákus Ra! —grito al techo, volviéndome para que los mogos puedan verme y sepan que no se enfrentan a un humano acobardado—. ¡Creía que querías luchar conmigo!

Una parte de la pared estalla al fondo de la habitación y aparece el líder mogadoriano. Los tres colgantes lóricos se mecen en su cuello grotesco. ¡Pienso arrebatarlos todos! Setrákus Ra abre los brazos y grita:

—¡Primero gánate ese derecho!

Supongo que esa debe de ser la orden de ataque, porque, todos a una, los soldados sueltan un grito de guerra y cargan contra mí. Me vuelvo a mi derecha y empiezo a eliminarlos, uno a uno.

CAPÍTULO VEINTISIETE



EL VIENTO, LA ARENA CALIENTE Y UN SOL DE JUSTICIA, ASÍ COMO un intenso dolor de cabeza, me dan la bienvenida a nuestro siguiente teletransporte. Intento protegerme los ojos del sol cegador mientras me recupero, acostada boca arriba. Bienvenidos a Nuevo México.

—Oh, sí —gime Ocho, pero parece satisfecho—. Lo hemos conseguido.

Sonrí, pero sigo muy quieta, esperando que el dolor de cabeza remita.

—¿Ella?

—Estoy aquí, Marina. ¡Mira dónde estamos! ¡Nuevo México!

—Por fin. ¿Puedes volver a comunicarte con Seis?

—Lo he intentado. Sin suerte, por ahora.

Me levanto despacio. Ocho se arrastra a gatas al pie de una duna, respirando con dificultad. El teletransporte parece haberle afectado más que las últimas veces. Ella le ha puesto la mano en la nuca. Veo los dos cofres cerca. Me vuelvo 360 grados: no hay más que arena, arena y más arena en todas direcciones. Y algún cactus, de vez en cuando.

—¿Hacia dónde vamos?

Ella y Ocho suben la duna y se detienen a mi lado. Poco después, Ella señala

al norte.

—¡Mirad! Seis dijo algo de que iba a morir en un desierto con montañas.

Entorno los ojos y veo a qué se refiere: el tenue contorno de unas montañas en la calima vespertina.

—Entonces iremos allí —decide Ocho—. Podremos cubrir la distancia con saltos cortos en cuanto recupere la capacidad de teletransportarme. Por ahora, andaremos.

Recogemos los cofres y nos dirigimos al norte.

—Ella, tienes que insistir en lo de Seis. Si no lo consigues, puedes intentarlo con Cuatro o incluso los otros, Cinco o Nueve —le indico. Hemos perdido mucho tiempo para llegar hasta aquí; quizás Ella pueda averiguar algo que nos ayude a recuperarlo.



Nueve examina el mapa que ha abierto en la pantalla del centro del volante. Mira el interminable desierto que nos rodea. El GPS del coche ha detectado un túnel subterráneo en las inmediaciones, de modo que ahora solo tenemos que encontrar la entrada. Pulso el triángulo verde de la tableta: señala que no nos hallamos más que a un par de kilómetros de nuestra nave. Pulso el círculo azul y grito:

—¡Nueve! ¡Están aquí!

—¿Quién está aquí? —pregunta él, oteando el horizonte.

—Los otros tres puntos azules. ¡Están aquí, en Nuevo México!

Nueve me arranca la tableta de las manos y suelta un prolongado silbido.

—Jo, tío. Está claro que estamos en el lugar adecuado. No sé adónde nos llevará este túnel o a quién nos encontraremos, pero aquí pasará algo gordo. — Me mira con ojos resplandecientes.

—Sí, creo que ya casi lo hemos logrado. Esto es el principio del fin. —Acabo de darme cuenta de que esta será la batalla de nuestras vidas.

—Aquí es cuando nos ponemos a la altura de las circunstancias. Lucharás como nunca, Cuatro. Serás una bestia. ¿Y yo? Le arrancaré la cabeza a Setrákus Ra, la envolveré para regalo y la mandaré de vuelta a Mogador con un gran lazo rojo. Y después Lorien resurgirá de sus cenizas. —Le tiembla la voz por la emoción, la ira y las ganas de luchar acumuladas.

Bernie Kosar ladra en el asiento trasero y Nueve se vuelve sonriendo.

—¡Tú también, BK! ¡Les darás mucha caña, amigo!

Imagino cómo debe de ser reunirse con todos los miembros de la Guardia, algo que llevo mucho tiempo prohibiéndome. Miro el horizonte. Noto la cabeza lúcida, abierta a todas las posibilidades. Es una sensación agradable. Y es

entonces cuando oigo un eco tenue, la voz de una chica en mi cabeza. Al principio me llega lejana y entrecortada, como una mala señal de radio, pero poco a poco va ganando nitidez.

¿Cuatro? ¿Número Cuatro? ¿Me oyes?

—¡Sí, sí! ¡Te oigo! —grito, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Quién eres? ¿Dónde estás?

Nueve me mira, confundido.

—Hum... colega. Ya imagino que me oyes, estoy aquí al lado.

—Tú no: he oído a una chica. ¿Tú no? Una chica acaba de hablarme.

¿Número Cuatro? Soy Diez, ¿me oyes? Puede que esto no sirva de nada: no sé si estoy hablando con alguien. Igual nunca averiguaré cómo hacerlo, sin Crayton.

—Ahí está otra vez —digo animadísimo. Nueve me mira como si me hubiese vuelto loco—. ¡Nueve, acaba de decir algo más! ¿La oyes? ¡Dice que es Diez! ¡No sé cómo, pero creo que está dentro de mi cabeza!

—¡Número Diez! ¡El bebé de la segunda nave! ¡Bueno, no te quedes ahí sentado, mirándome! ¡Dile algo, atontado!

Eso es fácil de decir. Diez no sabe si la cosa funciona; supongo que es un nuevo legado... ¡para los dos! Hace falta cierta práctica para aprender a manejar un legado justo cuando se quiere. No sé si dispongo de mucho tiempo para averiguarlo. Tomo aire, me abstraigo del ruido exterior e interior y me concentro. Intento recrear la sensación que experimentaba justo antes de escuchar la voz. Me siento tranquilo, abierto y en cierto modo... conectado.

Te oigo, le digo a mi cabeza. Nada. Espero un momento y lo intento de nuevo. ¿Número Diez?

¡Número Cuatro! ¡Me oyes!

—¡Me ha oído! —Suelto una carcajada y miro a Nueve, satisfecho.

—Dile que estamos a punto de llegar y que todo se arreglará; que nos daremos un garbeo y pasaremos a recogerla de vuelta a Lorien, esté donde esté.

¿Dónde estás? —oigo que me pregunta—. Yo estoy con Siete y Ocho en el desierto, en Nuevo México. Intentamos encontrar y rescatar a Seis.

—¿Qué dice? —grita Nueve.

Sé que le vuelve loco no poder oír nuestra conversación, pero ahora mismo no tengo tiempo de responderle.

¿A qué te refieres? ¿Dónde está Seis? Nosotros también hemos llegado a Nuevo México. Estoy con Nueve y buscamos una base subterránea.

Miro las montañas.

—Tenemos que encontrar ese túnel, y deprisa —le digo a Nueve.

—¿Y Diez? ¿Te ha dicho dónde está?

—Solo que está aquí en el desierto con Siete y Ocho y que intentan rescatar a Seis, que debe de ser el punto que vimos antes en el mapa.

Sé que no debería preocuparme (si alguien puede cuidar de sí misma, esa es

Seis), pero no puedo evitarlo.

—Tiene que estar en la base de Dulce. Vamos a buscarla. —Los dedos de Nueve vuelan sobre la pantalla. El mapa cambia de color: al parecer está explorando la zona. Al cabo de un rato hace un *zoom* en el tronco de un cactus de cinco costillas situado a medio kilómetro de nosotros. Por debajo se adivina el contorno de un túnel subterráneo—. ¡Ja! ¡Buen intento, cabronazos del gobierno! ¡Dile a Diez que mueva el culo y venga aquí ahora mismo!

¿Puedes decirme dónde estáis, Diez? Hemos encontrado un túnel de acceso a la base donde creemos que tienen a Seis. Nosotros estamos en un coche marrón, detenidos en una carretera secundaria.

Tras una pausa, Diez responde:

Podemos teletransportarnos hasta allí. ¿Cómo os encontramos?

—No saben cómo encontrarnos —informo a Nueve.

—¿Podemos enviarles alguna señal? ¡Mierda! ¡Tendríamos que haber traído ese lanzamisiles! —Nueve golpea el volante con la palma de la mano y mira por la ventana, fastidiado.

—No necesitamos ningún lanzamisiles —le digo cayendo en la cuenta.

Salto fuera del coche, enfoco las manos al cielo y, tras encender mi lumen, muevo los rayos de luz.

Buscad las luces del cielo, le indico a Diez.

Durante un minuto no oigo nada. Espero que no hayamos perdido la conexión.

¡Las vemos!, exclama Diez por fin.

—Están en camino —grito al interior del coche, mientras mantengo mi lumen en el cielo. Quiero darles el mayor tiempo posible para que vean exactamente dónde estamos—. Tenemos que quedarnos quietecitos y esperar.

—Eso intento —dice Nueve, estudiando de nuevo la pantalla del volante sin dejar de revolverse en el asiento—. ¡Tío, me parece alucinante que los hayamos encontrado!

Finalmente apago el lumen y subo otra vez al coche. De pronto oímos el inconfundible rumor de un helicóptero.

—Oye, Johnny, no creo que vengan en helicóptero, ¿verdad?

—Mierda.

Bernie Kosar me salta a las rodillas, apoya las patas delanteras en la puerta y mira por la ventana. Los tres vemos que varios helicópteros ascienden por el brumoso horizonte. Se desplazan juntos y se detienen justo encima de nosotros. Me concentro en el que tengo delante y consigo hacerlo girar frenéticamente sobre sí mismo y mandarlo por donde ha venido hasta estrellarlo contra el suelo con la contundencia suficiente para que no pueda volar en una buena temporada.

—Tienen que ser los federales. Me están hartando casi tanto como los mogos. ¡Seguramente nos buscaban y han visto tus luces! —grita Nueve.

La torreta del capó se levanta. Nueve apunta y luego dispara unas ráfagas de advertencia a la derecha de los demás helicópteros, y otra a la izquierda. En cuanto deja de disparar, los helicópteros bajan justo encima de nuestras cabezas. Cuando me dispongo a librarme de otro de ellos mediante telequinesia, Nueve grita:

—¡Fíjate en la carretera!

Miro a mi izquierda y veo la impresionante nube de polvo que levanta una larga hilera de vehículos negros. Bernie Kosar ladra y rasca la puerta. Lo dejo salir, y el animal se transforma en un enorme halcón y sale volando. Voy al maletero del coche y lo abro de un puñetazo; bajo la cremallera de una de las bolsas, saco cuatro rifles automáticos y dejo dos junto a la puerta de Nueve. A lo lejos, algunos vehículos empiezan a disparar. Me subo al capó del coche y apunto mientras Nueve sigue acibillando a los helicópteros. Veo de reojo que Bernie Kosar se lanza en picado sobre uno de ellos, atrapa al piloto entre las garras, le rasga con el pico el cinturón de seguridad y lo saca del helicóptero. Después BK deposita al piloto en la arena, mientras el aparato se estrella y estalla en llamas. La caravana de vehículos negros se desvía para esquivar los restos del aparato incendiado, y yo disparo mis dos armas y reviento las ruedas de los dos primeros coches. Eso no detiene el convoy, pero al menos atrasa su marcha.

Los helicópteros restantes se dispersan por el cielo y nos atacan desde diferentes ángulos. La arena salta a nuestro alrededor; un helicóptero nos sobrevuela y tengo que esquivar la ráfaga de disparos que nos dedica rodando por el suelo.

Procuro despejarme mentalmente. No es fácil, pero le estoy pillando el tranquilo al método que me permite penetrar en mi cabeza y comunicarme. Respiro varias veces y me relajo. *¿Número Diez? ¿Dónde estáis? Nos atacan.*

Lo oímos. Ya llegamos, me responde tranquila y algo preocupada. Me sienta bien oírla, saber que los otros están en camino.

Me vuelvo y veo dos helicópteros negros que viran a la izquierda y empiezan a disparar un misil tras otro a un nuevo blanco. ¡Tienen que ser ellos! Solo puedo redirigir tres misiles, pero alguien desvía el resto.

—¡Diez y los demás están a punto de llegar! —le grito a Nueve por la ventanilla del coche. Lo siguiente que veo es que la torreta del capó estalla; los pedazos de metal caliente salen despedidos y me pasan rozando la cabeza. Me bajo del capó justo a tiempo: una nueva ráfaga de disparos lo parte en dos.

Nueve se apea del coche de un salto y coge los dos rifles que he dejado junto a la puerta del coche.

—Parece que tenemos una buena entre manos. ¡Llevo toda mi vida esperando esto!

Los helicópteros dan un rodeo y se sitúan encima del lejano convoy de vehículos para formar un frente unido. Nueve levanta la palma de la mano y, de

pronto, el primer camión sale volando como un cohete rumbo al espacio. Después mueve la mano y el coche se precipita de nuevo hacia abajo; desde donde estamos, oímos gritar a los hombres. Nueve detiene el vehículo poco antes de que llegue al suelo y luego lo deja caer con cierta violencia. Los hombres salen temblando, buscando dónde esconderse. En cuanto Bernie Kosar oye el impacto, baja en picado, todavía con forma de halcón, y aterriza detrás del coche destrozado, donde se transforma en una fiera. Los vehículos siguientes tienen que dar un bandazo para esquivarlo y algunos acaban dando vueltas de campana. Bernie Kosar ruge.

Nueve se agacha detrás del asiento trasero, arroja nuestros cofres al suelo y abre el suyo. Saca la sarta de piedras verdes y la vara plateada.

—¡Tú espera a los demás! ¡BK y yo volveremos enseguida! —me grita mientras corre hacia el caos.

—¡Que no se te note que te lo pasas en grande! —bromeo—. ¡Y no vuelés por los aires la entrada de la base militar!

Un helicóptero se acerca por mi derecha y, justo cuando lo zarandeo recurriendo a la telequinesia, algo me desgarró la pierna izquierda. Caigo de bruces en la arena, cegado por el dolor. Es una sensación familiar y me revuelco en el suelo gritando con todas mis fuerzas. Sé lo que significa ese dolor; una cicatriz me quema la pierna. Otro miembro de la Guardia ha muerto.

Todo se detiene. La idea de que uno de nosotros ha fallecido azota todo mi cuerpo y me quedo paralizado por el dolor, tanto que tengo la sensación de hundirme en la arena. Hay un soldado menos para recuperar Lorien, un soldado menos para salvar la Tierra y todos los seres que la habitan. Dos misiles alcanzan nuestro coche, que estalla en pedazos.

Les siguen una lluvia de balas y mi brazalete se expande justo a tiempo para formar un escudo. Supone cierto consuelo que mi herencia siga el ritmo de los peligros a los que me enfrento, aunque no comprendo por qué no me ha protegido de la primera andanada de disparos. Las balas golpean el escudo a escasa distancia, sin tregua. Cuando por fin consigo examinarme la nueva cicatriz del tobillo, compruebo sorprendido que no son más que dos heridas de bala. Me alivia tanto que no se trate de otra cicatriz que ni me importa tener las manos cubiertas de sangre. Cuando aplico presión para frenar la hemorragia, un extraño silencio invade el desierto. Mi brazalete se retrae.

Consigo darme la vuelta y miro hacia arriba. Hay tres adolescentes a mi lado. El chico es alto y bronceado, de cabello negro y rizado; las dos chicas sostienen cofres lóricos. Reconozco al muchacho de inmediato, de mis visiones. Él me sonríe y dice:

—Me alegro de verte a ver, Cuatro. Soy Ocho.

Antes de que pueda responderle, desaparece.

Una de las chicas es bajita, de cabello cobrizo y rasgos diminutos. No parece

tener más de doce años y deduzco que debe de ser Diez, la guardiana de la segunda nave. Suelta el Cofre y se arrodilla a mi lado. La otra guardiana, una chica alta de pelo castaño hasta los hombros, deposita el Cofre en el suelo y, sin mediar palabra, se arrodilla también junto a mí y posa las manos en mis heridas. Me invade una sensación helada y mi cuerpo empieza a tener convulsiones sobre la arena del desierto. Justo cuando creo que voy a desmayarme de dolor, este desaparece. Me miro el tobillo: no hay rastro de las heridas. Es asombroso. La chica se levanta, me tiende la mano y me ayuda a ponerme en pie.

—Ese legado tuyo es alucinante —consigo articular.

—John Smith —dice la chica, mirándome con veneración—. Después de tanto tiempo, me cuesta creer que estés aquí, delante de mí.

Justo cuando me dispongo a responder, veo que se nos acerca un misil. Empujo a las chicas al suelo y, en cuanto me he echado encima para protegerlas con mi cuerpo, una duna estalla como un volcán detrás de nosotros y una nube de arena sale disparada hacia las alturas. Cuando se disipa, Ocho reaparece a nuestro lado.

—¿Todo bien por aquí? ¿Todos preparados para luchar? —pregunta.

—Sí, estamos bien —responde la chica más alta, señalando mi pierna con la cabeza. Diez ha dicho que estaba con Siete y Ocho, así que ella debe de ser Siete. Antes de que pueda presentarme adecuadamente, Ocho vuelve a desaparecer.

—Puede teletransportarse —me explica Diez, sonriendo ante mi expresión de asombro. No acabo de creer que por fin tantos de nosotros estemos juntos. Respondo con otra sonrisa.

A lo lejos veo a Ocho luchando junto a Nueve y Bernie Kosar. Destrozan todos los vehículos que se les acercan y lanzan por los aires equipamiento militar pesado como si se tratara de simples juguetes de plástico. Nueve destripa un helicóptero que vuela bajo con su vara candente. Ocho se teletransporta junto a un todoterreno negro y le da la vuelta con las manos. Dos helicópteros que vuelan bajo chocan y forman una bola de fuego.

Experimento una nueva sensación de urgencia: tengo que encontrar a Seis cuanto antes.

—Supongo que vosotras sois Siete y Diez: ¿qué podéis hacer? —pregunto mientras busco los rifles en la arena y se los ofrezco.

—Puedes llamarme Marina —responde la chica de cabello castaño—. Respiro bajo el agua, veo en la oscuridad y curo a los heridos. También tengo telequinesia.

Lláname Ella, dice la voz de Diez, dentro de mi cabeza. Además de la telepatía, puedo cambiar de edad.

—Alucinante. Yo soy Cuatro, ese loco de melena negra es Nueve y la fiera es mi quimera, Bernie Kosar.

—¿Tienes una quimera? —pregunta Ella.

—No sé qué haría sin él —confieso. Lo que queda de la brigada se dispersa por fin y una docena de vehículos se aparta de la carretera y enfila directamente hacia nosotros tres. Una pequeña columna de humo sale del capó de uno de los vehículos; invierto mentalmente la trayectoria del misil que acaba de disparar y consigo que se estrelle contra una duna. Los otros camiones y todoterrenos siguen acelerando en dirección hacia nosotros.

Recojo piezas del coche destrozado de Nueve y las arrojo al convoy. Lanzo llantas, puertas, hasta un asiento roto. Marina me imita y así conseguimos detener el avance de tres o cuatro vehículos. Pero todavía quedan unos seis.

De pronto, Ocho, Nueve y BK aparecen ante nosotros. Ocho suelta la mano de Nueve y me la tiende.

—Encantado de conocerte, Número Cuatro —dice, dándome un buen apretón.

—No tienes ni idea de cuánto me alegra que estéis aquí —respondo.

Nueve les estrecha la mano a Diez y a Siete.

—Hola, señoritas. Soy Nueve.

—Hola; puedes llamarme Ella —dice Diez.

—Yo soy Siete, pero me llaman Marina.

¡Cuánto deseaba conocerlos! Ojalá hubiese tiempo para hablar con ellos, escuchar sus historias, saber dónde se han escondido, conocer sus legados y el contenido de sus cofres. Pero vienen más helicópteros.

—No podemos quedarnos aquí a defender este trozo de desierto para siempre —les digo—. ¡Tenemos que encontrar a Seis!

—Eliminemos a esos chicos malos. —Nueve señala la nube que se acerca—. Luego encontraremos a Seis y seguiremos adelante.

Todos nos volvemos para ver la nueva carga. Varios helicópteros manchan ahora el cielo. Miro a mis compañeros de la Guardia y todos parecen preparados para la lucha. Nunca habíamos sido tantos; nunca las cosas habían parecido tan posibles. Después de esto, nunca volveremos a separarnos.

—No dejarán de venir. Deberíamos ir a buscar a Seis.

—Vale, Johnny. El túnel está por ahí. —Nueve señala detrás de nosotros—. Cubriré la retaguardia y me encargaré de los últimos detalles. Ya sabéis, romper un par de cuellos y darle un poco de marcha al asunto.

Los que tienen cofres los recogen. Me pongo a la cabeza y, tras examinar el terreno, me dirijo al cactus de cinco costillas. Siete y Ocho me siguen de cerca, y Diez y BK van tras ellos. Se oye una ráfaga de disparos a nuestra espalda y Nueve entra en acción. Parece como si estuviera de fiesta, silbando y gritando. Solo él puede tomárselo como una diversión.

Aceleramos el paso y no nos detenemos hasta llegar al cactus. Nueve dispara alegremente mientras Ocho y yo nos las vemos con la espinosa planta, lo único que se interpone entre nosotros y el lugar donde tienen a Seis. De acuerdo con el

mapa, el túnel está justo debajo del cactus. Acabamos cansándonos y lo hacemos estallar recurriendo a la telequinesia. Debajo hay una gruesa trampilla marrón con una anilla metálica en el centro. Mientras observo la puerta rodeado de otros miembros de la Guardia, recuerdo lo que ha dicho Nueve hace un rato: «Llevo toda mi vida esperando esto». Todos hemos esperado este momento, el día en que nos reuniríamos, en que los nueve resurgiríamos para defender el legado de Lorien de los mogadorianos. Pero algunos no lo han conseguido. Sin embargo, aunque no estamos los nueve, los seis que quedamos y Número Diez haremos lo que haga falta para sobrevivir a lo que vendrá.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



UN MOGO ENORME CARGA CONTRA MÍ, BLANDIENDO SU resplandeciente espada. Me agacho bajo la hoja y le encajo un puñetazo en la garganta. Suelta el arma: apenas puede respirar. Sin dar tiempo a que el metal resuene en el suelo, recojo la espada y lo decapito. La nube de sus cenizas me engulle mientras me atacan tres mogos más. Escondida tras las cenizas, me agacho y empiezo a rebanar piernas a la altura de la rodilla. Cuando me levanto, otro mogo gigantesco intenta sorprenderme por la espalda. Doy una voltereta hacia atrás y, al aterrizar, le ensarto la espada en el estómago. Me abro paso entre la nube de ceniza mientras me rodean varios mogadorianos más. No veo a Setrákus Ra.

Me vuelvo invisible. Después de destroz a otra tanda de mogos, decido encontrar a Setrákus. Lo veo al fondo de la habitación y no me lo pienso dos veces: corro hacia él. Aparecen más mogos, tantos que pierdo la cuenta, pero enseguida los convierto a todos en una montaña de polvo. Cuando estoy a unos diez metros de Setrákus Ra, él levanta un puño y me señala, casi como si pudiera verme. El rayo de electricidad azul que despide su mano chisporrotea en el techo y siento que me vuelvo visible. Otra vez me ha privado de mis legados. Sabía que

podía pasar, pero me duele la pérdida. Sin embargo, sigo dispuesta a enfrentarme a lo que sea.

Aunque me atacan soldados mogos desde todos los frentes, continúo avanzando hacia Setrákus Ra. Cuando un mogo se cruza en mi camino, le corto el cuello con la espada. Otro me agarra por detrás y le rebano el brazo, otro se abalanza gritando sobre mí y lo parto en dos. Estoy tan concentrada en el punto de la garganta de Setrákus en que hundiré mi espada que apenas percibo a los mogos que elimino a mi paso.

De pronto Setrákus Ra está a mi derecha, agarrándome del cuello. Me levanta con una mano hasta que mis pies quedan suspendidos en el aire; una vez más, nuestras caras casi se tocan.

—Peleeas bien, chiquilla —me dice. Está tan cerca que puedo oler el hedor de su aliento.

—Devuélveme mis legados, y verás —respondo con un hilo de voz.

—Si fueras tan fuerte como crees, no habría podido arrebatártelos, ¿no te parece?

—¡No me vengas con esas, cobarde! Si tan seguro estás de vencerme, ¿por qué no lo haces? ¡Devuélveme mis legados y lucha como un hombre! —le grito.

Su voz retumba por toda la habitación cuando rugen:

—¡Usa tus poderes y yo usaré los míos!

Me arroja al centro de la habitación, pero apenas percibo el dolor del impacto al caer al suelo. Mi espada tintinea en el cemento y se aleja resbalando. Un soldado me lanza la suya, que se acerca girando a toda velocidad. Mi reacción instintiva es recurrir a la telequinesia para detenerla, pero mis legados han desaparecido. En cualquier caso, conservo toda mi fuerza y también mis reflejos. Mataré a Setrákus Ra, con o sin mis poderes. Extiendo las manos y cojo la espada al vuelo, a tan solo centímetros de mi barbilla. Un segundo después, me placan por la cintura y, mientras caigo de espaldas, vuelvo la hoja de la espada entre las palmas y se la clavo al mogo más cercano. Un manto de ceniza me cubre el cuerpo cuando llego al suelo. Me atacan más mogos y los destruyo con sus propias armas, un acto de justicia que me parece alucinante. Con cada mogo que reduzco a la nada me siento más fuerte. Y también más furiosa. Si tengo que enfrentarme a todos los mogadorianos que hay en la faz de la Tierra para llegar a su líder, lo haré.

Setrákus Ra está ahí, de pie, contemplando el espectáculo. Rugen con tanta fuerza que me vibra el pecho. Todos mis años de entrenamiento tenían por objeto este momento. Solo podría sentirme más fuerte si el resto de la Guardia estuviese aquí, conmigo; deberíamos enfrentarnos a él juntos. Aparto esa idea de la cabeza. Lo eliminaré en nombre de todos nosotros.

Cuando acabo con el último soldado, Setrákus Ra se acerca al centro de la sala y se saca de detrás de la espalda un enorme látigo de dos colas que, al

golpear el suelo, se encienden con una llamarada naranja.

No vacilo. Ahora ya nada puede asustarme o detenerme. Corro hacia él, gritando:

—¡Por Lorien!

Setrákus restalla el látigo por encima de mi cabeza y me envía una generosa llamarada. Me agacho y ruedo por el suelo hacia sus pies. Mientas esquivo la bota que intenta pisarme, veo varias cicatrices alrededor de sus tobillos. Tomo nota, pero no tengo tiempo de pensar si guardan alguna relación con las mías. Mi espada le corta la pantorrilla justo por encima de la cicatriz más alta de la pierna izquierda. Me pongo en pie. La herida se cierra y desaparece de inmediato, convertida en otra cicatriz. El corte no le ha afectado en lo más mínimo: no ha cojeado ni en un solo paso.

Vuelve a atacarme con el látigo. Intento cortar una de las dos colas, pero cuando las llamas lamen mi espada funden la hoja. Le arrojo lo que queda de ella, pero Setrákus levanta la mano y la detiene en el aire. Luego la hace girar y, al extender los dedos abiertos, la hoja fundida vuelve a recomponerse hasta configurar una espada resplandeciente. Setrákus sonríe y la deja caer al suelo.

Me lanzo a recogerla, alargo el brazo y su látigo me alcanza la mano derecha. La piel me hierve y se abre, pero, en lugar de sangre, la herida emana una dura sustancia negra. Miro el corte y sé que debería sentir un dolor insoportable; sin embargo, no noto nada. Me tambaleo y finalmente recupero la espada. Con el arma en la mano, doy un rodeo para encararme al líder mogo, pero a mi mano derecha le pasa algo: está paralizada.

Setrákus Ra vuelve a restallar el látigo y me aparto de un salto: me ha pasado rozando, dejando a su paso una estela de llamas. Después levanta el brazo y, cuando echa el látigo hacia atrás, veo un flanco abierto y lo aprovecho. Sujetando la espada con la mano izquierda, cargo contra él y le hundo la hoja entre las costillas. Luego tiro de la espada hacia abajo y le desgarró la piel cérea hasta alojar el filo al final del torso. Caigo hacia atrás y me lo quedo mirando, deseando desesperadamente haberle asestado el golpe definitivo que acabará con la guerra.

No tengo esa suerte. Aunque Setrákus esboza por primera vez una mueca de dolor, en lugar de convertirse en un montón de cenizas se limita a retirarse la espada del cuerpo. Examina la hoja y contempla la espesa sangre negra que gotea del metal. Luego se mete el filo en la boca y lo parte con los dientes antes de dejar caer el arma al suelo. Es como si jugara conmigo. ¿Qué está pasando aquí? Me levanto, tratando de calcular rápidamente cuál debe ser mi próximo movimiento. La prioridad es evitar a Setrákus Ra el tiempo suficiente para averiguarlo. Nunca había deseado tanto que la Guardia estuviese a mi lado.

¿Ella? ¿Me oyes?

Nada.

Continúo retrocediendo: intento aumentar la distancia que nos separa para tener más opciones de atacar. Es entonces cuando reparo en que me cosquillea la mano. Bajo la vista y veo que la piel que rodea la herida del látigo se ha vuelto negra. El color se extiende rápidamente hasta los nudillos y las uñas y, en cuestión de segundos, tengo toda la mano negra, hasta la muñeca. El cosquilleo desaparece; la mano me pesa muchísimo, como si fuera de plomo.

Miro a Setrákus Ra. La cicatriz morada de su cuello brilla y empieza a palpitir.

—¿Lista para morir? —me pregunta.

¿Ella? Si vais a venir, ahora es el momento. De hecho, es ahora o nunca.

Deseo oír su voz en el interior de mi cabeza, deseo que me diga que ella y los demás están al otro lado de la puerta. Deberíamos luchar juntos y enfrentarnos a Setrákus Ra con nuestros legados, con los dones que los Ancianos nos concedieron, hasta que solo quedase de él el despreciable montón de ceniza en que se han convertido los otros mogos. Pero, en lugar de eso, me encuentro aquí sola, con la mano herida e inútil. Setrákus Ra está de pie ante mí, armado con un látigo en llamas, jugando conmigo. ¿Qué está pasando?



Echo un nuevo vistazo al desierto que nos rodea y hago girar la anilla de la trampilla marrón; después de darle una vuelta entera, decido acelerar las cosas y arranco la puerta de sus goznes. Una escalerilla de acero baja por un agujero negro.

—Yo puedo ver en la oscuridad: iré primero —se ofrece Marina. Me aparto para cederle el paso.

Marina baja por la escalerilla hasta perderse de vista. Ocho le arroja su Cofre.

—Tiene unos seis metros de profundidad. Luego hay un túnel muy largo. De momento, todo despejado. No veo a nadie —informa Marina.

Nueve nos mira a Ella y a mí y dice:

—Las damas primero.

Ella empieza a bajar por la escalerilla y, cuando desaparece, Nueve sonrío y añade:

—Bueno, vale, pero lo decía por ti, Cuatro.

Lo miro, sacudiendo la cabeza: nunca cambiará. Me indica que baje.

—Ya sabes que te quiero, tío. Entra ahí —dice.

Recurro a la telequinesia para bajar primero a Bernie Kosar, que ya ha recuperado su forma de beagle. Luego me coloco el Cofre bajo el brazo y desciendo sujetándome con la otra mano. El interior del túnel es frío y huele a

cerrado. Oigo a Ella y a Marina que avanzan delante, así como las pezuñas de BK repiqueteando en el cemento. Enciendo el lumen de la mano que tengo libre e ilumino un momento el túnel para orientarme.

Antes de apagarlo, alumbro también la distancia que nos separa del punto en que el túnel hace un giro.

—Marina, ¿ves lo suficiente para que podamos seguir avanzando?

Ahora Ocho y Nueve nos han alcanzado.

—Sí —responde, y todos la seguimos por el oscuro pasadizo. Cuando no hemos llegado muy lejos, choco con Ella, que se ha detenido bruscamente.

—¡Oh, no! ¡Por fin me he comunicado con Seis! ¡Nos necesita! ¡Dice que es ahora o nunca!

—¡Acelerad, chicos! —grita Nueve desde atrás.

Corremos por la oscuridad tan deprisa como podemos. Enciendo mi lumen cada pocos segundos para no atropellarnos los unos a los otros y, más adelante, cuando el túnel tuerce a un lado, vuelvo a encenderlo para ver qué tenemos delante: cien metros cuesta abajo y una puerta de cemento al fondo. Deslizo primero mi Cofre por la pendiente hasta que choca con la puerta. Sin detenerme, enciendo ambas manos para que todos veamos mejor.

Nueve abre rápidamente su Cofre y saca la pelota amarilla con bultos. Como si fuera un mago, la sostiene en las yemas de los dedos y después la arroja a la puerta. Rebota un par de centímetros antes de expandirse y volverse negra. La pelota escupe unas púas largas, afiladas como cuchillas, que hacen estallar la puerta. Las púas se retraen de inmediato y el objeto se transforma de nuevo en una inocente pelota amarilla que rueda por el suelo. Nueve se agacha, la recoge y la arroja dentro del Cofre, antes de cerrarlo de golpe.

—Esperaba que pasara justo eso —comenta, admirado.

Todos cruzamos la puerta rápidamente. Nos recibe el molesto centelleo de las luces rojas y el ulular de las sirenas. Al final del pasadizo hay otra gran puerta de cemento, pero se eleva para darnos paso en cuanto nos acercamos. Detrás nos espera toda una formación de imponentes soldados mogadorianos armados con cañones y espadas, listos para atacar.

—¿Mogos? ¿Qué hacen aquí? —pregunta Nueve, sin dar crédito.

—Sí, malas noticias. El gobierno y los mogadorianos se han aliado —le digo.

—Bah, esto será pan comido —comenta Ocho.

Nueve me da un codazo y hace un exagerado gesto de aprobación ante la actitud de nuestro recién encontrado miembro de la Guardia.

Noto un subidón de adrenalina que hasta ahora solo había experimentado en mis visiones. De pronto, sé lo que tengo que hacer. Me vuelvo hacia los demás.

—¡Seguidme! —grito. Los otros asienten. Dejo el Cofre en el suelo, enciendo el lumen de ambas palmas y echo a correr. Lo último que distingo, de reojo, es a Ella haciéndose cargo de mi Cofre.

Igual que en mi visión, enfoco el lumen hacia mis pies, que prenden mientras corro. Las llamas me suben por las piernas y envuelven todo mi cuerpo en cuanto llego al primer soldado: salto transformado en una bola de fuego que lo atraviesa y, cuando se convierte en ceniza, sigo corriendo.

Los mogos que se cruzan en mi camino se vuelven en un ángulo de 180 grados para dispararme, pero mis llamas ofrecen una protección perfecta. Bajo la cabeza y corro con los brazos extendidos para apartar a los soldados. Marina, Ocho y Ella los eliminan desde atrás mientras yo abro camino. Nueve corre por el techo, enfrentándose con los mogos desde arriba. Arrojo bolas de fuego a los más próximos y, en cuestión de segundos, todos acaban chamuscados y quedan reducidos a una espesa nube de humo y cenizas. Aminoro el paso en cuanto veo caer al último. Cuando llegamos al fondo de la cámara, arrojo una enorme bola de fuego a la puerta y la hago estallar en pedazos. Me concedo un segundo para admirarme de lo bien que ha salido todo; hasta BK ha tenido su ración de mogos, aunque evidentemente no es el momento ni el lugar para felicitarse... A lo mejor me he contagiado de Nueve. Todos nos volvemos para ver qué nos espera a continuación.



Setrákus Ra me ha hecho algo. Estoy paralizada, no puedo moverme. Al principio me pregunto si será el cansancio por la batalla, la extraña herida o tal vez ambas cosas. Pero pronto me doy cuenta de que algo va realmente mal: algo me impide moverme. Me obligo a levantar la barbilla para mirar a Setrákus, que sigue de pie ante mí. Lleva en la mano un báculo dorado con un ojo negro en la empuñadura; el ojo parpadea, mira a la izquierda, a la derecha, y se detiene al descubrirme. Después se cierra despacio y vuelve a abrirse de golpe para emitir una luz roja increíblemente intensa y cegadora. El haz de luz se desliza sobre mi cuerpo indefenso, dejándome en la piel una sensación extraña, similar a una especie de hormigueo. Tengo que moverme. Tengo que escapar de esta luz espantosa, escapar de lo que me hace, pero estoy inmovilizada. La mano me pesa una tonelada. Soy vulnerable y necesito recuperar el control de la situación, de mí misma. Pero no puedo.

Ahora la luz del ojo se ha vuelto morada y me baña la cara. Me humedezco los labios y noto sabor a quemado. Setrákus Ra avanza hasta que solo nos separa medio metro de distancia. Cierro los ojos y tenso la mandíbula mientras pienso en John y Katarina, en Sam, Marina y Ella. Veo a Ocho, a Henri y a Crayton, e incluso a Bernie Kosar. No le concederé a Setrákus Ra el honor, el placer de verme los ojos mientras me mata. Algo caliente y blando, como una ráfaga de aire, me toca la frente. Me preparo para lo que está a punto de ocurrir y me

abrazo anticipándome al dolor inminente. Cuando nada sucede, abro los ojos y veo que Setrákus Ra sigue ahí de pie. Bueno, no exactamente. La empuñadura de su báculo desprende bandas de luz rojas y moradas que le recorren el cuerpo de arriba abajo.

Setrákus Ra empieza a temblar y una luz roja dibuja el contorno de sus hombros y brazos. Cae de rodillas, entre convulsiones, sacudiendo la enorme cabeza de un lado a otro. Luego su piel opaca y cérea se separa del músculo y los huesos. Cuando vuelve a envolver su cuerpo cada vez más pequeño, su piel ha adquirido un nuevo tono más aceitunado. Una larga melena rubia le crece del cráneo y pronto le cubre toda la cabeza. Cuando la levanta para mirarme, mi desesperación por atacarle se intensifica aún más, pero sigo sin poder moverme. Él es yo: ojos grises, pómulos altos y cabello teñido de rubio.

—Para poder suplantarte, te necesito con vida —dice con mi voz—. Pero solo por ahora.

Levanta la palma y salgo disparada hacia arriba, como si hubiera un imán en el techo y otro en mi mano negra. Me golpeo contra el techo y me quedo ahí suspendida, a quince metros del suelo. Siento un doloroso zumbido en la cabeza. Una vez más, intento ponerme en contacto con Ella, pero ni siquiera puedo oír lo que pienso. La pesada rigidez que me inmovilizaba la mano se extiende por todo el cuerpo. Solo puedo mover los ojos. Ahora todo mi cuerpo es negro, una roca negra.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



TOMO DE NUEVO LA DELANTERA. MARINA ME SIGUE Y Bernie Kosar corre gruñendo a su lado. Ella todavía tiene mi Cofre, y Ocho y Nueve cierran la comitiva. El fuego me ha hecho invencible y mis llamas consumen al instante a todos los soldados mogadorianos que nos atacan desde las esquinas o desde las puertas. El fuego no solo me ha afectado el cuerpo, sino también la mente: nunca hasta ahora me había sentido tan seguro, tan decidido, tan dispuesto a vencer a nuestros enemigos.

—¡Seis sigue sin responderme! —grita Ella mientras entramos en otro pasillo asestado de sirenas y luces centelleantes—. ¡No sé si oye lo que le digo!

—Bueno, muerta no está, porque no tenemos ninguna cicatriz nueva —observa Nueve.

Mis llamas crecen a lo alto y a lo ancho, rozan las paredes y los techos del pasillo. Es difícil describir mi energía: apenas consigo contenerla, como si pudiera estallar. Estoy preparado para enfrentarme a Setrákus Ra y sé que los demás sienten lo mismo. Nueve y Ocho son como bolas de demolición que arrasan el pasillo, derribando soldados y yendo de un mogo al siguiente, y Marina pelea sin miedo, utilizando todos los medios a su alcance para hacer saltar

a los mogos por los aires. Ella, de momento con menos poderes revelados, nos observa con cierta envidia. Ojalá tuviese tiempo de detenerme y decirle lo esencial que es para nosotros, lo importante que ha sido su capacidad telepática para reunirnos a todos. Desearía transmitirle que ella, la lórica más joven, representa nuestra larga vida y el poder de la Guardia. Estamos listos para recuperar Lorien y eso solo será posible si cada uno de nosotros aporta su herencia a la lucha. El pasillo se bifurca y tenemos que decidir rápidamente qué camino tomar. Separarnos ya no volverá a ser nunca una opción.

—Vale, hombre-fuego, ¿por dónde? —pregunta Nueve.

Marina da un paso al frente y declara:

—Por aquí.

Su capacidad para ver en la oscuridad supera a la visión limitada de mi lumen, así que me extingo y todos la seguimos.

Marina no vacila al entrar en una amplia sala sostenida por altas columnas marrones, ni tampoco el resto de nosotros. Ya tenemos las armas preparadas cuando oímos el rumor de pasos que se despliegan al fondo de la habitación. Le doy un codazo a Marina.

—¿Puedes ver quiénes son?

—Sí. Creo que son soldados del gobierno; no son mogos, eso seguro. Hay muchos, unos veinte o treinta, puede que más.

Avanza hacia los soldados y los demás la seguimos. Nos libramos de ellos sin problemas, arrancándoles las armas mediante telequinesia. Cruzamos la sala, atravesamos una puerta que nos lleva a otro pasillo y doblamos a la izquierda, donde una docena de soldados del gobierno vestidos de negro montan guardia ante una pesada puerta metálica. En cuanto nos ven, se despliegan para bloquear el pasillo y empiezan a disparar. Como si lo hubiesen ensayado, Ella y Marina levantan las manos y detienen las balas a centímetros de los cañones que las han disparado. Nueve enseguida se apunta a la acción: con el poder de su mente, les arranca a los soldados las armas de las manos, y a continuación los levanta y los deja colgando del techo. Todos cogemos un arma.

Nueve hace cuña con su vara para abrir la puerta que custodiaban los soldados y consigue hacerla saltar de sus goznes.

Detrás hay otro pasillo, flanqueado por puertas a ambos lados. Nueve echa a correr y aplica brevemente la oreja a cada una de ellas.

Son salas de control, todas vacías, nos informa. Al fondo del pasillo encontramos lo que parecen celdas vacías. Me pregunto si nos estaremos acercando a Seis. Podría estar detrás de cualquiera de estas puertas.

Descubro un rastro de sangre frente a una de ellas y la hago saltar por los aires desde tres metros de distancia. Dentro está muy oscuro. Antes de que pueda encender mi lumen, Marina me aparta de un empujón.

—¡Aquí hay una persona! —exclama.

Oímos gemidos en un rincón. Enciendo mi lumen y allí, asustada y sucia, descubrimos a alguien que creía que nunca volvería a ver: Sarah. Caigo de rodillas, con mis luces casi apagadas. Abro la boca para hablar, pero no puedo pronunciar palabra. Lo intento de nuevo:

—Sarah.

Me parece increíble que esté aquí. Me parece increíble que la hayamos encontrado.

Sarah me mira brevemente y luego se abraza las rodillas contra el pecho, asustada. Asustada de mí. Deja caer la cabeza en las rodillas y llora.

—Por favor, no me hagas esto; basta de engaños. Así no, por favor. No lo soporto, no lo soporto más.

Niega con la cabeza repetidamente. Creo que ni ha reparado en que no estoy solo. Los demás están detrás, ocultos en las sombras.

—Sarah, soy yo, John —susurro—. Hemos venido para llevarte a casa.

Nueve sigue atrás, pero oigo que le dice a alguien:

—De modo que esta es la famosa Sarah; hasta hecha polvo, la chica es guapa.

Sarah se aprieta aún más las rodillas contra el pecho. Parece muy vulnerable y asustada. Quiero abrazarla y ayudarla a levantarse, pero me muevo despacio, listo para cualquier eventualidad. Podría tratarse de una trampa; no he llegado hasta aquí para acabar actuando sin pensar. Cuando le toco el hombro, Sarah grita aterrorizada. Al oír el inesperado sonido de su voz, el pánico que esconde, todos dan un respingo a mi espalda.

Sarah se acerca aún más a la pared y el pelo se le pega al cemento. Luego alza la cara al cielo y grita:

—¡No me engañes más, te lo he contado todo! ¡No me engañes más, por favor!

Marina avanza y se coloca a mi lado. Me tira del brazo para que me ponga en pie.

—John, no podemos quedarnos aquí; tenemos que continuar. ¡Tenemos que llevarnos a Sarah!

Por fin Sarah ve a los demás. La observo mientras asimila la presencia de Marina, que la está mirando. Después abre mucho los ojos y observa a los otros, que se han acercado. Las lágrimas surcan la gruesa capa de suciedad de sus mejillas.

—¿Qué pasa? ¿De verdad estáis aquí? ¿Todos vosotros estáis aquí?

Vuelvo a arrodillarme a su lado.

—Soy yo. Nosotros. Te lo prometo. Mira, hasta Bernie Kosar quiere saludarte.

BK se le acerca trotando y, moviendo la cola, le lame la mano.

La sujeto por los brazos y los ojos se me llenan de lágrimas cuando veo los

moratones que le cubren las muñecas. Me llevo sus dedos a los labios.

—Sarah, escúchame. Sé que te abandoné una vez. Te prometo que eso nunca volverá a pasar, ¿me oyes? Nunca te dejaré.

Sarah sigue mirándome como si yo fuera a desaparecer o a convertirme en un monstruo escufoefuego.

Muchas de las cosas que llevo tanto tiempo pensando me pasan por la cabeza y me esfuerzo en decirle algo más. Recuerdo nuestra última conversación en los columpios, momentos antes de que la policía me detuviese.

—Oye, Sarah, ¿recuerdas cuando te dije que pensaba en ti todos los días? ¿Te acuerdas? —Ella me mira y asiente con la cabeza—. Bueno, pues lo hacía y sigo haciéndolo. Todos los días. —Sarah se permite esbozar una sonrisa—. ¿Ahora ya crees que soy yo? —Vuelve a asentir—. Sarah Hart, te quiero. Te quiero a ti y solo a ti. ¿Me oyes?

Parece tan aliviada que solo deseo cogerla en brazos, decirle que todo ha terminado y protegerla. Para siempre. Me pone las manos en las mejillas y me besa.

—¡Vamos, Cuatro! ¡Tenemos que irnos! —grita Ocho. Él y los otros han vuelto a la puerta y miran ansiosos en ambas direcciones.

Se oye una explosión en el pasadizo y Ocho corre a ver de qué se trata, seguido de Ella y Marina.

—¿Por qué demonios tardas tanto, tío? —me grita Nueve, gesticulando hacia la puerta—. ¡Levanta a la chica y vámonos! Sarah Hart, estoy encantadísimo de conocerte, pero ¡tienes que moverte! ¡Ahora!

Nueve viene corriendo y me ayuda a levantar a Sarah. Cuando ya está de pie, le da un abrazo. Sarah parece sorprenderse por el cálido recibimiento y yo me quedo asombrado al ver que Nueve me guiña el ojo por encima de la cabeza de Sarah.

—¡Sarah Hart, nada menos! ¿Tienes idea de lo mucho que este plasta habla de ti?

Sonrí a Sarah, después a Nueve.

—No —Sarah ríe sin hacer ruido. Se apoya en mí y entrelaza los dedos con los míos.

—Vale, vale. Jo, vaya par —dice Nueve, volviéndose a la puerta.

Miro los ojos azules de Sarah.

—Antes de irnos, tengo que preguntarte algo. Y debes entender que no me queda más remedio que hacerlo. No trabajas para ellos, ¿verdad? Para el gobierno y los mogos.

Sarah niega con la cabeza.

—¿Por qué todo el mundo no para de preguntarme eso? Nunca os traicionaría, a ninguno de vosotros.

—Un momento, ¿quién es «todo el mundo»? ¿Quién más te lo ha

preguntado?

—Seis —responde Sarah y luego añade, extrañada—: ¿No la habéis encontrado?

—¿Has visto a Seis? —pregunta Marina, animada—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Está enfrentándose a Setrákus Ra —dice Sarah, de nuevo asustada—. Se la han llevado hace un buen rato.

—¿Setrákus Ra está aquí? —pregunto. Sabía que era una posibilidad, pero ver confirmadas mis sospechas me da nuevas fuerzas.

—¿Qué? ¡Ni de coña! ¡Me lo pido para mí! —grita Nueve.

—No te preocupes, tío; si somos rápidos, puede que te toque un cachito —respondo—. Luego miro al fondo del pasadizo y veo que Ocho, Marina y Ella se acercan corriendo.

—¡Por aquí! —grita Marina.

Cojo a Sarah de la mano y tiro de ella. Todos echamos a correr por el pasillo, donde encontramos a Bernie Kosar ladrando descontroladamente ante una puerta metálica del tamaño de un almacén de carga.

—Ahí dentro pasa algo —dice Ocho—. Me teletransportaré y echaré un vistazo.

—Espera un momento, Ocho. —Levanto la mano para detenerlo—. Nada de echar un vistazo. Tenemos que hacerlo juntos.

Ocho se me queda mirando unos instantes, y después asiente.

—Tienes razón. Esto es cosa de todos.

Cuando estamos todos reunidos ante la puerta, contemplo la hilera de caras decididas. También la de Sarah. En un abrir y cerrar de ojos, ha dejado de ser una chica llorosa que espera a que la rescaten para convertirse en una guerrera. Impresionante. Aunque claro, no tiene ni idea de lo que está a punto de suceder. Es muy probable que esta sea una batalla épica, o incluso la batalla definitiva. Intuyo que todo nos ha llevado a este momento. Podría ser lo que tanto hemos estado esperando.

—Haya lo que haya ahí dentro, pase lo que pase, cueste lo que cueste, mataremos a Setrákus Ra —digo, más por mí que por ellos, mientras enciendo el lumen de mis palmas.

—Todos queremos lo mismo, colega —responde Nueve.

Enfoco la puerta con mi mano resplandeciente y, cuando estoy a punto de hacerla estallar, una mujer pelirroja con un brazo en cabestrillo aparece cojeando por el fondo del pasillo. Ambos damos un respingo exactamente al mismo tiempo, y a continuación ella corre a esconderse de nuevo tras la puerta.

—¡Agente Walker! ¡Espere! —le grito.

—¿Walker? ¿Estás de broma? —pregunta Nueve, sin dar crédito—. ¿La mujer soldado que intentó capturarnos?

Los otros esperan confundidos, antes de que Ocho se pronuncie:

—Os la traeré.

Desaparece y, cuando vuelve a materializarse, la mujer está con él, con los brazos inmovilizados en la espalda. Lo primero que hago es arrancarle la insignia dorada que lleva en la pechera de la camisa.

Nueve me arrebató la insignia y se pone a examinarla detenidamente, haciendo aspavientos.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¡Agente especial Walker! —Nueve se echa a reír—. ¡No tiene muy buen aspecto!

De pronto me devuelve la insignia como si tuviera piojos.

—¡Sois patéticos, ¿lo sabéis?! —grito—. Cerrar tratos con los mogos, hacerles el trabajo sucio, ¿para qué? ¡Van a destruirlos!

—Cumpló con mi deber —responde ella fríamente. Ocho no la suelta—. Hacemos lo mejor para este país.

Me dirige una mirada desafiante, pero pronto descubrirá que más le vale temernos.

Sarah la señala:

—La he visto antes. John, estaba aquí cuando se llevaron a Seis.

Nueve agarra a la agente por el cuello de la camisa, como un gánster de película, y la mira muy de cerca. Ocho no le afloja los brazos.

—Me la pido, quiero matarla —dice Nueve.

Ahora Walker forcejea frenéticamente para zafarse de ambos.

—¡Esperad! ¡Sé dónde está vuestra nave! ¡Sé que la queréis y nunca la recuperaréis sin mí!

—¿Nuestra nave está aquí? —pregunta Marina, que no sabe si fiarse de las palabras de la agente Walker.

—Os lo demostraré si me soltáis.

—¿Qué crees, Cuatro? —dice Nueve.

—¿John? ¿Qué pasará cuando encontréis vuestra nave? —pregunta Sarah, agarrándose del brazo.

—¡No hay tiempo para eso! —exclama Marina—. ¡Sé que Seis está dentro de esa habitación! ¡Y que esta mujer esté dispuesta a decir lo que sea con tal de entretenernos confirma que no me equivoco! ¡Olvidaos de ella! ¡No importa dónde esté nuestra nave, primero hay que rescatar a Seis!

—Yo me encargo de Walker —dice Nueve.

Hace flotar a la agente hasta colgarla de una lámpara del techo por la hebilla del cinturón. Walker está roja de furia. Nueve nos mira, guiña el ojo, chasquea los dedos detrás de la espalda y la puerta salta por los aires.

—Marina tiene razón: lo primero son Seis y Setrákus Ra. ¿Vamos? —dice Nueve. Sonríe a Sarah y añade—: Por lo que me ha contado Johnny, tienes bastantes malas pulgas, ¿me equivoco? ¿Crees que podrás encargarte de Walker? —pregunta, tendiéndole el cañón mogadoriano.

Sarah coge el cañón.

—Si se mueve de esa lámpara, la fulmino. Y además estaré encantada de hacerlo.

Miro al resto de la Guardia.

—Es la hora.

Corremos dentro. No tenemos que decidir quién hace qué: lo sabemos. La habitación está oscura, en silencio y sumida en un hedor repugnante. Recuerdo el estadio que aparecía en mis visiones. ¿Es esto? Miro a mi alrededor por si lo identifico. En el centro de la habitación hay algo más de luz. Nueve corre al círculo iluminado y grita:

—¡Ha llegado la hora, Setrákus! ¡Ven a jugar, so mierda!

—¿Dónde está Seis? —pregunta Marina. Ella y Ocho se reúnen con Nueve en el centro de la sala. Dejan los cofres en el suelo y miran la oscuridad que los rodea.

—¡Chicos! ¡Hay algo ahí arriba! —exclama Ella; su voz retumba en la habitación. Levanto la vista y veo una pequeña formación rocosa colgando del techo.

La alumbro con el lumen. Bañada por el resplandor, casi parece una estatua.

—Esto no encaja. No sé por qué, pero algo va mal —digo en voz baja.

Mientras escrutamos las sombras en busca de algún movimiento, Nueve usa su legado antigraavedad para correr al techo y observar la formación rocosa. Cuando empieza a acercarse, una voz familiar grita:

—¡Alto!

Me doy la vuelta y veo a Seis en el umbral. Un pedazo de cuerda gruesa le cuelga de la cadera y tiene una espada azul rota en la mano. No parece herida. Esta es la Seis que recuerdo: fuerte y segura. ¿Lo habrá conseguido? ¿Es posible que Seis haya matado a Setrákus Ra?

—¡Seis! ¡Dios, eres tú! —grita Marina—. ¡Estás bien!

—Todo ha terminado —declara Seis—. Setrákus Ra ha muerto. Esas rocas del techo son veneno mogadoriano: no os acerquéis.

El alivio en el ambiente es palpable. Ocho se teletransporta junto a Seis y le da un prolongado abrazo.

Seis siempre fue la más fuerte de todos nosotros, incluso más que yo o que Nueve. Acaba de salvar Lorien, la Tierra y posiblemente el universo. Quiero cogerla en brazos, subírmela a los hombros y llevarla desfilando de vuelta a Lorien.

Hago ademán de acercarme, pero Ella me agarra de la muñeca y me frena. Oigo su voz en mi cabeza: *John. Algo va mal.*

Lo que pasa a continuación parece desarrollarse a cámara lenta. Seis echa la espada azul hacia atrás y luego se la clava a Ocho. Horrorizado, veo que Ocho se queda rígido; la punta de la espada le asoma entre los hombros y él se desploma

hacia delante. Seis le retira la espada y Ocho cae al suelo, inmóvil.

—¡No! —chilla Marina detrás de mí, corriendo a su lado.

La conmoción me paraliza hasta que mi instinto de lucha reacciona. Bajo la vista: en la palma de la mano derecha se me ha formado una inmensa bola de fuego. La confusión que sentía se ha esfumado: ahora sé lo que hay que hacer. Esa no puede ser Seis. Y, sea quien sea, voy a matarla.

—Seis, ¿qué te han hecho? —pregunto, haciendo rodar la bola en las yemas de los dedos.

Seis suelta una carcajada y levanta el puño. Un rayo azul le sale de los nudillos y se extiende por el techo de la habitación. De pronto, mi bola de fuego desaparece. ¿Qué pasa?

—¡Cuatro!

Levanto la vista y veo a Nueve que cae del techo. Su legado antigraavedad también debe de haber fallado. Consigo frenar su caída y lo ayudo a ponerse en pie.

Marina cubre a Ocho blandiendo el arma, dispuesta a disparar. Ocho sigue en el suelo, no sé si muy grave; al menos sigue vivo, porque no se me ha formado una nueva cicatriz. Marina dispara una ráfaga de balas, pero se detienen a centímetros de la cara de Seis y caen inútiles al suelo. Intento encender de nuevo mi lumen, pero no lo consigo.

El cuerpo de Seis, con la espada en alto, empieza a convulsionarse y difuminarse en un rápido resplandor blanco. Se vuelve más alta y la melena rubia se le encoge hasta reducirse a una sombra en lo alto de un cráneo enorme. Su cara se alarga y se transforma; de algún modo, sé que está convirtiéndose en Setrákus Ra, incluso antes de que la resplandeciente cicatriz morada aparezca en su cuello. Dos batallones de soldados mogos entran silenciosamente por unas puertas laterales y se sitúan a ambos lados de su líder. Sin mediar palabra, Nueve, Marina, Ella y yo nos acercamos y rodeamos a Ocho, para dejar claro que nos enfrentaremos juntos a Setrákus.

—Todos juntos en el mismo sitio: ¡qué práctico! Espero que estéis preparados para morir —dice Setrákus Ra.

—Me parece que no lo has pillado —replico.

—Eso es lo que creía Seis. Pero se equivocaba. De medio a medio. — Setrákus sonríe y sus dientes repugnantes resplandecen en la penumbra.

Nueve me mira y se frota las manos, animado por lo que nos espera.

—Johnny, colega, ¿te he comentado lo importante que es para mí la higiene dental? —Luego se vuelve hacia Setrákus Ra—. ¡Tío, lávate los dientes antes de atreverte a amenazarme!

Despliega su vara roja, se vuelve hacia Setrákus y ataca. Afortunadamente, todavía conservamos el poder de nuestra herencia.

CAPÍTULO TREINTA



VEO DE REOJO QUE NUEVE CARGA CONTRA SETRÁKUS RA. ME vuelvo hacia Ocho para ver si puedo curarlo. Mantengo las manos en la herida del pecho y espero que mi legado vuelva a funcionar. Nada. Le ruego a Ocho que aguante, que luche contra el dolor, pero tiene los ojos en blanco y su respiración es cada vez más superficial. Presa del pánico, recuerdo la pintura de la cueva lórica en la que Ocho moría atravesado por la espada de Setrákus Ra. ¿La profecía se cumple? Desesperada, aprieto las manos contra su pecho.

—¡Marina! —grita John—. ¡Tenéis que salir los dos de la habitación, rápido! Si nos alejamos de Setrákus Ra, creo que nuestros legados volverán a funcionar. Si estoy en lo cierto, podrías salvar a Ocho. Está demasiado grave para la piedra sanadora.

—Está agonizando —consigo articular—. Puede que sea demasiado tarde.

No le cuento lo del dibujo de la cueva. Me pregunto si Ocho será capaz de pensar en ello, de recordar la imagen, de saber que quizá ha llegado el momento. Espero que no.

—Entonces hay que darse prisa —apremia Cuatro, entregándome un cañón mogadoriano y cogiendo a Ocho—. Dispara a todos los que no sean de los

nuestros.

Intentamos cubrir los cien metros que nos separan de la puerta sin perder de vista a los nuestros, enzarzados en la batalla. Cada vez que reduzco a cenizas a algún mogo que se cruza en mi camino, me siento más fuerte. Intento no pensar en dónde estará Seis, la verdadera Seis, o en qué le habrá pasado. Sé que eso no era Seis. Ojalá hubiese matado a esa cosa antes de que se delatara. Examino la habitación. Nueve se enfrenta a Setrákus Ra: su vara choca con la espada de Setrákus en vano; Nueve es muy fuerte, pero parece que Setrákus esté jugando con él mientras espera el momento de asestarle el golpe final.

Toda la confianza que sentía hace tan solo un momento se esfuma. Sencillamente, ellos son muy numerosos y nosotros demasiado pocos. Además, no tenemos nuestros legados y eso nos convierte simplemente en un grupo de chicos que luchan contra un ejército alienígena organizado. Odio verme obligada a abandonar a los demás, pero sé que John tiene razón. Sé que debo salir de aquí para tener alguna posibilidad de salvar a Ocho. Salvar a Ocho es la única opción.

Cuando casi hemos llegado a la puerta, una formación de mogos nos ataca. Algunos tienen cañones, otros espadas y todos parecen terroríficos e imparables. Les disparo, pero las ráfagas del cañón no abren la menor brecha en la horda que nos persigue. Son demasiados. John consigue dejar a Ocho en el suelo, justo al otro lado de la puerta, y luego se reúne conmigo y los ataca con sus espadas. Luchamos juntos. No pienso fallarle a John, por muy mal que pinten las cosas. Nos protegemos mutuamente y sacamos fuerzas del otro cuando nos debilitamos. Es por eso por lo que hemos sobrevivido todo este tiempo y también por lo que venceremos. Somos más fuertes cuando estamos juntos.

John elimina a los mogos uno a uno, metódica y rápidamente. Disparo sin parar mientras cubro la puerta para proteger a Ocho y luego me agacho para comprobar su estado. Su pulso es débil y aún no he recuperado mi legado. Aplico las manos a su herida y susurro con furia:

—No puedes morir, Ocho. ¿Me oyes? Voy a curarte. Mi legado volverá y te curaré.

Entonces me doy cuenta de que los mogos que nos atacaban han desaparecido, destruidos, y ese silencio repentino me asusta.

—Tenemos que apresurarnos, vienen más —dice John con urgencia.

Oímos un rugido ensordecedor: Bernie Kosar se ha transformado en una fiera. Está rodeado de mogos que intentan acuchillarlo, pero él los esquiva saltando aquí y allá. A pesar de que los mogos no consiguen atraparlo, BK no puede hacerles mucho daño. Retrocedemos a la habitación a tiempo de ver que Setrákus Ra va armado con un látigo. Sus colas arden y hieren a Nueve en el brazo. La herida se torna negra de inmediato. John se vuelve para hablarme cuando oigo un disparo. Antes de saber qué ha sucedido, John se retuerce y se desploma en el suelo.



Estoy pegada al techo, sepultada en piedra negra. Observo al resto de la guardia que lucha por su vida mientras yo apenas noto mi propio cuerpo. Me resulta imposible hacerles saber que estoy aquí. No puedo hacer nada y eso me desespera, porque llevo toda la vida entrenándome para no sentirme así. Setrákus Ra no es un gran guerrero; solo nos vence porque nos ha privado de nuestros poderes. Me gustaría estar ahí abajo, exhibiendo su cabeza para que todos los mogos lo viesen. Me aseguraría de que presenciaban la destrucción de su líder y luego los tiraría al mismo montón de ceniza.

¿Estoy viendo morir el sueño de Lorien? Nos creíamos tan fuertes, tan listos, tan preparados... Estábamos convencidos de que íbamos a acabar la guerra y regresar a Lorien. Fuimos unos locos, unos locos arrogantes. Habíamos oído hablar de Setrákus Ra, el gran y terrible líder mogadoriano, pero no sabíamos cómo luchaba ni qué poderes presentaría en la batalla. En retrospectiva, parece evidente que iba a ser capaz de arrebatarlos nuestros legados.

Ojalá pudiera comunicarme con mis compañeros de la Guardia: podría dirigirlos desde esta posición privilegiada. Para empezar, me doy cuenta de que, aunque los mogos tienen una gran fuerza física, su técnica mental es prácticamente nula. Estos tipos son casi tan tontos como la roca en la que me he convertido. Delatan sus movimientos antes de actuar y su plan de ataque es fácil de adivinar, porque no tienen ninguno. Para ellos todo se reduce a la cantidad y la fuerza bruta, un enemigo fácil de vencer cuando se sabe con quién se trata. Sin embargo, si estás metido en el meollo, es imposible verlo. Ojalá pudiese decirle a la Guardia que concentrara todas sus fuerzas y energías en Setrákus Ra. De lo contrario, me temo que la batalla será corta y que los mogos la ganarán.

Veo que hieren a Bernie Kosar. Se ha transformado en una fiera enorme, similar a la de Paradise. Su cuerpo es grueso y musculoso, sus garras y dientes están afilados, y le han crecido dos cuernos curvos en la cabeza. Veo que Setrákus Ra alcanza con el látigo al guardián que llaman Nueve y el brazo se le pone negro: supongo que dentro de poco estará como yo. Han disparado a John, que cae al suelo retorciéndose de dolor. Marina coge un cañón y empieza a disparar a los mogos que se abalanzan sobre ellos.

Ella sale a escondidas de la habitación. ¿Tiene un plan?

Al oír el rugido de dolor de Bernie Kosar dejo de pensar en Ella. Lo veo desplomarse de rodillas. Aunque sigue luchando, sigue matando mogos, sus heridas sangran profusamente. Es espantoso ver que lo destruyen lentamente, con tanto dolor.



Me desangro. Siento que pierdo la sangre y las fuerzas sin poder hacer nada por impedirlo.

Cada vez llegan más mogos, una oleada tras otra. No sé cuántos habremos eliminado hoy, pero da lo mismo. Sin nuestros legados, es como intentar parar un tsunami con una barrera hecha de quesos suizos.

Marina está detrás, disparando. Veo que los mogos han atado con unas cuerdas los cuernos de Bernie Kosar y lo arrastran a un rincón.

—¡Cobarde, no eres más que un cobarde! ¡Tienes que paralizarnos para poder vencernos! —Oigo gritar a Nueve. Está en el centro de la habitación; un brazo le cuelga a un lado, negro e inerte, mientras Setrákus Ra se dispone a azotarlo de nuevo.

—Puedes insultarme cuanto quieras —responde Setrákus, sonriendo—. Eso no cambiará el hecho de que vas a morir.

Hace restallar el látigo. Nueve intenta parar las colas llameantes con la vara, pero con un solo brazo le resulta imposible. Una de las colas le da en la mano y le arrebatla la vara, y la otra le alcanza en la cara. Nueve grita de dolor; tanto la mano como la cara empiezan a ponerse negras. Setrákus se acerca a él; tengo que intentar algo antes de que me sea imposible o de que esté muerto, así que empiezo a disparar a Setrákus con el cañón desde el suelo. No creo que sirva más que para distraerle, pero haré lo que pueda. Setrákus Ra detiene todos los proyectiles en el aire y los arroja a un lado como si nada.

Oigo los disparos de otro cañón. Me vuelvo hacia la puerta y veo que Sarah entra en la habitación disparando a los mogos, seguida de Ella. Sarah. No se ha entrenado. Es imposible que sobreviva a una batalla con los mogos y Setrákus Ra.

—¡Sarah! —grito—. ¡Tienes que salir de aquí! ¡Esta no es tu lucha!

Sarah no me hace el menor caso y sigue avanzando. Nueve intenta alejarse de Setrákus Ra, pero sus dos brazos, totalmente negros, le pesan demasiado. La cara también se le está poniendo tan negra como los brazos. Setrákus le asesta a Nueve otro latigazo y esta vez las dos colas le golpean en el centro del pecho. Nueve grita y el líder de los mogos exclama:

—Me habían dicho que serías mi rival más difícil, pero ¡mírate, no eres nada!

Cuando Setrákus Ra echa el látigo hacia atrás para rematar a Nueve, Ella sale de detrás de Sarah y le arroja una especie de masa informe de color rojo que alcanza a Setrákus en el brazo. Este baja la mirada, perplejo, antes de soltar un grito ensordecedor.

De pronto siento que algo cambia dentro de mí. Es una sensación inmediata y muy potente, como si alguien me hubiese conectado a una fuente de energía. Me concentro en mis manos e intento encender mi lumen una vez más. Ante mi

asombro, funciona. Hemos recuperado nuestros legados.

Marina grita a mi espalda y corre hacia Ocho, que sigue al otro lado de la puerta. Veo que le recorre el pecho con las manos, concentrada en sus heridas. Se asoma por el umbral y me pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea, pero ahora podremos luchar de verdad.

Me vuelvo con las palmas resplandecientes hacia el centro de la habitación, donde Setrákus Ra se sujeta el brazo e intenta sacarse el pequeño objeto rojo que Ella le ha arrojado. Finalmente lo consigue y se vuelve para azotar con el látigo a Ella y a Sarah, que sigue disparando el cañón. Ninguna de las dos se apartan a tiempo y el látigo las alcanza: ambas caen al suelo.



En cuanto el dardo alcanza a Setrákus, noto el cambio: mis legados han vuelto y empiezo a recuperar las fuerzas. Puedo salir de aquí y ayudar a los demás.

Forcejeo con la carcasa negra en la que estoy encerrada y siento que puedo moverme un poco en su interior, pero no lo bastante para romperla.

Mientras sigo intentándolo, miro abajo. John está con Sarah y Ella, que yacen en el suelo. Deja un rastro de sangre a su paso, así como montones de ceniza. Marina ha salido para atender a Ocho. Bernie Kosar sigue en el rincón, pero ahora destroza a los mogos que antes lo arrastraban. En el centro de la habitación, Nueve ha conseguido liberarse la cara y las manos de la roca negra que estaba apoderándose de su cuerpo y ahora sigue enfrentándose a Setrákus Ra.

Al verlo, tengo la esperanza de poder escapar también de mi prisión de piedra y continuo forcejeando hasta que la roca empieza a ceder. Pronto habré salido; ¡me muero de ganas de liberarme! Lo único que deseo ahora mismo es mostrarle a Setrákus Ra lo que es una pelea de verdad.



Cuando casi había perdido la esperanza de poder ayudar a Ocho, he recuperado mi legado. Pongo las manos en la herida del centro del pecho y siento que el legado empieza a funcionar. Con cada segundo que pasa, el corazón de Ocho late más fuerte. Nunca había sentido nada que me hiciera tanto bien como este constante *bum-bum-bum*. Si no estuviera en medio de una lucha en la que me juego la vida, en la que nos jugamos nuestro futuro, creo que me echaría a llorar, pero me contengo y consigo mantener mis emociones a raya.

Los ojos de Ocho parpadean y se abren, luego me mira.

—Tienes que saber... Seis ha intentado... —empieza a decir.

Lo interrumpo.

—Eso no era Seis: era Setrákus Ra. No sé cómo, pero era él.

—¿Pero...? —La confusión que veo en los ojos de Ocho me parte el corazón.

—Ahora mismo no puedo explicártelo todo, Ocho. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes ponerte en pie? Tenemos que entrar ahí, unirnos a los otros y luchar. Tengo que curar a John y que tú entretengas al enemigo; ¿lo comprendes?

Asiente y empieza a levantarse, pero hay algo que debo hacer antes de que sea demasiado tarde. Le miro a los ojos, sus hermosos ojos castaños, tomo aire y lo beso. Él parece perplejo cuando me aparto. Me encojo de hombros y le sonrío.

—Oye, mejor ahora que nunca, ¿no?

Antes de que Ocho pueda decir o hacer nada, salgo en busca de John. Tengo que curarlo cuanto antes. Ha encajado tres balas de cañón para protegerme. Si no acudo a su lado enseguida, morirá.

John ha dejado una estela de sangre a su paso; Ocho y yo la seguimos. Lo descubrimos entre la espesa nube de humo procedente de los cañones mogadorianos, arrodillado y disparando bolas de fuego a una masa de mogos que intentan llegar hasta Ella y Sarah. Cuando nos acercamos, los mogos nos disparan a nosotros, pero ahora puedo usar la telequinesia y me resulta fácil desviar los proyectiles. En cuanto Ocho empieza a contraatacar, corro al lado de John y me dispongo a curarle las heridas. Respira con dificultad y está muy pálido. Ha perdido mucha sangre.

—¡John! ¡Tienes que parar un momento para que pueda curarte! —Debo gritar para que me oiga entre el caos y el ruido. Lo sujeto de la barbilla y lo obligo a mirarme.

Él niega con la cabeza e intenta zafarse.

—Si me detengo, los mogos matarán a Sarah y a Ella.

—Si no te detienes, morirás. Ocho está bien, puede defenderlas mientras yo te curo. ¡Por favor, John! Te necesitamos.

Noto que deja de resistirse.

Examino las heridas. Son parecidas: un boquete en cada pierna que no deja de sangrar. Primero me concentro en la herida de la derecha y enseguida me doy cuenta de que tiene el fémur roto. A John se le escapa un grito cuando el hueso se suelda, pero por todo lo que pasa a nuestro alrededor ahoga su voz. Cuatro aprieta los puños mientras yo continúo.

La segunda pierna no está tan mal y la curo más rápido; John ya respira sin dificultad.

—¡Tienes mucho mejor aspecto! —le grito al oído.

Poso la mano en la herida del brazo y noto que el bíceps y el tríceps están

desgarrados. Tardarán unos minutos en sanar. Ocho sigue disparando al flujo constante de mogos, pero avanzan tan rápido que apenas puede contenerlos.

Noto que los músculos de John se restablecen. Me mira y asiento. John se levanta de un salto y corre junto a Ocho para defender a Ella y Sarah, que siguen en el suelo.



Me siento fuerte. Bien. Sarah y Ella han hecho algo milagroso que nos ha devuelto nuestros legados y nos permite luchar, pero ahora las dos están heridas. Convertiré hasta al último de estos mogos en ceniza por haber lastimado a mis amigas.

Cargo contra ellos y les arrojo bolas de fuego. Sé que no debería gustarme matar a ninguna criatura viva, pero ahora mismo me encanta. Ahora que ya estoy en pie, Ocho se teletransporta por toda la habitación, aparece de pronto ante los mogos y los hace pedazos con su espada. Nueve sigue luchando contra Setrákus Ra, pero los dos se mueven tan rápido que solo veo una especie de nebulosa. Tengo que desplazarme hasta allí para ayudarle, pero también debo quedarme aquí para cuidar de Sarah y Ella.

De pronto uno de los mogos que avanzaba hacia mí cambia de dirección y dirige su cañón a Sarah y Ella, que siguen inmóviles en el suelo. El mogo les dispara y sus cuerpos se empiezan a convulsionar mientras yo me pongo a gritar.



Contemplo horrorizada que el fuego del cañón mogadoriano alcanza los cuerpos tendidos de Ella y Sarah. John corre hacia ellas y yo también me apresuro a su lado. Cuatro se arrodilla y las coge de las manos, mientras sus cuerpos se sacuden. Es demasiado tarde.

Después de todo lo que hemos pasado, después de haber llegado tan lejos y habernos reunido por fin, parece que vamos a perder a otro miembro de la Guardia. Y a Sarah. John acaba de encontrarla y va a perderla. Cierro los ojos y me preparo para que otra cicatriz me queme la pierna, una cicatriz por Ella. Sé que esta es la que va a doler más.

Pero no pasa nada. ¿Tiene la muerte de Ella algo distinto, algo que no deja cicatriz? No es posible. Abro los ojos y miro a John, que sigue inclinado sobre ellas, apretándoles las manos.

Entonces me fijo en las chicas y no puedo creer lo que veo. Sus heridas, los

impactos de cañón que tienen en el cuerpo y las quemaduras espantosas que les cubren la cara, se están curando.

—¿Qué pasa? ¿Cómo lo haces? —le pregunto a John, mirándolo, asombrada.

—No tengo ni idea —responde—. No sabía que podía hacer algo así. He visto a Sarah en el suelo y no iba a permitir que muriese, ni tampoco Ella. Ni ningún otro guardián. No lo permitiré, sobre todo ahora que estamos juntos. Les he estrechado las manos y he pensado en lo mucho que deseaba que se curasen sus heridas, poder curarlas... Y, de pronto, ha pasado.

—¡Has desarrollado un nuevo legado! —grito, estrujándole los hombros.

—O lo deseaba tanto que se ha producido un milagro. Sea lo que sea, se están recuperando.

Suelta una carcajada cargada de cansancio y alivio, y dirige la mirada al centro de la habitación, donde Nueve sigue luchando.

—Marina, ahora no derrotaremos a Setrákus Ra. Aunque hayamos recuperado nuestros legados, no creo que de momento podamos vencerle y no quiero arriesgarme a perder a otro miembro de la Guardia. Tenemos que encontrar a Seis y luego descubrir cómo largarnos de aquí, reagruparnos y pensar en un plan. Lo mataremos juntos o moriremos juntos, pero lo haremos a nuestra manera y cuando estemos preparados.

Oímos un gemido. Nos volvemos hacia Sarah y Ella: tienen los ojos abiertos y el color vuelve a sus mejillas. John se inclina y besa a Sarah.



La carcasa de roca por fin se rompe. Flexiono brazos y piernas y empiezo a caer cuando los últimos pedazos negros se desmenuzan. Uso la telequinesia para descender hasta el suelo.

Me quedo tendida unos instantes para recuperar el aliento. El humo es tan espeso que me lloran los ojos. De pronto, una explosión sacude la habitación. Se dispara una alarma, las luces rojas centellean y el sonido estridente de una sirena lo invade todo. Distingo el lumen de John y me acerco a él, abriéndome paso entre la neblina. Ella, Marina y Sarah están a su lado; entonces Ocho se teletransporta junto a Marina. Bernie Kosar ha vuelto a convertirse en beagle y se acerca a John cojeando.

Ella grita cuando me ve y se me abraza al cuello. La rodeo con mis brazos y después miro a John. Ver su cara de nuevo es como un sueño hecho realidad. Me toca el brazo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con un gesto.

—¿Y tú? —le digo, y sé que mi voz suena tan agotada y hecha polvo como

me siento.

—De momento estamos todos vivos, pero... ¿dónde está Nueve? —responde, mirando a su alrededor mientras todos reparamos en que los sonidos de la batalla han cesado. Corremos al centro de la habitación donde Nueve ha estado manteniendo a raya a Setrákus Ra y lo vemos tendido en el suelo, inmóvil; no hay ni rastro de Setrákus. Marina cae de rodillas a su lado y empieza a pasarle las manos por todo el cuerpo, mientras yo avanzo entre la humareda para asegurarme de que Setrákus no espera agazapado para capturarnos y matarnos en cuanto le demos la espalda. Aparte del sonido agudo de las alarmas, un silencio siniestro domina el ambiente. Todos los mogadorianos han desaparecido.

—¡Está vivo! —exclama Marina—. ¡Solo estaba aturdido!

Nueve se incorpora y mueve la cabeza, embotado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Iba a preguntarte lo mismo —contesta Ocho—. Hemos oído una explosión y todos han desaparecido, menos nosotros siete.

—No lo sé; no sé dónde ha ido Setrákus. Solo sé que estaba luchando con él y de pronto he despertado aquí, en el suelo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Sarah.

—Tenemos que salir de aquí —advierte John—. Setrákus Ra puede reaparecer en cualquier momento; quizás esto sea una trampa. Aunque estemos en una base del gobierno, no cabe duda de que no es un lugar seguro.

—¿Alguien sabe cómo salir de aquí? —intervengo.

Todos se miran muy serios.

—Tendremos que volver por donde hemos entrado —dice Ocho—. Somos demasiados para que el teletransporte funcione.

—De acuerdo —accede John—. No sabemos qué nos encontraremos durante la salida y puede que tengamos que enfrentarnos a más mogadorianos o soldados humanos, pero debemos seguir unidos. No volveremos a separarnos nunca.

Nueve avanza un paso y se pone a mi lado; luego me mira de arriba abajo y me dice:

—Creo que nadie nos ha presentado debidamente. —Y guiñándome un ojo, añade—. Es todo un placer conocerte, cariño. Soy Nueve.

Pongo los ojos en blanco y Cuatro se ríe.

Miro a mi alrededor. Es un milagro que estemos juntos y que sigamos con vida. Todos los lóricos vivos de la Tierra, salvo uno, están aquí reunidos.

Estamos vivos y seguimos luchando, lo que significa que todavía tenemos posibilidades. Y volveremos a encontrarnos con Setrákus Ra, muy pronto. La próxima vez no escapará.